HQN
UN
BESO
BAJO EL
SAUCE
MIRANDA BOUZO

UN BESO BAJO EL SAUCE

MIRANDA BOUZO

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2021 Silvia Fernández Barranco
© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Un beso bajo el sauce, n.º 309 - noviembre 2021

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 978-84-1105-221-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Capítulo 1. Salamanca, 1897
Capítulo 2. Madrid
Capítulo 3. De pequeñas cosas
Capítulo 4. De sol a sol
Capítulo 5. Rufo
Capítulo 6. Pájaros y secretos
Capítulo 7. De mítines y automóviles
Capítulo 8. Un beso y una lágrima
Capítulo 9. Despertar
Capítulo 10. Huevos y drama
Capítulo 11. Limones y calor
Capítulo 12. Secretos y pistolas

Capítulo 13. Benita
Capítulo 14. Desamor
Capítulo 15. Huir
Capítulo 16. Jacinta
Capítulo 17. Un anillo
Capítulo 18. Pérdidas
Capítulo 19. Decisiones
Capítulo 20. Volver a empezar
Capítulo 21. Sorpresas
Capítulo 22. Esperanzas
Capítulo 23. Traición
Capítulo 24. Nunca te olvidé
Capítulo 25. Una decisión más
Capítulo 26. ¿Cómo empezar de nuevo?

Capítulo 27. Recuerdos
Capítulo 28. Nada sale bien
Capítulo 29. Perdón y amor
Capítulo 30. Es amor
Capítulo 31. Volver

Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Papá y mamá, ¡qué ajenas me resultan esas palabras, hace tanto tiempo que no las pronuncio!, me enseñasteis el valor de la historia, de la amistad y de la familia.
Siempre os llevo en el corazón, a vosotros y a ellas.

CAPÍTULO 1
SALAMANCA, 1897

Teresa sintió el frío metido en los huesos al ascender la última cuesta hacia la casa grande. A pesar de ser finales de febrero, el hielo aún no se había deshecho en algunas partes del camino, esas que quedaban a la sombra de las encinas. Los campos empezaban a despertar, los fresales se llenaban de cestos de mimbre y carros, y en el camino los temporeros esperaban sentados a los capataces para iniciar la temporada. Con gesto cansado, algunos ya se habían atado a la espalda los sacos que más tarde se llenarían del fruto rosado. Agradecía no tener que ser ella una de las mujeres que pasarían el día entre los surcos, con las manos desolladas, y agachada sin poder erguirse hasta caer el sol. Su madre se lo recordaba cada día cuando, con una queja, se despertaba al amanecer. Tapada hasta la cabeza por las mantas, poco a poco se desperezaba con temor a enfrentarse al frío de primera hora y al camino que tenía por recorrer cada día hasta la casa grande.

La casa de los Bernal estaba a veinte minutos del pueblo, sobre una loma, por lo que se veía desde cualquier lugar de su pequeño pueblo salmantino. Teresa se detuvo a tomar aliento al final de la empinada cuesta. Un carro se adelantaba cargado de mujeres y niños que hablaban entre ellos en susurros y el polvo que levantaba a su paso era tal que lo dejó pasar y esperó a que la neblina densa se deshiciera. Giró un momento la vista hacia las casas pequeñas y modestas para ver cómo el resto de los carros iniciaban el ascenso y apretó el paso hasta traspasar el muro de piedra por la puerta lateral. La fachada apareció ante ella, con sus tres plantas y su tejado marrón, algo desvaído por las heladas del invierno; sus

balcones abiertos para airear y las contraventanas pintadas de verde oscuro resaltaban el color ocre de la fachada y las partes antes blancas.

La casa grande estaba en silencio, el sol aún no despuntaba en el cielo, rodeó el camino hasta llegar a la parte de atrás, caminó entre las hileras del huerto y se detuvo al llegar a la puerta de las cocinas. Teresa, antes de entrar, se pasó la mano para domar los mechones sueltos de su moño y se puso el delantal que llevaba en la mano. La puerta ya estaba abierta y Rosa, la otra doncella, externa como ella, ya estaba preparada para empezar. Pasó sus manos por el delantal blanco inmaculado e irguió los hombros, no había nada que molestará más a la señora que verla echada hacia adelante con la espalda torcida y la ropa arrugada.

—Teresa, hija, un poco de espíritu, ¡menudo día me espera! —dijo al ver a Teresa parada en la puerta.

Rosa siempre se quejaba, del frío, del calor, de lo que Teresa tardaba en llegar por las mañanas, de su moño desastroso, de su falta de ganas… Y eso que era más joven que ella. A sus diecisiete años, Rosa aún no se había casado, no ayudaba que fuera más fea que un calcetín, como decía madre. Teresa pensó en su carácter agrio y sus constantes quejas acerca de todo el mundo, y pensó que quizá por ello nunca paraba de inmiscuirse en la vida de los demás. Cotilla redomada, la traía por la calle de la amargura. Con las cejas juntas, esa figura pechugona y esa expresión severa tras sus ojos negros como un pozo, siempre estaba ahí la *joía* cuando algo no hacía bien. Tardaba bien poco en contárselo a la señora y sonreír a sus espaldas mientras le atizaba con la regla de madera, como si aún siguiera en el colegio, con las manos en alto y las palmas hacia arriba. Eso no se lo había contado a madre. Aunque fuera contraria a las ideas de Teresa acerca de los derechos de los trabajadores y las reuniones del patronato a las que asistía, decía que el Señor del cielo no había puesto en el mundo a perros apaleados, que eso lo había hecho la maldad de los hombres y no era partidaria de pegar a nadie.

Teresa no hizo caso y avanzó por la cocina llena de luz a esas horas, reflejada en cada baldosín blanco y en el suelo de terrazo, los cacharros de latón brillaban como luciérnagas en

la amplia estancia. Se acercó desde atrás hacia María, que preparaba concentrada el desayuno de los señores. Directamente sobre el fuego sostenía en unas pinzas de hierro un trozo de hogaza, para que el azúcar que había echado por encima se derritiera antes. Un olor dulzón a limón y a vainilla inundaba toda la cocina con lo que serían los postres del día y disimulaba el de las piezas de carne recién cazadas en el soto.

—¡Ay, mi *amaita*! —Le dio tal susto Teresa a la mujer que esta soltó el pan sobre el fuego y, con un pequeño chasquido, se puso negro como un tizón. María era del norte, se había casado con Antonio, un muchacho del pueblo que había probado suerte en los astilleros de Bilbao. Había ido en busca de un trabajo mejor y volvió desencantado, pero con una bonita muchacha de allí. María era todo sonrisas, buen talante y una magnífica cocinera. Muchas veces hacía postres de más y mimaba a Teresa con algunos de ellos.

—¡Teresa, mujer! Mírala hoy qué despierta está la niña. Anda, tira con esa bandeja que el señor ya está en pie y esperando en el salón. —Sonrió cuando Teresa metió el dedo en el azúcar y se llevó a la boca los delgados granitos con una expresión de sublime placer. María apartó el bote y lo tapó con un paño de hilo blanco.

—Llegas tarde, Teresa —cortó Rosa en seco para que dejaran de entretenerse.

Teresa se arrepintió de su broma, ahora tendría que llevar la hogaza quemada a la mesa, no había tiempo para más.

—¿Y la señora? —preguntó a María mientras con el dedo recogía los restantes granitos de azúcar sobre la encimera.

—Sabes que por lo menos hasta las diez no baja, madrugar es para los pobres, Teresa. Espabila, chiquilla, hay que arrancar. De buena te has librado, si ve el pan quemado te atiza con la regla.

María colocó la bandeja de mimbre sobre sus manos. La de plata se reservaba para las comidas y las cenas; la larga, y que pesaba como un quintal, era para cuando había invitados. Suspiró al sentir el peso sobre sus antebrazos e intentó que la mermelada del plato no rozara el inmaculado delantal. Miró con un mohín la tostada renegrida. Y se preguntaba ella muchas veces de dónde habría sacado la señora una regla larga de madera, como la de un maestro, si apenas sabía

juntar las letras.

Llevaba en la casa grande un año, había sido una suerte que la chica a la que sustituía hubiera decidido casarse y abandonar su trabajo en la casa. Se enteraron por Ramón, el lechero, que era como el noticiario del pueblo, igual te llevaba la leche y el queso que te traía noticias de los más recientes cotilleos. Su madre, al recibir la noticia, no perdió el tiempo, esa misma mañana, sin clarear el sol, enfundada en su chal de ganchillo, ni el abrigo se puso, enfiló a la casa grande para hablar con doña Eulalia. Cuando la señora tuvo frente a ella a Teresa, frunció el ceño ante una muchachilla escuálida y bajita, con el pelo escapando bajo el pañuelo y aire distraído de niña. Le hizo hablar y ahí se ganó el puesto, educación y saber estar le sobraban, aunque tuviera que ocultar su carácter. Lo más humillante para Teresa fue tener que enseñar los dientes. Al parecer, las amistades de los señores podían fijarse en ellos cuando comieran la sopa.

Su madre quiso hacer un hornazo enorme para celebrarlo, su hija no acabaría como las otras chicas del pueblo, encorvada sobre las matas del día a la noche, decía, pero para Teresa no era motivo de celebración. Ella, que sabía leer y escribir, y que su padre aseguraba que era más lista que cualquier chico del pueblo, quería más, quería ser maestra como su padre, que lo fue hasta que la escuela se vació de niños. La gente se iba a Madrid y ya no quedaban críos a quienes enseñar, alguno que otro, a los que sus madres traían a escondidas a casa para que al menos pudiera contar las eras y no le engañaran con las pesetas. Si estudiaban bien, padre les daba un trocito de pan con queso y madre se quejaba de lo caro que le salía eso del saber. Ahora su padre era de los que subían en el carro a hacer surcos en la tierra, con el peso del mundo sobre los hombros y las manos llenas de callos.

Teresa atravesó el arco de las cocinas, siguió el pasillo de grandes cristaleras, el sol ya entraba por los ventanales y formaba cuadros en el suelo. Miró el polvo acumulado, después habría que fregar todo aquel pasillo largo y desollarse las rodillas, y pensaba ella, en qué se diferenciaba de pasar el día arrodillada a la recogida en el campo. El frío y el calor, niña, diría su madre con una regañina incluida. Los marcos dorados, la escayola de los techos y las paredes, las

mesitas de virutas pintadas a mano, los jarros de flores que había que limpiar. El primer día que siguió ese camino y conoció a Diego Bernal, el señor de la casa, todo se le antojó a Teresa tan delicado y rico que temía rozarse y destrozar alguna de aquellas finuras que ahora refregaba sin conciencia, harta del trapo.

Fuera se oían las voces, el campo despertaba a merced de las temporadas, pero siempre al amanecer, un poco más tarde en invierno, a la espera de que el sol calentara un poco; en verano, más temprano para aprovechar las horas sin luz.

Teresa llamó a la puerta del salón, entreabierta lo justo para que pudiera pasar de lado sin verter la leche del vaso al oscilar la bandeja. Teresa se detuvo un instante.

Diego ya estaba allí, sentado a la mesa, inclinado sobre un libro. Era gracioso verlo seguir con el dedo las líneas como si fuera un niño. La vista le fallaba, quizá de siempre, pero el apuesto señor jamás se pondría gafas ni para leer, ni admitiría que, cuando se paraba con su caballo a mirar el campo lleno de trabajadores, apenas veía más allá de unos metros. Decían que era distante y altivo, y nunca sonreía a la gente. Su padre había sido muy querido, se conocía el nombre de cada peón, mujer o niño de dentro de la hacienda. Pero Diego no veía más allá de dos metros, ¡cómo iba a saludar!

—Señor —interrumpió Teresa con voz baja y comida por la emoción. Él levantaría sus ojos azules y sonreiría, jamás estaba preparada para esa primera mirada de la mañana que era solo para ella.

Diego, en efecto, arrojó su mirada de agua azul cargada de cariño, miró hacia la puerta, pensaron lo mismo, que Rosa no andaría lejos, y aun así siguió a Teresa con los ojos hasta que dejó la bandeja en la mesa a cierta distancia. La sonrisa de su Teresa, pura y limpia, suave como su piel, de labios sonrosados y mullidos. Pero la belleza morena de su rostro, sus ojos oscuros y un tanto rasgados era lo de menos; era su pelo negro, ensortijado, intentando siempre escapar de esos moños que la obligaban a llevar, lo que de verdad lo volvía loco de ella. Agarró su delgada cintura y se puso de pie de un salto, tenía treinta años y ya era el dueño de todo. Se sentía tan joven y libre de responsabilidades junto a ella, su pequeña Teresita, su alegría cada día.

—Diego, no, Rosa anda por ahí, cualquiera puede entrar —susurró Teresa intentando escapar con una débil resistencia cuando él se levantó de golpe y atrapó sus labios y la besó. Teresa olvidó hasta el pesado sonido del reloj de pared dando las ocho. Amaba a Diego desde el día en que él leía y la pilló alzando la barbilla por encima de su hombro para ver sobre qué trataba su libro.

—¿Sabes leer? —le preguntó con esos ojos azules entornados.

—Sí, señor —contestó Teresa demasiado asustada como para alzar más la voz. Su habitual impertinencia se apagó, esa por la cual la señora le había cogido ojeriza, desapareció oculta por la timidez.

—¿Tu nombre?

—Teresa.

Él lo repitió bajando el tono, «Teresita», y así empezó todo. Primero fueron breves conversaciones a la hora del desayuno, después le prestó un libro que no pudo leer nunca por falta de tiempo, pero que abrazaba por las noches antes de caer rendida sobre las mantas. Un beso robado, inclinados sobre algún poema; después otro, tras los besos un roce casual, una mano sobre otra al dejar la bandeja, una mano trazando la curva del cuello hasta que la sangre comenzó a hervir. Aquellos encuentros fugaces se convirtieron en habituales, excusas para sus monótonas vidas de pueblo. Al caer la noche se refugiaban como dos amantes en cuadras, entre las balas de paja, el campo, donde podían, escondidos de las miradas torvas de Eulalia, la mujer de Diego y señora de Bernal.

—¿Qué te ocurre, Teresita? —dijo Diego, notaba desde hacía días distante a Teresa. Las piernas de ella se deshacían cada vez que empequeñecía su nombre, había sido el primer hombre que había besado, el primero con el que había compartido su intimidad y hecho cosas que jamás pudo imaginar con otro. La mano de Diego permanecía sobre sus caderas y se revolvió de nuevo inquieta.

—Lo que me pasa es que cada día nos arriesgamos más, un día alguien nos verá e irá con el cuento a la señora.

Funcionó su regañina porque él la soltó al momento mirando hacia la puerta entreabierta.

—Tienes razón, Teresa, debemos tener cuidado, no

podemos permitir que se entere.

—¿Tanto miedo le tienes? Diego, no puedo seguir así, miento a mis padres, miento a tu mujer cuando me mira fijamente, miento a Rosa, a María. Y sobre todo me miento a mí misma. Sé que nunca la dejarás y que lo nuestro solo tiene un destino, separarnos. Algo tan bonito como lo que siento no puede estar mal, Diego, no quiero vivirlo a escondidas. No me gusta mentir, no está bien, estás casado.

Él se mesó el cabello hacia atrás, ese pelo negro y brillante que se alborotaba con la mínima ráfaga de aire.

—Has crecido, Teresita —afirmó con pena, como si de una despedida se tratase y, aunque lo intentaba, Teresa no comprendía a qué se refería, solo había pasado un año en su casa, ¿cómo que había crecido? El ruedo de la falda le quedaba en el mismo sitio.

Oyeron los pasos avanzando por el corredor y Diego volvió a la mesa con su libro mientras Teresa servía la leche en la taza como si nada. Rosa entró con otro plato y la mirada de ambas se cruzó un instante; la de ella, esquiva, y la de Rosa, extrañada. En ese comedor se respiraba el silencio solo roto por el ir y venir de platos y tazas, y el piar de los pájaros del jardín.

—Buenos días, don Diego. Le traigo el pan, el otro se quemó —afirmó Rosa apartando a Teresa de la mesa con un movimiento imperceptible.

Él sacudió la cabeza y ambas salieron del comedor con una reverencia que Diego no vio, ni siquiera se despidió con la mirada. Teresa lo conocía lo suficiente como para saber que su conversación lo había enfadado. Lo vio salir a través de los cristales del corredor, llevaba su fusta y su traje de montar, en el que antes no había reparado, y al pasar a pocos metros de ella miró a Teresa un segundo y sonrió con tristeza. Teresa esperó todo el día a que él apareciera, miraba desde las ventanas de arriba para estar preparada por si volvía, pensó que la vista se le quedaría fija en los campos y los lejanos hayedos. Su primera decepción fue cuando no lo hizo a la hora de comer. Las horas pasaban lentas, alargadas como si fueran eternas, ¿sería lo que sentía un condenado cuando sabía que su hora llegaba o, por el contrario, se marcaría cada minuto como si fuera el último?

De hoy no pasaba, tenía que hablar con Diego, aquello ya no se podía ocultar por más tiempo, su tripa se llenaba a un ritmo espantoso, dejó de comer en cuanto sospechó que aquello no eran un engorde por los bollos de la Candela, ni una indigestión lo que le daba ganas de vomitar. No era tonta, sabía qué venía ahora, o Diego se hacía cargo o la casaban con alguno del pueblo. Genaro no, por favor, su madre llevaba años insistiendo en que le prestara atención, un buen muchacho, decía, y a ella le parecía insustancial, soso, como todos en el pueblo. Él buscaba su compañía en los bailes, cogía flores para ella y se hacía el encontradizo tras las esquinas. Menos mal que ahora, que estudiaba en Baeza para ser guardia civil, pasaba largas temporadas lejos. Cuando estaba por el pueblo, sentía su mirada por cada rincón, su sonrisa abstraída mientras ella trataba de darle largas y no ofender su interés. Y, sin embargo, qué remedio le quedaba, cuando fuera más que evidente que estaba embarazada su madre se moriría del disgusto y su padre le plantaría tal bofetón que el enfado sería lo de menos. Teresa no era débil de espíritu, pero cuando la incertidumbre pasó a ser una gran verdad, se había sumido en la desesperación, había oído hablar de chicas que se iban lejos, que se tiraban al río con el agua fría para perder al niño, de hierbas que te hacían vomitar hasta echar las entrañas. Ella no era capaz de todo eso, no por cobardía ni por creencias de curas, sino por la simple razón de no hacerse a la idea de que llevaba dentro una vida.

—Hoy no volverá hasta la noche, ha ido a Iruelos.

María la sobresaltó con su voz ronca al ver cómo iba de la ventana a la puerta de las cocinas mientras las luces del atardecer doraban los campos. Iruelos, un pequeño pueblo cercano donde vivía un amigo del señor.

—¿Quién? —Se hizo la tonta.

—¿Quién va a ser? —la increpó María, soltó el trapo con el que limpiaba los restos de la encimera de madera y lo pasó por sus dedos regordetes y desgastados—. Tú, niña, te crees que porque soy mayor no veo. Don Diego.

Teresa, en un acto reflejo, se llevó las manos al delantal para cubrir su vientre.

—No eres la primera —volvió a hablar María sin apartar la vista de ella—, pero ninguna fue tan tonta como para dejarse preñar. Cuando la señora se entera, las echa, ¿cómo crees que quedó un puesto libre en la casa siendo la única de los alrededores? Contigo ni lo ha visto venir. ¿Piensas que todas las criadas que han pasado por aquí se van sin más? Doña Eulalia las echa, deja que el señor se divierta un poco y, después, si te he visto no me acuerdo.

—No puedo creerlo.

—Yo sí que no puedo, pensaba que eras más lista que todo eso. ¡Ay, Teresa! Más te vale quitarte eso de dentro cuanto antes o correr a casarte con el muchacho ese, Genaro, que te trae flores.

Molestaba oírlo en las palabras de otra persona. María estaba en lo cierto, debía tomar una decisión ya. El tiempo corría en su contra. Oyó su caballo, el de Diego, pasar por el camino de atrás e hizo un mohín a María, era el camino de las cuadras.

—Teresa, aunque no lo parezca te he cogido cariño, no le escuches, te mentirá antes que enfrentarte. Don Diego es el señor, pero quien piensa es doña Eulalia. Ve a contárselo a tu madre antes que a él.

Teresa tiró del brazo para deshacerse del agarre de la cocinera, se colocó el moño y recompuso su falda, salió corriendo en busca de él. No podía ser verdad, Diego no era un bala perdida que seducía al servicio y luego dejaba que su mujer echase a las chicas, María estaba equivocada, no lo conocía como ella. Teresa era especial para él.

Corrió por el sendero de piedras y la cúpula que formaban los encinos. Lo encontró solo en las cuadras, acariciando el zaino, su caballo preferido con el que siempre montaba. Cepillaba al animal con mesura, como todo lo hacía. Diego estaba imponente con la chaqueta de lana, un gran señor, si no fuera por ese mechón rebelde que ocultaba sus ojos azules.

—¡Teresa! ¿Qué haces aquí a estas horas? Creí que hoy tenías la tarde libre.

Estaba de verdad sorprendido al ver a Teresa en su rincón secreto, donde jamás se le ocurriría ir a buscarlo durante el día. Ella miró los establos, desiertos a estas horas, Diego ni siquiera había avisado al mozo y se ocupaba él mismo de su

zaino.

—Tenemos que hablar, Diego, no puedo esperar. —Las lágrimas, tan ajenas a ella, brotaron sin control, una carga demasiado pesada para llevar sola. Y ahora, si hasta María se había dado cuenta, ¿cuánto tardaría su madre en saberlo?

—¿Qué te pasa, Teresita, mi dulce niña?

Las palabras cariñosas que no esperaba de él hicieron que se refugiara en su pecho, quizá por estar tan disgustada no se daba cuenta de que Diego no la abrazaba, sino que separaba su cuerpo del de él, rígido, con expresión de cuervo, sin soltar el cepillo.

—Espero un niño tuyo.

Una vez que lo dijo el peso de los hombros se aligeró. Diego era inteligente y sabría qué tenían que hacer. Sin embargo, Teresa, al levantar su mirada, vio el miedo en ese rostro que, aunque cerrara los ojos, conocía de memoria.

—Esta vez te has superado, Diego —la voz de doña Eulalia saliendo de entre las sombras del heno hizo que diera un respingo, ¿habría oído su confesión?—. Cuando Rosa me vino con el cuento hace unos días no podía creerlo hasta veros juntos. ¡Ay, Teresa, niña… —La señora frente a ella, con esa expresión severa, sus ojos negros clavados en su rostro y aquellos rasgos rígidos como la piedra.

—¡Eulalia!

—No, Diego, calla. Sabes que conozco todas tus faltas una a una. Cuando me enteré de que retozabas con la primera, me disgusté tanto que quise morir. ¡Por favor, qué joven y tonta era! Con la segunda se me fue pasando y, ahora, cuando la lista es más larga que tu insulsa vanidad, me da igual, sinceramente. Fuiste el capricho de mi padre, no el mío. Por tierras se hizo y por tierras me entregué a ti, el amor es para los pobres, Diego. Pero he pensado en ti, Teresa, y mucho, en tu triste situación ahora —continuó hablando, marcando sus palabras con deliberada lentitud, rodeándolos mientras su vestido de bordados rozaba las faldas desgastadas de Teresa y las piernas de su marido—. Quiero quedármelo si es un niño. —Paró y, con el dedo índice, apretó con odio el vientre de Teresa hasta hacer que retrocediera—. Un heredero para que no vuelvas a tocarme, Diego, puedo soportar que te acuestes con ellas, pero después no puedo aguantar tus manos sobre

mí —dijo a la vez que el odio retorció su boca en una mueca extraña.

—Tú estás loca, Eulalia, no digas tonterías.

—¿Eso crees? ¿Qué son tonterías? Estoy avocada a soportar la humillación de tus amantes, solo pido lo mismo para mí. Retoza con quien quieras, pero no conmigo, con un hijo yo ya habré cumplido mi deber y puedo ser libre de irme. No temas, jamás mancillaría tu apellido ni el de mi familia, pero quiero libertad.

Teresa los miró a uno y a otro negociar por un bebé que estaba en su vientre y ni siquiera querían, como si fuera un costal de grano. Se arrojaron insultos, reproches y juramentos mientras ella sujetaba su tripa. Lo cierto es que los señores llevaban casados casi diez años y doña Eulalia había perdido dos bebés en sus primeros meses de embarazo, uno cuando Teresa comenzó a servir en la casa de los Bernal. Todo se llenó de crespones negros y susurros de lástima que doña Eulalia cortó a las pocas semanas.

Sopesó las opciones y eran más bien pocas, podía esperar que fuera un niño, entregárselo a los Bernal y ya está, pero ¿qué haría cuando la tripa se hinchara y todo el pueblo lo supiera?

—Diego, recapacita, un heredero Bernal, estoy dispuesta a aceptarlo, hablaré con sus padres. —Señaló a Teresa—. Me llevaré a la chica a Cáceres a casa de mi familia hasta que nazca el bebé y después diré que es nuestro, lo tengo todo pensado. Cuando vuelva, caso a la chiquilla con ese zarrapastroso que ronda a todas horas la casa para verla y ya no podrá decir nada. ¿Cómo crees que tratarán a esta mocosa en el pueblo? Piénsalo, Diego, podrás retozar con quien quieras, con las criadas o con tu amante de Iruelos.

Teresa no podía creer que los señores estuvieran allí, decidiendo su futuro y el de su hijo. Sí, porque era su hijo más que el de Diego, que había jugado con ella como con tantas otras antes. ¿Una amante? ¿No iba Diego a Iruelos a ver a su amigo? La verdad se hacía evidente, doña Eulalia hablaba con tal franqueza y resignación que todo acerca de las otras chicas debía de ser verdad. Teresa se dio la vuelta y con paso firme salió de las cuadras, desoyendo el «Teresita»

de Diego. ¿Cómo había permitido que aquel ser pusilánime tocara su cuerpo? ¿Que le arrebatase su vida? Doña Eulalia lo tenía convencido, lo había visto en su forma de retroceder ante ella. Por primera vez, Teresa había tomado conciencia del ser que habitaba en ella, un niño o una niña, con un corazón latiendo y quizá el rostro parecido a su madre o a su padre. Apenas podía decidir qué falda ponerse como para decidir la vida de un niño. Otro chico para los campos, agachado de sol a sol sobre la tierra, entre el barro en primavera, entre la nieve en invierno y bajo el sol de agosto. Podía ser un gran señor, vestir de tiros de largos y, cuando la viera, giraría la cabeza, avergonzado por su madre, una indecente que había traído al mundo a un bastardo, porque esas cosas siempre se sabían. ¿Y si heredaba la nariz de su abuelo o su altura desmedida? O los lunares de su abuela… o su pelo negro y rizado, todos se darían cuenta.

Pronto el miedo atenazó su cuerpo, la enorme responsabilidad que se cernía sobre ella. Echó a correr, huyó de allí. Se vio, sin ser consciente, bajando la cuesta. Primero deprisa y después a la carrera, con el delantal aún puesto y el pelo suelto. Se había deshecho al fin el moño que siempre intentaba domar, los rizos negros sobre la cara y el barro pegado a los zapatos de trabajar. Atravesó las huertas de los Bernal, corrió por la entrada al pueblo y llegó hasta la puerta de su casa sin resuello y con las mejillas ardiendo. Dentro, su madre cantaba coplas, con esa voz dulce que no engañaba a nadie sobre su fuerte carácter. Teresa entró de golpe, con el polvo que traía flotando alrededor. Su madre se asomó desde la cocina. Teresa, con un gesto aprendido con los años, se soltó los zapatos con los talones y reaccionó ante el frío del suelo a pesar de los gruesos calcetines.

—¡Pero, Teresa, hija! ¡Mira cómo has puesto todo tu delantal!

—¡Madre! —Su madre, tan poco dada a ofrecer cariño, se vio obligada a cobijarla entre sus brazos. Sus manos, llenas de harina, acariciaron el pelo de su única hija y, sin darse cuenta, la acunó hacia adelante y atrás. Tras años sin niños, se fueron acostumbrando su marido y ella. No vendrían hijos, decía su madre mientras sus primeras canas rayaban su pelo negro carbón. Hasta que un buen día, tras otro de vomitar,

supo que al fin habían sido bendecidos. Una niña, Teresa, pizpireta, alocada, bonita, amable, cantarina y con un genio de mil demonios que aún conservaba a sus dieciocho años. Siempre demasiado madura para su edad, un tanto huraña con sus cosas, siempre independiente y siempre discutiendo con su padre por esos locos sueños de ser maestra de escuela.

—Pero ¿qué te ha pasado, criatura? ¿Ya has roto algo de valor a doña Eulalia? ¿Te ha echado? —Su madre le apartó hacia atrás el pelo para mirarla a los ojos—. Ya está, te ha regañado y con ese orgullo tuyo, que no sé a quién has salido, te has marchado. Mírate, todo el delantal sucio. ¡Ah, no, esto lo vas a frotar tú hasta que esté blanco! No me tienes esta noche dándole a la piedra por tus rabietas…

—Madre —interrumpió Teresa con tal tristeza que ella paró su regañina, con el trapo que tenía en sus manos empezó a refrotar cada dedo, preocupada, hasta arrancar algo ya invisible. Un abismo siempre las separaba, nunca conseguía comprender a su hija, Teresa siempre le reprochaba que tomara decisiones por ella, como conseguir el puesto en casa de los Bernal, sin consultar nunca. La última discusión había sido por ese muchacho, Genaro, con un buen porvenir, pronto acabaría sus estudios, bebía los vientos por Teresa y ella lo único que hacía era evitarlo por todo el pueblo. Hasta los otros chicos del pueblo se reían de él y los desaires de Teresa.

—¿Qué pasa, Teresa?

El mundo, al ver el rostro de su madre, dio vueltas, ¿cómo era capaz de dar semejante disgusto a los padres que tanto quería? No debía haber ido a casa, tenía que haber tenido valor para echarse al río. «Cobarde, cobarde», oyó en su cabeza un soniquete como el del corro que formaba de niña con las chicas del pueblo. Su madre vio cómo se llevaba los brazos cruzados al vientre en un gesto de protección y sus ojos se abrieron como dos esferas de entendimiento. Buscó a su espalda una silla y, con la boca desencajada, se sentó con todo el peso de los años. De repente, recordó cómo había tenido que soltar las gomas de sus faldas días antes o mover los botones de sus blusas.

—¿De quién es? Si es de Genaro, os casáis mañana como que me llamo igual que tú —afirmó recuperando su habitual aplomo—. ¿Es de ese muchacho? —gritó más entera,

levantándose para coger sus hombros.

—Es del señor, de don Diego —admitió Teresa, tan enredada su vida que ya daba igual confesar.

—¡Niña tonta! ¿Cómo se puede ser tan ignorante? —gritó, por primera vez su madre le dio una bofetada. Teresa hubiera querido que fueran más para purgar todo el dolor que llevaba dentro, para arrancar de su madre tal expresión de decepción —. Te has dado al señor, te dobla casi la edad, está casado, ¿no te he enseñado nada? Ahora eres una indecente, deshonrada, como una de las de la casa del robledal.

Todos en el pueblo sabían quiénes eran esas chicas y señoras que vivían en una casa destartalada y recibían visitas de noche y de día a cambio de unas monedas.

—No, madre, yo lo quería.

—¿Querías? Se lo has dicho, ¿verdad? Y te ha echado de la casa. ¿Qué esperabas? ¿Que se fugara contigo? ¿Se ha enterado la señora?

—Doña Eulalia quiere al niño, y sí, se ha enterado y dice que va a quedárselo, que como no puede tener hijos, que lo hará pasar por suyo. Y yo no quiero, madre, es mío.

—¿Tuyo? ¡Tú no tienes nada, ahora menos que nunca!

Su madre soltó de golpe sus hombros, impresionada por tantas cosas que se había perdido de su hija, ¿cómo no lo vio venir? Teresa había cambiado desde que empezó a ir a casa de los Bernal, primero el brillo en sus ojos, como una idiota había pensado que su hija era feliz al fin, conformada con su situación, que todas aquellas ideas locas que recorrían su pueblo y otros acerca de la igualdad, la opresión de los señores y mil tonterías más las había olvidado. Ella también había tenido de joven sueños, pajarillos en la cabeza, y achacó aquel comportamiento a la edad. No vio cuando Teresa dejó de comer, cuando no dormía y salía a pasear sola, no quiso ver nada de su única hija y aún menos cómo vomitaba en el patio de atrás entre las cercas de los cerdos. Ella sufrió tanto entre aquellas paredes para quedarse embarazada, llenar su vientre con hijos, que el día que Teresa nació entre esas sábanas que antes refregaba fue el más feliz de su vida. No era cariñosa ni de besos, ni siquiera con su Teresa, pero quería más a su niña que a la vida, ¿y si su hija malograba el niño de su vientre y nunca tenía más hijos? Si

ella no hubiera tenido a Teresa en su vida el corazón se le habría roto, entendía lo que era ser madre, desear un hijo y ver que pasaban los años y nunca llegaba.

Teresa vio cómo el rostro de su madre iba cambiando mientras asimilaba la verdad. Siempre pensaba en ella como una mujer pusilánime, pendiente de las órdenes de su marido e ignorante de sus propios deseos. Levantó la vista y vio una determinación en su rostro desconocida hasta ahora. Si hubiera podido entrar en ese momento en los pensamientos de su madre, Teresa hubiera sabido de su indignación, darle su nieto a esa bruja de doña Eulalia, vender al niño como si fuera grano o entregarlo como si fuera uno más de los carros. ¡Por tener dinero se creían con derecho a todo! ¡Eso nunca!

Teresa vio girarse a su madre, ir al ladrillo al lado de la chimenea, donde guardaban escondidas las pocas cosas de valor, los pendientes de la abuela, el collar de su boda y los pocos ahorros de toda una vida. Volvió hasta ella, con las monedas en una bolsita de rafia y cogió sus manos. Teresa sintió el calor y la sequedad rasposa de la harina aún pegada a su piel.

—Toma, Teresa, recoge tus cosas antes de que vuelva padre. Le conoces, no será comprensivo contigo, te echará de casa. Con este dinero tendrás para el tren a Madrid, no es nada, pero al menos tendrás para unos meses, hasta que el niño nazca.

—¿Quieres que huya?

—Si no quieres entregarlo a doña Eulalia, más te vale correr, porque no admitirá un no. Yo sé lo que es querer un hijo, Teresa, y tú eres demasiado chiquilla para darte cuenta. Cuando nazca, no dudes, quédate en Madrid y no vuelvas nunca al pueblo. Si algún día te va bien podrás darle lo que yo no pude contigo, puedes decir que eres viuda.

—¿Y padre? ¿Qué le diré?

—No le dirás nada, no me hace falta preguntarte si te casarás con algún muchacho del pueblo porque no lo harás, te conozco y él intentará obligarte. Eres terca como una mula, tampoco te desharás del niño porque, si no, ya lo habrías hecho y no me habrías dicho nada, así que corre, Teresa, vete, no te despidas de tu padre siquiera si no quieres ver su

decepción en los ojos, no quieras que el último recuerdo de él sea amargo. Vete y no vuelvas, Teresa. Nunca.

Cuando se levantó aquella mañana no sabía que era la última de la vida que conocía, que todo en cuestión de horas sería un gran desastre. Los últimos acontecimientos se diluían en una neblina como si fueran ajenos a ella. ¿De verdad merecía la pena? ¿No podía ceder a los deseos de los Bernal? No sería tan terrible, vería al niño todos los días mientras le servía el desayuno y tal vez la dejaran cuidar de él en lugar de llamar a una niñera. Doña Eulalia lo dijo, si era niño. Pero ¿y si era una niña? Se quedarían aisladas en el pueblo, deshonradas, ¿podía hacer eso a alguien con su sangre? Y sus padres sufriendo por la vergüenza. Cogió las monedas, se quitó el delantal y comenzó a guardar sus pocos vestidos en la vieja maleta de padre, la que trajo de Galicia cuando era maestro y llegó al pueblo lleno de ilusiones que fueron muriendo con el tiempo.

—Ve a las Carmelitas, dicen que acogen a mujeres como tú —dijo su madre.

¿A mujeres como yo? Siguió pensando mientras uno tras otro sus vestidos caían en el interior de la maleta. ¿Hay mujeres como yo? ¿Desvergonzadas? La ira comenzó a calentar la sangre de Teresa, su madre la echaba, así, sin más, ni siquiera se despediría de su padre, levantó la mirada con odio y entonces vio sus arrugas, junto a la boca y los ojos. Su madre había envejecido en una hora tanto que la veía encorvada y mayor, muy mayor. Había esperado de ella apoyo incondicional, quizá tan solo que le dijera que todo estaba bien. «Hija, nada malo te pasará, estaré a tu lado». Teresa sabía de Inés, la chica del pueblo que se quedó embarazada hacía unos años, no quiso decir el nombre del padre, todos decían que había seducido en los campos a algún inocente, como si el padre de la criatura no hubiera hecho nada. Ahora su hijo lo criaban sus abuelos porque ella no lo aguantó, se mató, así sin más. Habían jugado juntas mil veces en la plazuela y, cuando pasó lo que pasó, no entendió muy bien por qué Inés no pudo soportar las miradas de lado, los murmullos a su paso, que la echaran de los corros… Ahora sí, ahora podía ver cómo sería su vida si se quedaba en el pueblo. Una mierda, vamos. Eso hubiera dicho el cura, que

para ser cura hablaba tan mal como los de la taberna y sería el primero en condenarla en su sermón dominical.

Teresa quería entender a su madre, no era una mujer templada, con mala leche sí, pero no con un carácter capaz de enfrentarse a sus vecinos de toda su vida, que le dieran la espalda y luchar por su hija y su nieto. Tal vez si su madre fuera más fuerte. Teresa se sentía rechazada, su madre le hacía sentir sucia.

—Madre, despídeme de él —dijo Teresa al fin con todo guardado refiriéndose a su padre. Nunca sabría más de ella porque su madre no sabía escribir, las cartas que recibiría serían palabras de su padre y tampoco las leería. La mujer de un maestro que no sabía escribir ni leer. Otra cosa que su madre consiguió por ella, que él la enseñara—. Os quiero, madre, nunca lo olvidéis, y no sufráis por mí, tengo más arrestos que diez hombres.

Su madre sonrió a medias, la abrazó con fuerza y se dio la vuelta, era mejor así, ni tiernas palabras ni lágrimas, el adiós de una hija.

—Llévate el carro de padre hasta la ciudad, coge el primer tren a Madrid.

—¿Qué le dirás?

—A nadie le extrañará, y a él menos que a nadie, que te has escapado a la capital por culpa de todas esas ideas que te meten en esas reuniones de trabajadores. Todos saben que tu prima está allí, les diré que te has ido con ella, total, ya ni escribe, así que no hay peligro de que corra la voz en el pueblo. Búscala, si te hace falta, no me importa si se enteran, ¿me oyes? Si pasas apuros, ve a buscarla.

El recuerdo de su prima era el de una mujer elegante y alta, con zapatos de tacón y un chal de seda que volvió una vez al pueblo, estuvo un día, lo suficiente para que los sueños de algunas chiquillas como Teresa acerca de Madrid se dispararan y viera que su prima era altiva y renegaba de su pueblo. Los miraba con desidia, incluso con rencor por algo que Teresa no supo comprender.

—Te lo he dicho, estaré bien. Deme otro beso, madre.

Siempre lo supo, intentó retener el olor de su madre, a harina y fuegos pegado en sus ropas y su pelo, lo suave de su piel y lo áspero de sus manos. Aquel fue el último beso que le

dio a su madre, la última vez que vio su pueblo salmantino. Y se juró a sí misma que también sería la última vez que lloraría por culpa de un hombre.

CAPÍTULO 2
MADRID

Una vez había montado en tren, tan pequeña que apenas lo recordaba. En ese trayecto pasó el tiempo con la nariz pegada al cristal, ilusionada por ver pasar tan deprisa los campos de trigo y, después, las montañas del norte, el hogar de su padre y su ya diseminada familia gallega. Conoció a su *avoa*, su abuela, una mujer testaruda y de fuerte carácter, que se pasó los días torturando a padre por haber dejado su tierra. Este viaje era muy diferente, sin la ilusión de una niña, escondida entre las solapas del abrigo, hundida en el asiento de madera. Su madre había renegado de ella y, en una actitud casi infantil, eso lo reconocía, estaba muy enfadada con ella, por no tener la decisión suficiente para ayudar a su hija a enfrentarse al mundo. Se cobijó aún más en su asiento para dejar de sentir el frío que traspasaba los cristales del tren. Sentía las miradas curiosas de la señora de enfrente y su hija, no quiso entablar conversación cuando sacaron el queso y el chorizo y le ofrecieron, ni cuando le preguntaron su nombre y Teresa cerró los ojos haciéndose la dormida. Pararon tantas veces, apenas bajaba gente en las estaciones y, sin embargo, se subían en mareas, tantos que Teresa pensó que el tren no podría llevar a todos a través de las montañas. Cuando a su lado se sentó más gente que rápidamente entabló conversación con la madre y la hija, resignada, se hundió en su silencio sin querer moverse ni hablar y, así, a ratos llorando en silencio, a ratos revuelta con el traqueteo y el olor a chorizo salmantino, llegó a Madrid.

El ruido, se preguntó si alguna vez había oído tal murmullo atronador lleno de conversaciones, de acentos de aquí y allá, de gente a la carrera para coger el tren. Miró hacia los lados,

las paredes de cristal enormes hasta perderse en la inmensa altura de un techo curvado. El suelo mamposteado con delicadas baldosas en forma de ramas. Cada cristalera llena de adornos y rosetones, todo nuevo después de un incendio que había destrozado la antigua Estación de Mediodía, según rezaba en la placa sobre su cabeza. Bajó del tren por los empujones de los de atrás más que por su propia voluntad y el andén se le antojó una maraña de bultos, gente, voces, gritos, pitidos de los trenes. El olor a comida, a gente, a colonia barata y aceites para el pelo fue sofocante, acostumbrada al aire del campo. Apretó el paso, a ella no la esperaba nadie ni en la estación ni en ningún sitio. La noche anterior, en espera de un tren que la llevara a la capital, la pasó en un banco de madera al lado de la vía. Le quedaba todo el día para encontrar una pensión modesta y decente en la que pasar la noche, no pensaba volver a dormir al raso, aún le castañeaban los dientes.

Teresa arrastró la maleta por aquellos hermosos suelos y salió al exterior, se agarró con la mano libre la toquilla de lana boquiabierta, paró en seco al ver los edificios frente a la estación, de muchas alturas, uno tras otro en hilera, con tejados rojos, algunos con pequeñas torretas. Todos tenían balcones con columnas y decoradas barandillas, las fachadas de color ocre o caña. Tiendas de ultramarinos, de confección, zapaterías, carros descargando cajas y sacos de arpillera, unos hombres decorando los azulejos de una fachada. Se echó hacia atrás sobresaltada cuando un tranvía pasó delante de ella a pocos metros, tirado por dos caballos con los ojos tapados. ¿Cómo podía entrar tanta gente en un sitio tan pequeño como esos tranvías? En un rincón oscuro, junto a la estación, se juntaban mujeres que la miraban con desprecio y, más allá, un corro de pilluelos que gritaban entre ellos. Si no cerraba la boca, la gente no dejaría de pasar a su lado y darse codazos para reírse de la chica de pueblo, con su falda de paño marrón, su chaleco de lana y su expresión de perdida. Irguió los hombros con un suspiro, agarró la maleta otra vez, dispuesta a seguir la acera hasta donde la calle estrechase y pasar al otro lado en busca de una pensión. Estaba sola. No servía de nada compadecerse, inspiró hondo el aire viciado de humanidad y echó a andar decidida.

—¡Isabel! ¡Isabel!

Una niña pasó a su lado como un relámpago de color rosa de grandes lazos y volantes exagerados. Teresa vio a la pequeña un instante, igual que el tranvía que se aproximaba tirado por cuatro caballos escuálidos, pero de poderosas patas rematadas en herraduras. La niña no se detuvo, sino que apretó el paso al oír de nuevo la voz que la llamaba. Teresa cogió su falda con las dos manos y en dos pasos ágiles agarró el pelo de la pequeña recogido en una coleta. Ante ellas pasaron los caballos tan cerca que levantaron la falda de Teresa a su paso y se escuchó alguna risa del interior cuando la niña y ella cayeron hacia atrás, dando con el trasero en el empedrado. Encima de ella, la pequeña le fue arrancada del regazo por un brazo que tiró con fuerza.

—Estúpida niña, ¿qué crees que hacías? Se lo contaré a tu nani, nunca te dejará salir de casa, te encerrará en el altillo…

—Benita no haría eso —replicó asustada.

—Te pondrá el culo rojo hasta que no puedas volver a sentarte, ¡eres insufrible, Isabel! ¿Qué quieres? ¿Dar un disgusto a tu padre? ¡Y por un helado! ¡Hice bien en no comprarte dulces!

La chica, de la edad de Teresa, se giró hacia ella al darse cuenta de que las observaba. Sin soltar a la pequeña, que no tendría más de ocho años, tendió una mano para ayudarla a levantarse. Teresa miró su mano, después sus ojos y su sonrisa.

—Gracias por parar a Isabel, si no lo hubieras hecho no sé qué habría pasado. —Zarandeó a la niña que pretendía volver a soltarse y se echó a llorar tras un puchero—. ¿Cómo te llamas?

Al ver que Teresa no hablaba, arqueó una ceja y sacudió la mano para que se decidiera a aceptar su ayuda. Cuando se incorporó sin tomarla, ella sonrió.

—Soy Ángela —dijo con cautela mientras Teresa recomponía su pelo y volvía a coger la maleta—. Te veo un poco perdida. Acabas de llegar a Madrid, ¿verdad? —preguntó al observar su ropa, su maleta y, sin duda, su olor a pueblo—. ¿De dónde eres?

Su pregunta llamó la atención de la pequeña que enseguida empezó a interrogar a Teresa.

—¿De dónde vienes? ¡En tren! Papá y yo viajamos mucho al norte. ¿En qué tren has venido? ¿Has pasado por algún túnel?

Teresa sorprendió a aquella muchacha cuando no contestó a ninguna de sus preguntas. Miró a la niña, perpleja, cogió la maleta y dio una vuelta intentando averiguar hacia dónde iba cuando aquella pequeñaja se cruzó en su camino.

—Si sigues dando vueltas los rondines te van a llevar a calabozos y verás qué gracia. Creerán que eres…

—¿Los rondines? ¿Quiénes son esos? ¿Y qué te importa a ti?

—¡Vaya, perdona! —Sonrió la chica.

Tenía una sonrisa divertida de risa contagiosa, unos ojos marrones y expresivos. Su cabello castaño lucía recogido, un tanto descolocado por la carrera tras la pequeña. Alta, muy alta y delgada, de facciones acusadas que resultaban agradables, no porque fueran hermosas, sino porque armonizaban entre sí y con su sonrisa de mejillas pecosas. Dulzura, sí, eso era lo que decían todos sus gestos y expresiones a pesar de las amenazas que había proferido contra la niña. Teresa no acababa de fiarse, ¿querría reírse de ella? Aquella chica sería de su edad más o menos, llevaba un vestido bonito, con bordados, sencillo y nada ostentoso, nada que ver con el abrigo grueso y el vestido de volantes rosa de la niña a quien agarraba la mano sin piedad. Sus ojos color almendra obligaron a la pequeña a estarse quieta.

—Son policías que vigilan la llegada de anarquistas a Madrid, también alguna vez cogen algún raterillo, si te ven sospechosa te llevan al cuartel, mi padre me lo ha contado, tienes que pasar allí la noche —explicó a la vez que alzaba las cejas con aire interesante.

—Tendré cuidado entonces, gracias —Teresa la cortó y echó a caminar sin mirar atrás.

—Si sigues por ahí —dijo Ángela señalando la avenida—, te vas hacia las afueras—. ¿Buscas sitio para dormir? ¿Conoces a alguien aquí?

Teresa se giró y levantó la cabeza, miró a su alrededor para centrarse, supuso que aquella avenida cubierta de adoquines de piedra debía de conducir al centro, pero no estaba segura,

tal vez aquella chica tenía razón, sujetó la maleta con fuerza templando el peso y fue en la otra dirección.

—Si quieres puedes venir con nosotras, has salvado a Isabel, puedes quedarte en mi casa y mañana buscar algún sitio, a mi padre no le importará.

—¿Es tu hermana? —preguntó al señalar con la barbilla a la cría sin detenerse.

Ángela sonrió, esa muchacha de pueblo era huraña y desconfiada, muy guapa a su parecer, su pelo negro ensortijado llamaba la atención, igual que sus ojos oscuros y sesgados. Su forma de hablar, su acento, transportó a Ángela a años atrás, a su madre que nunca se adaptó a la vida en Madrid y añoraba el pueblo en el que vivió su niñez, allá en el campo, donde todos se conocían. «Da una mano al viajero y encontrarás un amigo», solía decir su madre. Mientras ella vivió, los viejos muros de la casa habían acogido a todo tipo de personajes que siempre habían sido agradecidos. En la vieja cocina se había hablado de política, de vestidos, de comida, de penurias y alegrías, y hasta de países lejanos.

—No, es la niña que cuido, la niñera de Isabel es amiga mía y está enferma, pensé que sería buena idea traerla a ver la Estación de Mediodía para que viera los trenes y la exposición de plantas exóticas. Ven con nosotras, dejamos en casa a Isabel y te acompaño a buscar un sitio en el que quedarte.

—Puedo valerme sola.

—Ya, pero una ayuda nunca viene mal. Mi vecina Jacinta alquila habitaciones, es una buena mujer, estarías a gusto con ella.

Al oír aquello, Teresa suspiró sin saber qué hacer. ¿Podía fiarse de ella? Miró una vez más al entramado de calles, a la gente que iba de un lado a otro, los altos edificios e incluso las malas pintas de algunos hombres que rondaban por la estación. No podía evitar cierto temblor al pensar en buscar una pensión en aquel inmenso laberinto de edificios, cargada como iba y ese aire inocente que no conseguía quitarse. Era como una espiga pequeña, a merced de donde el viento quisiera llevar sus pasos, sentía el miedo atenazar sus movimientos.

—Vamos pues —gruñó.

Ángela sonrió como si hubiera ganado una batalla.

—¡Vamos, Isabel, tengo unas ganas de dejarte con tu padre que no te imaginas! Nuestro barrio te gustará, Teresa, es tranquilo y encontrarás un sitio, ya verás. Desde allí se divisa la capital si el río no levanta la bruma. Es pequeño, pero cada día crece más y más.

Teresa miró el perfil de aquella chica, no era tan joven como parecía, quizá algunos años mayor que ella, la trenza a su espalda le hacía parecer más juvenil, igual que su sonrisa. Siguió a la niña y a Ángela mientras regañaban a base de zarandeos en la mano, que la mayor no soltaba después del susto. En más de una ocasión, vio a Ángela mirar hacia atrás, de soslayo, para cerciorarse de que las seguía y no se escapaba. Lo había pensado, la verdad, no podía negarlo. Primero miraría qué le ofrecían y después decidiría. De todas formas, no debía quedarse mucho en un mismo lugar, pronto su embarazo sería evidente, tenía que encontrar trabajo y pronto.

—¡Mira, Teresa! Es de mi papá, es militar, nos lo ha dejado.

La niña señaló un carruaje junto a la acera en el que esperaba un hombre mayor, de uniforme, que saludó con la gorra y abrió la puerta del landó. Teresa dudó un instante, pero el cochero le arrancó la maleta de las manos y la subió delante con un gesto de la cabeza a modo de saludo.

—¿Lo ha pasado bien la señorita?

Ángela le hizo una seña a la niña con el índice sobre los labios y esta afirmó sin contar una palabra del altercado al conductor.

—Ángela ha hecho una amiga, la llevamos a su casa —le informó la pequeña, ya que no podía contar su aventura contó la de Teresa—. Viene del pueblo, ¿sabes? Y no conoce a *naide* aquí.

Ángela puso los ojos en blanco.

—A nadie, Isabel, que luego tu padre va a decir que te he pegado mi habla.

El cochero sonrió, saludó a Teresa con una inclinación al cerrar la puerta y subió al pescante. Lo oyeron arrear al caballo y enfilaron la avenida que se abría ante ellos a una velocidad que hizo a Teresa agarrarse a la portezuela con fuerza. Los carruajes a su alrededor fueron espaciándose hasta

que al final de la calle vio un monumento de piedra, una puerta enorme de tres arcos, más alta que los edificios a sus lados. Teresa alzó la cabeza cuando pasaron por debajo del arco más grande y dejaron atrás el trasiego de la circulación. Las casas fueron quedando atrás y las calles desaparecieron, se abrió la avenida a los campos, pasaron un puente por el que apenas quedaba espacio entre los tranvías que salían y entraban por él. Se deslizaban en el carruaje al ras de los bordes, los penitentes peatones se echaban a un lado u otro, a veces de forma temeraria el carruaje los esquivaba.

—Es el Puente de Toledo y el río que cruza por debajo es el Manzanares.

No contestó a Ángela, ensimismada como iba Teresa admiró la enorme construcción a pesar de la velocidad a la que circulaban. Una bonita estampa de anchos y sosegados meandros que no tenía fin, la luz sobre el agua danzaba y el río se mostraba ensordecido por los golpes de las ruedas sobre los adoquines. Pocos árboles en las orillas para dejar sitio a las lavanderas, una marea de sábanas y prendas al sol en cientos de filas.

—Vivimos en un barrio de las afueras, es la zona de recreo de la ciudad, ya sabes, donde tienen sus fincas los ricos, es un lugar agradable en comparación con el centro, que solo huele a pescado podrido. —Isabel rio al oír a Ángela y recibió unas cuantas cosquillas. Teresa asintió, pero no, en realidad no sabía nada. Subieron una cuesta empinada, con campos a ambos lados donde se construían algunas casas, una iglesia que parecía más una ermita por su pobre construcción y varios edificios que parecían fábricas de jabón. El olor denso a lavanda desapareció al momento movido por el viento. Al llegar al final de aquella cuesta imposible, el cochero giró hacia la izquierda y luego se detuvo para que ambas bajaran.

—¿Lleva usted a Isabel? —le preguntó Ángela una vez más al cochero para quedarse tranquila y se despidió de la niña lanzándole un beso—. ¡Pórtate bien, Isabelita, si no quieres que le cuente todo a tu padre! —se despidió Ángela de la pequeña—. Ven, Teresa, ¡es por aquí!

La niña se asomó y le sacó la lengua a Ángela.

—¡Diablillo consentido!

Teresa se quedó parada observando al carro perderse otra

vez calle arriba.

—No te preocupes, estará bien, Anselmo es el cochero de la familia y a esa enana luego nadie la castiga. Está consentida hasta la extenuación. Benita, que es quien la cuida, ha estado enferma unos días y me ofrecí a brear con ella, supongo que no solo ella mima a Isabel, después de que su madre falleciera, todos en realidad le damos los caprichos que quiere.

Guio a Teresa por un senderillo entre la hierba, varias casas bajas a ambos lados desde cuyas puertas las mujeres saludaban a Ángela con una sonrisa. Giraron a la derecha y Teresa advirtió que era una calle sin salida. Al final, una verja enorme cerraba el paso hacia una finca oculta por los árboles. Antes había una casa tosca, de muro gris, de una planta, con los postigos verdes abiertos.

—Ya estamos aquí, esta es mi casa —afirmó Ángela—. Ven, entra. Buscaré a mi padre y después te acompaño a casa de Jacinta, es esa de enfrente —dijo señalando otra casa de tejado inclinado cuya puerta quedaba enfrente de la suya. Con orgullo invitó a Teresa a entrar—. Sé que la pared necesita un buen encalado y por dentro algunos arreglos, pero padre dice que está bien así, no le gusta cambiar las cosas.

Teresa miró boquiabierta a aquella chica que con tanto desparpajo llevaba a una extraña a su casa, parecía que el optimismo acompañaba a Ángela en cada sonrisa y cada palabra. Ella, que agitaba dentro de sí oscuridad y desesperanza, se obligó a no rendirse a esa inocencia y alegría.

Ángela empujó la puerta de madera, verde oliva, y con la mano la invitó a pasar. Teresa la siguió, bajó dos pequeños escalones de piedra. Esperaba encontrarse un pasillo oscuro y largo como era habitual en las casas grandes, sin embargo, no se trataba de una zona triste, por el contrario, era bastante alegre y soleada, con paredes blanqueadas y algunos tiestos que en primavera florecerían de geranios. Se encontraban en una cocina luminosa y aireada como nunca había visto antes, esa cocina… Dejó la maleta en el suelo y miró a su alrededor, se sintió pequeña, humilde, abrumada por el acogedor hogar. Vio la larga y pulida mesa de madera, la discorde variedad de sillas alrededor, los aparadores de pino con platos y fuentes

de loza. Colgaban del techo ramilletes de hierba y flores secas de jardín. La estufa en un rincón debía de dar calor a la estancia, ahora apagada como los fuegos de la cocina. El olor a guiso aún permanecía en el aire, agarrado a las superficies pulidas de madera. Lejos de la ventana, una cortinilla de alegres colores que debía de ser la despensa y, al otro extremo, un pasillo que debía de conducir a las habitaciones. Al lado, una puerta de madera que parecía dar al jardín. Sobre los fuegos de la cocina, una cortina de tonos claros y dobladillo de vainica, con finos bordados de margaritas, se agitaba con fuerza debido a la brisa que entraba a través de la ventana abierta.

—Madre quiso que se abriera esa puerta para poder ir al jardín desde la cocina, hacemos la vida aquí. —Ángela se quitó el abrigo y el pañuelo y los dejó sobre una silla—. El jardín es lo mejor de la casa.

Cuando Ángela abrió la pequeña puerta el haz de luz le hizo parpadear ante los rayos del sol, abandonó distraída su bolsa y su abrigo y siguió a Teresa. Suelos de tierra, arriates de flores, trepadoras invernales, cascadas verdes, un paraíso rodeado de un tapiado alto que formaba la pared de lo que debía de ser, por el escándalo, un gallinero. En primavera sería un jardín precioso y a la vez productivo, con un pequeño huerto vallado al final del terreno y la boca de piedra de un pozo. Pero fue el sauce, en mitad de aquel enorme espacio, alto, de tronco ancho y frondoso, tanto que Teresa apenas podría rodearlo con los brazos, las ramas cayendo en forma de lánguidas lágrimas hacia el suelo, lo que de verdad maravilló a Teresa. Se acercó, llevada por la curiosidad, a sus hojas ajadas por el invierno, pero no por ello menos hermosas, formando una cúpula desde lo más alto para caer ordenadas como una cascada. Se notaba que las cortaban a menudo para que no llegara al suelo, todas casi a la misma altura a pesar de aquellas ramas retorcidas y a diferentes alturas.

—El sauce estaba aquí cuando mi padre reformó la antigua casa del guarda, antes todo esto era parte de la finca de los marqueses de Jiménez, dicen que los terrenos se los vendió a su vez Eugenia de Montijo, la emperatriz francesa. Padre no quiso quitarlo de aquí, es curioso por su enorme tamaño,

dicen que hay un río subterráneo bajo nosotros a mucha profundidad de donde coge la humedad para vivir. Lo trajo desde la India para la reina un antiguo enamorado suyo, entonces eran raros y árboles apreciados por su forma.

—Es muy bonito —susurró Teresa, ¿cómo debía ser en primavera? Con todas sus hojas en un verdor esplendido y sus brotes en flor.

Ángela sonrió complacida, aquel sauce era su lugar favorito en el mundo, bajo él tenía la sensación de que las ramas la abrazaban, el cobijo que todo niño desea. Había muchas cosas malas fuera, cosas insignificantes para un adulto y un mundo para la niña sin madre que había sido. El día a día se quedaba fuera y podía recordar el rostro de su madre, a veces con sombras por la distancia del tiempo. Si se concentraba mucho bajo su cúpula de hojas, los detalles volvían. Algunos eran dolorosos, como aquella tos aguada de su pecho, otros hermosos, como su sonrisa y sus ojos, o el olor a lavanda de su pelo por culpa del jabón que ella misma hacía en aquel lavadero de piedra.

—El problema son las raíces —cortó Ángela sus pensamientos—. Los sauces las extienden sin control, retorcidas, por la tierra. Se aferran a todo cuanto encuentran, ya sean las raíces de otros árboles o los pilares de la casa, y lo envuelven todo hasta ahogarlo para después seguir su camino. La única manera de detenerlas es cortar desde el mismo tronco, y aun así hay veces que siguen avanzando, como si recordaran lo que era la vida y buscaran una salida.

Teresa miró a la muchacha, por primera vez vio serio su semblante, sin aquella expresión divertida o alegre. Todos tenemos recuerdos que nos ahogan hasta acabar con nosotros, pensó, como aquellas raíces.

—¿No tienes hermanos? —preguntó con cautela, no había oído hablar a Ángela de su madre, solo del padre que vivía con ella.

Ángela pareció suspirar y de nuevo volvió la alegría a su rostro, negó con la cabeza y con confianza se aferró a su brazo para guiarla dentro.

—Hace frío, Teresa, será mejor que entremos y comamos algo, después te llevaré a casa de Jacinta a ver si sigue

teniendo la habitación libre, es una mujer buena, estarás a gusto con ella.

Teresa no sabía qué había esperado encontrar, ni siquiera imaginó, en el camino hasta allí, dónde vivía Ángela. Le gustaba aquella casa sencilla pero confortable. ¡Ojalá la casa de esa Jacinta fuera igual! No tendría tanta suerte, la sensación de hogar era difícil de conseguir, bien lo sabía ella. En casa de sus padres jamás sintió aquella atmósfera acogedora, como si hubiera llegado a la infancia, a un lugar seguro y cerrado al resto del mundo.

—Soy de un pueblecito de Salamanca.

Ángela amplió los hoyuelos alrededor de su boca con la ilusión de una niña. Como si hubiera conseguido, como Moisés, abrir las aguas del mar Muerto, era lo primero que decía Teresa acerca de ella misma, y estaba feliz. Aquella muchacha salmantina parecía tan triste, tan sola, su pequeña estatura tampoco ayudaba, cierto que ella era más alta que las demás chicas, pero la fragilidad de Teresa le había conmovido desde que la vio en la estación. No era solo que hubiera salvado a Isabelita, sino la forma en que sus hombros parecían derrotados y sus pies se arrastraban sobre la acera, todo en ella hablaba sin querer de decepción por la vida y amargura. Desde el primer momento, a Ángela la forma de ser de Teresa le había recordado a la de su madre.

CAPÍTULO 3
DE PEQUEÑAS COSAS

Preparó un café aguado a Teresa, sacó de la estantería las galletas que Benita había traído la noche anterior, de mantequilla y canela fina, las puso sobre la mesa mientras ella la miraba trajinar.

—¿Puedo ayudarte?

—Descansa, que el viaje en tren desde tan lejos ha debido de ser pesado.

—Las que eran pesadas eran la madre y la hija que me metían el chorizo por las orejas.

Ángela se echó a reír. Había viajado con padre dos veces en tren y sabía que la gente, a veces, en su afán por compartir una buena charla y distracción, cedían cuanto tenían y a menudo resultaban un tanto molestos en su insistencia. Giró su mirada hacia la ventana; allí posado en precario equilibrio estaba un pajarillo de tripa verdusca, observándola. Y ella a él, con la ceja arqueada.

—¿Qué quieres? —preguntó al pajarillo en un susurro que solo pudo oír ella.

Ralentizó sus movimientos para no asustarlo, sabía que no echaría a volar hasta hacer notar su presencia. Ángela siempre había vivido en equilibrio con aquellas cosas que le pasaban sin explicación, sin saber a ciencia cierta si era un don o algo inventado por su imaginativa cabeza, como ocurrió cuando vio a Teresa y supo enseguida que era una buena chica. Ahora que el diminuto pajarillo observaba nervioso supo que había acertado, solo venían a verla por dos razones, para alentar su esperanza o para anunciar una desgracia, debía estar atenta, a veces tardaba en ocurrir, pero los pajarillos siempre tenían razón. No siempre era un

pajarillo, el corazón saltando, una extraña intuición que la ahogaba durante días… Luego ocurría algo fuera de lo normal y volvía a ser la de siempre. Por más que permanecía atenta a cualquier señal, ya fuera un viento extraño y cambiante o ese pálpito, nunca sabía de qué avisaban ni qué pasaría. Una vez se lo contó a Benita, que era la única de la barriada que podía entenderla, y se rio tanto que nunca más se lo dijo a nadie. El pajarillo abrió las alas y echó a volar con un aleteo rápido y se posó en la rama del olivo, de la que salía la cuerda de tender. Teresa sería importante en sus vidas.

—Deberías cerrar, los pájaros picotean todo lo que ven.

Ángela sonrió a Teresa y llevó las galletas a la mesa, preparadas en un plato de loza blanco. El inequívoco sonido contra la mesa al dejarlo le gustaba, guardaba el recuerdo de pasadas cenas familiares en aquella mesa, el sonido de la porcelana en las grandes celebraciones, con sus padres sentados a la mesa y sus amigos charlando alegremente.

—Me gusta que entre el aire en la cocina, aunque sea frío.

La puerta de la casa se abrió y la corriente hizo que ambas se estremecieran con un ligero temblor.

—¡Padre! Qué temprano vuelves hoy, ¿cómo se ha dado la caza?

—De pena, están construyendo otra fábrica de jabones y las liebres han emigrado, el coronel solo cobró dos piezas y tengo los pies destrozados.

Ángela cogió el abrigo de su padre con una sonrisa y lo colgó de una percha sin olvidar antes pasar la mano por el cuello para quitar las pelusillas del paño. Ella, breando con Isabelita, la hija del coronel, y él dando saltos por el campo disparando a los pobres animalitos. Lo perdonó al momento porque al ir a buscar a la niña, Benita, aún enferma, le dijo que el coronel había ido a ver cómo estaba. Todo un detalle, aunque la hubiera encontrado en la cama y ella estuviera azorada.

—Me he encontrado a Jacinta en la puerta, dice que venías con una chica por la calle…

El padre de Ángela calló al reparar en la figura escuálida, sentada junto a la mesa. A Teresa se le parecían mucho padre e hija, una expresión abierta, grandes ojos llenos de vida y una gran sonrisa llena de hoyuelos. Debía de haber sido un

hombre guapo en sus años, aún conservaba buena complexión bajo la tela de su camisa. Debía de ser ya mayor cuando tuvo a Ángela. Y a juzgar por la foto ajada que colgaba de la pared del pasillo, su madre apenas tendría los dieciocho. Y sin embargo se intuía el amor y el cuidado de las cosas que debieron de poner en su vida allí, cada rincón estaba impregnado de detalles personales.

—¡Eres una cotilla, Jacinta! Todo el día detrás del visillo, no me extrañaría que te quedaras bizca.

—*Pa* ti, niña, si no, ¿quién cuidaría de vosotras? —contestó la que sería Jacinta a la vez que chascaba los dedos en el aire. Era una mujer apenas más mayor que ellas, que venía con las mangas remangadas y un pañuelo en la cabeza, ni un solo pelo escapaba de la tela; de expresión avispada y ojos azules, un leve toque de maquillaje coloreaba sus mejillas. Inspeccionó a Teresa con franqueza, sin artificios ni maldad alguna. Debajo del delantal prendido con alfileres, un vestido coqueto y ajustado a la cintura, teñido de vibrante color verde—. Soy Jacinta —se presentó sola, con las manos en las caderas—. ¿A que están de rechupete? —dijo señalando las galletas y cogió la más grande con un guiño de complicidad al sentarse a su lado—. A mí Benita no me hace estas galletas, son solo para Ángela —comentó a Teresa.

Era de esas personas que se hacen notar al entrar en una habitación, no solo por la tela de su vestido, sino por un carácter fuerte y enérgico que llenaba cualquier silencio. Teresa pensó que probablemente cada vez que Jacinta salía de una habitación debía de notarse, con ella se iba toda la alegría y alboroto.

De repente la cocina estaba llena de gente, de risas, de chascarrillos entre el padre de Ángela y la tal Jacinta, que a Teresa le costaba seguir, como si hablasen en algún lenguaje extranjero.

—Padre, esta es Teresa, una amiga salmantina. Jacinta ya se ha presentado sola.

Teresa parpadeó, Ángela había dicho que era una amiga, ¿se hacía amiga de una persona que acababa de conocer hacía unas horas? Se regañó por ese cinismo que le carcomía el alma e intentó sonreír y ser amable por ella.

—José. —Se adelantó con la mano en alto el padre de

Ángela. Teresa no tuvo tiempo de ponerse en pie, estrechó aquella mano grande y firme. Ante la seriedad del gesto no pudo evitar que aquel hombre le cayera bien al instante. Descubrió en sus ojos de azul aguado por los años una timidez natural que le gustó.

—He pensado, Jacinta, que como tienes la habitación libre se la puedes alquilar a Teresa, no conoce a nadie aquí en Madrid y contigo…

—*Na*. Tengo a mi prima conmigo, llegó ayer del pueblo, me la ha *encaromao* mi tía para que le encuentre trabajo honrado. La verdad, no saber hacer la o con un canuto. Al menos cocina, si se entera de algo, don José…

Ángela suspiró no demasiado triste, casi con una sonrisa que Teresa pescó al vuelo.

—¡Padre! Entonces que se quede con nosotros, Teresa no tiene donde ir…

Teresa iba a levantarse de la silla, no era un paquete que se manejara de mano en mano. Además, don José, que no la conocía de nada, seguramente diría que no, ¿y si era una ladrona?, ¿una asesina de esa de los folletines de sucesos?

—Sería de gran ayuda, la casa es muy grande para ti sola, Ángela, si ella quiere, claro. Puede quedarse en la habitación del fondo…, me quedo más tranquilo si durante un tiempo mi hija tiene compañía, no me gusta cuando se queda sola por la noche, ni siquiera echa la llave a la puerta, siempre se le olvida —aclaró a Teresa.

Las miradas de Ángela y Teresa se cruzaron a través de la cocina. Ángela sonrió como si en realidad hubiera tendido una trampa a Teresa y encogió los hombros en gesto de falsa inocencia. Teresa pensó que, en el fondo de aquella sonrisa, de aquellos ojos vivarachos, estaba tan sola como ella. A veces no basta estar rodeado de gente si no hay alguien que te comprenda y, al parecer, a Ángela la entendía poca gente, no cuando sonreía y era amable hasta morir, sino cuando callaba y se perdía en algo que escapaba al entendimiento de Teresa. Como cuando se quedó parada al servirle las galletas o bajo el sauce, hacía un rato. Sospechaba y se temía, observándola en aquel breve espacio desde que se conocían, que a veces Ángela se perdía en un mundo interior, ausente del hilo de las conversaciones. Asintió con la cabeza con miedo, quería

quedarse, quería un nuevo hogar, sentarse bajo el sauce del jardín mientras el sol se filtraba a través de las ramas, quería olvidar las decepciones, quería sonreír como Ángela y reír sin parar. Allí podría perdonarse a ella y a su madre, y soñar con todo aquello que Ángela parecía tener: un padre afectuoso, una casita preciosa, un refugio donde sanar sus heridas y su decepción, quizá hubiera esperanza para ella y para ese hijo que le crecía dentro.

CAPÍTULO 4
DE SOL A SOL

Ya sola en su habitación, Teresa se acarició el vientre, lleno de guiso y patatas cocidas. La cena copiosa, como decía Ángela, había saciado su estómago después de semanas sin apenas comer. Sospechaba que aquella comida era en honor a ella, no creía que fuera habitual tal despliegue de platos y quizá era lo más lujoso que padre e hija podían permitirse esa semana. El valor de las cosas a veces estaba en aquello que eres capaz de ofrecer y no de comprar, decía su madre. Oyó que don José se despedía de su hija, era sereno y al caer la noche comenzaba su ronda. Ángela y él no vivían con grandes lujos, con la comida en la mesa y algún pequeño capricho, se notaba que vivían el día a día. Durante la cena había conocido más a Jacinta, que no paraba de hablar, y a Benita, la amiga de Ángela que iba de visita y al final se quedó a cenar. Era más dulce que el terremoto de Jacinta y tímida, muy muy tímida, tanto que apenas habló en la cena, con la mirada puesta en su propio regazo, aún con la cara pálida por su indisposición de los últimos días. Teresa cerró los postigos de la ventana, la habitación quedó casi a oscuras con la sola vela que se había llevado. La apoyó sobre la silla cerca de la cama y se desvistió. Sus cosas, apenas tres vestidos, colgaban de las perchas de la pared. La alta cama de latón tenía una colcha blanca con algunos bordados desvaídos por el tiempo. Sobre un desportillado tocador había una jarra de agua tapada con un paño y sobre el mueble un espejo con borde de madera donde aparecían labradas unas flores. Desnuda se miró en el pequeño espejo. Entre las sombras apreció sus pechos llenos y la curva que la ahogaba sin medida, el niño o la niña crecía rápido y la cintura ya apenas se le notaba.

Estaba delgada y era como llevar una bola enorme, la piel tirante de todo el cuerpo. Recordó a las mujeres del pueblo y sus andares de pato, y se preguntó si a ella le pasaría lo mismo. Blanca, así llamaría al bebé si era niña, pensó por primera vez, porque ella no permitiría nunca que trabajara en el campo de sol a sol. ¿Y si era chico? Cualquier nombre menos el de Diego. ¿Y él?, ¿la estaría buscando?, ¿se habrían dado cuenta ya de que había huido? ¿Y si pedía explicaciones a su madre o Diego iba a hablar con su padre? Desechó todas aquellas imágenes posibles que se metieron en su cabeza, estaba lejos, muy lejos, y lo más importante, nadie podría encontrarla en la capital, y menos en un barrio de la periferia. ¡Cómo hubiera sido de llegar a la ciudad en otras condiciones! No se diferenciaba mucho a las otras chicas del pueblo, con sueños de ver la capital y vivir en ella. Hace años le ilusionaba la idea de poder estudiar para llegar a ser maestra, ¡qué inocente! Después, todo cambió. Teresa suspiró. Diego, ¡cómo lo había querido! Y cuánto se había engañado con él, siempre lo supo, que no tenían futuro, él casado con doña Eulalia y, sin embargo, su corazón lo hizo por ella, puso una venda en sus ojos y se dejó llevar por las caricias de hombre. ¡Cómo se habría reído Rosa cuando no la viera aparecer a trabajar a primera hora! ¿Y María? ¿Preguntaría a su madre por ella?

Llamaron a la puerta y Ángela entró como una exhalación sin esperar contestación. Su rostro se tornó encarnado al verla desnuda y sus ojos se fueron directos al bulto que curvaba su delgada figura. Los ojos de ambas se encontraron un momento, de esos que se dicen mil cosas y nada a la vez.

—Después de llamar hay que esperar a que la persona de dentro conteste —dijo Teresa más desagradable de lo que pretendía. Se tapó con la combinación que acaba de quitarse y aún permanecía sobre el respaldo de la silla.

—Lo siento —acertó a decir Ángela aún roja como la grana —. Perdona, no sabía, no lo noté… Descansa, Teresa.

Cuando se giraba para salir de la habitación, aturullada por lo que acababa de descubrir, con la barbilla escondida, rozando el pecho, dijo muy bajito:

—No importa, ¿sabes? Estate tranquila, Teresa, no diré nada.

Salió de la habitación apurada y Teresa escuchó sus pasos alejarse por el pasillo. Teresa no vio en aquellos ojos lo que esperaba, no hubo reproches ni curiosidad, solo sorpresa, ni siquiera Ángela la increpó con preguntas.

Teresa se puso un camisón raído que había traído y se echó en la cama, el cabecero de latón sonó con un chirrido y se removió sobre el colchón hasta encontrar la posición, no pasaron ni cinco minutos cuando se durmió acunada por las gruesas mantas y el aire golpeando los postigos. La casa de Ángela era un buen lugar.

Despertó sobresaltada por el jaleo de las gallinas y el cacharreo de Ángela en la cocina. Se puso la falda y la blusa con rapidez, abrió la ventana y se quedó parada cuando vio que aún el sol no había salido y apenas estaban las primeras luces clareando el callejón. Pero ¿a qué hora se levantaba aquella chica? Se preguntó si Ángela se lo había pensado mejor y le pediría que se fuera. Tener a una mujer embarazada en casa sin visos de tener marido no lo asumiría cualquiera. Salió en su busca por el pasillo hasta llegar a la cocina donde estaban ya los fuegos encendidos y, sobre la mesa, un desayuno de reyes: una hogaza de pan, queso y chorizo. Se asomó por la ventana para encontrar a Ángela, prefería enfrentarse a ella cuanto antes, incluso había hecho de nuevo la maleta convencida de que la iba a echar de allí. Vio cómo salía del gallinero con su trofeo, varios huevos sujetos con la tela del vestido. Ángela se detuvo en mitad del patio al ver que los primeros rayos de sol tocaban la tapia y caían sobre el sauce llorón. Teresa volvió dentro, no quería romper la intensidad con que a veces Ángela se quedaba pensando, aislada del mundo.

—¡Pero si ya te has despertado! —se sorprendió al entrar en la cocina y ver cómo Teresa comenzaba a cortar el pan y dejarlo sobre el plato—. Padre no tardará en llegar, me gusta recibirlo con el desayuno en la mesa.

—Madrugas mucho.

—Siento haberte despertado, pero mira, ven, no puedes perderte esto.

Ángela soltó su preciada carga de cualquier manera sobre un cestillo, cogió su brazo y la levantó de la silla agarrada de

su mano. Teresa, que jamás se había despertado sin la voz de su madre llamándola, que no se movía hasta que un buen café la animaba, se vio arrastrada por ella hasta el jardín. Ángela la guio entre la tierra, sin darse cuenta de que estaba descalza, y se internaron bajo las ramas del sauce. El sol había superado la valla y poco a poco tocaba las ramas del árbol. Para sorpresa de Teresa, había un pequeño banco de madera junto al tronco que el día anterior le había pasado inadvertido. Ángela la obligó a que se sentara y señaló hacia arriba. La luz se filtraba entre las hojas y, a través de ellas, creaba un maravilloso tapiz entre el verde y el dorado, una cúpula sobre sus cabezas mientras la brisa agitaba las finas ramas en un ritmo desacompasado. Teresa sonrió.

Ángela sintió su sonrisa allí, viendo ambas amanecer bajo el sauce, en un silencio solo roto por el jaleo de las gallinas y alguna voz proveniente de algún patio cercano.

—Todavía no me has preguntado por mi embarazo, ni como se llama mi pueblo ni por qué me vine a la capital. No me conoces de nada y me has metido en tu casa, ¿por qué, Ángela?

—El camino de la vida es largo, tedioso a veces, pero otras encuentras la verdadera amistad y convives con ella hasta el fin de tus días. Lo leí en un libro, ¿sabes? El autor se alojó en casa de Jacinta, Madrid está lleno de artistas.

—¿También lo encontraste en la Estación de Mediodía?

Ángela sonrió divertida, recostada hacia atrás, tocando el tronco con su espalda.

—No seas así, Teresa, no te he interrogado, si eso es lo que quieres decir, no me hace falta, tus manos están endurecidas, has trabajado fregando, si fueras una ladrona no las tendrías así. Vas con los hombros encorvados y en los ojos tienes siempre una lágrima que no sale, parece que tuvieras dentro una angustia que te ahoga. —Hizo una pausa para mirar sobre sus cabezas cómo el viento mecía las hojas—. Salvaste a Isabelita, no eres mala, Teresa, a esa niña la hubiera matado el paso del tranvía. Cuando quieras contarme quién eres y por qué huyes estaré aquí. ¿No crees que todo el mundo se equivoca a veces? —Se incorporó para mirar sus ojos—. Te ayudaré, te ayudaremos todos, Teresa.

—No quiero ser tu obra de caridad.

Ángela abrió los ojos y la miró.

—Ni yo tu dueña, solo una amiga. Hoy mismo te llevaré conmigo, trabajo cosiendo sábanas y batas para el hospital militar, con lo que saques de coser y lavar tendrás dinero y puedes irte si quieres, incluso encontrar otra cosa. Ahorrar y encontrar una pensión decente o criar a ese bebé aquí.

—¿Ya me estás echando?

—¡Qué difícil eres, Teresa! Sabes lo que quiero decir, eres libre de quedarte aquí lo que quieras.

—¿Por qué, Ángela?

—Te lo he dicho, a veces la gente se equivoca. ¿Has visto las fotos? Mi madre era muy joven, aún más que nosotras ahora, cometió un error y don José la acogió, se casó con ella, apenas una niña embarazada de mí. ¡No lo digas! Él me crio, es mi padre.

—Entiendo —susurró Teresa pensando que podría ser su propia historia—. ¿Qué le pasó a tu madre?

—Murió hace años, tenía una enfermedad de los pulmones. Lo otro, de quién me engendró, no sé nada más.

El silencio volvió entre ellas y Teresa imitó la postura de Ángela, apoyada la espalda en el tronco y los ojos entornados hasta que oyeron las voces de José, el padre de Ángela, buscándola por la casa.

—¡Vamos, que viene con voz de hambre! —Ángela saltó del banco y fue en busca de su padre con renovados ánimos.

Anduvieron las dos a la misma altura, deshaciendo parte del camino que el día anterior recorrió Teresa en el carro, caminando al abrigo del viento, juntándose con las cercas y siguiendo el contorno de sinuosos muros secos, límites de grandes casonas. Teresa comprobó que eran todas fincas, caminos entre cultivos y casas achaparradas que se oteaban en la distancia, enormes, y de gente con dinero. Llegaron a un campo ancho y atravesaron por los caminos dibujados como una red entre la hierba. Se encontraban con mucha gente a la que Ángela saludaba, la presentaba como una amiga, siempre con una sonrisa en la cara, por muy pesados que fueran, en su mayoría señoras con niños, campesinos y jardineros con el

delantal verde. Se disculpaba rápido con ellos, diciendo que iban a trabajar, con una facilidad pasmosa que los dejaba siempre con una sonrisa. Teresa se preguntó si ella sería capaz de mostrar esa simpatía alguna vez, caer a la gente en gracia, cuando ante ellas apareció la verja del hospital, un edificio grande y del que entraban y salían carruajes.

—¿Crees que me aceptarán? Es decir, no tienen ni referencias mías y dices que todos son militares de alto rango.

—No vamos a quedarnos, solo vamos a ver a la gobernanta, que nos deje lo que tenga para coser y nos lo llevamos a casa. Si le gustas y si tienen mucho que faenar, nos pedirá que nos quedemos en los tintes o la lavandería. Nos paga el día y, ¡hala!, para casa con la tarea. Por si nos separan, toma tu bocadillo —le dijo sacando de su bolsa un pan envuelto—. Es de chorizo, espero que no me lo devuelvas —rio al recordar lo mal que le había caído la señora del tren al ofrecérselo.

—No, no, está bien. ¿Cómo que si nos separan? —Teresa no cayó en la broma, el edificio asustaba un poco.

—Tú obedece y no hables mucho, que cada vez que sueltas una sube el pan. Si te preguntan, di que eres mi prima y ya está —dijo Ángela mientras se colocaba un delantal pulcramente doblado que sacó de la misma bolsa que los bocadillos.

¡Como si ella fuera a contar su vida! Al llegar a una pequeña puerta, Ángela la empujó suavemente hacia el olor a alcohol y amoniaco. Teresa aguantó bien aquel día largo en el que solo paró para comer. Ángela siempre estaba a su lado, enseñándole las tareas más pesadas y procurando que no se metiera en líos con las otras chicas, algunas más descaradas, otras odiosas y algunas amables. Habían tenido suerte, según ella, tenían trabajo ese día. Cargó con las telas mojadas, las tintadas, tendió, cosió, removió ollas grandes donde hervían las batas y las sábanas. No le asustaba el trabajo duro y se empleó a conciencia mientras admiraba la antigua construcción de piedra y ladrillo. Ellas estaban en los sótanos del pequeño hospital que también era un dispensario, es decir, atendían a enfermos, unos se quedaban, otros eran afortunados y solo requerían pequeños cuidados. El aire y la luz entraba por los ventanucos, dispuestos en línea, que

daban al patio exterior y a la parte de atrás, donde solo había árboles. Continuamente a través de un elevador se bajaba ropa sucia y ropa para arreglar. A un lado, bajo las ventanas, las chicas que zurcían y remendaban; a otro, las que desinfectaban en grandes ollas hirviendo, más cerca de la puerta para que los fuertes olores salieran. Por el enorme espacio caminaban cargadas otras, en dirección a la parte de atrás, donde se tendían en largas cuerdas las telas hervidas y se aclaraban algunas en los enormes lavaderos de piedra. Primero achicaban el agua con las bombas y, una vez que subía del pozo, empezaban su tarea. Las chicas que solían ocuparse de ello tenían los antebrazos y las manos rojas hasta el codo y los brazos de un hombre. Cuando Teresa salió a llevarles la última carga, el sol brillaba y un laberinto de sábanas blancas con olor a espliego ondeaba entre las cuerdas, bajo las luces y las sombras de enormes chopos. Admiró el edificio desde fuera, las cuatro plantas con grandes cristaleras divididas por muros con columnas sobrias, sonrió al ver a algunos soldados apoyados en el alfeizar observando a las chicas y meneó la cabeza, así que por eso de vez en cuando se oía a la gobernanta dando gritos por el exterior para que dejaran de mirar a las chicas. Aprovechó el aire libre, estar rodeada todo el rato de olores fuertes y mezclas que hacían hervir los ojos y las manos era asfixiante. Se demoró un momento, aspirando aire limpio antes de entrar, oyó un chasquido sobre su cabeza y miró hacia arriba cuando un paciente llamó su atención, estaba en la primera planta, lo bastante cerca como para que Teresa lo viera guiñar un ojo. Teresa sonrió y, cuando echaba a andar para volver dentro, un grupo de compañeras empezó a murmurar y a reírse señalando hacia ella, llevaba un montón de sábanas secas para doblar dentro y apenas levantaba la barbilla de la pila de telas debido a su corta estatura. Creyó oír la palabra «canija».

—No les hagas caso —susurró Ángela rebasándola en el camino hacia dentro. Para ella era fácil, veía dónde ponía los pies.

—Ahora dirás eso de «pequeño frasco, gran perfume». —De nuevo, las muy tontas, sentadas bajo uno de los árboles, miraron en su dirección y se rieron—. Dos tortas les daban yo a cada una.

Ángela se detuvo y, a riesgo de dejar caer su montón limpio, cogió su brazo.

—No, Teresa, que nos echan, ni caso, ya verás como venga doña Flor y las vea ahí sentadas.

Ya era tarde, Teresa sentía el latir de la vena que su cuello se esforzaba en dominar, soltó en los brazos de Ángela su carga y la pobre dejó caer los picos de algunas telas, que enseguida se mancharon.

—¿Qué pasa? —increpó Teresa con los brazos en jarras dirigiéndose al grupo que rieron aún más. No le gustaban aquellas chicas, al ver cómo los pacientes empezaban a salir a las ventanas entre risas se puso aún más nerviosa. Se levantaron y, al hacerlo, comprendió por qué estaban allí sentadas, del regazo se les cayeron unos cuantos cigarrillos liados y un pañuelo.

—Se ponen ahí, les enseñan a los chicos las piernas y los muy tontos les dan fruslerías. Al verte sonreír a uno de ellos han pensado que eras competencia.

Teresa se giró para mirar al hombre que había hablado, no sabía si más sorprendida por lo que hacían aquellas tontas o por la altura de él en comparación con su corta estatura. Pero él ya no la miraba siquiera, se giró hacia Ángela con una sonrisa bobalicona.

—¡Eh, vosotras! ¿Qué pasa aquí? ¡Ángela, no ves que estás manchando todo!

La gobernanta dio un grito y las chicas bajo el árbol se movieron a toda prisa, sacudieron sus faldas azoradas mientras Teresa permanecía impasible, su mirada sobre ellas —. ¿Y tú? ¿Teresa? ¡Pues bien empezamos, no quiero…!

—No fue culpa suya, doña Flor. Se metieron con las dos chicas.

La voz grave pareció aplacar a la gobernanta cuando se giró para mirar de nuevo al hombre alto, de anchas espaldas. Sus ojos azules parecieron reír divertidos cuando doña Flor se recompuso de su ira en un instante. Teresa vio al grupo de chicas perderse entre las sábanas colgadas. Ángela, aún con los brazos cargados hasta arriba, miraba a aquel hombre con los ojos muy abiertos y una expresión de admiración tal que Teresa puso los ojos en blanco.

—Déjame llevarte eso dentro —susurró él y cogió las

sábanas que cargaba Ángela mientras los ojos de ambos se cruzaban—. ¿Cómo te llamas? —preguntó ignorando a doña Flor, que pareció darse cuenta de que las otras chicas escapaban de su regañina y fue tras ellas a voz en grito.

—Ángela. —Y pareció reaccionar al oír su nombre de sus propios labios—. No, no te molestes, puedo sola.

—Rufo —respondió él como si Ángela se lo hubiera preguntado.

Teresa sonrió, ignorada, mientras seguía a ambos hacia el interior, parecía que Ángela había encontrado un paladín, no estaba mal, era guapo y fuerte. Tan alto que hasta Ángela debía mirar hacia arriba para encontrar su mirada.

Al acabar el largo día, la gobernanta dio su paga, que ya era más de lo que veía en una semana en la casa de los Bernal. Sí, tenía la espalda doblada, pero pronto sería suficiente para encontrar su propio camino y el del bebé que venía. Volvieron despacio, encorvadas y con paso lento, llevaban cada una a la espalda un fardo con sábanas que remendar. Estar embarazada no era un problema para ella, podía hacer las mismas cosas que las demás, no era una enfermedad, al fin y al cabo, pensó acariciándose el vientre.

Teresa pronto siguió las rutinas de Ángela, madrugar, dejar la comida preparada a don José y salir para el hospital; a veces no se quedaban y volvían con las manos vacías, pero la mayoría de las veces conseguían trabajo para el día o bien sábanas para zurcir. Día a día, Teresa fue hablando más y Ángela aprendió a escuchar. Benita iba a buscarlas muchas tardes, cuando acababa sus horas de cuidado a Isabel y juntas hacían el camino hacia la casa. Quedaban dos días para San José y Ángela le había hecho a su padre una chaqueta, de esas de cuello alto que tanto llevaban los señoritos, esa misma noche quería acabar los puños.

—¡Va a parecer un señor don José! Ándate con cuidado que igual se echa novia tu padre. —Benita, una vez que había superado su timidez con Teresa, a veces era hasta graciosa la pobrecica, más cortada que la nata que preparaba Ángela.

Don José. Al principio Teresa andaba de puntillas por la casa para evitar molestarlo, Ángela prometió guardar su secreto, pero siempre temía hacer algo mal y contrariar a ese buen hombre. Poco a poco comprendió que el padre de

Ángela no era como su padre, por el contrario, era divertido y sencillo, la gente del barrio lo quería y siempre algún conocido iba a saludarlo, compartían la tarde en la cocina junto al buen vino que guardaba de reserva y, cuando alguien preguntaba quién era ella, respondía sin ninguna duda: «Familia». Así, poco a poco, Teresa se encariñó como todo el mundo con él, porque no quedaban reservas o dudas, era un buen hombre.

Teresa resopló, aquel día le pesaba más el bulto a la espalda con las sábanas, esa noche no se dormía, había que devolverlas el viernes y acabar la chaqueta de don José. ¿Qué habría echado la gobernanta entre los bultos? ¿Piedras? Benita la detuvo al verla tan sofocada.

—Trae, Teresa, que te ayudo.

—Deja, si eres aún más chica que yo. —Resopló, se colocó una vez más el bulto al hombro y tiró para adelante, ignorando su cara de espanto por su hablar brusco.

Enfilaban el último tramo, se les había hecho de noche y la única que hablaba a ratos era Benita. Estaban cansadas y faltas de sueño, la gripe se había cebado con la ciudad al llegar la primavera y el trabajo no faltaba en el hospital, ahora casi todos los días se quedaban las horas completas. Por si no fuera bastante, habían traído a muchos militares heridos desde las colonias donde se libraba una guerra de independencia, las tales Filipinas, Cuba, Puerto Rico, ciudades que a ellas les sonaban a arameo, pero que al parecer eran de España. Jacinta tenía a su marido allí, destinado en Cuba, decía en sus cartas que siempre hacía calor y las mujeres no llevaban medias. Qué misterioso lugar donde Teresa sería siempre feliz sin el agobio de las medias. A veces, don José y ella se enzarzaban, Jacinta tratando de dar sentido a por qué su marido luchaba por una tierra que ni les iba ni les venía mientras ella comía nabos podridos. Don José hablaba enaltecido por el antiguo esplendor español, hasta que Teresa sentenciaba que tres narices le importaban esas Filipinas y Cuba cuando los trabajadores sufrían la opresión de los señoritingos. Ahí se acababa la discusión porque Teresa, además de tener un genio de mil demonios, hablaba bien y los dejaba sin argumentos.

Uno de los carros que les adelantaban se detuvo un poco

más adelante. Teresa vio que era uno de los muchos que traían comida al dispensario desde el mercado de abastos. Al hombre que lo conducía lo había visto en alguna ocasión fumando a la entrada, apoyado en las verjas, observándolas sin disimulo trabajar en los tintes, desde aquel día en que las defendió de la gobernanta y de aquellas chicas desagradables se hacía notar de una manera u otra. Ángela, a su lado, se alisó la falda y se pasó la mano por el moño para ver si estaba en su sitio.

—¿Quieren que las lleve? Está anocheciendo.

Teresa fue a hablar cuando Ángela cogió su brazo y abrió los ojos desmedidamente para que no soltara una de las suyas.

—No se moleste, estamos ya cerca.

Teresa puso los ojos en blanco cuando oyó el tono de Ángela, se moría por subir a aquel carro.

—No es molestia —contestó él mientras descendía.

Ángela sintió el corazón latir tan deprisa que apenas podía oír sus pensamientos, era aquel hombre, gentil y educado, que la ayudó con las sábanas, el que se paraba con los otros en la verja, a veces lo había visto mirarla con curiosidad y apartaba la vista con rapidez al ponerse colorada. Era alto, increíblemente alto y de hombros anchos. El pelo lo llevaba hacia un lado peinado, castaño y demasiado largo, sus ojos azules miraron a Ángela de arriba abajo sin querer. Ella, que a veces se avergonzaba por su altura, un poco más destacable que la de las demás chicas, se sintió feliz a su lado, mirándolo desde abajo, arrinconada entre el carro y él por su ancho cuerpo.

—¿Dónde vivís? ¿Sois hermanas?

Ángela aceptó su mano, sintió su piel ruda y castigada por el trabajo. Él, con un movimiento como si no pesara nada, la cogió de la cintura y la subió al asiento de al lado del conductor. Después, agarró el bolso de tela con las sábanas y lo echó atrás sin ver cómo se ponía colorada hasta las orejas.

—No, pero somos vecinas, vivimos cerca del camino de Aragón.

Teresa los vio mirarse y suspiró, tomó la decisión por su amiga.

—Vamos, Benita, sube, al menos no tendremos que seguir cargando con esto —dijo arrojando los bultos junto a los de Ángela. Ambas amigas la miraron sorprendidas cuando dio un salto y se sentó en la parte de atrás. Sí que tenía que estar cansada para acceder a que las llevaran. Tendió la mano a Benita, que ya se había quedado muda.

—Me alegra volver a verte, Ángela.

Ángela, que sacaba las palabras hasta a un muerto, parecía estar cohibida. Teresa estaba a punto de echarse a reír al ver su carita de corderito al mirar a Rufo, creía recordar que ese era su nombre.

—Rufo, ¿verdad? Estas son Benita y Teresa. Gracias por llevarnos, hoy se nos estaba haciendo demasiado largo.

—Sí, hay mucho movimiento, traen soldados todos los días. ¿Es por ahí? —Señaló una calle.

—Sí —susurró Ángela. ¿Por qué aquel hombre le producía esa extraña sensación en el estómago? No podía dejar de mirar su perfil, la nariz recta, el mentón apenas sombreado a esas horas por la barba que amenazaba con volver a aparecer, su mandíbula marcada. Todo en él daba seguridad. Se notaba que sus compañeros y todo el mundo en el dispensario lo apreciaba. Lo había visto reír con sus compañeros en el patio, una sonrisa marcada de líneas junto a la boca, como ahora cuando se giró, sintiéndose observado. Ángela le correspondió con una media sonrisa.

—Ya no queda nada, es por allí —volvió a indicarle para girar de nuevo.

Teresa y Benita permanecían calladas atrás, fijos sus ojos en aquellos dos que se miraban a escondidas. Teresa lo reconoció, no hacía mucho ella miraba igual a un hombre, Diego. Medias sonrisas, miradas de soslayo, mejillas coloradas, ¡ay, Ángela!

Tras unas breves indicaciones llegaron a la puerta de casa. Teresa bajó y, con la ayuda de Benita, arrastró los bultos hasta la entrada.

Rufo saltó de su asiento dejando las riendas atadas a la barra del pescante y corrió en ayuda de Ángela, tendió su mano caballeroso y, al cogerla, ambos se miraron como si nada más existiese.

—Ángela, ¿puedo verte algún día?

—¿Verme? Sí, claro, mañana estaré otra vez en la lavandería. Me ves todos los días.

—No me refiero a eso, ¿no tienes algún día libre?

Ángela sonrió colorada por su propia inocencia.

—La verdad es que no.

—Entonces, cuando acabes mañana el trabajo, espérame en la estatua del patio, por lo menos te traeré a casa, os traeré, quiero decir —dijo cayendo en la cuenta de que sus amigas aún seguían ante la puerta esperando a Ángela.

—¿Es que vives por aquí, Rufo?

Él dejó ver su preciosa sonrisa, algo tímida y esquiva.

—La verdad es que no, pero me gustaría conocerte.

Ángela sonrió aún más tímida, si cabe, llena de ilusión y una sensación de ahogo en el corazón.

—¡Vamos, Ángela! —refunfuñó Teresa dando saltitos, los pies ya le hormigueaban de estar tantas horas de pie y empezaba a notar un dolor en la espalda.

—Entonces, mañana —susurró Rufo como si se tratara de una promesa. Ella asintió, vio su alta figura, de cintura estrecha, entrar en la casa y esperó. Ángela se volvió un instante y lo vio en aquellos enormes ojos almendrados, le gustaba a pesar de su enorme altura y sus torpes intentos de hacerle saber que estaba interesado en ella.

CAPÍTULO 5
RUFO

Rufo había visto a Ángela, hacía tiempo, trabajando concentrada en los tintes. Aquella sonrisa a todas horas, su cuerpo flexible bajo aquellas faldas largas, la forma en que los mechones castaños escapaban de sus recogidos hasta quedar hipnotizado por ella y su rostro dulce. En mil ocasiones había ido tras ella, tratando de infundirse el valor suficiente para hablar, hasta ese día en que su amiga iba a meterse en problemas y vio la oportunidad perfecta. Era tímida, incluso a veces la veía sobreponerse y enderezar los hombros para poder hablar con Flora, la responsable de las chicas, aquella deliciosa forma de suspirar para darse ánimo evitaba a las muchachas más conflictivas bajando la cabeza y trabajando duro. Poco a poco se había dado cuenta de que perseguía su bonita figura, que quedaba embobado al ver cómo sonreía y preocupado cuando ella miraba alrededor sabiéndose observada. Él siempre intentaba pasar desapercibido, ¿qué pensaría si de repente se acercaba a ella sin excusa alguna solo para oír su voz de cerca?

Al pasar junto al grupo con el cual siempre se juntaba Ángela, oyó que al día siguiente iría a la Estación de Mediodía, con una tal Isabel, para ver las plantas exóticas del exterior, y se preguntó si no sería una buena idea hacerse el encontradizo fuera de los muros del hospital. ¿Acaso no era común encontrarse en una estación de trenes? Él podía decir que esperaba a alguien, que su cara le había sonado y, claro, Ángela pensaría que la seguía y acabaría cualquier oportunidad de acercarse a ella. Con su enorme tamaño no era fácil, la gente cuando lo veía se sentía intimidada, tenía que ir con cuidado, no quería asustar a Ángela, así que, a

pesar de que su gran idea se antojaba factible, desistió con resignación. Tendría que esperar, ser paciente y aguardar, quizá la oportunidad llegaría. Y llegó esa misma tarde, cuando esa amiga suya de genio de mil demonios estuvo a punto de enzarzarse con aquel grupo.

Así que, aunque el cielo cayera sobre él, mañana estaría esperando a Ángela para traerla a casa. Comenzó a llover y Rufo miró al cielo negro como la boca de un lobo. Iba a calarse hasta los huesos, pero merecía la pena si al final había encontrado el modo de acercarse a ella. Ángela, su ángel de ojos color almendra. Miró la puerta cerrarse tras las mujeres, reticente a marcharse, pero no quedaba otra que esperar a mañana para ver a Ángela otra vez.

CAPÍTULO 6
PÁJAROS Y SECRETOS

Las tres entraron en la cocina, entre sonrisas y murmullos, cuando las primeras gotas comenzaron a caer con fuerza. Tras ellas la puerta se abrió con fuerza y Ángela no pudo evitar pensar si sería Rufo. Al ver a Jacinta, frunció el ceño desencantada.

—¡Me *ca* la leche, cómo se ha puesto a llover! ¿Cómo habéis llegado así de pronto?

—Ya ves —refunfuñó Teresa.

—¡Ah, hola, Bendita! ¿Dónde tienes a Isabel?

En vez de Benita, Jacinta tenía la costumbre de llamarla Bendita por su devoción al Cristo de los pobres y por el escapulario que le regalaba siempre por su cumpleaños para que tomara el buen camino y dejara de decir palabrotas.

—¡Bueno! ¿*Naide* me va a contar quién era el altote ese que hacía ojos a Ángela?

Ángela y Teresa trajinaban recogiendo los abrigos y preparando la cena, ajenas a la conversación de Jacinta, pensando en acabar pronto y ponerse a coser como dos posesas.

—Rufo es un caballero que nos ha traído a casa.

—¡Ay, Bendita! Algo querrá, ¡que no se hace *na* por *na*!

Ángela abrió la ventana al echar al fuego unos huevos, el frescor de la noche mezclado con la lluvia le hizo inspirar hondo, miró hacia el sauce, donde un pajarillo se refugiaba de las gotas. El pajarillo miró hacia ella y el corazón se le encogió. Miró a su alrededor, a Jacinta y Benita, que andaban enzarzadas: que si eres una cotilla…, y tú, beatita, siempre lo mismo. ¿Y Teresa? Ángela dejó la sartén con los huevos rotos y fue hacia el pasillo temerosa, hacía un momento estaba con

ellas en la cocina. Al llegar al vano de la puerta vio la figura de Teresa apoyada contra el muro, sostenida por el hombro contra la pared. Avanzó despacio, como si el charco oscuro que se formaba a sus pies fuera algo irreal. ¿Había entrado alguien y había hecho daño a Teresa? Susurró su nombre y solo entonces oyó su sollozo, bajo y lleno de dolor.

—Teresa, pero ¿qué? —Al acercarse vio el tono rojo del charco, salía de entre las piernas de Teresa, resbalando por su piel.

—No me toques, Ángela, no llames a nadie —suplicó con la cara escondida contra la pared, interponiendo la mano entre ellas.

—Pero ¿qué te pasa?, dímelo.

Teresa se giró con el rostro lleno de dolor y levantó las faldas para que viera de dónde procedía tanta sangre. Ángela abrió los ojos como platos. Era el bebé, no comprendía qué le pasaba a Teresa, pero tanta sangre… Miró la pequeña figura de su amiga, retorcida contra la pared. A veces olvidaba que estaba embarazada y que por eso siempre le pedía sus vestidos, que le quedaban enormes como si fuera un saco de huesos sobre sus estrechos hombros.

—Quería llamarla Blanca al principio, pero luego, al conocerte, quería que se llamara como tú, es una niña, estoy segura.

Ángela no sabía bien si cogerla o dejarla allí, apoyada contra la pared.

—Tengo que llamar a un médico, Teresa.

—¡No! No puedo pagarlo.

—Eso da igual, padre lo pagará por ti, te adora, déjame llamar a un médico.

Teresa sollozó más fuerte, abrió sus ojos horrorizada.

—No se lo digas a don José, tu padre me echará, no lo entenderá, si hasta mi madre me echó de casa.

Ángela se sintió estúpida, Teresa doblándose la espalda en el dispensario, cargando sacos como una burra…

—¡Se te ha quemado la tortilla, Ángela!

Jacinta y Benita las encontraron en el pasillo, allí, abrazadas, mientras la sangre seguía saliendo y manchaba sus vestidos.

—¡La madre que me parió! —Jacinta las separó y empujó a

Ángela hacia atrás, aferró por las axilas el cuerpo de Teresa y la llevó hasta la cama—. Benita, corre, ve a mi casa y coge el aguardiente, ¡date prisa, coño, y como digas una palabra te mato! Pero ¿de cuánto estás, criatura?

—Tenemos que llamar a un médico —gritó Ángela según Benita echaba a correr al mandado de Jacinta.

—¡No!

Jacinta rajó el vestido de Teresa y la enorme tripa apareció ante ellas.

—¿No sabes de cuánto estás?

—Quizá cinco o seis meses. ¡No lo sé!

—¡Voy a por el médico!

—¡Quieta ahí, Ángela! Si traes a un médico se enterará todo el barrio, tu padre tendrá que firmar un certificado, un entierro… Deja, he traído al mundo a mis hermanos. —Jacinta agarró su muñeca, más seria de lo que nunca la había visto.

—¿Y qué pretendes? Se va a morir aquí —gritó de nuevo al oír gemir a Teresa.

—¡No se va a morir, está dando a luz antes de tiempo! ¿Tú lo sabías, Ángela?

Asintió con la barbilla y Jacinta negó con la cabeza, preocupada.

Benita apareció con la botella y Jacinta se la colocó a Teresa en la boca, apenas la dejaba que tragase hasta que llegó a un cuarto, serviría para tumbar hasta un oso.

—Mi Blanca, mi niña. —Todas se quedaron heladas oyendo a la fuerte de Teresa, siempre cínica y dura como una piedra, gemir el nombre de la hija que se le moría dentro poco a poco. Benita empezó a rezar, se arrodilló a los pies de la cama y su murmullo se convirtió en una letanía. Mientras, Jacinta colocaba las piernas de Teresa y las primeras contracciones llegaban.

—Ángela, si lo echa y sigue sangrando llamamos al médico, ¿no lo ves? Vino a Madrid buscando una vida, tendría que irse del barrio. Y si alguien se entera, ¿dónde acabará? ¿Con las mujeres de la estación?

Jacinta sabía tantas cosas de la vida que a ella se le escapaban, solo ella sabía de su pasado antes de llegar al

barrio, hacía ya casi cinco años.

—Lo he visto antes, sé qué hacer —dijo subiéndose a la cama y empujando con las palmas hacia abajo—. Ángela, ven, ayúdame, la Bendita solo sabe rezar. ¿De qué sirve? ¿Y dónde estaba tu señor cuando echaron a esta criatura del pueblo?

Si les hubieran preguntado más tarde qué pasó en aquella habitación, ninguna hubiera podido contestar, los lamentos de Teresa, la letanía de Benita, las manos seguras y exigentes de Jacinta. Ángela, ella limpiaba la frente de Teresa, cogía su mano, retenía a su amiga como podía en el mundo de los vivos porque sentía cómo se les escapaba poco a poco. A los pocos minutos tomaron la decisión, tuvieron que llamar al médico, Benita fue a por él, ya todas con el miedo a perder a Teresa.

Blanca no fue Blanca, sino un niño rojizo que salió muerto tras horas de parto, asfixiado, sin hacer y tan pequeño que parecía un muñequito. Teresa dormía y entre Ángela y Jacinta lo envolvieron en las mismas sábanas manchadas en las que había nacido sin querer mirarlo demasiado, entre las lágrimas que mojaban los paños sucios. El médico dijo que tenían que enterrar al pequeño, pero que no haría el certificado de nacimiento ni el de defunción, eso después de que Benita le diera todo lo que consiguieron juntar entre las tres a cambio del silencio del doctor.

Aún no había amanecido cuando las tres, con las rodillas en el suelo, enterraron al bebé de Teresa a los pies del sauce, ninguna lloraba ya, cansadas y carcomidas por la culpa de si hacían bien.

CAPÍTULO 7
DE MÍTINES Y AUTOMÓVILES

Don José miró una vez más por la ventana de la cocina, allí estaba de nuevo Teresa, sentada junto al sauce, ese año el árbol tenía más flores que nunca y eso que él calculaba que debía de tener al menos quince años y los sauces envejecían rápido. Le preocupaba la muchacha, le había cogido cariño y era la mejor compañía que podía haber encontrado para Ángela, una era la sombra de otra. Había estado enferma, o eso decía su hija, que no la dejaba acompañarla al dispensario, sino que se traía ropa para que Teresa cosiera en casa. A veces le gustaría que su hija trabajara menos, pero el dinero era escaso, vivían una guerra que se libraba en América, tan lejos que no sabía ni dónde estaban esos países por los que su patria luchaba. Aquello de en España nunca se pone el sol comenzaba a ser cosa del pasado, ya se habían perdido algunas colonias como Guam, si es que se decía así, y la miseria había llegado a los de siempre.

Ángela apareció en la cocina bostezando y fue a dar un beso a su padre en la mejilla. Siguió la dirección de su mirada atravesando la ventana y de nuevo vio allí a Teresa, sentada bajo las ramas del sauce. El domingo era el único día en que Ángela se permitía haraganear un poco y levantarse tarde.

—¿Cómo te has puesto tan guapa, hija? —dijo su padre mirando la falda bordada y la camisa almidonada que llevaba Ángela.

—Con su permiso, íbamos a bajar Benita y yo hasta Madrid.

—Tienes mi permiso, ¿y ese muchacho os acompaña?

A su padre no se le escapaba que aquel muchacho alto y desgarbado había aparecido todos los domingos rondando su casa y esperaba a su hija en la esquina. Ángela no era tonta y

don José sabía que Benita los acompañaba a todas partes. Aun así, se preocupaba por ella, el instinto de un padre al ver que su hija comenzaba a ser toda una mujer. Jamás pensó ser uno de esos padres protectores y agobiantes, pero era su niña, lo más querido en el mundo.

—¿Qué muchacho?

Don José sonrió y, antes de que Ángela pudiera impedirlo, fue hasta la puerta con una sonrisa que se tornó carcajada al ver a su hija tan asustada.

—¡Tú, muchacho! Ven aquí.

Rufo se dio la vuelta al momento. Desde la puerta de la casa de Ángela un señor mayor lo llamaba agitando la mano para que se acercara. Podía echar a correr y esperar a Ángela en otro sitio, pero sería de cobardes. Y él no era un cobarde. Cuadró los hombros y enfiló callejón arriba. ¿Y qué si conocía al padre de Ángela? Esa chica le gustaba y mucho, se preocupó cuando durante días no vio a Ángela por el dispensario hasta que un lunes apareció en los jardines, sola, sin esa amiga, Teresa, con la que siempre iba. Supo entonces que aquella sensación que había carcomido su corazón era fruto del simple hecho de que la echaba de menos. Al principio la había buscado con la mirada, pero Ángela parecía distraída, algo había cambiado en su sereno semblante, parecía incluso triste. Al principio se negó a que le llevara de nuevo a casa, pero, tras su insistencia, intentando no rallar la pesadez, al final acabó cediendo hasta que un día le dijo que sí a salir un domingo y la sensación en su corazón cambió, empezó a latir deprisa.

—¿Señor? —Se acercó con cierta cautela, no siempre su aspecto de grandullón era del agrado de todo el mundo. Lo más importante es que a Ángela le gustas, se dijo para tomar confianza.

—Don José, el padre de Ángela.

Ambos se giraron al ver salir a Ángela del interior, roja como un tomate, encarnada hasta las orejas.

—¡Padre!

—Soy Rufo, señor, me gustaría invitar a su hija, con su permiso, a dar un paseo.

Benita ya se acercaba por la calle y frunció el ceño al ver la

pequeña reunión a las puertas de casa de Ángela. Jacinta ya asomaba por la puerta y, al llegar a su altura, los empujó hacia el interior. Lo que menos quería era que Jacinta se inmiscuyera en los asuntos de Ángela y aquel muchacho que parecía tan bueno. Le gustaba Rufo, era caballeroso, gentil, amable y miraba a Ángela con tal devoción que se había ganado su amistad y la de Teresa en aquellos viajes de vuelta a casa después del trabajo.

Rufo fue arrastrado hacia dentro con el padre de Ángela, la amiga de Ángela y la susodicha apenas sin darse cuenta, y fue entonces cuando sufrió lo que a todos les sucedía, que, al entrar a aquella cocina, espaciosa y luminosa, inundada de olores a hierbas y guisos, se enamoró de la casa. ¿A qué olía? ¿Flores? ¿Comida? Al momento se sintió envuelto por la misma calidez que sentía junto a Ángela, el mismo calor y dulzura que sentía al mirar sus ojos castaños. La puerta al jardín abierta, igual que la ventana, miró a Ángela, aquella casa era como ella, luz, sencillez, entrañable, el hogar que él nunca había tenido, todo eso y más era ella.

—¡Oh, padre! Vaya manera de invitar a alguien a casa, además está todo hecho una pena.

—Don José, gracias por su llamada, pero aún no me ha contestado —dijo Rufo. Al darse cuenta de cómo daba vueltas a su gorra, se detuvo; lo que menos quería era mostrarse nervioso ante el padre de ella, lo miraba con tal intensidad que pensó que adivinaría hasta el último rincón de su alma.

El padre de Ángela sonrió y le señaló que se sentase en una de las sillas.

—Anda, cuéntame, ¿en qué trabajas?

Ángela puso los ojos en blanco, le indicó a Benita que se sentara y, resignada al interrogatorio de su padre, destapó una fuente de galletas.

Desde aquel día Rufo se convirtió en uno más de la casa, al traer a Ángela del trabajo nunca entraba si don José no estaba y los domingos se tomaba un vaso de vino con él antes de llevarse a las chicas de paseo en su carro. Los días pasaron con el lento compás de la rutina, las semanas se tiñeron de flores y primavera, y ver a Rufo rondar la vieja cocina era tan normal como ver a Teresa bajo el sauce.

Ella estaba de nuevo en el jardín, pensativa, todas miraban

el sauce con lástima, pero el dolor de Teresa alimentaba cada día sus hojas. Cuando preguntó y le dijeron lo que habían hecho aquella noche, ella fue hasta el árbol y no se movió durante horas, como si hablase con ese hijo que estaba bajo sus raíces. Pasaba horas apoyada contra el tronco en absoluto silencio, no sabían si sanaba de sus heridas o se hundía más en ellas. Esa mañana, Ángela caminó con miedo hacia ella, temiendo perturbar con sus pasos los pensamientos de Teresa.

—¿Por qué no vienes hoy, Teresa? —preguntó en voz alta, quizá demasiado bajo para que ella lo oyera—. Vamos con Rufo al centro.

—¿Te ha besado?

Ángela abrió los ojos abochornada, nunca se acostumbraría a lo directa que era Teresa, parecía leer su mente con tanta claridad como si todo lo que pensara estuviera escrito en su frente.

—No.

—¿Y quieres que lo haga? —siguió preguntando Teresa.

—No lo sé, no sé si quiero, tal vez sí.

Teresa levantó su brazo y la invitó con una palmada sobre la madera del banco a que se sentara a su lado, Ángela se apoyó hombro contra hombro. Era tan ingenua su amiga, Ángela se estaba enamorando de ese hombre, poco a poco, como se echa la sal en los guisos, con mimo y cuidado, procurando que no sea demasiada y echar a perder la comida.

—No todos son unos cobardes o unos cerdos sin alma. Rufo me gusta, parece un buen muchacho.

—Gracias, Teresa.

—No sé por qué, eres lista, Ángela, haz lo que tu corazón te diga sin olvidar tu cabeza. Venga, vamos, voy a cambiarme a ver si ese muchacho tiene los arrestos de besarte de una vez. Iré con vosotros, aunque tenga que aguantar a Jacinta.

Ángela sonrió y, antes de levantarse, miró hacia arriba, las hojas se mecían con el viento, tal vez había esperanza para Teresa.

Jacinta se unió a ellas al salir de casa, cuando vio que Teresa iba con ellos no dijo una sola palabra. Si no fuera ella, Benita y Ángela creerían que miraba a Teresa con respeto, como si la fortaleza que mostraba su amiga le hubiera dado la admiración de la dura roca de Jacinta. Rufo las ayudó a

montar en el carro, reservando su lado a Ángela, quien sonrió cuando él la cogió de la cintura y la ayudó a subir, demorando un momento más las manos sobre la cintura, lo justo, porque don José debía de estar fisgando tras las cortinas.

Bajaron la avenida hacia el puente, emocionados, hoy mucha gente se concentraba en el centro. El famoso conde de Peñalver llegaba desde París nada más y nada menos que en automóvil, sería la primera vez que muchos verían el artefacto que entraría triunfal en la Puerta del Sol a las doce del mediodía. Se decía que incluso una banda recibiría al conde por tamaña hazaña, barquillos y limonada en la calle Gaviria.

Rufo dejó el carro a la salida del puente y decidieron seguir andando, había demasiada gente por las calles, nadie quería perderse ver un automóvil de verdad y no en la foto de algún periódico.

—No creo que esto sea buena idea, hay demasiada gente. —Benita intentaba no despegarse de Jacinta, que le sacaba un par de buenos centímetros de piernas.

—Hay más gente en tu iglesia en un día de misa, ahí no te importa *na*, ¿eh, Bendita? Yo no me quedo sin ver el coche del Peñalver, si quieres date la vuelta tú sola.

—Dejad de discutir, ya no podemos separarnos —les dijo Ángela girándose hacia ellas. Rufo les abría paso por las calles cercanas a la Plaza Mayor, donde un grupo se había concentrado, mujeres, niños y hombres, algunos con un brazalete rojo, alrededor de alguien que elevaba su voz sobre el tumulto.

Entre apretados empujones consiguieron pasar al mismo tiempo que un aplauso sacudía la plaza. Teresa, que iba detrás de Jacinta y Benita, se detuvo un momento.

—Mírale, ahí está, qué labia tiene el *joío* comunista.

Se giró ante las palabras de dos ancianos que miraban hacia el centro. Un hombre de apenas su edad había debido de subirse a un cajón, ya que estaba más alto que los demás, y pedía silencio. Mientras, en torno a él, ondeaba un mar de banderas rojas. Teresa se quedó parada, era un muchacho de hombros anchos, con el pelo negro hacia un lado, cayéndole sobre los ojos, la mandíbula marcada y una fina cicatriz del

mentón hasta el cuello, donde se perdía en su camisa blanca, arremangada en los codos. Parecía un intelectual de no ser por el tono aceituna de su piel, que solo podía dar el trabajo al aire libre. La gente lo ovacionaba, levantaban el puño en alto. Manuel, gritaban junto a las consignas de los trabajadores que hacía tanto que no oía Teresa. Había acudido a numerosas reuniones de la patronal en el pueblo, pero a ninguna como esa, al menos había allí doscientas personas. La gente enardecida lo aclamaba, tenía carisma, incluso en la distancia sus ojos negros atraían y cuando su voz empezó a hablar de los derechos de los trabajadores de las fábricas, de los mezquinos terratenientes del campo, de los sueldos míseros, Teresa olvidó a las chicas y a Rufo, la gente a su alrededor la engulló, la empujó hacia adelante, cada vez más cerca de la potente voz que se elevaba por encima de los murmullos. Absorta por sus palabras, no se dio cuenta de que una mujer a su lado le colocaba en el antebrazo el pañuelo rojo hasta que lo vio sobre su chaqueta, lo tocó con veneración, como si él hubiera sido quien lo hubiese puesto sobre su brazo.

Un pitido anuncio la entrada en Sol del conde. Rufo consiguió un sitio para ellas desde el que, de puntillas, pudieron ver entrar el flamante automóvil con un grupo de niños corriendo tras él.

—Me *ca* la leche, si da miedo, ¡y como suena! —gritó Jacinta para hacerse oír por los otros.

—Dicen que le ha costado diecisiete mil pesetas. —Rufo estaba emocionado, como muchos, era la primera vez que un coche recorría las calles de Madrid. Se imaginó cómo años más tarde cientos de coches recorrerían sus calles haciendo sonar sus cláxones y, más allá, a él al volante de uno de ellos.

Ángela sonrió al ver a Rufo tan emocionado, le agarró la mano con disimulo, entre tanta gente nadie vio aquella indiscreción, mientras el automóvil, de un color negro brillante, con altas ruedas, pasaba frente a ellos. El conde lucía una sonrisa orgullosa, saludando con una mano mientras los carros se intentaban apartar de su paso.

—Está encabritando a los caballos con esa bocina —susurró Benita.

En efecto, los carruajes y carros que se habían parado para

ver el paso del conde y su automóvil empezaron a alterarse. Un chico intentó coger las riendas de un caballo que levantaba las patas, asustado. La gente alrededor comenzó a correr para alejarse de las pezuñas, otro relinchó, otro carro intentaba salir de la plaza. El caos en un momento se hizo dueño de todos, que corrían hacia un lado y otro. Benita y Jacinta quedaron rezagadas contra el muro, en la entrada de un portal, mientras Rufo y Ángela quedaban en mitad de la plaza, arrastrados por la marabunta. Rufo tiró de ella, alejándola de las carreras de la gente y los gritos. Se giró para mirar a Ángela al sentir cómo ella trastabillaba sobre el empedrado a causa de la falda, que se le metía al correr entre las piernas. La miró un instante, consciente de que no podían detenerse, y se agachó para cogerla en sus brazos. No hubo tiempo para resistirse y Ángela cruzó las manos sobre su cuello para dejar que Rufo viera por dónde corrían. Llegaron a una bocacalle estrecha y oscura, libre del paso de los carruajes, y Rufo le ayudó a poner los pies en el suelo.

—¿Te has hecho daño, Ángela?

Los ojos de ambos se cruzaron, el cuerpo de Rufo estaba tan cerca del suyo que sentía toda su presencia, tan alto, tan fuerte que le envolvía con sus brazos sin querer soltarla. Él se agachó un poco tímido, con la duda en sus ojos azules, que fueron hasta los labios de Ángela, el aliento aún sofocado por la carrera. Sus rostros tan cerca que la respiración acelerada de uno se cruzaba con el otro al temblar sus labios. Con la suavidad de una caricia rozó al fin la sensible piel con un suspiro, ella lo recibió presionando contra su boca. Rufo, despacio, le hizo abrir sus labios con la lengua. La sorpresa de Ángela hizo que respondiera con torpeza cuando él acarició su interior, la sensación placentera hizo que lo siguiera, aprendiera con cada movimiento mientras los brazos de Rufo atrapaban su cuerpo contra él. Un beso, su primer beso. No sabía qué hacer con las manos mientras las de él acariciaban su espalda. Su cabeza se movía para entrar más en ella e intentaba seguir ese compás que hizo gemir a Ángela. Empezó a sentir sus pechos contra el torso, sus piernas entre las suyas, la excitación de la cual Jacinta le había hablado, un dulce placer que ascendía desde abajo y aceleraba el corazón.

—¡Ángela!

La voz de Benita los separó jadeantes, los ojos de Rufo sin apartarse de los suyos y la extraña sensación de querer más. Ángela retrocedió asustada por las sensaciones que aquel beso entrañaba, el palpitar rápido de su corazón y la respiración sofocada.

—¡Ay, Bendita, no hay nadie como tú para enfriar las brasas! —le recriminó Jacinta al ver los labios hinchados de Ángela y la expresión de Rufo.

—¿Dónde está Teresa?

Ángela miró tras ellas, lo cierto es que no recordaba haberla visto con sus amigas cuando comenzó la estampida para salir de la plaza, pero, claro, ella estaba a otras cosas.

—Creí que estaba con vosotros.

Teresa escuchaba absorta, de acuerdo con todas esas palabras que Manuel decía, hablaba con pasión, con una fuerza que admiraba mientas sus puños se agitaban al frente. Unas manos firmes y bonitas. Sus ojos brillaban ensalzados con la fuerza de su discurso y, al hablar, unos hoyuelos marcaban sus mejillas a ambos lados. A veces debía apartar un mechón de los ojos ante la vehemencia de sus movimientos. Teresa deseó ser ella misma quien lo hiciera para seguir mirando su rostro sin distracciones. Le pareció deliciosa su forma de inclinar la cabeza al sonreír por algo que habían gritado desde la masa de gente. Pronto se vería envuelta en el respirar de aquellas personas que adoraban a aquel dios pagano de la palabra, la camaradería de los comentarios en bajo, las expresiones de aprobación. Se dio cuenta de que no quería resistirse, quería formar parte de aquel murmullo, pensamientos que siempre había tenido y que a Teresa le habían sido negados, en el pueblo nadie comprendía sus ideas y ahora, allí, en una plaza de Madrid, se sentía aceptada, parte de algo, un grupo.

Los pitidos de los silbatos irrumpieron en la Plaza Mayor desde varias partes y los reunidos comenzaron a mirar alrededor asustados. Era la policía que intentaba disolver la reunión a base de empujones desde cada ángulo. La gente empezó a apretarse, se oyó un quejido tras otro, estaban usando la fuerza ante la resistencia de muchos. Manuel pedía calma, pero la gente empezó a gritar y rebelarse. Tenían derecho a estar allí, a expresarse libremente, decían y

gritaban. Las voces, unas confundidas y otras enfadadas, se alzaban sobre el jaleo. Teresa sufrió unos cuantos codazos antes de ser empujada hacia adelante con violencia. Ganó el centro de la plaza a base de nuevos empujones, un pie se le quedó atrás y osciló hacia adelante enredada en las piernas de los otros. Se iba a caer sobre el empedrado con el riesgo de ser pisada por la gente que corría. Alguien la cogió de los hombros parando su caída, unas fuertes manos sujetaron su cuerpo. Ella elevó la mirada para encontrarse con aquellos ojos negros antes llenos de pasión. Manuel. El cajón ya no estaba, lo había arrastrado la multitud, él la sujetaba y Teresa creyó ver sorpresa en su rostro cuando ella levantó la vista.

—Gracias —balbuceó Teresa en mitad del jaleo.

—No me las des hasta que salgamos de aquí, ven conmigo.

Manuel cogió su mano y tiró de ella, apartó con fuerza a cuantos se cruzaban con ellos sin pensarlo dos veces, sorteó a los que caían al suelo y empezaban a recibir el correctivo de los policías ante su negativa de abandonar la plaza. Con agilidad la condujo hasta la Cava Baja, donde apenas quedaban rastros de la antigua muralla de Madrid, como Ángela le había contado al pasar hacía un rato por allí. En esas calles, los pocos que habían podido escapar como ellos corrían alejándose de los disturbios. Llegaron a un pequeño descampado y al fin Manuel dejó de tirar de ella para detenerse, doblado en dos, con las manos en las rodillas y el mechón ocultando su rostro. Con una risa excitada y el aliento entrecortado comenzó a reír a carcajadas.

—¡Qué poco ha faltado! —Entonces reparó en que ella lo miraba extrañada.

—No tiene nada de divertido, debiste quedarte y ayudar a aquella gente, habían ido a verte y a escucharte.

Él abrió los ojos con sorpresa y, en lugar de enfadarse, se acercó a la pequeña figura de aquella muchacha. Hacía rato, mientras hilaba las palabras subido a su pulpito hecho con un cajón, que había visto a aquella chica de pelo negro, menuda y absorta en sus palabras.

—¿Cómo te llamas?

—Teresa.

—Soy Manuel.

—Lo sé, la gente coreaba tu nombre junto a las siglas de la

Internacional.

Manuel era un imán, de esos con los que padre enseñaba a los chicos como las fuerzas se atraían y se alejaban. Sus ojos, su mandíbula fina, su rostro de canalla guapo, ese mechón de pelo negro húmedo por la carrera, todo en él era peligroso, Teresa lo sentía, la sangre recorriendo su cuerpo al bombear su corazón deprisa. Manuel atraía con fuerza, dotado del don de la palabra y la cara de un ángel perverso.

—Entonces sabrás que si me cogen iría directo a calabozos de la gobernación —contestó Manuel picado por la indiferencia de esa chica. Todas lo trataban como a un héroe que defendía la voz del pueblo y le sonreían bajo su agitar de pestañas. A veces, harto de eso tedio, huía de esas mujeres en dirección contraria, pero aquella chica no parecía impresionada ni por su voz ni por su cara—. Tienes un acento curioso, ¿de dónde eres?

—No te importa.

Teresa se arrepintió al momento, esa vena que se le hinchaba en el cuello cuando alguien preguntaba acerca de ella salía sin control.

—Tengo que marcharme, mis amigos me estarán buscando.

—¡Espera, Teresa! —Manuel le cogió el brazo para que no se marchara—. Déjame acompañarte, no puedes volver por la plaza. ¿Dónde vives? Es mejor que te vayas a casa, no pararán hasta que se lleven un carro lleno de detenidos.

Los ojos de Teresa fueron de la mano de Manuel, que retenía su brazo, a su sonrisa de hoyuelos valorando si aceptar.

—No te equivocas —argumentó antes que ella lo dijera—, no soy un buen chico, pero te doy mi palabra de que me comportaré.

Teresa encogió los hombros al reír.

—Yo tampoco soy una buena chica, Manuel.

Fue solo un momento, un silencio ausente de aire, sus ojos brillaban sobre el otro, fijamente, chispeando.

Tomaron el camino del puente cuando atardecía, después de que Manuel le comprara un bocadillo en un puesto que desprendía suculentos aromas. Insistió tanto que Teresa cedió, se dio cuenta de que tenía hambre de verdad después de días. Una vez dispersado el tumulto y algunas carreras

atropelladas, cayó sobre Madrid la habitual algarabía de vendedores ambulantes, paseantes esquivando los carros y alguna que otra disputa aislada que apenas les permitió hablar hasta salir del entramado de callejones y callejuelas. Manuel estaba seguro de que jamás había conocido a una chica como Teresa, soltaba lo que pensaba, sabía de política y de los principios que él defendía, los trabajadores no podían seguir trabajando quince horas en las fábricas, decía, no recibir sus sueldos en el campo, seguir sometidos a un sistema de clases de hacía siglos, había que pactar un sueldo mínimo de retribución… Ella le rebatía, con acierto la gran mayoría de veces y vehemencia el resto, lo acusó de preocuparse solo por los trabajadores de las fábricas mientras la capital se llenaba de agricultores arruinados, expulsados de sus tierras.

—¿Cómo sabes hablar tan bien? —le preguntó intrigada admirando su perfil mientras caminaban hacia el puente.

—Voy a la universidad. Económicas. No es muy de mi agrado, pero lo prefiero a abrir cuerpos o estudiar pájaros. Mi padre insistió en que estudiara, quería quizá acercarme a la clase social de mi madre y alejarme de la tienda, ser tendero para él se había quedado en poco. Pasó media vida luchando por que lo aceptara la familia de mi madre como a un igual.

Teresa calló, un incómodo silencio, ¿tanto se había equivocado con él? No le había parecido un señorito ni un caballero, más bien un truhan con labia y claras ideas políticas.

—No te equivoques, soy hijo de un tendero que se casó bien, la familia de mi madre sí tiene dinero. Mi tía, es la única que me queda, me paga los estudios, pero nada más. Mis padres murieron en la gripe del 85. Me busco la vida, Teresa, no soy rico.

—En la sabiduría está el sustento de nuestro cuerpo.

Manuel se detuvo sorprendido al oír en labios de aquella muchacha las palabras del gran escritor.

—Hija de maestro de pueblo, mi madre le obligó a enseñarme. —Necesitó aclarar Teresa. No era habitual que una muchacha de pueblo supiera leer y aún menos citar frases de eruditos.

—¿De qué pueblo?

Teresa sonrió. Manuel era capaz de sonsacarle hasta el

último de sus días en el pasado, su mente se fue hasta el viejo sauce de la casa, y enseguida recompuso su corazón. Había cosas que por mucho que uno intentara desechar de su memoria volvían ante el miedo a la cercanía.

—De uno de esos en que hay cuatro casas y un señor para dejarte sin nada.

—Bueno, entonces ya puedo descartar medio país… Así que, de pueblo, Teresa. Siempre me he cruzado con chicas de pueblo, pero se llamaban Eufrasia, Gerundiana, Anacleta… ¡Qué gran fortuna llamarse Teresa!

Manuel le hacía reír, cuando quiso darse cuenta entre bromas e incendiadas ideas revolucionarias llegaron al río.

—¿Dónde vives, en el alto de Carabanchel?

—Sí, pero puedo continuar sola —respondió decepcionada. Manuel era un soplo de aire fresco, ágil en sus respuestas y, lo más importante, podía ser ella, soltar sus imprecaciones habituales que él se las tomaba a risa. No debía caer en la estupidez de pensar que podría llegar a gustar a aquel hombre. Tampoco quería, con tropezar con una piedra bastaba.

—Entonces corre, es el último tranvía.

Reticente se detuvo anclando los pies al suelo.

—No puedo pagarlo, Manuel.

—¿Quién dijo que íbamos a pagar? ¡Corre, Teresa sin pueblo!

Sonó a desafío, a reto de esos ojos vibrantes y sonrisa canalla. Se vio a la carrera, cogida de nuevo de su mano suave sin surcos ni marcas del trabajo. De un salto la subió con él a la parte de atrás del tranvía, unos guardias civiles los miraron un momento y, al ver que la velocidad del vehículo aumentaba, los dejaron marchar con unas cuantas promesas de escarnio.

—Estás loco, Manuel.

Estaban apretados entre los que, al verlos correr, les hicieron un sitio con ánimos e imprecaciones para que alcanzaran el tranvía. Teresa empezaba a comprender el gusto de la capital por la picaresca, el humor y las chanzas; cualquier acto que entrañara burla era celebrado por los que lo presenciaban sin importar si era bueno o malo, tan diferente al ceñido moralismo en el cual había crecido.

Manuel sujetaba su cuerpo, anclado su brazo a la cintura de ella para detener los vaivenes del tranvía. Él olía a jabón suave, su camisa sin una arruga, a espliego. Su presencia junto a ella era enorme, como si se comiera el espacio y la charla de los que les rodeaban. Entonces pronunció aquellas palabras que alteraron el mundo de Teresa:

—Tú me vuelves loco, Teresa.

Rio porque sabía que Manuel era de palabra zalamera, de cumplidos rápidos y no decía nada en serio, pero en realidad sus palabras afectaron a Teresa mucho más de lo que quiso demostrar. Bajaron en marcha, de un salto, cuando alcanzaron la ermita y siguieron a pie hasta el callejón. Caminaban al mismo paso, con las cabezas gachas y conversación ligera, más pausada que al huir, horas antes, de la plaza. ¿Tienes hermanos? Él respondió que no, hijo único de un matrimonio tardío y por amor, pero de ideas progresistas, no cabía otra, formado por una aristócrata y un tendero de barrio. Compuso con pequeñas preguntas la historia de Manuel, abocado a vivir con una tía mayor que lo plegaba a sus deseos si él, y su rebeldía continua, quería seguir estudiando. Teresa se detuvo al entrar en el empedrado. No quería tener que explicar dónde había pasado el día y, aún menos, quién era Manuel. Don José huía de la política, de los mítines y de los caraduras como Manuel.

—¿Puedo volver a verte, Teresa?

—No, Manuel, para un rato ha sido divertido, pero te lo dije, no soy buena compañía ahora —dijo pensando en su precaria situación, acogida en casa de Ángela, no sabía siquiera si tenía aún trabajo en el dispensario después de llevar tanto tiempo sin aparecer por allí.

—Yo tampoco, te lo dije, no soy buen chico. Vendré a buscarte, Teresa.

Teresa lo miró sorprendida. ¿Por qué? ¿Qué había visto en ella, tan pequeña y seria, tan deslenguada y arisca? Una chica que aún caminaba de puntillas por Madrid, tan herida y furiosa consigo misma.

—Porque me gustas, te lo he dicho.

Se inclinó y le plantó un beso en los labios, rápido, con la lengua saboreando la sensible piel y las manos en su espalda. Fue rápido e hizo que las piernas de Teresa temblaran de

puro placer. Quizá sabiendo que probablemente los vecinos los observaban, Manuel inclinó la cabeza y se separó sin apartar los ojos de ella. Se metió las manos en los bolsillos con soltura y tras dar dos pasos dio un saltito gracioso con las piernas hacia un lado. Teresa sonrió al verlo marcharse y entró en la casa con una alegría poco habitual en ella.

Ángela la esperaba en la cocina, trajinado con la comida del día siguiente, al parecer don José ya se había ido a su ronda.

—¡Al fin! Estaba preocupada por ti, desapareciste.

Teresa miró a su amiga, estaba enfadada. Cuando Ángela miraba al suelo y fruncía el ceño podía pasar así días, su carácter era dulce, pero su tozudez era la de un mulo.

—Os perdí antes de llegar a Sol y di una vuelta.

—Podías habernos buscado, no teníamos ni idea de si te había pasado algo, vas siempre a tu aire, Teresa.

Teresa captó el nerviosismo en la voz de Ángela y entornó los ojos, ella era consciente de que sabía cuidarse sola. Entonces cayó en la cuenta. ¿Ángela pensaba que podía haberse marchado? O peor, ¿que se haría daño a sí misma? Se fijó entonces en que su rostro se suavizaba en un mohín distraído. No discutía con Teresa, sino con ella misma, algo había alterado profundamente a Ángela.

—¿Qué ha pasado, Ángela? Si ese palurdo de Rufo te ha hecho algo juro por el cielo que le abro la cabeza.

—No seas bruta, Teresa —susurró, seguía sin mirarla.

—Entonces, habla o cojo el quitapenas de don José y lo muelo a palos.

—Me ha besado.

Teresa abrió los ojos como platos.

—¿No te había besado antes? Lleváis saliendo dos meses…

—Jolines, Teresa, sabes cómo soy, yo… si lo sé no te lo cuento.

Se obligó a no sonreír, ¡qué inocente era su Ángela! Recordó el beso de Manuel, atrevido y fuerte, rápido y sensual. No hacía falta que su amiga le contase el tipo de beso que Rufo le había dado, calmado y suave, tierno e inocente. Teresa frunció el ceño. ¿Por qué Ángela atraía a hombres como Rufo, decentes y buenos hasta la desesperación y ella a los malos que subían a tranvías sin pagar, que alentaban

manifestaciones, que sonreían canallas y que le decían cosas atrevidas?

—Anda, mujer, cuéntamelo con todos los detalles, pero deprisita, que mañana voy contigo al dispensario y tengo que arreglarme el traje de faena, es hora de que me gane la comida otra vez.

Ángela se sorprendió, algo había cambiado en Teresa aquella tarde, quizá tras contarle su día ella hiciera lo mismo porque su amiga volvía a sonreír, volvía a tener brillo en los ojos.

CAPÍTULO 8
UN BESO Y UNA LÁGRIMA

Teresa no podía dejar de mirar de vez en cuando por la ventana, una semana había pasado y ni rastro de Manuel, conque le gustaba, ¿eh? No sabía si sentir de nuevo aquella sensación de espera, de ansiedad, a la par que ilusión, era bueno. Las horas largas como aburridos días de lluvia, y a la vez melancólicos, se habían ido deslizando desde el lunes. No le gustaban las esperas, menos cuando trataba de engañarse. No ha sido nada, pensaba, un día fantástico que recordar y nada más. Después Teresa se daba cuenta de que se encontraba otra vez pensando en él, en sus ojos, su forma de sonreír, nada que ver con un incesante agobio de ver otra a Manuel, sino una sensación de echar en falta algo imprescindible en la maleta en un viaje largo.

Jacinta abrió la puerta como siempre, sin llamar, daba igual si estabas vestida o si estabas limpiándote los mocos, ella entraba y se sentaba en la cocina, y si había algo en la mesa ella se ponía a comer, ajena a los pensamientos de Teresa o a quien encontrara.

—He *tenío* carta de Andrés.

Teresa miró hacia el jardín. Ángela estaba arrodillada bajo el sauce limpiando las hierbas, ella hacía días que no se acercaba al árbol. En algún lugar bajo la tierra estaba su niño, dolía tanto que ni siquiera salía a pesar del buen tiempo. Necesitaba cerrar las cicatrices de un momento tan traumático, y no solo de su pequeño, sino del recuerdo de Diego. Jacinta suspiró alto, apagando el ruido de un grillo cerca de la puerta. Teresa se preguntó por qué casi siempre era Ángela la destinataria de confidencias o la portadora de sabios consejos; era así de simple, con el tiempo los roles de

cada una quedaron claros y se sumergió en el día a día de sus amigas. Ángela era consejo y presencia; Benita, paz y tranquilidad celestial; Jacinta, un torbellino; y ella, bueno, no era considerado mentirse, era quien decía las cuatro verdades a lo bruto.

—La escribió hace un mes.

Se giró hacia Jacinta, había entendido a su amiga, aunque tuviera la boca llena de pan, lo raro era que no hubiera preguntado por Ángela y no fuera a ella a quien se lo contara. Teresa seguía en ascuas, pero decidió actuar con normalidad, si se mostraba en exceso interesada, conocía a Jacinta, se retraería.

—Buenos días, Jacinta. ¿Quieres sentarte? ¡Mira, hay pan! ¿Quieres?

—*Na*, no seas idiota, Teresa.

No tenía remedio. Si ella era bruta, Jacinta lo era más.

—Pues estarás contenta, con la carta, me refiero, hacía mucho que no sabías de él. ¿Qué tal está nuestro soldado filipino?

—Vuelve a casa.

Teresa se giró sorprendida por su tono preocupado, se sentó a su lado.

—Pero eso es bueno, deberías estar contenta. —El marido de Jacinta llevaba defendiendo la bandera española más de dos años en las Américas. Se habían casado después de solo un año de novios en que, según le contaba Benita, se pasaban más días discutiendo que arreglados. Nada más casarse, él se marchó y no habían vuelto a verse. Como Andrés no sabía escribir, su oficial era el que pasaba a papel lo que él quería decir y las cartas eran breves, sosas y sin más cariño que «un afectuoso beso». Ángela redactaba las de Jacinta, que era más bruta que un arado y no era fácil sacarle ni tres palabras escritas. Más de una vez había intentado enseñarla y, dejándola por imposible, se habían rendido. Mientras escuchaba en esas interminables horas en que gastaban papel deshaciendo lo dicho, pensaba que si ella amaba a su marido le sería más fácil que a Jacinta expresar su afecto, y no era cuestión de cultura, sino de sentimientos.

—Pues no lo estoy —contestó fastidiada. Teresa dejó que siguiera, pocas veces había visto a Jacinta así—. Vivo muy

bien sola, hago lo que quiero, *naide* me dice cuándo tengo que entrar o salir, mi dinero es mío y, si no quiero limpiar o hacer la comida, me vengo aquí y me paso el día tocándoos las narices.

—Cosa que se te da muy bien.

—No estoy de broma, Teresa, que me he acostumbrado a no tener que dar explicaciones, me gusta vestir como visto, me gusta ir a mi aire.

—Entonces, no quieres que vuelva. Tal vez seas más feliz con él, piensa en que tendrás compañía todo el día, te ayudará con los huéspedes…

Ángela entró en la cocina con un ramillete de malas hierbas agarrado en la mano y las miró perpleja.

—¡Hágase la paz entre las tribus! Y la paz se hizo. ¡Qué tramareis las dos!

—¡Métete en tus asuntos, Ángela! ¡O me meto yo con el Rufo!

Jacinta salió disparada hacia la puerta y se fue con su habitual portazo. Teresa y ella se miraron.

—¿Qué le pasa a la loca esta?

—Ni idea, algo de su marido. —Teresa encogió los hombros y se marchó dejando a Ángela sola. Solo a Jacinta le correspondía decidir a quién contaba sus problemas. Al pasar junto a la puerta oyó a alguien golpear con los nudillos. Pensando que era Jacinta con otra de sus locuras, abrió de par en par con el ceño fruncido, aún pensativa por el problema que suponía para su amiga la vuelta de su marido.

Retrocedió al ver en la puerta a Manuel y enseguida se recompuso ante la estampa de él y cerró la boca, que había abierto como una tonta. Era tan guapo como lo recordaba, iba vestido como el día que lo conoció, con una camisa blanca arremangada hasta los codos y un pantalón color marrón. Manuel sonrió canalla ante su sorpresa.

—¿No vas a dejarme entrar en tu casa, Teresa?

—No —contestó cerrando tras de sí la puerta al salir—. ¿Qué haces aquí?

—Venir a buscarte —contestó con una sonrisa—. Te lo dije, que volvería.

—De eso hace una semana, ¿qué te hace pensar que podías presentarte aquí?

El hoyuelo de su rostro se intensificó al fruncir el ceño confundido y medio sonreír extrañado.

—Teresa, eres como el agua con sal, das más sed cuanto más bebes. —Ella sonrió negando con la cabeza—. En serio, morena, he pensado mucho en ti, en el beso, en tus ojos negros…

Teresa dio un paso atrás.

—Yo ni me acordaba ya de ti.

Manuel avanzó un paso, hasta que tuvo que inclinarse para ver sus ojos.

—Estás mintiendo, has pensado en mi cada día, como yo en ti. —Él le apartó un mechón de la cara y enredó los dedos en su pelo rizado—. ¿Quieres que te ronde? ¿Que venga cada día a suplicar que demos una vuelta? Lo haré si eso te hace feliz, Teresa.

Manuel se acercó tanto, no con el cuerpo, sino con esa voz capaz de conseguir que cien personas lo escucharan con los ojos abiertos, que a ella se le deshicieran las piernas y el corazón estallara.

—Para rondas los serenos, Manuel, vuelve el domingo, algunas tenemos que trabajar.

Cerró la puerta tras de sí y entró en casa sin más explicación. Se permitió jadear, que el pulso se desbocara, ¿y si él no volvía el domingo? Se apoyó contra la puerta cerrada intentando controlar sus propios temblores. No era hombre de una sola mujer, Teresa lo sabía, lo intuyó en las miradas que le dedicaban las mujeres cuando fue con él por la calle, no era de compromisos, ya había sido la muesca en la madera de otro hombre, de uno más poderoso y encantador que casi le parte en dos la vida. Manuel tendría que hacer mucho y bien para que cayera dos veces en la misma falta.

—¿Quién era, Teresa?

Don José venía de lavarse en la pila del patio y la sorprendió, la espalda contra la puerta y una sonrisa estúpida en la cara.

—Nadie, don José.

Teresa miró al hombre que le había acogido en su casa, cada vez parecía más cansado y mayor. Durante la noche era sereno, por el día bajaba a los campos que aún le quedaban de cuando sus padres tenían tierras, era trabajador y honrado.

Para su sorpresa se dio cuenta de lo mucho que don José se parecía a Rufo. Ángela se había enamorado de un hombre como su padre, de esos hombres amables y templados de los que quedaban pocos, de esos que trabajaban y amaban a sus mujeres y las respetaban, con los que criar hijos y tener una vida tranquila. Como un fogonazo se vio allí sentada, en la cocina, haciendo pan y criando hijos, cerrando la puerta para que Jacinta no se colara, aprendiendo a hacer cocido y pasando las horas entre esas cuatro paredes. Una vida más, pero ¿era eso lo que Teresa ansiaba? Buscó el chal con la mirada, lo cogió de la percha y salió a la carrera.

—¡Manuel!

Él andaba despacio, como si supiera que ella iba a salir en su busca. «Date la vuelta, Teresa», susurró su conciencia, demasiado oprimida por el sofoco de correr cuesta arriba.

—Morena, ¿has cambiado de opinión? ¿No tenías que trabajar? —Sonrió al darse la vuelta casi cuando Teresa alcanzó su figura, andaba despacio, consciente de que ella lo seguía.

—¿Dónde pensabas llevarme?

Manuel sonrió.

—Te gustará —dijo al mirar de nuevo su falda ceñida a la cintura y la blusa de blanco prístino que marcaba sus deliciosas curvas.

Pocas veces desde que llevaba en Madrid había caminado tanto por sus calles. Manuel la llevó a un café de grandes cristaleras en la fachada, de filigranas en la piedra y columnas estriadas, las mesas de forja y madera, las sillas, butacones cómodos. Y el aroma a café y dulces, tabaco en pipa y libros. Acentos de La Mancha, chascarrillos de capital y algún que otro extranjero. Allí estaban, en grupos, literatos, artistas y muchos políticos que, al ver entrar a Manuel y a Teresa, les hicieron un hueco en una mesa a uno de los lados, pegados a la pared desgastada. Pocas mujeres, dos o tres contándose a ella misma, que intentaban pasar desapercibidas, y es que no estaba bien visto mezclarse con la cultura hasta ahora cosa de hombres. Teresa no se amedrentó. Cuando Manuel le ofreció el asiento, ella no dudó. Desde allí podía ver la calle, los carruajes que paseaban, los árboles que habían plantado hacia poco en el Paseo del Prado.

«Madrid es un vasto campamento de instintos nómadas», rezaba escrito con carboncillo en la pared. «Unamuno», firmaba la pintada de la pared que Teresa leyó. Junto a ella otras llamadas con firmas de Valle Inclán y otras que ella desconocía. Sobre las mesas periódicos como *El Liberal*, *El Motín*, de esos que las volanderas vendían a gritos por la calle. Parecían tirados en desorden, así que cogió uno para llevárselo a don José, qué contento se pondría. El grupo con el que se sentaron era disperso, y por disperso, entendía Teresa, desde el paupérrimo muchacho que se sentaba en la otra esquina al intelectual de gafas y chaleco de seda a su lado.

—Manuel, ¿de dónde has sacado esta belleza mora?

Teresa miró directamente al del chaleco, con esa mirada que sabía mataba. Ella estaba allí, ¿por qué no hablaba con ella directamente?

—Teresa, este es Ramón —dijo él desentendido, se giró hacia el que parecía su amigo por el abrazo masculino lleno de palmadas que se dedicaron—. Este es Pablo.

Pablo tenía la misma mirada que Manuel, casi vestían igual, el aludido tendió la mano y Teresa, como si acabara de llegar del pueblo ayer, se la estrechó con fuerza. Los ojos de ese hombre la evaluaron como si de un oponente se tratara hasta que sonrió a medias, más educado que contento.

—Sangre nueva, carnaza para la capital —dijo Pablo volviendo a sentarse tras el apretón de manos—. Dice Manuel que tienes tus propias ideas políticas, que asistías a las reuniones de la Internacional en el pueblo. ¿De dónde eres?

La mirada de Teresa fue hasta Manuel y de él al tal Pablo. ¿Por qué se sentía como si pasara un examen?

—De Salamanca, de un pueblo pequeño —respondió lo más serena que pudo.

—Voy a por un café, tardarán siglos en atendernos.

Manuel se levantó y se acercó a la barra, dos camareros con sendos delantales azulones iban y venían de mesa en mesa, estaba todo lleno desde la última mesa del final a las sillas de al lado de la puerta, donde se apiñaban unos cuantos hombres inmersos en las noticias de sendos periódicos abiertos.

—Manuel nunca había traído aquí a ninguna de sus amiguitas.

Teresa miró a Pablo de forma directa, no tenía sentido amilanarse por un hombre poco mayor que ella al que con toda probabilidad jamás volvería a ver. Bastantes veces había tenido que bajar la vista ante personas con más dinero y mentes obtusas como para hacerlo ahora, momento en el cual podía levantarse e irse.

—No soy una amiguita, soy Teresa, y la causa de que me haya traído no la sé, quizá pensó que necesitaba a alguien que no se achantara ante ti y pudiéramos tener una charla amena, pero si has decidido juzgarme por mi procedencia o por ser mujer, prefiero irme.

Pablo sonrió, una sonrisa de dientes blancos. Sujetó con corrección su muñeca y con un gesto invitó a Teresa a volver a sentarse.

—Perdona, no soporto a sus otras amigas del pasado, la verdad es que estoy intrigado, ha hablado de ti esta semana, y mucho, se nota que le interesas. Es mi amigo, noble como pocos, leal, me fastidiaría que cayera en manos de alguna mujer sin escrúpulos.

—¿Por el dinero de su tía?

—¿Te lo ha contado? Entonces es que está seguro de ti. Me alegro de conocerte, Teresa. Comencemos de nuevo, tengamos una tarde agradable, eres importante para él.

Teresa comprendió la hostilidad de Pablo, era su amigo e intentaba protegerlo. Quizá por una causa egoísta, personas como Manuel se encontraban pocas, noble, leal, así lo había descrito y estaba de acuerdo. Manuel podía ser de sonrisa pícara o enamorar a mujeres a su paso, encandilar con su rostro o su sonrisa, pero bajo toda aquella capa, Teresa creía vislumbrar un fondo que ocultaba al mundo, una mente rica en ideas y reflexiones y unos sentimientos fuertes y profundos. Así comenzó su amistad con Pablo, un hombre de convicciones claras, luchador del proletariado, como se definía, junto a Manuel. Las palabras de ambos brillaban, un futuro quizá demasiado utópico y por ello maravilloso que encantaba a los poetas y literatos del café. A pesar de estar a la última pregunta, los invitaban al denso brebaje oscuro en que se adivinaba su bebida preferida para que siguieran hablando, extrayendo materia para sus artículos o libros. De vez en cuando una conversación exaltada, un acento a cuál

más extraño y las más curiosas conversaciones que pudieran existir. Si hubiera sabido entonces de la influencia de Pablo sobre Manuel o hasta donde llegarían con sus arengas en sus discursos, se hubiera levantado de aquella mesa y jamás hubiera fortalecido su amistad con él.

Pero aquel día, en aquel momento, Teresa volvió a casa, por primera vez escuchada en sus opiniones, valorada por sus pensamientos, de la mano de Manuel, que le había regalado su mejor tarde en mucho tiempo. Se besaron a escondidas en la puerta de la casa, con ese ardor que los consumía. Entró en la cocina ya a oscuras y abrió la puerta del patio. Fue hasta el sauce silencioso, ni siquiera el aire soplaba esa noche de principios de junio. Se sentó en paz bajo sus ramas y entre susurros le contó a su pequeño su maravillosa tarde y le habló de Manuel.

CAPÍTULO 9
DESPERTAR

Manuel le abría un mundo nuevo, lleno de cosas de las que jamás había oído hablar. Probó los churros en un pequeño café, junto a la Plaza Mayor, caminaron entre las callejuelas llenas de tiendas, comió callos por primera vez y, al verlos, Teresa casi se niega. Fueron al Buen Retiro, tomaron limonada en un banco mientras veían el desfile de los «simón» como se conocía aquellos carruajes ligeros en que las señoritas ricas se paseaban para mostrar sus vestidos nuevos y despertar la admiración de los señoritos. Entre risas y discusiones, Manuel fue desgreñando su historia, la de cualquier muchacha que había nacido en un pueblo pequeño de severas costumbres. Él la llevó a bailar a las corralas, donde en mitad de la miseria se sucedían las mejores fiestas. Agarrada a sus hombros fuertes, al olor a jabón y a su sonrisa canalla, Teresa se dio cuenta de que, poco a poco, ese hombre inteligente, rodeado siempre de la gente más dispar, de intelectos sedentarios de café, de juerguistas empedernidos y truhanes del estraperlo, se metía en su corazón. Renegaba de ese sentimiento, diciéndose cada día que no era más que diversión, reír sin conocimiento, al ver los guiñoles imitando a alguna marquesa o al político de turno, o colarse en los jardines de algún palacio olvidado.

—Manuel, ¿te gusta tu vida?

Él sonrió sin perder el ritmo al andar, acercó a Teresa con el brazo rodeando su cintura mientras el sol caía rozando los tejados de las casas.

—¿Y a ti? ¿No echas de menos el pueblo?

—No demasiado, solo a mi madre —respondió seca, lo que quería saber era de la vida de Manuel cuando ella no estaba

con él. ¿Qué hacía toda la semana mientras ella trabajaba en el dispensario? ¿Celos? Tal vez, por saber si se veía con otras chicas, más que nada, no era que le importase, pero veía las miradas de admiración que despertaba cuando, sin complejos, arremangaba sus camisas y sonreía con descaro, al bailar con esa chulería tan propia de la capital.

—¿Nada más? ¿No tenías novio en el pueblo?

—No, había un muchacho que me perseguía, Genaro, no te gustaría, quería ser guardia civil.

—Entonces, no. —Sonrió.

—Y Diego, pero prefiero no hablar de él.

Manuel advirtió la tensión de sus hombros, la distancia que Teresa intentaba poner, la fragilidad que escondía aquella mujer fuerte y valiente.

—Entonces, no hablemos de él, y la respuesta es no.

—¿No a qué?

—A que no estoy con otras mujeres, solo estás tú, morena.

Teresa no pudo hacer otra cosa que pararse y besar sus labios, suaves y firmes, rodear su cuello con los brazos y sonreír entre besos profundos. Manuel leía su mente como si fuera un libro abierto. A veces se sentía simple, tan ilusionada que sus sentimientos iban y venían, subían y bajaban al ritmo de su relación con Manuel. Por culpa de una sonrisa, de una caricia en la mejilla, volaba de emoción; al rato trataba de mantener los pies bien anclados al suelo cuando alguna otra lo invitaba a bailar como hacía un rato.

El verano se acercaba, el campo hasta llegar al dispensario perdió el frescor de la primavera tornándose amarillo y seco. Ahora, muchas veces Teresa lo hacía sola, Rufo aparecía por casa hasta por las mañanas, temprano, con el pelo despeinado y los ojos azules entornados, y llevaba a Ángela a trabajar. Ella insistía en que fuera con ellos, pero sabía que preferían estar solos. ¡Ay, los pobres, si apenas se veían! ¡Qué inocentes eran, cogidos de la mano, con miedo a darse un beso por si alguien los pillaba! Miradas fugaces en el hospital, cuando él aparecía con más soldados o cargado el carro de comida y encargos. Los soldados volvían a casa, muchos más cansados que heridos, muchos sin hogar, para vivir en la pobreza.

Jacinta era una de aquellas mujeres que esperaban la vuelta

de su marido, solo que no con los mismos anhelos que las otras. Para ella acabaría su vida de libertad, de vivir alquilando las dos habitaciones que tenían libres a literatos y jóvenes llegados a Madrid que penaban allí hasta encontrar una profesión, huyendo del campo y las desigualdades sociales. Temblaba Jacinta, se lo había contado entre susurros, al pensar que vivirían los dos, si él querría niños, si Andrés había cambiado mucho en aquellos países americanos que parecían tan lejanos como reales.

Teresa apretó el paso, llegaba tarde, costaba tanto levantarse por las mañanas después de un domingo esplendoroso. Flor, la encargada del dispensario, iba a regañarla, le recordaba a Rosa, de casa de los Bernal. Flor siempre seria y rígida, siempre pendiente de quien llegaba tarde y supervisando hasta el último pespunte de las almohadas y las batas de los médicos. Pensaba, al atravesar las rejas del dispensario, en la coincidencia de que ambas tuvieran nombre de flor, y si tendría algo que ver el carácter agrio de las dos, cuando se sintió observada. Levantó la vista, un grupo de guardias civiles salían del interior, los había visto otras veces, acompañaban a altos cargos o algún preso militar de la cárcel. Las chicas como ella, que trabajaban en los sótanos, tenían prohibido acercarse a ellos. Esta vez uno de los guardias se separó del grupo y fue en su dirección. Teresa miró hacia atrás por si estaba en el camino de aquel, sorprendido quizá por que avanzaba tarde y andaba sola hacia las puertas. Se detuvo, bajó la cabeza e intentó rodearlo.

—¡No puedo creerlo! Pensé que veía una visión.

Entonces sí lo reconoció. Si no lo había hecho antes era por la gorra reglamentaria y el uniforme. Debía haberse percatado del andar sigiloso y el pulgar en el cinturón.

—¡Genaro! —Seguía teniendo los mismos ojos verdes de las olivas, había ensanchado los hombros y su sonrisa era igual de torcida que la recordaba.

—¡El mismo!

Teresa no sabía qué hacer, lo veía crecido, no era para menos, guardia civil, la vida sí que había sonreído al que todos decían que era su novio en el pueblo. ¿Cuántas veces la perseguía con flores del campo en la mano? Quizá si Diego no

se hubiera cruzado en su camino, o más bien ella en el suyo al empezar a servir en casa de los Bernal, hubiera acabado casada con él. Su cuerpo se estremeció, ahora era menos ingenua que entonces, sabía lo que era una mirada de esas de hombre que te escudriñan sin pudor. Se sintió terriblemente incómoda y expuesta ante él por mucho que la camisa le llegara al cuello y la falda hasta los pies.

—¡No podía creerlo cuando te vi traspasando las verjas! ¿Trabajas aquí?

Genaro se acercó sin dudar y plantó un beso en la mejilla, de esos horrorosos que mojan, como si hubiera sacado la lengua y lamiera un polo de hielo. Ahora es cuando sales corriendo, Teresa, no contestes, le dijo una vocecita desde dentro.

—Sí —susurró resignada.

—¡Menudo disgusto me llevé cuando tu madre nos dijo que te habías marchado! Hubo muchos cotilleos en el pueblo, que si estabas embarazada, que tu padre te había echado, esa fue Rosa que lo juraba y perjuraba, ¡menuda cotilla! Y luego tu madre nos contó que viniste a vivir con tu prima, que estaba mala… ¿Estás bien, Teresita?

Teresita. ¡Cómo odiaba que la llamaran así!

—Escucha, Genaro, llego tarde, tengo que irme.

No pretendía despedirse, sintió la mano de él cerrarse como un cepo sobre su brazo y lo miró con la cabeza altiva.

—Vendré a verte, Teresa. —Sonó a amenaza más que promesa—. Siempre fuiste demasiado altiva para admitir que te gustaba, siempre con todas esas tonterías tuyas de estudiar y salir del pueblo. Cuando te fuiste me decidí, acabé la instrucción en Baeza y mírame. Le dije a tu padre que pedía destino en Madrid y se lamentó de que entre nosotros no hubiera habido algo. Yo hubiera podido cuidar de ti, mírame ahora.

¿Qué tenía que mirar? ¿Cómo se estiraba y se colocaba la gorra?

—Genaro, nunca hubo nada entre nosotros, tú rondabas mi casa y en las fiestas bailábamos juntos, nada más.

Él pareció sorprendido, como si en su mente Teresa no hubiera huido del pueblo, sino que las circunstancias los habían separado.

—Te busqué, ¿sabes? Fui donde vive tu prima, nunca estuviste con ella, ni siquiera sabe que estás en la capital, es más, me echó de muy malas formas de la fina casa en la que se ha situado tan bien.

Teresa intentó soltarse del brazo de Genaro, demasiadas molestias se había tomado él para encontrarla. ¿De verdad pensaba que alguna vez ella lo vería como su novio? Genaro había llegado tarde.

Esta vez sí se deshizo de su brazo ante las miradas de los compañeros de Genaro, que los observaban dándose codazos y murmurando.

—Dime dónde vives, Teresa, puedo ir a buscarte en mi día libre y te llevo a comer churros.

Teresa lo miró horrorizada, igualito que las tardes en el café de Recoletos con Manuel. Se dio cuenta de hasta qué punto había cambiado, ahora no estaba dispuesta a ser la niña sumisa que bajaba la cabeza y dejaba que Genaro la persiguiera sin tregua. No quería que entrase en su vida ahora que empezaba a ser suya, ahora que las cicatrices iban sanando y se curaba por dentro. Genaro era el pasado, su madre echándola de casa, su padre ordenando sin tregua, Diego, la casa grande, los murmullos del pueblo, el eco de otra vida y de otra Teresa.

—¡Teresa!

Ángela salió de dentro, debía de haberla visto por las ventanas. Venía hacia ellos con las manos manchadas de tinte, con un trapo entre ellas para no manchar el delantal blanco. Estaban allí parados en mitad del patio, llamando la atención de todos. Rufo se acercó al oír a Ángela gritar su nombre de nuevo y se reunieron en el centro del patio. Solo una mirada entre ellas bastó, ese hombre vestido de uniforme no era del agrado de Teresa.

—¡Vamos, tienes que entrar, Flora te va a ver y nos va a caer una buena! Llegas tarde. —Intentó llevársela Ángela.

Genaro cogió a ambas del brazo, Ángela lo miró sorprendida por el gesto de atrevimiento y se retorció.

—Dime dónde vives, Teresa.

¡No podía creerlo! Si antes Genaro era estúpido, ahora con el uniforme se había vuelto insoportable. La manaza de Rufo cayó sobre el hombro de él. Al darse la vuelta Genaro y ver la

altura del hombre que se había atrevido a tocarlo, soltó a las dos de golpe. Rufo imponía, con sus anchos hombros y, aunque su cara fuera casi siempre afable, cuando se enfadaba era temible, aún más cuando utilizaba su altura para intimidar.

—Tirad para dentro —ordenó Rufo con su vozarrón. Ángela agarró de la mano a Teresa, manchándosela de tinte azulón, y tiró de ella.

—No te gires, Rufo lo arreglará.

—Adiós, Genaro —acertó a decir sin girarse, impulsada por la educación.

Teresa, por una vez, hizo caso a Ángela, corrieron hasta la puerta del dispensario y al llegar al interior oscuro lleno de olores a amoniaco y alcohol respiraron tranquilas, pegadas las espaldas a la pared encalada.

—¿Quién era ese? —preguntó Ángela pegada al pequeño ventanuco—. No te preocupes, Rufo lo despachará por muy guardia civil que sea —dijo al mirar otra vez por la ventana —. Él está acostumbrado a tratar con ellos. Los militares creen que, por llevar uniforme, tienen derecho a todo.

—Es el pasado, Ángela. Todos decían que era mi novio en el pueblo… Antes de que me mires así, no, no fue él, ni siquiera crucé con él ni un beso en la mejilla, solo era un pesado que me perseguía.

Demasiado lejos de las otras mujeres, Ángela sonrió a medias.

—Entonces, ¿quién?

—¡Ángela!

—Ya, ya, pero algún día tendrás que contármelo… Mira, ya se va, ¡ese es mi Rufo!

A pesar de las circunstancias, Teresa tuvo que reír. Ángela adoraba a aquel grandote bueno, se alegraba tanto por ella. Rufo y ella se merecían el uno al otro, se preguntaba de dónde venía tanta suerte al tenerlos junto a ella. Se juró que nunca permitiría que nada los separara y pudieran ser felices. Teresa se puso de puntillas, qué fácil era para Ángela otear, con su altura. Ella llegaba a duras penas al poyete.

—Rufo viene para acá, tu amigo se ha ido con los otros guardias.

—No es mi amigo. De hecho, estaba intentado deshacerme

de él.

—Lo sé, por eso salí, sabía que si algo pasaba Rufo estaba cerca y me vería.

Flora, la encargada, no tardaría en echarlas de menos, pero al menos a la entrada estaba oscuro y no podía verlas camufladas contra la pared. Teresa agarró un delantal olvidado sobre una mesa para disimular, luego se lo devolvería a su dueña, se lo ciñó a la cintura y Ángela movió la cabeza para regañarla. Rufo se agachó al entrar, no es que fuera a dar con la cabeza en el alto dintel, sino que era más bien por costumbre y su desamor con las entradas bajas.

—Teresa, pero ¿quién era el hombre ese, el tal Genaro? —Rufo hablaba alto, iban a pillarlas, no era culpa suya, es que ese vozarrón debía de ser difícil de controlar—. Dice que es tu novio del pueblo, que te escapaste antes de que os casarais.

—Ssshh —susurró Ángela.

—No le habrás dicho dónde vive.

—¡No! Pero ¿es verdad lo que dice?

Ángela le puso el dedo índice en los labios con la sonrisa y el gigantón se deshizo ante el tacto de su piel.

—No es verdad, digamos que el chico estaba un poco confundido —susurró Ángela.

—Pues ha dicho que no te preocupes, Teresa, que volveréis a veros… Y no me gustó nada cómo os cogió, ten cuidado y, si vuelve a molestaros —dijo mirando a Ángela—, avisadme. A estos chicos les dan el uniforme y creen que tienen el mundo a sus pies, y más si viene del pueblo.

—Te tenemos a ti —susurró Ángela cogiendo su mano, sonriendo al repetir él sus mismas palabras de antes.

—Gracias, Rufo —les dijo Teresa poniendo los ojos en blanco y desapareciendo, a ella las terneces de esos dos la enervaban.

No volvió a pensar en Genaro, o al menos lo intentó porque su visita seguía ahí, en el fondo de su mente como una mosca pesada, demasiados recuerdos y lamentaciones. No solo había sido él, con su presencia se habían removido los remordimientos y la culpabilidad, echaba de menos a su madre, sus tonadillas cocinando y cómo la despertaba por las mañanas, el olor a bollos y canela del pueblo, al amanecer. El día de la fiesta cuando todos subían al monte a comer el

hornazo y no trabajaba nadie y lo pasaban en el campo con juegos tontos y metiendo los pies en el río. Con pesar miró hacia las grandes pilas que lavar, coser y teñir, y se resignó a tener más tiempo del que esperaba para pensar mientras hacia sus tareas.

Volvían los tres en el carro de Rufo entre conversaciones cansadas a base de monosílabos, cuando Rufo le vio en la esquina y resopló. Teresa también lo vio, apoyado en la pared, Manuel era inconfundible, canalla, rufián, guapo hasta morir, con ese mechón que le tapaba los ojos y sus camisas remangadas. Seguro que cuando se la quitara se vería la marca del sol a la altura de sus antebrazos. Al ver a Teresa tiró el cigarrillo liado que se consumía entre los dedos y se acercó con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí, Manuel? Es jueves, no puedo escaparme, mañana tengo que trabajar.

—¡Vaya recibimiento, Teresa! —En realidad sonreía, absorbido por los ojos de ella. Le encantaba esa naturaleza combativa, de siempre las mujeres le habían mimado tanto que lo seguían como perritos falderos. Teresa era diferente, le daba una de cal y otra de arena, y eso le gustaba—. Anda, di que te alegras de verme.

No le dio tiempo a contestar, Manuel la cogió de la cintura y rio; él era capaz de hacer que olvidara hasta su nombre. Besó sus labios como si estuviera sediento de ella, como si la hubiera echado de menos, y eso revolvió algo en el corazón de Teresa. Su boca le correspondió por ella, Manuel encendía todas las chispas de su cuerpo. Le excitaban sus manos suaves, el olor a jabón, su nuca suave donde agarraba su pelo enredando los dedos en su nacimiento, la piel tostada de estar en la calle todo el día y esa pose de truhan que recostaba el cuerpo de Teresa en cuanto podía, sobre sus caderas.

—Claro que me alegro de verte —dijo en cuanto pudo separarse de sus besos.

—Vamos dentro —les avisó Rufo un tanto envidioso, él era incapaz de coger así a su Ángela en mitad de la calle, y eso que ya eran casi novios formales.

—No le gusto nada al novio de Ángela.

—Sois muy diferentes.

—¡No sé si lo dices porque eso es bueno o malo!

—¡Anda, Manuel, sí que estás susceptible! Dime, ¿qué haces aquí?

La expresión de Manuel cambió al recordar su visita y la sonrisa volvió a colocar a aquellos dos hoyuelos en sus mejillas.

—El domingo hay otro mitin, quiero que vengas conmigo, es decir, ¿quieres venir conmigo? Pablo ha vuelto de Barcelona y después podemos celebrarlo por la Plaza Mayor y las Cavas.

—¡Otro mitin! ¿De qué hablareis? ¡No, espera! Prefiero no saberlo. —Cambió de idea Teresa, le empujó junto a ella a la tapia, la puerta de Jacinta estaba al lado y seguro que ya llevaba un rato tras las cortinas a ver qué pescaba de su conversación. Recordó aquella vez cuando lo conoció subido al cajón y el caos que siguió a aquella reunión, el jaleo, los guardias, pero la promesa de conocer la vida nocturna del centro pudo más, decían que había hasta bares que eran una cueva y tenían reservados, se sonrojó solo de pensarlo—. ¿No habrá peligro, verdad?

—¡Me sorprendes, Teresa! No te llevaría si lo hubiera.

Teresa bufó con sarcasmo, ya se conocía ella las promesas de Manuel, para él no había nada peligroso en cantar consignas políticas y huir de la policía, sus ideales estaban por encima de todo. No le engañaba con esa expresión de niño bueno, ¡canalla! Se preguntó si Manuel era consciente de la influencia de Pablo sobre todos sus actos, no quería pensar que lo utilizaba. Con el tiempo, cada día se hacía más evidente que, a la hora de tratar con actos legales, Pablo era el cabecilla mientras que para las acciones más atrevidas Manuel era quien se ponía al frente de los exaltados.

—Ven a buscarme el domingo, ya veré qué le cuento a Ángela para que no insista en hacernos de carabina. ¿Sabes que no le gustas nada?

—Pues es una suerte, ella a mí tampoco —contestó a la defensiva; en el fondo ambos sabían que no era verdad.

Pegó sus labios a los de Teresa, dejando en ellos el anhelo de seguir besando. Siempre se despedía igual, como si prometiera que la vez siguiente sería mejor mientras a ella se le escapaba un suspiro de querer más.

CAPÍTULO 10
HUEVOS Y DRAMA

El sábado se hizo largo, más largo que de costumbre: lava sábanas, plancha sábanas, dobla sábanas y otra vez a empezar. Teresa empezó a pensar que nunca acabaría y lo peor era cuando tenían que esperar de pie a que el tesorero les pagara las pesetas del día. Una a la bolsa, una a don José para pagar su habitación, que la mitad de las veces se encontraba otra vez en su mesilla porque él se negaba a aceptar; otra para gastar en algún capricho, pero solo la del sábado, que el resto hacían mucha falta, y la otra, esa otra era especial. Una al mes, recogía a Benita en su casa y se acercaban a la iglesia. Teresa no era devota, por fortuna, tampoco Ángela y don José eran de esos fanáticos religiosos. Sí iban a la iglesia los domingos por aquello de que todos iban y el qué dirán, era su barrio de toda la vida. ¡Vamos, que había que ir!

Nada más llegar a la antigua iglesia iba hasta las palmatorias y encendía dos velas, una por su pequeño y otra por su madre que tanto echaba de menos. ¿Que si era por lavar su culpa? Probablemente, pero había que rezar y mucho según Benita porque a su bebé no le habían enterrado en suelo santo. Teresa discrepaba, nada había más santo que la tierra bajo el sauce y aquella casa de gente buena, pero, por si acaso, ella echaba unos rezos. Toda santidad y pensamiento puro se borró al volver y entrar en el callejón. Renegó de su mirada al ver a Manuel esperándola allí, de pie, en la puerta de la casa, hablando con don José. No los había presentado, pero el bueno de don José ya se había dado cuenta del zagal, como él llamaba a todo muchacho de menos de treinta años que rondaba la esquina del callejón. Teresa siempre había

pensado que no se llevarían bien, pero, al contrario, hablaba don José a Manuel con mayor camaradería que con Rufo, por supuesto de política.

—Si llevar razón la lleváis, os pierden las formas, ese aire de violencia que le dais a todo. ¿Creéis que nuestra generación no peleamos por lo que es nuestro? Pero de otra manera.

Manuel rio ante los gestos vehementes del hombre y, en cuanto vio llegar a Teresa con Benita, una sonrisa se le escapó de la cara. Admiró su vestido de verano, más ligero, las mangas cortas y el escote redondo. Teresa suspiró conforme. Hizo como si el viento hubiera soplado, se bajó el pañuelo, tan apropiado para ir a la iglesia, en un gesto tan intencionado y coqueto que Manuel contuvo el aliento.

—¡Mira, ya está aquí Teresa! Hola, hija, Benita. He conocido a este zagal, que dice que te lleva de paseo, ya era hora, porque estaba harto de verle ahí escondido en la esquina.

Don José le propinó un golpe en el hombro y Manuel encogió el cuerpo, ¡qué poco era de familia y de estas cosas! El hecho de que lo hiciera por ella despertó en Teresa un gustillo salado, como el de comer almendras y siempre querer más hasta acabarse la bolsa, como si necesitara compensar a Manuel con algo por esforzarse y, a la vez, compensarse ella porque sí, porque ya no perdía nada, es más, perdía al no hacer nada porque, al probar el «otro regustillo», la idea no se marchaba así como así. La verdad es que podía rezar hasta que las manos se le unieran en santo y devoto acto de redención, pero echaba de menos sentir. Y Manuel prometía hacerla sentir. Si con un beso suyo los pies le temblaban, qué sería…

—¡Pásate cuando quieras, muchacho! Haremos un repaso a todo el gobierno —rio don José.

—Voy a por mi chal —susurró Teresa colorada hasta las entrañas. No había oído una sola palabra de la conversación ni reparado en que Benita se había marchado dentro. Manuel sí, él la miraba como si hubiera visto cada uno de sus oscuros pensamientos.

Se pegaron tanto en el tranvía que el traqueteo les puso enfermos, y no de fiebre. Manuel al final acabó separándose

por el beneficio de ambos, antes de que ardieran en llamas. Miradas profundas, dobles sentidos encontrados a cualquier cosa que decían. Manuel agradecía no tener que hablar porque entonces perdería su habitual locuacidad. En silencio, como dos jovencitos inexpertos, caminaban el breve trayecto del tranvía hacia el lugar donde les esperaban Pablo y otros que Teresa había conocido en sus tardes del café. A Teresa las multitudes se le antojaban turbas amenazadoras en torno al Paseo de Bailén, por allí los guardias reales habían despejado el paseo diario de la reina María Cristina y del niño rey Alfonso XIII hacia el Parque del Retiro. Todos los días, a riesgo de los abucheos y las imprecaciones, lo hacían en un carruaje flanqueados por sus guardias a caballo. Pablo se colocó delante de ella; a su lado otro hombre con unas cajas tapadas, a Teresa aquello no le gustaba nada.

—Manuel, por favor, vámonos de aquí —suplicó al ver cómo los otros ocultaban su preciado bulto y se situaban de manera estratégica entre la gente.

—No pasa nada, Teresa, no vamos a hacer nada malo, es una forma de expresar nuestro descontento. Si no, ¿cómo van a escucharnos?

Teresa miró el perfil de Manuel, tan vehemente y perfecto, y negó con la cabeza.

—Es solo un niño, Manuel —volvió a susurrar cuando desde la otra acera comenzaron a ovacionar a su rey. Mientras, en su lado, abucheaban sin concesión, con Pablo a la cabeza, arengando a sus tropas pordioseras y no tanto, exaltando con sus gritos a quien no decía nada y acababa dando el grito más alto. Poco a poco vio a Pablo retroceder dejando a su turba al frente y con ellos a Manuel. El carruaje abierto, la reina saludando entre los brillos de las medallas prendidas en su vestido, la cinta azul cubría su grueso cuerpo embotado en brocados y escote de finos volantes. El pelo trenzado en una diadema con prendedores de plata a juego con el collar de perlas. Teresa jamás soñó con ver, aunque fuera tan de lejos, a una reina, que se le antojó no tan majestuosa ni tan inalcanzable como siempre imaginó, sino solo una mujer asustada por las imprecaciones. A su lado, el rey niño, como aún le llamaban, de uniforme y con la misma cinta azul cruzando su pecho, observaba receloso a la gente

que se agolpaba a ambos lados.

Pablo dio la señal desde atrás, cundió como una corriente hacia Manuel, quién dio la orden para acometer aquel acto pueril y deleznable, según la opinión de Teresa. Los huevos ni siquiera eran podridos, ni siquiera lograban acertar al carro debido a que la mitad golpeaban a la guardia que rodeaba a la reina y su hijo. Sus expresiones de miedo, cómo la madre protegía al hijo, daba igual la política o el motivo, eran solo eso, una madre y su hijo. Teresa se dio la vuelta para salir de allí, avergonzada por participar indirectamente, los guardias empezaron a dispersar a todo el mundo y el carruaje voló sobre el empedrado para deshacerse de aquella turba. Caminó enfadada, dejando que golpearan su hombro al correr todos arriba y abajo para evitar ser detenidos. Estaba tan enfadada con Manuel que intentó desaparecer entre la gente a propósito, no le importaban los golpes de aquellos que empezaban a huir del lugar.

Se vio arrastrada por la multitud, se alejó aún más de Manuel sin mirar atrás de forma intencionada. Estaba muy enfadada con él, con todos ellos, ¿esa era su nación utópica? ¿La asamblea del pueblo? Hablar, crear causas justas, derechos, esa era la única salida, cultura para todos… Chocó contra algún despistado que corría en dirección contraria, y alguna matrona alarmada, el caos solo traía caos. Se detuvo al sentir un tirón del brazo, fuerte y sin consideración que devolvió a Teresa a la realidad. A su alrededor, detenían a la gente que momentos antes gritaba a favor o en contra de la monarquía.

—¡Genaro! —casi gritó por la sorpresa, enseguida buscó con la mirada a Manuel. Y él no la defraudó, allí estaba, a su lado, con la barbilla en alto y la mirada inflexible.

—Suéltala, no voy a repetirlo, la guardia nacional no agarra así para detener a una mujer.

—¿Quién es? ¿Tu novio, Teresita?

—¡Que me sueltes, gañán!

—Un respeto, que te llevo a ti y al chulito este a calabozos, ¿te crees que no sé quién eres? —Genaro se encendió él solo, clavó el dedo en el pecho de Manuel con una ira irracional—. El amigo del anarquista ese de los sindicatos, te tienen echado el ojo de aquí a Francia, acabáis de tirar huevos a la regente y

me llevo a esta mujer que estaba con vosotros.

—Suéltala —repitió Manuel, nunca lo había visto así, tan serio y amenazante, con los puños cerrados. Ante sus palabras, Genaro apretó más la cintura de Teresa, restregándose con ella sin pudor alguno, con una violencia excesiva. Algo debió de ver en los ojos de Manuel, algo en la actitud de los que los rodeaban, dispuesto a meter una paliza al guardia que se había quedado solo tras dispersarlos. Manuel no era templado, su sangre iba a la velocidad del rayo y no se lo pensó, tiró del brazo de Teresa y le propinó un puñetazo que hizo cabecear hacia atrás a Genaro. La soltó de golpe y Manuel cogió su mano. Los compañeros de Manuel se cerraron en torno a Genaro permitiendo que echaran a correr entre la gente hasta desaparecer por la calle más cercana.

—¡Le has pegado!

—Si tengo que ir al calabozo para que un hombre, aunque sea uno vestido de uniforme, no te toque así, lo volvería a hacer.

—Manuel —lo nombró sin resuello.

—¿Quién puñetas era?

—Me rondaba en el pueblo, pero te juro que jamás le eché más de dos miradas.

—Teresa, no hace falta que mires a un hombre para que te ronde, eres la mujer más guapa de Madrid —dijo acercándose de nuevo, con la misma intensidad que todo el día los había poseído—. Ese pelo negro, tus ojos, tu boca, hasta cuando respiras te comería a besos.

—Manuel.

—No me nombres que no respondo, muero por ti, morena, ¿lo sabes?

Se deshizo, como el helado en verano, como la mantequilla al fuego, reconocía la excitación, el deseo de piel, quería a Manuel, tocar sus brazos, desnudar su cuerpo, perderse en su hombría, esa que le salía hasta cuando decía cosas tan bonitas. No pudo evitar dejar que se colara un resquicio de pasado ni evitar compararlo con Diego, suave y tierno. Manuel era una tormenta, explosivo, duro, cálido y canalla. Su canalla, buscavidas e idealista. Sin una palabra, él la metió por un callejón, un reguero de agua sucia en el medio, la parte más antigua de la capital, entresijos de calles, laberintos

de voces airadas, rateros y artistas. Llegaron a la calle del Gato. Manuel condujo a Teresa por el portal abierto; entre susurros subieron la escalera estrecha, tan deprisa que Teresa lo seguía volando. Él sacó la llave. Ella no vio el oscuro pasillo, ni la falta de muebles, ni las contraventanas echadas, lo siguió con la mirada puesta en su perfil hasta llegar a la habitación, uno frente a otro. Manuel le subió la camisa, gimió al ver su piel y la combinación blanca prístina y transparente por el lavado, sus pequeños pechos inhiestos. Teresa estuvo a punto de gritar por la sorpresa cuando él mesó con ambas manos sus pechos, los sostuvo en sus manos como un precioso tesoro, se habían acabado los roces disimulados, los encontronazos inocentes, los besos robados. Teresa moría por él, sentir la piel tensa de su cuerpo entre los dedos. Le quitó la camisa, al fin vio su torso, fuerte y lleno de músculos, la línea de vello que se perdía hasta sus pantalones. Los brazos musculosos que las camisas ocultaban.

Nunca sabría si era amor o solo lujuria, si estaba enamorada o él de ella, pero eran uno, nunca nadie la había comprendido como aquel hombre ni había respetado tanto sus opiniones ni su voz. Juntos alcanzaron la cama, rechinaron los muelles con fuerza al caer sobre ella, un sonido que les pasó desapercibido, las manos en todas partes. Manuel subió la falda de Teresa y paseó sus manos por las piernas desnudas con una sonrisa, hasta en verano las chicas llevaban medias, Teresa no. Ella se retorcía ante su contacto cuando llegó donde se unían, acarició su sexo con deseo, provocando que todo su cuerpo se contrajera y dilatara en espera de sus manos. Cuando acarició la línea suave que ocultaba su placer arrancó en Teresa un gemido profundo, húmeda y dispuesta, algo que jamás había sentido y que nunca creyó que sentiría. Los ojos de Manuel eran pozos en los que perderse, su sonrisa sensual, su forma de tocarla. En un momento él cambió el peso y la cama entera volvió a chirriar. Lo sintió sin ropa, encima de ella, abriéndose paso hasta penetrar su cuerpo. Ya no importaba el ruido insistente, solo marcaba cada embestida de Manuel sobre ella mientras su cuerpo se adaptaba al de él, duro y fibroso. Mirándose a los ojos se marcharon a un lugar por encima de aquel piso del centro, el placer se los llevó en oleadas que fueron

mitigándose, dejando el rápido palpitar de su corazón. Manuel seguía mucho rato después acariciando sus pechos con devoción, trazando círculos cada vez más imprecisos en su piel mecido por el sueño.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, morena mía?

Teresa rio, ni diminutivos ni motes cariñosos, hasta en una simple palabra Manuel imprimía su sensualidad y su ser canalla.

—En una mierda de pueblo.

Manuel rio y la arrimó contra él.

—No te vayas, quédate conmigo esta noche, y la siguiente, y la otra.

Ella se giró sorprendida. ¿Manuel la estaba invitando a quedarse? Al ver sus ojos entornados reconoció el intermedio entre el placer y el sueño, en ese momento todo lo dicho eran tonterías de novela. Cuando despertara, Manuel volvería a mesar con sus dedos el flequillo y sonreír de lado, y entonces se arrepentiría de las cosas dichas. Teresa lo dejó dormirse, sin contestar, y cuando notó su respiración pausada, recogió de puntillas la ropa, esparcida por el suelo. La casa de Manuel era simple, apenas muebles, con un ventanal en la única estancia de la buhardilla, separada la cama de la cocina por un baúl; limpia, eso sí, ruidosa a morir, desde el colchón hasta las maderas que crujían a su paso y las voces de los vecinos. Según decía Manuel, la buhardilla era de su tía, en realidad todo el edificio que alquilaba, si ella hubiera podido elegir también hubiera vivido en lo más alto, desde la ventana se veían los edificios, el campo a lo lejos, unas bonitas vistas. Él elegía vivir así, con modestia, cuando a unas manzanas tenía un casón lleno de lujos. Sobre una mesa vieja estaban sus libros de la universidad, y otro más calzando la pata rota. Aquella era la otra cara de Manuel en la que se mezclaba con gente bien y amigos de los que nunca sabía. Manuel era un desconocido para ella, con tantas facetas que nunca sabría cuál era la verdadera. No. Manuel no era para ella. Salió de allí con el chal en la mano, alcanzó la calle mirando todo el rato hacia atrás, la sombra de Genaro seguía acosándola, ¿por qué ahora, que había encontrado a Manuel? Si Genaro hubiera aparecido en medio de su desesperación, después de perder a su bebé, hubiera vuelto con él al pueblo

sin dudar, rota y desgastada, pero ahora no, le gustaba la ciudad, la casa de Ángela, sus amigas, don José, Rufo. Su trabajo. Manuel.

Casi a la carrera cogió el tranvía, y lo pagó. Sola no se sentía tan valiente como cuando iba con Manuel y se decidió a olvidar a Genaro. Madrid era grande, jamás volvería a encontrárselo por ahí, y si él se atrevía a volver al dispensario, con un grito podría alertar a todo el mundo, además Rufo siempre andaba por allí.

CAPÍTULO 11
LIMONES Y CALOR

Teresa entró en la casa, empujó la puerta y el aroma a limón y canela invadió su nariz, olía a arroz con leche, ese que Ángela preparaba tan rico. Miró a su alrededor sin verla, la mesa puesta para las dos. Era agradable volver a casa y encontrarse con que alguien esperaba tu llegada, como si fuera el hogar propio. Dejó el chal sobre una silla y salió al jardín, allí estaba su amiga, sentada bajo el sauce con los ojos cerrados. Se acercó despacio por si Ángela dormía.

—Estaba preocupada. ¿Dónde andabas, Teresa?

Se sentó a su lado, soplaba el aire cálido que auguraba un verano seco y caluroso.

—Por ahí, con Manuel. —Intentó parecer serena, aunque su corazón no recuperara el ritmo normal, caricias, tenía la piel sensible, apenas podía tocarse, aún sentía a Manuel dentro con un cosquilleo poco puritano.

—Estás roja como un tomate. ¿Sabes?, padre estuvo aquí hace un rato, ha habido jaleo en el centro, me preocupé por ti.

Las inocentes palabras de Ángela llevaron sus pensamientos a la calle Bailén, donde los amigos de Manuel habían tirado los huevos a la reina e hizo un mohín, no le gustaba aquella forma violenta de proceder. Y Genaro, aún le dolía el brazo del agarrón de esa mano sudorosa.

—Hace calor —contestó al fin—. ¿Y Rufo?

—Sabes que no entra si no está padre, se fue a buscarle a los campos.

Teresa frunció el ceño, ¿y para qué iría Rufo a buscar a don José al campo? Una idea le hizo abrir los ojos y coger a Ángela de los hombros.

—¡Cuéntame, Ángela!

Ella se rio como una niña, se colocó la falda como si estuviera arrugada y al fin, colorada por la excitación, miró a Teresa con un brillo especial en los ojos.

—Rufo quiere casarse, dice que no aguanta estar así, que apenas podemos vernos, que los días se le hacen eternos hasta que nos encontramos. Y bueno… Él quiere, ya sabes, pero es tan decente… ¡Y yo tan tonta, Teresa!

Teresa sonrió. Ángela nunca se saltaría las reglas, no por beatitud como Benita, sino porque ella solo sabía del bien. Si no fuera por esa chica alta, y a veces desgarbada, por su bondad, jamás hubiera salido adelante. A veces temía seriamente por ella, esa forma de abstraerse de la realidad, sus momentos en soledad, demasiado buena para un mundo que se desmoronaba.

—Dime que te parece bien, Teresa, a veces pienso que conozco a Rufo desde hace muy poco, pero luego cuando estoy con él estoy segura, quiero casarme con él.

Teresa sonrió, quería a su amiga con toda el alma.

—Rufo es un hombre bueno, decente, nunca te hará daño, Ángela, confía en él, haced las cosas como creáis mejor. Casaos y dad una alegría a don José, lo adora, lo sabes.

—Le dije a Rufo que no quería dejar solo a padre y le va a preguntar si, ya casados, podemos quedarnos. ¿Crees que padre dirá que sí?

—Todo saldrá bien, Ángela, dirá que sí, ya verás.

Ángela la abrazó y Teresa se dejó hacer. ¿Cómo cambiarían las cosas en su pequeño mundo? Una cosa era estar en casa con Ángela y su padre y otra muy distinta quedarse con el matrimonio recién casado. No importaba, solo importaba Ángela, tenía ahorrado dinero y siempre podía alquilar una habitación a Jacinta.

—¿Y tú, Teresa? Perdona, no te he preguntado, ¿qué tal con Manuel? ¿Os entendéis?

Teresa rio, ¡qué niña era a veces Ángela!

—Somos muy diferentes a vosotros, Ángela, Manuel y yo ya nos entendemos más que bien. —Insinuó con un guiño, a ella podía contárselo sin temor a recriminación alguna—. Pero lo de casarse no entra en los planes de Manuel, no es ese tipo de hombre.

Ángela se puso más colorada, entendiendo que Teresa y Manuel eran de otra manera, más pasionales, más fogosos, menos tímidos y temerosos que ella y Rufo.

—¡Cuéntamelo! No te dejes nada, tengo que saber.

—¡Ah, de la casa! —el grito de Jacinta se oyó de allí a Lima —. ¡Uy, uy! ¡Que Ángela ha hecho arroz con leche!

—Sabes que ahora mismo tiene la manaza metida en el puchero la muy guarrona. —Teresa rio—. ¡Esta nos deja sin nada!

—Déjala, Teresa, está tan rara desde que su marido escribió diciendo que volvería de la guerra que lleva unos días alterada.

—No sabes tú bien —insinuó mientras Jacinta entraba en el patio chupándose los dedos. Las dos pusieron los ojos en blanco al ver el vestido ajustado que a ellas las hubiera dejado sin respiración, le quedaba como un guante a pesar de lo que comía la jodía.

—¡Qué! No dejéis la puerta abierta, cualquiera puede entrar y comerse el arroz. ¿Lleva canelita?

—Tú sí que eres canelita fina —refunfuñó Teresa.

—¡*Na*! ¡Hacedme un sitio!

Se sentó con ellas en el banco y sin ninguna vergüenza se levantó las faldas hasta la rodilla.

—¡*Coñe*, qué calor que hace!

—¿Hay alguien?

—*Joer*, la Bendita. Si antes vengo, antes se presenta —se quejó Jacinta.

Teresa y Ángela se miraron con una sonrisa, aquello parecía una feria, siempre era así y ahora que empezaba el verano el fresco del patio haría que se reunieran más a menudo.

—¡Aquí en el patio, Benita!

Benita entró con el semblante sofocado. Isabel iba con ella, la niña llevaba uno de esos vestidos blancos de algodón que ninguna de ellas podía pagarse ni con tres meses de sueldo en el dispensario, ni alquilando hasta el rellano.

—¡Isabel, guapa! —la recibió Ángela con los brazos abiertos sin levantarse. La niña las miró alisando su vestido—. ¡Qué rebonita estás!

Isabel, como siempre, probó suerte y fue directa al regazo

de Teresa por mucho que su nani le había advertido que no hiciera tal cosa.

—Quita, quita, que hace mucho calor —gimió Teresa al ver que pensaba sentarse sobre sus piernas.

—¡Anda, ven conmigo! —La niña se sentó un poco defraudada encima de Ángela mientras miraba a Teresa suspirando, como si fuera una princesa, le encantaba tocar sus rizos negros tan diferentes a su pelo rubio y liso. Pronto se olvidó de ellas y miró hacia arriba, divertida por el juego de sombras del sauce.

—¡Perdonad, volvíamos a la casa grande cuando olió al pasar el arroz con leche! No hubo quien la llevara a casa.

—Bendita es más floja que un geranio —se rio Jacinta—. ¡Anda, ven, siéntate!

Se apretujaron todas hasta pegarse para entrar en el banco y Jacinta se giró hacia Teresa:

—¡*Coñe*, Teresa, hueles a hombre!

—¡Calla! ¡La niña! —le advirtió Benita.

—¿Qué has hecho, Teresita? —insinuó con un tono ladino —. Te fuiste con Manuel y has vuelto solita…

—¡Cómo se puede ser tan cotilla! —regañó Ángela.

—¡A ver, Isabel, cuéntanos qué habéis hecho hoy!

Ángela cortó aquella conversación con una sonrisa y el índice sobre los labios advirtió a todas. Ahora no habría manera de hablar con Isabel allí, luego le contaba todo a su padre, que no le preocupaba que todo el día danzara por ahí con su nani, pero que luego, si oía alguna palabrota de la niña o hablar llano, le caía a Benita una buena.

—Sí, que cuente ella que otras ya desembucharán —amenazó Jacinta revolviéndose en el banco—. Bueno, ¿vas a sacar ese arroz con leche o no?

Teresa suspiró, su mundo cambiaba deprisa, pero aquello permanecería, reunirse con ellas bajo el sauce, la paz del patio, los momentos de risas y chascarrillos. Pronto, Ángela se casaría. Jacinta tendría a su marido. Benita seguiría igual, seguramente. Isabel, que crecía demasiado deprisa. Y ella… Ella no tenía ni idea de qué sería de su vida. Se preguntó si Manuel volvería a buscarla algún día, ahora que había tenido lo que quería de ella.

—¡¿Teresa?!

La voz volvió a alzarse al llamarla y se levantó del banco, indecisa sobre si salir corriendo en su busca. Manuel salió al jardín y se paró en seco, se le veía agitado incluso nervioso, con el aliento cortado al ver a Teresa levantada. Había venido, y Teresa aguardó intentando descifrar sus ojos, su postura, la determinación de su rostro.

—Vámonos —azuzó Ángela a las otras para dejarlos solos —. Hola, Manuel, me alegra verte —dijo al pasar mientras Jacinta le miraba de arriba abajo, con la camisa suelta sobre los pantalones y despeinado. Benita bajó la cabeza y empujó fuera a la pequeña Isabel, que lo miraba con los ojos de par en par. Todas desaparecieron dentro y solo entonces Manuel dio otro paso hacia ella.

—¿Qué haces aquí, Manuel? —preguntó lo más serena que pudo.

—Saliste corriendo mientras dormía, ¿qué crees que hago? —dijo al dar otro paso y después otro hasta que entró bajo la cúpula de hojas casi secas por el calor.

—Pensé que era lo que querías, no quiero obligarte a nada, no quiero ser una carga, tus estudios, tu causa…

Manuel sonrió, apoyó su mano grande en la mejilla de Teresa con cariño y ella creyó deshacerse bajo su tacto.

—Parece que no me conoces, nadie puede obligarme a nada, no vuelvas a desaparecer así de mi cama.

—¿Dónde nos lleva esto, Manuel? ¿Tú y yo?

Sonrió el muy canalla, mientras los hoyuelos se le marcaban, abrazó a Teresa echando hacia atrás sus rizos negros.

—A ti y a mí, ¿qué más quieres, Teresa? Todo se andará. ¿Sabes? Pensé que no querrías verme más, que algo había pasado en esa cama, quizá que te avergonzabas y no querías saber nada de mí. No soy un caballero, nunca lo he sido, Teresa.

—Yo tampoco soy una dama, Manuel, te lo dije, no soy una buena chica.

Él rio agitando los hombros. Había venido tras ella, eso le bastaba, siempre pensó que cuando hicieran el amor él desaparecería; no era hombre de compromisos excepto con sus ideales y el hecho de que estuviera allí, abrazándola, hizo

capitular a su corazón. En ese momento, a sus pies, en la tierra, su vida anterior, con ella Manuel y sobre sus cabezas las hojas del sauce, agitadas por la suave brisa de verano. Se dio cuenta de que aquello era amor, estaba enamorada de Manuel. Lo que deparara ahora el camino solo ellos dos podían escribirlo.

CAPÍTULO 12
SECRETOS Y PISTOLAS

Como todos sabían, don José dio su consentimiento a la boda. Rufo pasaba a ser de la familia y el acontecimiento sería para la próxima primavera. Lo celebraron aprovechando que estaban todos en casa, hubo vino y gallinejas para cenar, y, al poco rato, Manuel se escapó con un beso en la mejilla y un guiño de ojos. Pero ahora Teresa estaba segura de que volvería a verle. No sabía qué le había hecho ir a buscarla o por qué le gustaba a aquel hombre, pero desde luego le haría caso, disfrutar juntos y no volver nunca la vista atrás.

Teresa salió al día siguiente, cuando el sol despuntaba, en el silencio del callejón a llevar el vestido a Jacinta. Lo había cosido por la noche, en esas horas en las cuales los recuerdos acostumbran a perseguir la mente y ella los alejaba pespunte tras pespunte. Entró sin llamar y el oscuro pasillo, húmedo todo el año, recibió su inesperada visita. Caminó hasta la cocina, la casa aún dormía con sus puertas cerradas y las tres habitaciones alquiladas en silencio. Jacinta estaba en la cocina, barriendo bajo la mesa los restos de migas del desayuno con uno de sus maravillosos vestidos entallados en la cintura.

—Teresa, pasa —gritó como si le diera igual que aún el resto durmiesen—. ¿Ya tienes el vestido? —dijo al ver que lo llevaba en las manos.

—¡Qué bruta eres, menudo siete te hiciste en la falda!

A Jacinta le bastó un minuto y ver la cara de Teresa para saber que no solo venía a dejar el vestido, sino que, bajo aquella aparente tranquilidad, se encontraba inquieta.

—Canta, ¿qué quieres?

Teresa sonrió, a pesar de que a veces no se entendían para nada y las dos se ponían más burras que todas las cosas, se conocían a la perfección.

—¿Podrías alquilarme una habitación?

—Quedan aún seis meses para que se casen Ángela y Rufo, ¿ya estás pensando en escapar de los besitos de enamorados y las manitas cruzadas?

—No estaríamos cómodos, Rufo me aprecia, pero…

—¡Que sí, que lo entiendo, tres son multitud y cuatro no te quiero contar! Quédate, tengo una habitación libre, pero eso ya lo sabías.

—Te pagaré lo mismo que cualquiera, Jacinta.

—*Na*, te haré un descuento, pero ¡ojo! Si oigo el colchón crujir te cobro una peseta de más, al lado duerme mi prima y, si va con el cuento a mi tía del pueblo, se me cae el pelo. ¡*Coñe*, no te pongas colorada! El Manuel está de muy buen ver y ayer se le salían los ojos al mirarte, has caído, Teresa…

Teresa bajó la cabeza, colorada, ¿tan evidente era para todos?

—¡Oye, que *ca* uno es *ca* uno! A mí me parece muy bien, bastante has sufrido, nena, que te quiten lo *bailao*.

Jacinta era así, te decía las cuatro verdades y se quedaba tan fresca; lo que no le cabía en aquella casa era ese corazón tan grande debajo de tanta palabrería bruta que tenía. No juzgaba a nadie, de hecho. Teresa sospechaba que el pasado de Jacinta estaba lleno de secretos, más oscuros que los suyos, nunca hablaba de cuando llegó a Madrid sola y sin una peseta, ni cómo conoció a su marido, el militar. Pero, atando cabos, Teresa sabía que no debía enorgullecerse de ello, era lo único de lo que Jacinta jamás hablaba. Se preguntó si habría tenido hijos, de qué pueblo sería, cómo supo ayudarla en su aborto…

—Ahora tengo alquilada también la buhardilla a un literato de esos, raro, raro, pero no da guerra, se pasa el día en esos cafés de mala muerte y se arrastra con sus papeles debajo del brazo sin decir palabra. Por si oyes pasos en el altillo, no te asustes. ¡Hala! pues tráete todo a primeros de mes, cobro por semanas.

—Jacinta…

—¡Como empieces como la Bendita o como Ángela a

enmoñarte, te buscas otro sitio! ¡Lo que me faltaba!

Teresa sonrió y la abrazó. A regañadientes, Jacinta se dejó, como los animalillos que gruñen y luego se deshacen con un mimo para luego soltarse negando con la cabeza.

—Me voy a trabajar, pero luego vengo a ayudarte a arreglar la habitación.

—Te acompaño a la puerta, no digas luego que no soy atenta.

Por un momento, el sol de fuera deslumbró a Teresa, guiñó los ojos al alboroto de unos caballos. Un simón engalanado con paneles ocre, de esos de los ricos, pasaba por la calle grande. En él iba Benita, las saludó con timidez, a su lado Isabelita y el señor que saludó descubriendo un poco la cabeza del elegante sombrero de paseo. Formaban una estampa preciosa, con Isabel y su vestido de gasa, de rodillas en el asiento, también las saludó con la mano.

—Me *tié* preocupada la Benita, ¿sabes que ahora siempre el señor va con ella y con la niña de paseo? Las lleva a la feria, al Retiro, va a misa con ellas… Y la Bendita solo dice que es porque está muy solo desde que murió su mujer…

Teresa frunció el ceño.

—¿Crees que…?

—Creo que esa chica es más tonta que el asa de un cubo, le diré a Ángela que hable con ella. Si lo hago yo acabaremos sin hablarnos, ya sabes lo que pasa con las criadas y los señoritos…

Teresa asintió, ¡claro que lo sabía! Y Benita era tan inocente…

Se fue antes de que Jacinta siguiera hablando de cosas que le tocaban tan cerca, estaba un poco susceptible, dejaba la casa de Ángela donde estaba tan a gusto y era feliz, pero no dudaba de que con Jacinta estaría bien y, lo más importante, no dejaría el callejón, allí estaban sus amigos. Se paró un momento, confundida. ¿Sus amigos? Ella, que siempre fue solitaria, huraña y algo independiente, sintió miedo. ¿Desde cuándo le importaban tanto aquellas personas que habían llenado su vida? Amor, amistad, daban pavor porque significaba preocuparse por los otros. Benita, tenía que hablar con ella, quitarle, si los tenía, los pájaros de la cabeza. ¿No

era para Benita evidente lo que le pasó a ella? Atravesó la estrecha calle de nuevo, entró en la casa de Ángela y, distraída, cogió el chal de la percha de la cocina.

CAPÍTULO 13
BENITA

Benita se revolvió en el asiento del carruaje, bastante incómoda se sentía junto al coronel como para además encontrarse con Teresa y Jacinta. Saludaron a su paso con la boca abierta. Se lo advirtió a Juan, como él insistía últimamente en que lo llamara en la intimidad de su casa, no era correcto, al fin y al cabo, solo era la persona que cuidaba a su hija. Recordaba aquel mes de abril en que su madre la arrastró hasta aquella casona, de verja negra, alta y rematada en puntas. Jacinta apenas tenía quince años y estaba asustada, tanto que, por primera vez, intentó resistirse a la voluntad de su madre, pero con tres hermanos pequeños y sin un padre que trajera dinero a casa su situación rayaba la indigencia, necesitaban un sueldo más. Su madre, que desde joven era lavandera, no se extrañó el día en que su padre dijo que se iba a trabajar y no volvió más. Supieron por unos primos que él se había alistado en el ejército y no regresaría nunca. Ese hecho, en lugar de hundir más a su madre, le hizo reaccionar de una forma que Benita nunca hubiera sospechado. Cuando no estaba trabajando, estaba en la iglesia, llenó la casa de crucifijos y rosarios, de cartoncitos con plegarias y rezos. Fue en la iglesia, a la que obligaba también a sus hijos a ir, donde la mujer del coronel vio a Benita. Enseguida se acercó a la piadosa madre, que rezaba en los bancos junto a toda su prole día sí y día también, y preguntó por Benita. Necesitaba alguien que cuidara a su hija Isabel, alguien joven que pudiera jugar con la niña y, como más tarde sospechó Benita, que no contradijera su forma de ignorar a la niña.

La primera vez que entró en la casa del coronel estaba

asustada y no sin razón. Allí, hacía años, había vivido una mujer encerrada, decían que era la abuela del señor, que estaba loca y gritaba desde el balcón a todo el que pasara. La verdad es que Benita nunca vio a esa mujer y, al atravesar por primera vez el jardín verde, se sintió como en casa, con plantas enormes más altas que ella y árboles de grandes ramas; bajo sus pies el césped cuidado con esmero. La casa, de corte rectangular y adornos imperio, como llamaban a los edificios construidos durante la ocupación de los franceses, resultó ser clara y diáfana, de enormes ventanales al jardín y una terraza elevada sobre una tarima, con varias sillas y una mesa de forja.

Acostumbrada a su casita, donde dabas un paso y chocaba con algún hermano, aquello fue un agradable cambio. Tenía tanto espacio en su habitación de la buhardilla que hasta podría poner una cama más si quisiera. Tenía una jarra y una palangana para lavarse cuando quisiera, siempre llena de agua tibia, un armario con espacio abajo para los zapatos y la claridad de una ventana que le permitía tener flores recién cortadas del jardín. Lo mejor de todo fue comprobar que Isabel era una niña dulce a la cual podía sacar de paseo con sus amigas. Fue recibida con cariño, sobre todo por Ángela y su padre. Don José le guardaba algún caramelo cuando iban a visitarlo y la pequeña disfrutaba de las tardes en casa de ellos. Era agradable vivir en un lugar tan hermoso, cuidado y limpio. Benita se decía cada día que no debía olvidar de dónde procedía, por mucho que la suerte le hubiera acompañado; por ello, cada día, cuando sus obligaciones se lo permitían, iba a ver a su madre e intentaba estar junto a sus amigas. Todo cambió un poco cuando la señora enfermó, fue todo muy rápido. Un día de abril, debido a unas fiebres, se fue en silencio, como vivía, con tranquilidad y en su cama. Temió durante mucho tiempo por Isabel, tan pequeña aún, la niña acostumbrada a la ausencia de sus padres apenas lo notó o lo disimuló con tanta maestría que Benita pasó a ser su mundo e iban juntas a todas partes.

Recordaba la mañana en que una indigestión la obligó a quedarse en cama. El coronel, preocupado por Benita, fue a su habitación a ver cómo estaba, recordaba cómo se había sentido intimidada por su presencia en la habitación. Ella

tapada hasta el cuello ante la rígida figura de él. Fue extraño cuando él la miró, allí tendida en la cama, con el pelo suelto y las mejillas coloradas por la fiebre. Si no hubiera estado tan enferma se hubiera dado cuenta de que él la miraba como si la viera por primera vez. Juan se aseguró de que le subieran comida y, al ver el precario estado de sus vestidos, colgados en una percha, encargó que el ama de la casa los tirara todos. Benita protestó, de poco le sirvió, él, acostumbrado al ejército, dispuso que una enfermera no se separase de ella y, en cuanto estuviera mejor, una modista se ocupara de tomar medidas para sus vestidos nuevos. Si paseaba con su hija, debía vestir como una niñera. Tras días en la cama, Ángela se ofreció a llevar a Isabel a pasear. Se llevó a la niña a ver los guiñoles del Parque del Retiro y las exóticas plantas que se habían traído de las Américas y habían plantado en la Estación de Mediodía. Benita nunca sabría que aquel día Isabel, un poco consentida a veces, se escapó de la mano de Ángela por culpa de un helado que no quiso comprarle y, de no ser por Teresa, un tranvía hubiera trastocado sus vidas para siempre.

Algo más cambió ese día, algo que para alguien que viviera en la casa del coronel sería evidente, pero no para sus amigas. Fue el único secreto que Benita se guardó para ella, pensaba que si tal vez lo contaba ya no sería tan emocionante ni tan real. Se había enamorado del coronel.

CAPÍTULO 14
DESAMOR

Teresa andaba dando vueltas a la visión de Benita momentos antes, había visto cómo enrojecía y en lugar de saludar bajaba la mirada. Benita tenía un secreto, Teresa estaba convencida. Distraída con esos pensamientos llegaba tarde al trabajo. Volvió a entrar a por un chal, aunque tuviera calor, a la vuelta, al anochecer, refrescaba. Salió de nuevo, enfada con ella misma, así no conseguiría llegar a tiempo. Ensimismada, chocó con alguien en la puerta, el olor a pólvora y a sudor, el color del uniforme, la pistola al cinto. Levantó la vista con los ojos bien abiertos.

—Así que te escondías aquí, Teresita.

Teresa retrocedió asustada.

—¿Qué haces aquí, Genaro? ¿No fue bastante lo del domingo? ¿Cómo me has encontrado? ¿Me has seguido?

—¡Claro que sí, Teresita! Ahora te crees algo, con ese chulo anarquista. Porque me pilló desprevenido que, si no, le hubiera dado una paliza. Puto niño de izquierdas, mira que meterse entre tú y yo, no tiene ni idea. Te conozco desde que no levantabas un palmo, esta vez no te escapas, Teresita. ¿Qué, estás con él? —insinuó con una sonrisa llena de intenciones.

Teresa fue retrocediendo para volver a meterse en la casa, intentó no ponerse nerviosa ante la expresión de Genaro, parecía enfadado más que furioso. La cogió del brazo con fuerza y la empujó hacia atrás. Teresa trastabilló con los dos escalones y cayó con violencia de espaldas contra el suelo, se golpeó la cabeza con uno de los tiestos. «No tengo salida», pensó, intentando buscar una escapatoria. Genaro, con rapidez, volvió a coger su brazo y la zarandeó mientras

levantaba su pequeño cuerpo. Se revolvió con valentía, intentó no gritar. Ángela estaba en casa aún durmiendo, y Teresa no quería por nada del mundo que saliera.

—Genaro, ¿qué haces? Piénsalo, nunca dije que fuera tu novia, jamás te di esperanzas, ¿a qué viene esto? Haré que se disculpe, le diré a Manuel que te pida perdón.

—¿Por qué, Teresa?, porque montabas al señorito —escupió con odio—. ¿Crees que no vi cuando os entendíais en las cuadras? Todos lo sabían y se reían de los cuernos que llevaba, pero yo decía, algún día se cansará don Diego de Teresita y ella volverá con las orejas gachas a casarse conmigo, y vas tú, Teresa, y huyes del pueblo. ¿Te crees mejor que yo? Siempre te creíste mejor que yo. ¿Por eso nunca me hablabas? Siempre tan altiva y distante.

—¿Qué dices? Estás loco, vete de aquí.

Teresa le tenía miedo, no hay nada peor que alguien que no quiere ver la verdad, y Genaro no quería ver que ella jamás había estado interesada en él de ninguna forma. Por eso lo evitaba en el pueblo, no a mala idea, sino para no darle esperanzas, para que después esto no pasara. ¿Altiva? Quizá seca o agria, pero no, ella menos que nadie se creía altiva.

—¿Qué te costaba darme un poco de lo que don Diego tenía?

La zarandeó de nuevo y Teresa se revolvió, le pisó el pie con todas sus fuerzas y Genaro la abofeteó sin dudar. No le dio tiempo a reaccionar porque él sacó su pistola reglamentaria y apoyó la boca del arma en el escote de su vestido.

—¡Teresa! —Ángela salió de la habitación alarmada para encontrarse con los ojos de Genaro, que la miraron de arriba abajo, con una sonrisa ladina en los labios.

—¡Mira, la otra putilla, la del fortachón!

Entonces Teresa sí se levantó furiosa, lo apartó de un empujón y él rio zarandeando el revolver a un lado y otro. En la calle se oyó la voz de don José saludando a un vecino, y Genaro se giró hacia la puerta abierta.

—¡Vete de aquí, Genaro! No vuelvas.

—Me voy, pero no te creas que has ganado, vendré a por ti y a por tu amiga. Ándate con cuidado, Teresita, tu amigo el

anarquista no tardará en acabar en la cárcel y entonces te quedarás sola.

Genaro devolvió el revolver a su funda, colgada del cinturón, y salió sin volver la vista atrás. El muy sinvergüenza debió de saludar a don José y este entró extrañado. El cuadro que se encontró lo hizo mirar a su hija y a Teresa confuso. Ángela estaba aterrorizada, jamás había visto un arma, acabó deslizándose por la pared para acabar sentada en el suelo, su mano fue hasta la de Teresa, de rodillas en el terrazo, con el cabello desmarañado cayendo sobre el rostro.

—¿Quién era ese? ¡Niñas! ¡Zagalas!

Don José levantó a Ángela, que lloraba en silencio, y juntos atendieron a Teresa. El mentón se le había hinchado, el pómulo derecho no tardó en adquirir un color rojizo. Sentaron a Teresa en una de las sillas de la cocina mientras Ángela apretaba el golpe para que no se hinchara.

—¡Ay, padre! Le dio una bofetada a Teresa.

—¿El guardia? ¿Pero quién es? ¿Por qué ha venido a buscarte a casa, Teresa? —Don José temía a los uniformados, cuando era joven y el país se hallaba entre monarquías y repúblicas, él tomó partido por las izquierdas más extremas, demasiado joven siguió los pasos de su padre hasta que a base de golpes les quitaron los ideales. Siempre estuvo en el ojo de la policía y ahora un guardia venía a su casa, sin embargo, una idea le apartó el miedo—. ¿Es por ese chico? ¿Por Manuel? Dime, Teresa, si se ha metido en un lío es mejor que me lo cuentes.

—Padre, no…

—Calla, Ángela, que me lo cuente Teresa.

Ella levantó la mirada, pena y oscuridad vio don José, como el día que la conoció en aquellas cocinas, hecha de barro, duro por fuera y quebradizo por dentro. Esperaba que Teresa como siempre se cerrara y se marchara sin hablar, pero no, nunca le había contado por qué había huido del pueblo. Su hija lo sabía, pero él no, lo aceptaba y nunca preguntó, ¿quién no tenía demonios con los que lidiar? Teresa era una buena chica, le había venido tan bien a Ángela tenerla cerca, se había vuelto más atrevida, más madura a su lado. Sí, le gustaba Teresa, siempre propiciando que Rufo y su

hija estuvieran juntos. La muchacha comenzó a hablar titubeando, para explicar que ese guarda, Genaro, la seguía desde niños, que todos en el pueblo entendieron que se casarían, que el padre de Teresa así lo quería, pero ella jamás dio pie a todas esas conjeturas. Ángela, sentada frente a ambos, oyó a Teresa esbozar una historia en la que no había ni embarazos ni niño, y se lo agradeció, su padre no podría nunca vivir con el peso de saber que lo habían enterrado en el jardín, bajo el sauce, como un hijo sin madre y sin consagrar.

—¿Podemos denunciarlo, padre? —le preguntó Ángela—. No es posible que por mucho uniforme que lleve pueda entrar en nuestra casa y amenazarnos así.

—En esta sí, hija, sabes que acabé en el calabozo por defender la República, que luego ganaran no significa que no nos pusieran a todos en una lista. Rojos, comunistas… Mi nombre está en esas listas y me temo que ahora las visitas de Manuel pueden traernos problemas…

Teresa lo miró sabedora de que, en efecto, Manuel, no ayudaba a su causa, quizá si él no hubiera tumbado a Genaro de un puñetazo y lo hubiera dejado en ridículo en mitad de la calle, a vista de todos, este hubiera acabado olvidándose de ellos, pero ahora era algo personal.

—Hablaré con Benita, su señor, el padre de Isabel, es un alto cargo del ejército, puede hablar con él, no se lo negará, quizá pueda hacer algo, yo qué sé, destinar a Genaro a Soria.

Teresa y Ángela cruzaron las miradas, en efecto el señor tenía mucho cariño a Benita, así que Ángela también lo sabía. Después, se miraron ambas sin necesidad de una sola palabra, ¿hasta qué punto sería una influencia Benita sobre su coronel?

—No metáis a más gente en esto —suplicó don José al levantarse. Fue despacio hacia la puerta con andar pesado, como si hubiera envejecido con los recuerdos diez años más. Cogió del gancho de la pared una llave de hierro y la colocó en la cerradura, dio tres vueltas al cerrojo que sonó a hueco e hizo eco en sus oídos. Después le dio la otra llave a Ángela—. A partir de ahora, la puerta cerrada y vosotras dos siempre juntas o con Rufo hasta que estemos seguros de que ese guardia no vuelve por aquí.

Ángela y Teresa miraron la puerta, ahora la oscuridad se

había adueñado de ese rincón, por primera vez desde que Ángela tenía conciencia, la puerta de la casa se cerró con llave.

CAPÍTULO 15
HUIR

Los días pasaron sin noticias de Genaro, la vida seguía, entre el trabajo en el dispensario, ahora con las obras convertido en hospital, y la constante vigilancia de Rufo. Teresa solo se separaba de él y de Ángela cuando Manuel iba a buscarla, entonces iban a la casa del él. La pequeña buhardilla de la calle del Gato se convirtió en el refugio de los dos, calor y abrazos, sed de más que nunca se les acababa entre jadeos y gemidos. Afuera el ruido de la ciudad mecida ante las primeras bocinas de los automóviles que llegaban a sus calles, el jaleo de los vendedores ambulantes y el de las vendedoras de periódicos. Después del susto que habían pasado Teresa y Ángela, Manuel se había tranquilizado, no acudió a más mítines ni dio sus habituales charlas en las fábricas, parecía más sereno y a la vez inquieto, como si estuviera al acecho, no era el momento. El calor apretaba, la crisis de las Américas llegaba a su fin, se decía que se habían perdido Filipinas y que los soldados volvían a casa derrotados y hambrientos. La gente rica había dejado Madrid para irse al norte en busca del fresco verano. Con ellos se había ido Benita, con Isabel y su padre en mitad de las advertencias de todas ellas de que no se dejara embaucar.

Las protestas comenzaron a finales del mes de julio, algunos soldados volvían a la península y pasaban por la capital, muchos se quedaban y comenzaron a malvivir por las calles. Teresa, extrañada, se percataba de cómo Manuel apretaba los puños cuando los veía caminar sin rumbo por el centro y él seguía sin acudir a la sede del partido, sin ir a los cafés donde su amigo Pablo y él hablaban de política.

—Es por mí, ¿verdad?

Caminaban ya cerca de casa, anochecía y el callejón estaba desierto de voces y trasiego.

—¿Por ti, qué, Teresa?

—Lo sabes muy bien, ya no vas al café, no acudes a las llamadas y no repartes panfletos, ¿qué ocurre, Manuel?

Manuel la cogió del codo y la llevó a un lado, pegada a la pared, después de mirar alrededor para asegurarse de que estaban solos.

—Tengo miedo, no por mí. —Dudó suspirando como si le costase decir aquello—. Teresa, no quiero que te pase nada. Te quiero, morena.

Teresa abrió los ojos, el corazón se le había parado, estaba segura. Manuel, su canalla de sonrisa de hoyuelos, la quería, a ella, a Teresa. Un hombre como él, guapo a rabiar, inteligente, como nunca conoció en un hombre, idealista. Y la quería a ella.

—Oh, Manuel, te quiero a morir.

Entonces él se separó de su cuerpo, con el índice la hizo elevar la barbilla y vio sus lágrimas. Teresa sonrió, allí estaba su sonrisa canalla, sus hoyuelos alargados, su aire arrogante.

—No llores, no te pega nada, morena —dijo mientras recogía sus lágrimas con el dedo índice—. Escucha, Teresa, me siguen, incluso ahora mientras hablamos siento que nos observan. —Señaló con la cabeza entre las sombras de la calle —. Estoy en sus listas, las que te llevan a interrogatorios, al calabozo…

Teresa fue a girarse para mirar al intruso y él la retuvo por la barbilla.

—Voy a dejarte en casa hoy y voy a desaparecer un tiempo. No, no me mires así, volveré, pero tengo que alejar de ti a ese Genaro de tu pueblo, me ha denunciado y no se rendirá hasta verme esposado. Pero no te preocupes, Teresa. Pronto, al no poder demostrar nada, te dejarán en paz y vendrán tras de mí. Está buscando una excusa para meterme en la cárcel.

—No hace falta, Manuel, hablaré con él, intentaré que razone, ¿estás seguro de que es él?

—Me la tiene guardada desde el incidente de la calle Bailén, solo necesita verme hablando con el grupo de Pablo o hacer algo sospechoso. Ha puesto tras de mí a la brigada de anarquistas, me avisaron mis amigos. ¿Y sabes qué?, si se

acerca a ti otra vez lo mataré.

Teresa pensó que si Genaro se acercaba de nuevo lo suficiente a ella entonces no importaría si luego había que matarle, el daño ya se lo habría hecho a ella, pero se lo calló, a veces la inteligencia de Manuel tenía sus lagunas respecto a los hechos más comunes.

—Está bien, haz lo que creas, pero vuelve, Manuel. ¿A dónde irás?

—Fuera de Madrid, es mejor que no lo sepas. Un amigo de la universidad me ha invitado a su casa, en el norte.

—Vete entonces, pero no te despidas, no me gusta decir adiós, nunca me ha gustado.

Sonrió y la besó, dejó a Teresa con los labios hinchados, con fuego en la fina piel, el tacto de sus manos sobre la cintura y el ardor que siempre le quedaba cuando él se marchaba. No se giró, dejó allí a Teresa temblando por el frío de la madrugada. Lo vio bajar la cuesta del callejón y perderse al girar la esquina justo en el momento que una sombra iba tras él. Pensó en echar a correr para prevenirle, pero eso solo empeoraría las cosas. Manuel ya sabía que lo seguían y no tenía más remedio que aceptar que tal vez nunca volvería a verlo. Como siempre, si en lugar de haber hablado con calma con Genaro o lo hubiese hecho razonar, todo esto no hubiera pasado. Manuel tampoco habría tenido que enfrentarse a él y no se vería obligado a huir como si hubiera hecho algo malo. Maldijo su temperamento fuerte y el día que volvió a encontrarse con Genaro.

—Perdona.

Teresa se giró con rapidez, sobresaltada al oír la voz en las sombras, dispuesta a echar a correr hacia la puerta como si tuviera alas. ¿También la seguían a ella? Era un hombre de anchas espaldas, vestido de uniforme. Alterada, quiso empezar a gritar cuando se dio cuenta a la tenue luz del anochecer que no era un uniforme de la guardia, sino uno raído de color marrón, un soldado.

—¿Quién eres?

—Es esa la casa de Jacinta, ¿verdad?

—¿Por qué la buscas? Ya tiene todas las habitaciones alquiladas, vuelve mañana por si puede hacer un hueco. ¿No crees que es un poco tarde?

El soldado miró de arriba abajo a Teresa, con cierta prepotencia. Sus dientes se dejaron ver en aquel rostro moreno, tostado sin compasión por el sol. Entonces cayó en la cuenta de quién podía ser aquel hombre. Andrés, el marido de Jacinta. No podía creerlo, aquel hombre de rudas facciones no pegaba con Jacinta, siempre con sus vestidos entallados, su pelo siempre peinado con una onda sobre la frente, a la moda. Siempre lo había imaginado gallardo, alto, con encanto, como esas revistas que Jacinta enseñaba donde había más retratos que fotografías, y nada más lejos de la realidad. Le vio acercarse a la puerta de ella, llamar de una manera exigente, la voz de Jacinta se oyó desde el interior. Ese grito tan de ella, lleno de impaciencia, pasaron unos segundos y él se volvió a mirar a Teresa. Avergonzada por ser pillada cotilleando, sacó la llave y abrió la puerta de su casa. Al momento la otra puerta se abrió y Jacinta salió. Teresa entró, llevada por la más completa curiosidad, se giró hacia ellos. La cara de Jacinta lo dijo todo al ver a su marido, no se alegraba de que hubiera vuelto e intentó disimular con una media sonrisa. Teresa cerró a su espalda, sintiéndose la extraña que en realidad era ante aquel reencuentro entre un marido y su mujer después de dos años sin verse.

CAPÍTULO 16
JACINTA

Allí, frente a ella, estaba Andrés. Después de tanto tiempo, ni una foto en estos años, tampoco tenía en casa ninguna de él, así que lo encontró más bajito de lo que lo recordaba, más enjuto y mayor. Llevaba el uniforme desgastado y sucio, un morral al hombro. Sus ojos, aquellos que un día la habían enamorado, ahora eran oscuros y hundidos en las cuencas. Algo había cambiado en él, lo sentía en el corazón desde hacía mucho. No encontró en su rostro una sola sonrisa amable, ni un gesto de alegría. Algo oscuro acechaba bajo su barba, una sonrisa de esas que Jacinta reconocía de su adolescencia, lujuria. Andrés repasó su silueta, su cintura y sus pechos. Un escalofrío la recorrió entera. Sintió miedo.

Ella era la mayor de ocho hermanos, la única niña. A los más pequeños hasta los ayudó a nacer, nunca había sentido miedo de nadie. Los había criado a todos sin un padre, el suyo las abandonó a ella y a su madre al nacer, y al resto de los padres de sus hermanos ni los conoció. A veces jugaba a desentrañar entre los rostros que se paseaban por la casa del arroyo quién era el padre de cada cual. Sabía ver de quién apartarse y reconocía la bondad tanto como la maldad. El día que murió su madre era su cumpleaños y, por más que le avisó de que no dejara volver a la casucha a aquel hombre, ella insistió. Fue su trágico final. Ángela nunca entendía por qué no celebraba su cumpleaños, aquel último día que fue con Isabel a la Estación de Mediodía a ver las exóticas plantas e insistió en que cenara con ellos se preguntó por qué sabría ella que era su cumpleaños. Por fortuna pareció olvidarlo al traer a casa a Teresa. Demasiados recuerdos le traían ese día, fue el mismo que recibió la carta de Andrés, él volvía a casa y

un funesto presentimiento se adueñó de ella.

Su marido allí plantado la miró impaciente y se adelantó con un paso, Jacinta se apartó por instinto. Al cerrar la puerta de la casa supo que su premonición no le había fallado al desear que él no volviera nunca.

CAPÍTULO 17
UN ANILLO

Teresa no había dormido nada, entre la apresurada despedida de Manuel y la llegada del marido de Jacinta la mente no le paraba quieta, se asomó a la ventana y miró la casa de Jacinta. Las persianas de la planta baja ya estaban levantadas hacía rato. Decidida, fue hasta la cocina. Ángela estaba en el jardín arrancando malas hierbas, inclinada sobre el pequeño huerto, vio cómo se erguía y miraba al vacío con preocupación. Ángela estaba perdida en ese mundo suyo de señales y pajarillos y dejó caer el matojo de hierbas que agarraba en la otra mano. Se preguntó si Rufo se había fijado en esas cosas tan raras que Ángela hacía a veces.

—¿Qué haces, Ángela?

La sobresaltó y ella se giró, estaba pálida. Al ver a Teresa recuperó el color y sonrió como si momentos antes no estuviera absorta con la mirada perdida hacia el fondo del jardín.

—¡Qué temprano! Ayer no te escuché llegar.

—Sí, bueno, Manuel se va unos días y se nos hizo tarde. —No quiso contar más, ni preocupar a Ángela sobre el motivo por el cual Manuel salía de Madrid tan apresuradamente. Si le decía a su amiga que era culpa del maldito Genaro, que insistía en librar su afrenta con Manuel, solo conseguiría preocupar a Ángela. Cambió de tema enseguida con la otra cosa que le preocupaba—: ¿Sabes que el marido de Jacinta ha vuelto? Lo vi en la puerta anoche, parecía un poco perdido, no sabía ni dónde estaba su casa.

Ángela fue hasta ella más serena, pasado su momento de estar abstraída.

—Jacinta se vino a esa casa poco después de que él se

marchara a América, le mandó las señas en una carta. Antes vivían cerca del puente, en una casa pequeña, con la madre de él, cerca de la finca del maestro Goya. Ella no soportaba a la madre de Andrés, así que aprovechó que esa casa del callejón quedó vacía y se vino.

—No me gusta nada el tal Andrés, parece un poco bruto y rudo. ¿Qué te pasa, Ángela?

—Nada, es solo como si fuera un presentimiento, desde hace días me siento extraña, como si algo fuera a pasar…

Teresa prefirió no contestar, no sabía nunca si creer esas cosas que le pasaban a su amiga, esos momentos en que ella se iba lejos y permanecía días ausente.

—¡Anda! No va a pasar nada —fingió Teresa tomarlo por un absurdo cuando en realidad sabía que la visita de Genaro había alterado a todos, sus amenazas, que hubiera entrado en la casa, su odio, solo tenían que estar prevenidas, ahora que Manuel se había marchado no tenía excusa para perseguirlas, al menos ante sus superiores—. Venga, vamos a ver a Jacinta, estoy en ascuas porque me presente a su marido.

—No sueles ser tan cotillica, Teresa, ¿te preocupa algo?

—Es que no me da buena espina el militar, te lo he dicho y Jacinta lleva meses convencida de no querer verle… No sé, vamos, quiero conocerle. ¿No te parece extraño que siendo como es Jacinta no esté por aquí con él dando saltos?

Jacinta recibió a ambas sin sus habituales chascarrillos y las hizo pasar hasta el final del largo corredor, hasta la cocina. Siguieron sus pasos sin su habitual vaivén de caderas. Allí estaba sentado su marido, a la mesa, encogida la cabeza entre los hombros mientras masticaba con la boca hasta la barbilla unas tostadas de azúcar. Ni siquiera se levantó ni cerró la boca al verlas. Miró a Ángela y a Teresa como si fueran dos molestas moscas que se habían colado en su cocina, solo movió la cabeza a modo de saludo. Jacinta se apoyó en la cocina de gas y cruzó los brazos. Todo parecía resplandecer de limpio y olía como tal, nunca antes lo vieron todo tan cuidado e impoluto.

—Este es Andrés. —Le señaló con cierta mirada recelosa, miró avergonzada a su marido, que ni se inmutó—. ¿Queréis algo de desayunar? —preguntó mientras movía los paños de cocinar de un lado a otro—. Creo que algo tendré…

—Venía a devolverte esto —saltó Ángela con un retal de tela que llevaba en el bolsillo. Menos mal, pensaron ambas, que habían encontrado una excusa porque no eran solo imaginaciones suyas, se respiraba en esa casa una tensión tal que en cualquier momento parecía que iba a estallar. El feliz acontecimiento del reencuentro, que debía ser una fiesta, era más un duelo, no eran bien recibidas en la casa en ese momento—. Solo era eso, nos vamos a trabajar. Será mejor que nos marchemos ya o llegaremos tarde.

—¿Y esas maletas? —preguntó Teresa al tropezar con los bultos cuando salían apresuradamente.

—El escritor, se va hoy —contestó Jacinta, tirante, con la mirada de soslayo puesta en el hombre que seguía comiendo en la mesa.

Salieron sofocadas por el ambiente rancio, la cara larga de Jacinta, los ademanes molestos de su marido.

—¿Qué piensas, Ángela? ¿Soy yo o Jacinta no parecía la misma?

—Ya veremos, Teresa, a lo mejor solo necesitan tiempo para volver a conocerse, date cuenta de que él lleva años fuera.

—¡Una mierda!

—¡Teresa!

—Ni Teresa ni nada, ¿tú has visto la cara de Jacinta? De duelo es poco.

—No te metas, Teresa, están casados, si necesita ayuda Jacinta lo dirá.

Teresa no lo tenía tan claro, nunca antes había visto a Jacinta contener sus movimientos ni sus ademanes, ni quedarse en un rincón, ni vestirse de oscuro, nunca hubiera echado al escritor que, más pobre que una rata, era puntual con los pagos. En los ojos de Jacinta había miedo, miedo y odio.

Lo dejó pasar, hizo caso a Ángela, mucho más prudente que ella, pero día a día Jacinta fue cambiando. Ya llevaba tres días sin pasarse por casa cuando era habitual verla según atravesaban la puerta a la vuelta del dispensario. La veía por la ventana salir a barrer al amanecer y no hacía recados, ya apenas salía. Teresa fue hasta su habitación, miró por la ventana, todas las contraventanas estaban echadas en la parte

de atrás desde donde muchas veces Jacinta llamaba a gritos para que fuera a tomar un café o limonada, más bien para que ella se lo llevara. Sería porque estaba aburrida, harta de echar de menos a Manuel, y se había obsesionado con Jacinta.

—¡Ángela, Teresa!

La vocecilla de la calle le hizo sonreír, era Benita, había vuelto del norte. Teresa fue corriendo hasta la puerta para girar la llave, se tranquilizó, como si no estuviera deseando ver a su amiga. Teresa prefería que pensaran que no se había encariñado tanto con todas, que estaba cambiando, pero qué ilusión le hacía ver a su beatita preferida.

Al abrir la puerta los ojos casi se le salen, ¡que le habían cambiado a su Benita! Llevaba un vestido fino, de esos que solía llevar su pupila Isabel, suaves y de algodón claro, ajustado a la cintura y el cuello, abrochado con un delicado botoncito de nácar.

—¡Pero, Benita, qué guapa estás!

Benita se puso colorada y sonrió al bajar la cabeza.

—No es demasiado atrevido, ¿verdad?

—¡Ay, corazón! Ven aquí. —Teresa, tan poco dada a los abrazos, achuchó a Benita y le dio un beso en la mejilla. Hizo pasar a Benita delante, hacia la cocina.

—¿Desde cuándo cerráis con llave? Creí que no estabais…

—Tuvimos cierto incidente con la Guardia Nacional… deja, luego te cuento, primero cosas buenas. Pero, dime, ¿cómo es el norte? ¿Lo pasaste bien? ¿Viste el mar? Isabel, ¿cómo está?

Benita se llenó de brillo, de color en las mejillas, si hasta estaba morena esa piel suya translucida y había engordado.

—Isabel está con su padre, hoy quería venir sola. ¡Es todo tan bonito! Santander es precioso, y no hace nada de calor, venden helados en los paseos y el hotel era blanco, grande, una maravilla. Isabel se quemó con el sol, pero fue culpa mía, ¡qué sabía yo que el aire quemaba al lado del mar! Había gente tan elegante, portugueses, franceses… Si hasta había unos duques ingleses que nos invitaron a desayunar… lo he pasado tan bien. Ha sido como un sueño, Teresa.

Teresa miraba confundida a Benita, demasiada dicha contenida en un cuerpo tan pequeño, aquel brillo no era por los helados ni por el sol.

—Benita, ¿qué ha pasado? —preguntó temerosa, recordando las sospechas de Jacinta, Ángela y ella misma sobre su relación con el padre de Isabel.

Benita paró de contar, con esa sonrisa de enamorada que se escapa de la cara, imposible de domar como el corazón cuando late hasta creer que se te va a salir del pecho, ni mariposas ni nada el estómago, es la felicidad que se te escapa del cuerpo, amenaza con estallar y que lo vea todo el mundo, dan ganas de gritar, de saltar, de calmar esa revolución que no sabes de dónde sale. Amor.

Al levantar la mano izquierda, extendida con todos sus largos y finos dedos, Teresa creyó necesitar algo para poder respirar. Un anillo, con una piedra del tamaño de grano de maíz, brillante, pulida, blanca, nunca había visto nada igual.

—¡Joder, Benita!

—¡Teresa, no digas tacos! ¿No estás contenta por mí? Juan y yo nos hemos comprometido.

—¿Juan? Ahora es Juan, ¿no era el señor o el coronel?

—¡Teresa! ¿Tú? ¿Precisamente tú? Creí que lo entenderías mejor que nadie, es amor, ¿qué importa si es el coronel? Me adora, me quiere, quiere que nos casemos.

¿Rencor? ¿Envidia? ¿Amor? Todo se cruzó en la mente de Teresa, cosas malas y buenas, esperanza porque fuera verdad el cuento de Benita, el instinto de protección y su amistad hacia ella ganó a todo. Era su amiga, buena y tímida, la más joven de las cuatro, educada casi para ser religiosa y a la cual el destino le había puesto en su camino a un guapo señor veinte años mayor que ella. Benita era la muchacha que pese a sus creencias le acompañaba a poner velas por su niño y cavó la tumba de su bebé.

—¿Estás segura, Benita? ¿No lo habrás entendido mal? ¿Qué ha pasado entre vosotros?

—Teresa, alégrate por mí —susurro Benita dando vueltas al anillo—. No lo busqué, él estaba tan solo, y yo también, sabes que paso el día con Isabel y entonces empezó a pasar más tiempo conmigo y con su hija. Y ahora, en el viaje… Estoy enamorada. No sé cómo ocurrió, creo que fue aquella mañana en que me puse tan enferma, vino a verme a la buhardilla y sentí que por primera vez me miraba, ya sabes, como a una mujer. ¿Crees que todo irá bien? Somos tan diferentes…

Teresa cogió sus frías manos sobre la mesa. Nerviosa, las retorcía, ¡cuánto debía de costar a Benita contar todo aquello!

—Y me alegro mucho, Benita, lo digo de corazón, nadie merece más que tú encontrar el amor. De verdad, Benita, ¿estás segura de sus sentimientos?

—Lo sé, Teresa, sin ningún tapujo me presentó los últimos días como su prometida, en cuanto le dije que sí. Fue precioso, en el paseo marítimo, al anochecer con la brisa intentado llevarse mi sombrero. A veces soy muy niña, lo sé, fue como un cuento, él vestido con su uniforme de gala tras la cena… ¡Pero basta ya, por favor, quiero contárselo a Ángela, si no me haréis repetir la historia una y mil veces! ¿Y tú, Teresa? ¿Cómo están todas?

—Manuel se ha ido a pasar una temporada al norte, pero supongo que ya volverá —susurró indiferente como si realmente no importara cuando cada día moría por ver su sonrisa, no era momento de empañar la felicidad de Benita con sus penas—. El marido de Jacinta ha vuelto y Ángela es ella —rio—. Está ahí fuera, en el jardín, con sus cosas.

—¿El marido de Jacinta? ¿Y cómo es? ¿Sabes que no estaba nada contenta con su vuelta?

—Anda, ven. —Hizo levantarse a su amiga—. Vamos a contárselo a Ángela, verás qué contenta se pone por ti y por Isabel.

CAPÍTULO 18
PÉRDIDAS

Agosto llegó y con él la triste noticia. Ya era definitivo, se había perdido la guerra. Países como Filipinas ya no pertenecían a España, el resto de las colonias se vendieron a los americanos y muchos españoles estaban dispuestos a regresar a la madre patria. Hubo disturbios y nunca se alegró tanto Teresa de que Manuel estuviera lejos. Hubo detenciones, enfrentamientos entre grupos y, como siempre, los más radicales aprovecharon para sembrar el caos en las calles y quemar periódicos frente al gobierno. Se hablaba de torturas en los calabozos, prostitutas apaleadas en busca de información, de movimientos sindicales a los que quemaban sus sedes, de una persecución a cualquiera sospechoso de hablar mal contra el estado y la corona.

Teresa ya no pisaba el centro, alejada de él por los disturbios y porque ya no tenía motivo. Manuel seguía lejos, ni una carta, ni una nota, nada. Su orgullo le impedía ir al café y preguntar a sus amigos. Pablo tenía que saber dónde se había marchado, esperaba que ni a Barcelona ni al norte, allí las revueltas eran aún peores, se hablaba de nacionalismo, de independencia, cosas que Teresa no acertaba a comprender. Cuando más decidida estaba a ir, vio su nombre en el periódico, habían arrestado a Pablo, aún más revolucionario que Manuel y su nombre comenzaba a sonar alto entre las asociaciones de trabajadores. Y mientras el mundo parecía cambiar al acercarse el fin de siglo, su mira y la de Ángela estaban puestas solo en la casa de enfrente. Jacinta, que ya no iba a verlas, ni siquiera cuando se enteró de la próxima boda de Benita. Se lo habían tenido que contar a través de la reja

de su ventana como si fueran en secreto a verla. Ninguna quería entrar en su casa, ya no tenía huéspedes y al poco tiempo su prima se volvió al pueblo.

—Mira, ahí va otra vez Andrés, ¿crees que está buscando trabajo?

Teresa miró a Ángela, pegada a la puerta entreabierta y sonrió.

—Empiezas a ser como una vieja pegada a la puerta.

—¿Es que no te preocupa? Jacinta no sale de ahí.

Teresa arrojó el trapo que tenía entre las manos contra la mesa, bastante paciencia había tenido, esto no podía seguir así, no era propio de Jacinta encerrarse en casa, llevaban sin verla dos semanas.

—¡Venga, vamos!

—No va a dejarnos entrar.

—El ogro se ha marchado, ¿no? Venga, vamos.

Como dos furtivas salieron de casa de puntillas, mirando en dirección a la calle grande y cruzaron a la carrera. Teresa fue quien llegó antes y comenzó a llamar con fuerza, nadie abría. Insistieron hasta que oyeron los pasos acercarse a la puerta.

—¿Qué hacéis aquí? Ahora no puedo.

Jacinta entreabrió unos centímetros y, al verlas, cerró un poco más. Fue lo suficiente para que las dos vieran su cara, amoratada e hinchada. Teresa clavó el pie en la puerta para que no cerrase y Jacinta se vio obligada a echarse hacia atrás.

—¡Jacinta! Pero ¡¿qué te ha hecho ese animal?!

Miró a una y a otra, con el ojo entreabierto y una pena que echó para atrás a Teresa.

—Es mi marido. Andrés ha salido, pero volverá pronto, iros, por favor, no es cosa vuestra.

De un golpe en el pecho echó para atrás a Teresa y cerró la puerta de un portazo. Ángela volvió a llamar, ya no volvió a abrir.

—¿Y decís que tenía la cara llena de golpes? —repitió Benita desconcertada, no podía ser cierto, Jacinta tenía carácter, nunca hubieran pensado que aquel ser bajito y rudo pudiera tenerla encerrada en casa. Ahora entendían que nunca saliera, que ya no fuera a verlas. Se había pasado con su tela para el vestido de novia, esperando que ambas

pudieran coserlo, se negaba a ir a una de esas tiendas finas por mucho que el coronel le pagara la modista y se había encontrado con la agitación de Teresa y Ángela.

—Pero algo podemos hacer, ¿no? —preguntó Teresa—. Denunciar a su marido, no puede seguir tratándola así…

—Es su marido, no hay nada que hacer. Además, ella no querrá, si es capaz de tenerla encerrada ahí con el carácter que tiene, imagina si se entera de que lo ha denunciado. Tiene que ser un monstruo.

Se habían sentado en el banco de madera bajo el sauce, la tela del vestido color marfil sobre sus piernas había quedado olvidada con sus maravillosos encajes y brocados. Benita comenzó a golpetear el pie contra el suelo, arrojó sin miramiento alguno la tela sobre las rodillas de Teresa y Ángela y se levantó.

—¡A ver quién tiene más arrestos! Isabel, por favor, quédate aquí —dijo a la niña que estaba tan asombrada como ellas. Dejó su muñeca de trapo a un lado y asintió. Con el instinto de los niños, sabía que algo malo pasaba y era mejor quedarse quieta.

Las dos miraron a su amiga como si Benita estuviera poseída, se levantaron de golpe al ver cómo se dirigía hacia la cocina, atravesó la habitación y abrió la puerta. Sin detenerse, saltó los adoquines y llamó con fuerza a la puerta de Jacinta.

—Pero ¿qué te ha poseído, Benita? Le traerás más problemas, anda, vuelve.

Benita ni se giró, la dulzura de sus gestos siempre comedidos había sido sustituida por una fiereza digna de un soldado mientras golpeaba la puerta con fuerza. Jacinta abrió lo justo para ver quién era y Benita la empujó. La puerta se abrió de par en par y pudieron ver la delgadez de su amiga, su cara menos magullada, pero aún con golpes recientes. Llevaba un vestido oscuro, ceñido al cuello, como si de una anciana se tratase. La sorpresa, la impresión de Jacinta al ver a Benita como si fuera un toro entrando en su casa, no le dejaba cerrar la boca. Ángela y Teresa aprovecharon para colarse. Jacinta echó a correr tras Benita para parar su decidida carrera. Fue imposible. Benita fue hasta su habitación, revolvió el armario y sacó tres vestidos sobre la cama, al ver que Jacinta estaba detrás se los puso en las

manos.

—¡Coge esto! ¿Qué más necesitas? Te vienes con nosotras.

Jacinta las miraba atónita sin saber qué decir. Ángela y Teresa quitaron de sus manos los vestidos, las bragas y las medias que Benita tiraba al aire. Desde la cocina oyeron un bramido llamando a Jacinta, ella se encogió, con los ojos abiertos, aterrorizada.

Andrés se presentó ante ellas, furioso, rojo al ver allí a todas las amigas de su mujer, aún más furioso cuando vio la ropa de Jacinta en manos de las tres.

—Pero ¿qué diablos? Salid de mi casa, putas.

Benita, la Benita de las tres, la tímida y pequeña, quien llevaba sobre los hombros la cruz y jamás había roto un plato, se adelantó y encaró al marido de Jacinta. No era mucho más alto que ella, media mierda, pensaron al mirarse Teresa y Ángela.

—Nos llevamos a Jacinta con nosotras, no te atrevas a buscarla. Si vuelves a ponerle una mano encima te vas a reincorporar al servicio y me aseguraré de que mi marido te mande al último rincón de África. A ver si le dices algo a un coronel de Su Majestad, mierdecilla.

Andrés miró perplejo a aquella mujer canija, debía de ser verdad, por el vestido de mujer rica que llevaba aquella jovencita, su seguridad al hablar…

—¡Toma! Págate un billete y sal de Madrid. Te doy hasta mañana.

Benita le arrojó su anillo de compromiso, él dudó, las miró a las tres. Teresa y Ángela se habían venido arriba al ver que Benita ganaba, y adoptaron la misma postura chulesca con los brazos en jarras. Andrés se agachó y cogió el anillo, antes de salir escupió a sus pies para que su hombría quedara clara. Teresa aprovechó y tiró de Jacinta, que observaba la escena con una especie de desconcierto e incredulidad. Salieron todas a la carrera, cruzaron la calle y Ángela, que era la última, echó la llave a toda prisa.

—Me *cagüen* la Benita.

Todas miraron a Jacinta que, aunque tenía el labio partido, sonrió a la vez que se le caía una lágrima. Rieron por los nervios, el miedo y la cara de Andrés al verlas convertidas en un ejército. Se abrazaron en un corro unas contra otras,

orgullosas de su hazaña.

—Benita, le has tirado tu anillo de prometida.

—Que le den al anillo, Ángela, bien vale la libertad de Jacinta, cuando se lo cuente a mi Juan me aplaudirá, dinero no le falta para otro.

Definitivamente, Benita había cambiado.

Jacinta se quedó con ellas en casa unos cuántos días, se negó a ir a la elegante casa del coronel, la sensación de triunfo dio paso al miedo a que su marido volviera en cualquier momento. Se prometió que hasta que no volviera a tener algún huésped no regresaría a la casa. Con razón, lo primero que había hecho él era echar a sus inquilinos, para tenerla acojonadita en un rincón. ¡Qué mal le había salido!

Bendita tuvo que aguantar los vítores cada vez que aparecía por allí, cada vez más guapa, con vestidos preciosos de la mano de la pequeña Isabel que, aunque no se atrevía a llamarla madre, la miraba con tal cariño que todas se deshacían al verlas juntas. Tras decir a su Juan que había perdido el anillo, cualquiera que conociera a Benita sabía que era mentira, él compró otro aún más grande. Teresa se partía de risa cuando Jacinta decía que lo apartara, que le deslumbraba tanto brillo y glamour.

Teresa huyó temprano a trabajar, no soportaba el calor cuando empezaba a caer sin piedad sobre el camino. Las pocas sombras de las tapias apenas daban un pequeño respiro y simplemente no quería ir con Ángela y con Rufo y robarles el poco tiempo que tenían juntos. La casa de Ángela no era su casa, se sentía bien allí, aunque hacía tiempo que sentía la falta de un hogar propio, sus raíces estaban lejos, necesitaba algo suyo, y más cuando Rufo y Ángela se casaran. Desde que dejó el pueblo no tuvo esa sensación de pérdida que crecía cada día, tal vez fuera que sus amigas estaban formando su propia vida. Envidiaba a Jacinta en parte, pasara lo que pasara siempre tendría su hogar, su refugio, podía elegir cuando estar acompañada y el simple hecho de colocar unas bonitas cortinas sin pedir permiso. Teresa anduvo deprisa, siempre llegaba tarde a todas partes. Con la bolsa cruzada sobre la cadera, a veces pellizcaba un trozo de pan con azúcar. Recordó con pesar los desayunos de casa de los Bernal. Diego, hacía tanto que no se colaba como un furtivo

en su mente, ya no sentía nada por él, pero seguía ahí su imagen, muestra de lo estúpida e inocente que había sido. Se giró al oír a alguien, ya empezaba a ir de aquí para allá la gente, los carros más lejos, por el camino grande, sin embargo, se sintió observada, una sensación extraña. Se giró aún dos veces más antes de alcanzar las verjas negras del dispensario.

Las chicas estaban arremolinadas en el interior oscuro. Cuanto más tiempo pasaba allí Teresa se iba dando cuenta de que se había acostumbrado tanto al olor de los tintes que apenas lo notaba al entrar. Estaban todas absortas reunidas en corro, ¡seguro que sería cualquier tontería! El ambiente de la ciudad volvía a la normalidad tras las revueltas por las pérdidas de las islas americanas a principios de agosto, cierto era que había quedado algo de pesimismo entre la gente, como decía don José, pero pronto, en cuanto el dinero por la venta a los americanos entrara en el país, se olvidaría todo.

—¡Teresa! —llamó una de las chicas más pequeñas con su acento andaluz—. ¡Mira, lo ha traído un soldado!

Teresa se acercó sonriendo y aún más lo hizo al ver que eran carteles americanos, nada que ver con la elegancia de los parisinos que de vez en cuando atravesaban la frontera. Estos tenían chicas medio desnudas, con la piel de un color marfileño, rodeadas de palmeras y en posturas de baile rarísimas. Por fortuna, arriba llevaban dos cocos que hacían reír a todo el corro de chicas. Y en vez de faldas llevaban graciosas hojas de palmera, todo colocado de manera estratégica para ocultar sus encantos.

—¡Mira, Teresa, esta se parece a ti! ¡Es tan guapa!

Quiso reírse, pero lo cierto es que sí se daba un aire, su madre siempre le había dicho que era guapa, pero nunca la creyó, ¿qué podía decir una madre? Sonrió mientras se ponía el delantal y lo ajustaba a la cintura. Algunos comentarios sobre los cocos harían enrojecer a cualquier soldado de las plantas de arriba.

Ángela entró como una exhalación mirando alrededor con una sonrisa, suspiro al no ver a Flora, la encargada, y corrió hasta ella. ¡A ver qué locura le había dado a su amiga! Su propia mente chascó ante esa palabra, a veces lo pensaba, pero no convenía repetirlo mucho, aunque fuera en sus

pensamientos.

—¡Mira lo que me he encontrado a la puerta de casa!

Se giró y la mirada de Teresa fue hasta la puerta, en sombras por culpa de la luz de fuera, una silueta delgada y alta se recortaba contra el sol. El corazón de Teresa empezó a golpear con fuerza, amenazaba con salirse del pecho.

—¡Morena!

El delantal, que no había llegado a estar atado, cayó al suelo, lo apartó con el pie. Teresa, siempre tan suya, tan orgullosa, echó a correr hacia él. Manuel, solo él la llamaba así. Al llegar cerca contuvo el aliento, sí, era él, no un sueño de esos que se colaban en las sábanas, ni un recuerdo. Manuel. Sus ojos se comieron a Teresa, de arriba abajo, con la picardía canalla de esa media sonrisa, la sombra de una barba a medio salir y el pelo más largo de lo que nunca le había visto. Ni tan siquiera cruzaron una palabra, Manuel cogió su mano, tiró de ella y atrajo a Teresa hasta su cuerpo musculoso, su pecho duro como una roca, su olor a jabón. Le besó con hambre, rozando su lengua con la promesa de seguir así eternamente. Las chicas rieron nerviosas ante el descaro de ambos y entonces ellos cayeron en la cuenta de que les miraban los ojos de un buen puñado de muchachas impresionadas.

—Ese cartel no te hace justicia, eres la mujer más bonita del mundo.

—¡Manuel! ¿Cuándo has vuelto?

—¡Qué importa! Estoy aquí.

¿Y eso qué significaba? ¿Quizá que él ni siquiera había pasado por casa, yendo en su busca?

Manuel cogió su mano, tiró de ella hasta sacarla fuera y Teresa rio como una niña, una risa clara y limpia que hizo que él la abrazara una vez más, sumergió el rostro entre el pelo ensortijado de su morena, pequeña y fogosa que tanto había añorado.

—¡Teresa! ¿Dónde cree que va, señorita?

La voz de Flora les despertó del trance y Manuel rio, se miraron y echaron a correr por el patio en mitad de las miradas. Envidiosas de las chicas, de juerga de los soldados, la atónita expresión de Ángela y Rufo. Y la enfadada, muy enfadada, de doña Flora. Rufo y Manuel cruzaron una seña

cómplice antes de desaparecer. Teresa y él se montaron en su carro.

—Ha sido una huida digna de una soldado. —Ambos reían cuando Manuel lo dijo muy serio.

—¿Dónde me llevas, Manuel? —preguntó con la respiración entrecortada mientras él avanzaba por el camino guiando al caballo zaino.

—Vi salir a don José, vamos a tu casa.

Teresa contuvo el aliento, no querría ir a ningún otro sitio, él la ayudó a bajar del carro al llegar al fin. Si Manuel se extrañó al ver que abría la puerta cerrada con llave no dijo nada. La cocina de la casa los recibió con el olor aún de los desayunos, el café en su puchero aún caliente, la puerta del patio abierta. Manuel lo miró todo como si hubiera pasado una eternidad y Teresa sonrió, no solo la echaba a ella de menos.

Cogió enseguida su cintura, colocando sus caderas para encajar con ella, frotando sus cuerpos.

—¿Quieres cortejo, Teresa? ¿Que te lleve bajo tu sauce y nos sentemos a cogernos las manos?

Teresa lo miró absorta, mientras la mano de Manuel se deslizaba sobre la suya, junto las palmas de ambos. La palma de él, rugosa, los dedos largos y elegantes, unas manos bonitas para ser un hombre. Las suyas, temblorosas de emoción. Entrelazó los dedos con los suyos y lo condujo por el pasillo hasta llegar hasta la última habitación, la suya. Se sonrojó por las medias colgadas, la ropa interior a medio remendar, pero Manuel parecía no ver nada más que a ella.

Colocó a Teresa frente a él, bajó el hombro de su vestido con delicadeza y ansia, acercó los labios a su piel, se perdió en la suave tez morena, rozó con la nariz la curva de su cuello hasta trazar una línea que llegó hasta el lóbulo de su oreja. Teresa suspiró, se aferró a sus brazos, metió los dedos bajo la doblez, a la altura de sus codos, y tocó sus músculos, siguió la línea del cuello, uno a uno deshizo cada botón de su ojal hasta dejar su torso desnudo. Las manos se perdieron en su cintura, la línea de su pelvis a través de sus pantalones. Manuel se separó un poco, jadeante, bajó su vestido, acarició la ropa interior con reverencia y la desnudó al fin, despacio, saboreando cada porción de piel descubierta como si fuera la

primera vez que tenía a Teresa expuesta ante él.

Teresa sentía cada roce de sus manos, las palmas, el reverso de sus caricias marcando su piel y dejando un reguero caliente hasta que sus dedos se humedecieron al entrar en su interior. Los atrapó con sus músculos y sintió una nueva oleada de placer.

Manuel dejó que explorara su cuerpo mientras, con ternura y ansia, se tocaban hasta que ambos cayeron sobre la cama. Desnudos, sintiendo hasta la menor arruga de la piel en el otro, Manuel penetró en su interior. Movimientos bruscos, tiernos a veces; otras, desesperados. Llegaron al placer uno tras otro, como si el cielo se abriera sobre sus cabezas y el infierno bajo aquella cama.

—Estabas aquí —susurró Manuel con solo los pantalones puestos, despeinado y guapo a más no poder. Teresa se sonrojó al mirar el principio de aquella barba que había raspado medio cuerpo suyo entre besos y caricias.

—Me gusta quedarme aquí sentada, bajo el sauce.

Manuel negó con la cabeza, llevaba la camisa arrugada en la mano y se la puso con reticencia para sentarse a su lado en el banco de madera, sin abrochar, indolente y descarado.

—Tengo que irme, ni siquiera Pablo sabe que he vuelto. ¿Sabes que estuvo en la cárcel? Lo soltaron hace una semana.

—¿Dónde has estado, Manuel?

—De Santander fui a Barcelona, allí las cosas son muy diferentes, se está convirtiendo en la ciudad del progreso, aquí en Madrid solo vienen los literatos y los de pueblo, allí se agita la vida europea, los ideales que vienen del este…

Teresa admiró una vez más su vehemencia, seguro que había asistido a mil mítines, a la Internacional, como llamaban a las grandes reuniones de sindicatos y partidos que empezaban a recorrer el continente. Le hubiera gustado ir con él, sumergirse en el ambiente progresista y enarbolar banderas… ¿Con cuántas mujeres habría estado? Teresa apartó aquel pensamiento y le sonrió.

—No me escuchabas, ¿verdad?

—Algo sí…

Manuel la abrazó y depositó un beso en su pelo.

—No te lo cortes nunca, Teresa, hazlo por mí.

—Nunca es mucho tiempo, Manuel.

Manuel se acercó a su rostro, serio como nunca.

—Morena, estaremos juntos mucho, mucho tiempo. No ahora, tengo que irme, si me quedo seré el siguiente en ir a la cárcel, mi tren sale en una hora.

—Nunca tenemos tiempo, Manuel, siempre estás de un lado a otro sin parar, ¿por qué no te alejas de Pablo, de tus amigos? ¿No ves que al final acabareis todos en la cárcel?

Teresa se arrepintió al momento de su egoísmo, ¿estaba pidiendo a Manuel que cambiara? No era justo, lo sabía, lo había conocido así, jamás le había engañado con promesas ni sueños incumplidos.

—Me voy, morena —contestó disgustado, ahora sí, cerrando su camisa botón tras botón.

Y se fue, como siempre hacía, dejando en Teresa mil preguntas a medio hacer, con el ansia de volver a verlo y el deseo cruzado entre el cuerpo y el corazón.

Ya podía volver corriendo al dispensario si no quería quedarse sin trabajo.

CAPÍTULO 19
DECISIONES

La boda de Benita fue sencilla, como ella, en la iglesia de San Esteban, con flores blancas decorando el altar. Fue casi todo el barrio, más por cotillear que por cariño, más llevados por la curiosidad que por la envidia. Don José fue quien llevó a Benita al altar como su padrino, Isabel llevó las arras y Jacinta dio órdenes a diestro y siniestro, sujetaba la cola de su vestido y su velo, más dispuesta de lo que jamás estuvo. Lloraron las tres sentadas en aquel primer banco junto a la madre de Benita y sus hermanos pequeños. Y una vez que hubo terminado, su general la besó. Ángela ahogó una exclamación al ver el beso profundo que los novios se dieron al terminar, nunca hubiera imaginado la pasión en Benita, su dulce y tímida amiga. El coronel, con su cabello negro ya veteado, parecía feliz. Isabel, exaltada, y Benita, con una sonrisa de lado a lado, le dio su ramo a Ángela con un guiño. No hubo comida después, despidieron a su amiga entre lágrimas y risas y los dos partieron hacia el norte a pasar un mes, hacia Santander, el lugar donde habían descubierto que no podían vivir el uno sin el otro.

Ángela sintió cómo la primera de las cuatro se alejaba. Después, en primavera, sería ella, en esa misma iglesia… Quizá algún día Teresa. Miró hacia las copas de los chopos a la entrada de la iglesia y sonrió al ver la cantidad de pajarillos que cantaban, ninguno con mensajes funestos, ninguno venía a verla. A su lado, Rufo entrelazó los dedos con los suyos, estaba elegante, guapo con aquella chaqueta y una camisa nueva. Se agachó al ver que lo observaba y él la premió con un beso en la cabeza.

—Después nosotros, pajarillo —dijo emocionado.

Ángela asintió, pasó su brazo por debajo del de Rufo y se cobijó bajo su enorme cuerpo mientras caminaban hacia casa. La primera de ellas se marchaba. Don José enseguida distrajo a todos con su conversación mientras Teresa corría hasta alcanzar al grupo. Por supuesto, Manuel no se había presentado en la boda, nadie sabía dónde estaba, pero si a Teresa le parecía bien, a Ángela también.

Al llegar a casa, don José y Rufo dejaron a todas reunidas en la cocina, ellos tenían que ayudar a los recién casados a cargar las maletas y llevarlos a la estación, más por acompañar a Benita y su marido que por otra cosa, tenían criados a su alrededor que podían ocuparse.

—Vuelvo esta tarde, Ángela —se despidió Rufo con una sonrisa.

Ángela, antes de marcharse, lo agarró de la solapa de la chaqueta y lo hizo bajar a su altura, le dio un beso casto y él, delante de don José, se puso colorado como un tomate. Cuando cerraron la puerta, Teresa y ella rieron a costa del pobre Rufo.

—¡Por Dios! ¡Qué descaro! —rio Teresa con esa ironía que Ángela a veces temía.

—Estaba delante padre, ¡no te metas con él!

La puerta sonó con dos sonoros golpes y Teresa se carcajeó.

—¡Pobrecico, Ángela, ábrele que vuelve a por más!

Ángela advirtió a Teresa con la mirada que no se pasara con Rufo mientras dejaba el chal encima de la mesa, junto al ramo de flores que se había traído de la iglesia. Pensaba llevarlas luego a la tumba de su madre para que no se perdieran. Giró hacia la ventana, las cortinas de la cocina se agitaban y un pajarillo de color oscuro se había apoyado en el alfeizar sin piar, quieto, moviendo nervioso la cabeza. No tuvo tiempo Ángela a procesar qué haría allí o qué significaba cuando ya había abierto la puerta de forma inconsciente.

Sintió el empujón nada más abrir la rendija, cayó atrás, saltando los tres escalones, quedo aplastada por la fuerza con la que alguien entró. No era Rufo, eso fue lo primero que pensó de manera absurda, Rufo nunca hubiera entrado de esa manera. La cara de Teresa al ver al intruso fue de horror e intentó salir de detrás de la puerta mientras la tela del uniforme le dijo quién era.

—¿Por qué me miras así, Teresa? Te dije que volvería

Genaro entró como si hubiera sido invitado, cogió el brazo de Ángela que había quedado tras él y la empujó al centro de la cocina. Ángela se golpeó la pierna con una silla y Teresa reaccionó para atraer a su amiga hacia ella.

—¿Estás bien, Ángela?

Su amiga observó aterrorizada sus ojos, ambas retrocedieron cuando Genaro sacó el revólver del cinturón, oyeron el chasquido del seguro como si en vez de ser algo pequeño resultara un eco profundo en el silencio que se instaló en la cocina.

—Te estaba esperando, Teresita, hubiera preferido que nuestro reencuentro hubiera sido a solas, pero aquí la modosita no se separa de ti. Muy bonita la boda, no vi a tu novio. ¿Dónde lo tienes escondido? ¿O te ha dejado ya en casa ese cobarde? ¿No ha querido entrar? No, claro. Me pasé hace unas semanas a verle, yo y unos amigos de la brigada contra los anarquistas, le insinué que si no se iba acabaríamos deteniéndote a ti, no deberías juntarte con esa gente. El muy idiota ha vuelto, no ha hecho caso…

—Has sido tú, lo sabía —lo encaró Teresa disimulando el terror que le producía el cañón del arma apuntando sus cuerpos, estaban indefensas ante Genaro.

Teresa se sintió extraña, tranquila, aunque el terror en los ojos de su amiga era visible, poco a poco fue empujando a Ángela con el pie para que se separase de ella.

—¡Vete, Ángela! —ordenó Teresa para pillar desprevenido a Genaro.

Ella negó con la cabeza, con el labio temblando. Si algo tenía que pasarle a ella ya no importaba, pero a Ángela no, a ella no, su hermana de corazón. Ángela se negó a moverse, temblaba como una hoja. Teresa se acercó despacio a Genaro.

—¿Qué quieres? —Se deshizo del chal sobre la mesa.

—La chica se queda —afirmó él con un movimiento del arma. Confiado, dejó el arma sobre la mesa, junto al chal. Comenzó a desabrocharse el cinturón con una sonrisa torcida dedicada a Teresa—. Tú sabes lo que quiero, Teresita, con una o con las dos, no me importa —siguió diciendo mientras se desabrochaba la camisa del uniforme.

—Aquí estoy, Genaro, haz lo que quieras conmigo, pero

déjala a ella, no tiene nada que ver con nosotros. Tú y yo somos otra cosa…

—¿Somos otra cosa? Así me gusta más, que lo admitas, porque a partir de ahora vendré cuando quiera, entraré cuando me dé la gana y tú te abrirás de piernas porque si no encerraré a tu novio, al padre republicano de la modosita y todos pagarán caro tu orgullo, Teresa…

—¡No tienes derecho! —gritó Ángela adelantándose, Genaro escupió en el suelo y se rio.

—Ven aquí, Teresita. —Hasta le guiñó un ojo.

Teresa acudió a él y, cuando Genaro ya podía alcanzarla, tiró de Ángela hacia ambos.

—Lo he pensado mejor, me voy a beneficiar a las dos, a la novia del anarquista y a la hija del antimonárquico.

Ángela chilló al sentir la zarpa de Genaro sobre su escote, Teresa se resistió arañándole la cara.

Tan rápido como el aire que se cuela entre los postigos de las ventanas entró don José en la cocina, tan sereno y tranquilo que ninguna de las dos esperaba que fuera directamente hacia Genaro. Sin mediar palabra, sin apartar la mirada de él, levantó el brazo, el de un anciano con la fuerza de otros años. Apartó al hombre de ellas con una sacudida. El revólver que intentaba coger Genaro cayó al suelo. Don José, con su altura y su agilidad de otros años, le asestó uno, dos, tres golpes al estómago. Al comenzar a caer Genaro vieron ellas el cuchillo, el mango que sobresalía del cuerpo uniformado. Don José le había asestado tres cuchilladas, una en el pecho y dos en el estómago. Genaro cayó fulminado hacia un lado, en una postura extraña con los ojos desorbitados y una mueca rara en la boca.

—Padre —susurró Ángela.

Teresa miró la expresión de don José, determinada y valiente, ese hombre que era como un padre para ella, acababa de salvarlas a las dos de ser vejadas por ese miserable de Genaro.

—Rufo dijo que se apañaba sin mí y decidí volver, camino de casa me encontré a Jacinta y me dijo que había visto a un uniformado rondando nuestra casa…

Parecía absorto, al hablar miraba la ventana al patio, al movimiento hipnótico de las cortinas agitadas por el viento.

—No importa, padre, ven a sentarte. —Ángela le guio del codo.

Teresa no apartaba la vista de Genaro, sin emoción alguna en su rostro. Aquel cobarde que se amparaba en la autoridad había intentado arruinar su vida y la de aquellos que eran su familia de todas las maneras posibles. Diría que había sido ella, tal vez lo decidió en el momento exacto en que lo vio caer, don José no iría a la cárcel por sus errores del pasado.

—¿Está muerto, Teresa?

Miró a Ángela sorprendida, ni siquiera se había molestado en comprobarlo. Teresa cogió el arma del suelo, la dejó con cuidado sobre la mesa. Al ver a don José, Genaro la había cogido sin resultado, las puñaladas del anciano fueron certeras, las de un hombre que había cortado matas toda su vida y manejado el cuchillo desde niño.

—Está muerto —aseguró al tomar su pulso asqueada al tener que tocarlo.

—Hay que ir a avisar al cuartelillo, hija.

Ángela, horrorizada, miró a su padre. ¿Y después qué? Lo llevarían preso, daba igual lo que ellas dijeran, eran mujeres, nadie las creería, su testimonio valía menos que una peseta, dos mujeres contra la memoria de un guarda civil. Su padre estaba destinado a acabar en la cárcel o algo peor. Las dos se miraron, Teresa y ella, con la determinación de ser una, Manuel iría a la cárcel, hasta es posible que ellas mismas. Todas sus vidas rotas por ese hombre que manchaba con su sangre el suelo de la cocina. Teresa reaccionó, tiró las cosas de la mesa y con el mantel tapó el cuerpo, no quería seguir viendo la cara de Genaro, entre sorprendida y llena de dolor.

—¿Creéis que alguien lo ha visto entrar? —preguntó Ángela, templada, más serena a medida que comprendía lo que iban a hacer las dos.

—No creo —afirmó Teresa.

Don José, sentado en la silla, con las dos manos cubría su rostro y negaba con la cabeza.

Ángela fue hacia la puerta, esquivó el cuerpo sin atreverse a rozarlo, a mirar fuera, el callejón estaba desierto, en la casa de Jacinta las persianas echadas, ni un alma a la vista, atrancó la puerta con llave.

—No vamos a avisar a los guardias.

—De acuerdo —afirmó Teresa—. Hay que enterrarlo, ayúdame a arrastrarlo fuera.

Don José levantó la vista, incrédulo.

—Pero ¿qué hacéis, locas?

—No irá a la cárcel, padre, ni usted ni nosotras —ordenó Ángela—. Si no hubiese aparecido habría abusado de nosotras y quién sabe si no nos hubiera matado. Vamos a enterrarle en el patio.

El anciano miró a una y a otra perplejo porque ya se hubieran decidido, la determinación del rostro de su hija y de Teresa no le dejó opción, las niñas tenían razón. Se levantó tambaleante, fue hasta el hueco detrás de la puerta y cogió la pala. Por la otra pierna arrastró el cuerpo, con la fuerza de los tres lo sacaron fuera.

—¡Ahí, no! —gimió Teresa. Don José miró un instante a ambas, ya no quería preguntar por la vehemencia de la muchacha ni pensar nada más.

Llevaron el cuerpo lejos del banco de madera, al otro extremo del sauce. Atardecía cuando acabaron, los tres sudorosos, las ropas de la boda manchadas de tierra y los rostros descompuestos. Don José se aseguró de que el mantel lo hubiera envuelto por completo y, cuando cubrieron con la tierra el último vestigio del agujero, se sentaron derrotados.

—El sauce con sus raíces, al pasar el tiempo, se ocupará del resto —susurró don José.

Teresa miró la tierra, al otro lado del tronco, nunca había pensado en ello, las ramas del sauce y su abrazo, avanzando sin descanso, destruyendo todo a su paso.

—Voy a preparar algo de comer.

Ángela y su padre siguieron a Teresa con la mirada, ¿cómo podía parecer tan entera?

—¡He entrado con la llave, estaba preocupada! He llamado más de doce veces. ¿Dónde estáis?

Jacinta irrumpió en el patio antes de que Teresa alcanzara la cocina, ¡maldita idea la de Ángela de dejarle una llave a Jacinta con lo cotilla que era! Jacinta miró la tierra que manchaba su vestido, a don José y Ángela, que se habían levantado del suelo, la pala… Avanzó por el patio, apartando a Teresa a su paso, y se acercó hasta la tierra removida cerca del sauce. El silencio roto por las gallinas, los tres en tensión

miraban a Jacinta, sus alientos contenidos, los hombros erguidos. Jacinta pisó la tierra removida como si comprobara su firmeza y levantó la mirada a cada uno de ellos.

—Más nos vale que nadie corte el *jodío* árbol nunca. —Se giró como si nada hubiera pasado en aquel jardín ante la estupefacción de sus amigos—. Iros a lavar, voy a preparar algo de cenar. ¡Ah, el arma que hay sobre la mesa voy a guardarla debajo del fregadero!

La miraron salir del patio como si nada y no pudieron evitar un suspiro, no había nadie más fiel que Jacinta. Su impasibilidad ante lo que acababa de ver los dejó quietos un momento hasta que ella, con la cabeza y un gesto de la mano, desde la puerta de la cocina, les instó a irse a lavar. Cuando volvieron, en el suelo de la cocina no quedaba rastro de la sangre de Genaro, Jacinta debía de haber limpiado todo con una naturalidad pasmosa. Sentados después a la mesa, Jacinta ni preguntó. Una vez y otra les habló de la boda, del bonito vestido de Benita, de las flores, y los tres en silencio escuchaban aún impactados por lo sucedido. Se negaron a comer el engrudo negro que había preparado Jacinta a modo de cena.

Intentaron que aquello pasara, seguir con sus vidas, a la espera de que cualquier día aparecieran los guardias preguntando por Genaro. Nadie vino, nadie preguntó, las lluvias de septiembre cayeron sobre el patio afianzando la tierra, haciendo crecer las raíces y dando esperanzas a Teresa y Ángela de que don José se salvaría. Y se salvó, de la cárcel, pero algo se había instalado en su mirada, en sus movimientos, en su forma de caminar con los hombros hundidos y la barbilla pegada al pecho, algo que cada día se lo comía por dentro y lo volvía más y más gris. Él intentaba disimular con coraje, pero hasta sus camisas parecían desvaídas cuando se las ponía. Teresa y Ángela estaban preocupadas, poco más podían hacer que estar a su lado.

CAPÍTULO 20
VOLVER A EMPEZAR

Teresa no se mudó a casa de Jacinta, decidió quedarse con don José y Ángela hasta la boda. Tal vez Rufo, el hijo que nunca tuvo el anciano, pudiera devolverle la sonrisa y la vida al ir a vivir con ellos.

El otoño llegó, las hojas del sauce se apagaron y languidecían mientras los otros árboles se teñían de marrón y ocres y la ciudad volvía a llenarse de carros elegantes. El bullicio de la vuelta a la capital de la clase más alta, y con ella los criados, las señoritas de compañía, los paseos por el río, las niñeras y las amas. Las casas grandes del barrio volvieron a abrirse entre el sacudir de sábanas por las ventanas y alfombras aireadas en las cuerdas. Todo seguía igual para Teresa y Ángela, y a la vez distinto. La carga de los secretos es dura de llevar hasta que el alma se pausa, el corazón se tranquiliza y se aprende a vivir con ello, lo minimiza, lo hace pequeño y en realidad solo acaba cuando se acepta que sus conciencias han de cargar con ello. Jacinta había dicho que jamás cortasen el árbol y eso hizo recapacitar a don José. Con su más elegante chaqueta, a pesar del calor que aún hacía, fue hasta un notario y dispuso su testamento. El secretario lo creyó loco, el letrado peores cosas había visto y oído, el sauce del jardín nunca debía ser cortado ni arrancado, ya se llevara por delante los pilares de la casa, fue la cláusula que don José añadió a su legado junto a la casa y el dinero que podía dejar a Ángela.

Octubre llegó y con el mes los primeros fríos al caer la noche, que anunciaban un invierno largo. Teresa, aquella tarde, encontró al volver del trabajo una breve carta de Manuel, había decidido no acabar los estudios, estaba harto

de ir a la universidad, de perder el tiempo en cálculos imposibles y desprecios constantes de sus adinerados compañeros de clase. Teresa sospechaba que su tía, harta de la visita de los gendarmes a causa de la desaparición de Genaro, le había dado un ultimátum. Así que, incrédula, Teresa leyó en pesadas líneas de estrecha caligrafía cómo el liberal de grandes y arriesgadas ideas se haría cargo de la panadería de la tía junto a un empleado cuando pudiera volver. Pasó apenas una semana desde aquella carta con remite de Barcelona cuando Manuel pisó Madrid de nuevo. Recordó, al llegar a la estación otro día, saliendo del andén, Pablo lo esperaba. En mitad del reencuentro, entre bromas y palmadas fraternales, vieron el alboroto que había causado una niña con un vestido lleno de volantes, a punto había estado un tranvía de atropellarla, apenas por unos centímetros una muchacha salvó a la pequeña. Mucho tiempo después volvió a ver la cara de aquella mujer valiente, él subido a un cajón de fruta y ella, con su impresionante belleza, entre el gentío que se reunía en la Plaza Mayor, Teresa. Ahora esperaba paciente a que saliera ella de trabajar dando vueltas a su cigarrillo sin encender. Estaba cansado, había deambulado de casa de unos amigos a otros para evitar que lo detuvieran. Se enteró por una carta de Pablo que el tal Genaro había desaparecido un buen día. Nadie sabía de él ni lo habían visto, no lo decía en la breve misiva, pero entrelíneas insinuaba que quizá alguien lo había hecho desaparecer. Algún loco, pensó Manuel, al que tocó las narices, como a él. Aún tenía muy presente la intrusión de madrugada en su buhardilla, aquel gañán con una patrulla de tapadillo lo había amenazado. Y si fuera solo él, allí mismo le hubiera roto la nariz, pero estaba Teresa. Genaro lo amenazó y, sin pesar en las consecuencias, al día siguiente se despidió de ella y salió de la ciudad. No podía poner en peligro a Teresa, ella se había colado en su vida como un pajarillo, hambrienta de cariño y un dolor tan profundo que él no acertaba a comprender. Se había hecho sitio en su corazón a base de empujones y sin pedir nada a cambio. Había echado mucho de menos a su morenita de genio agudo y cuando vio cómo salía por la verja del dispensario hablando con otras chicas Manuel se acercó. Ver su cara de sorpresa primero y de

enfado después por su ausencia, para al final abrazarse a su cuello, era lo más bonito que Manuel jamás soñó tener. Tal vez él mismo era también un pajarillo solitario y había encontrado a su mitad.

El sábado fue a buscar a Teresa a su casa, tan elegante como siempre, con unos cuantos pelones en el bolsillo, como llamaban a la peseta antigua con la cara de bebé del rey Alfonso XIII grabada en ella y que intentaban retirar de la circulación sin mucho éxito debido a las mofas sobre el rey niño sin pelo. Atravesaron el Puente de la Toledana hacia la corrala de Lavapiés. Había verbena, música, baile, limonada, buñuelos recién hechos. Un rincón pequeño, agitado, lleno de sabios de la calle, carpinteros, herreros, albañiles, de gente buena y no tan buena, pero siempre llena de jolgorio. Todas las corralas eran tan parecidas que no se distinguían unas de otras, las vigas de madera decoradas con guirnaldas hechas de flores, las mesas eran apenas borriquetas con manteles bordados, y el sonido del organillo al que cualquiera se arrimaba y le daba a la manivela sin tener mucha idea de música. Desde que entraban por las puertas de madera, abiertas siempre a los grandes patios, sonaban coplas, viejas historias. El *Dónde vas Alfonso XII, triste de ti*, los amoríos de *María de la O*, las zarzuelas del maestro Chapí y Chueca, y el chotis, que Teresa aprendió muerta de risa al girar alrededor de Manuel, subido a un ladrillo, y que no se podía bailar sin ponerse el pañolón para tapar el pelo. Teresa bailó y rio como los demás. Jacinta agitaba su chal escandaloso que había teñido de rojo para que le diera alegría al vestido oscuro, porque su marido le había tirado en su corta, pero intensa estancia, todos los atrevidos. Ángela bailaba pegadita a Rufo. Manuel y ella… Bueno, bailaron un rato, pero al encontrar un rincón oscuro tras las vigas de madera, en uno de los corredores, se perdieron en besos que sabían a buñuelos y a limonada mezclada con algo fuerte. Se escaparon al rato, hastiados de música y fiesta que ya habían oído antes, y él la llevo a la panadería. Teresa no podía evitar la curiosidad, ¿qué podía haber encontrado Manuel de emocionante en hacer panes? Un hombre como él, que se cansaba de todo y de nada, nervioso y agitado, encerrado tras un horno.

La entrada tenía un escaparate de esos modernos que

dejaban ver el interior. ¡Qué curioso! Manuel, que había tirado piedras a unos cuantos, ¡ahora era el dueño de un comercio! Tenía un mostrador alto, pequeño y sencillo, de madera bien pulida, manchado por los cortes y la harina. El suelo de baldosas blancas deslucido y sin brillo por el paso. Atravesaron el arco de detrás del mostrador. El horno, oscuro y grande con la chimenea perdida hacia arriba, aún conservaba el olor a pan de la mañana. Las ascuas seguían ardiendo en el interior, el horno nunca se apagaba para no gastar más de lo necesario. Por eso, el apenas un chiquillo que servía de empleado, vivía arriba.

—¿Qué te parece, morena?

Teresa se giró suspicaz, ¿eso era todo? No es que no le gustara que Manuel emprendiera la vida honesta de cualquier hombre, quizá se sentía un poco decepcionada, los años y el trabajo tal vez mermaran aquella inquietud e inconformismo de Manuel hasta convertirlo en un hombre como el resto.

—Está muy bien, me gusta, se ve que aquí nunca faltará el negocio.

Manuel la miró, la sonrisa canalla, hasta que empezó a reír a carcajadas. Se acercó a ella y la abrazó.

—¿De qué te ríes, gañán? —le apartó ofendida, no entendía a qué venía su risa.

—Ven, anda.

Teresa lo siguió, tras la sala del horno y las mesas de amasar había otra habitación, más grande, con ventanas altas por las que poca luz se colaría durante el día. A un lado, una imprenta de hierro y cobre chorreando tinta sobre el suelo. Ni rastro de papeles.

—Ya sabía yo que algo te traías entre manos, Manuel.

Lo dijo simulando estar enfadada, pero una pizca de ilusión volvió a rallar su corazón, no quería un hombre corriente, uno que se conformara con vivir cada día, sino que atrapara al vuelo a la vida, que la hiciera vibrar y sentir, agitar sus emociones.

—Lo ha pagado todo el partido, por eso he dejado la universidad, allí están todos anclados en un pasado de coplas de bandoleros y consignas alfonsinas. Queremos llevar la verdad no solo a los intelectuales, sino al pueblo, al campo, a

los barrios, a todo el que sepa leer.

—Pues serán pocos, te lo digo yo que en mi pueblo sabíamos leer tres y el cura. Escuelas, eso teníais que pedir, nos crían analfabetos para que no sepamos reclamar.

Manuel volvió a reír y abrazó a Teresa tras coger un papel de la mesa.

—¡Mi idealista, morena! Podemos empezar con esto…

Le enseñó el panfleto, amarillento con alguna letra de la imprenta torcida, se metía en política, con el estado, el gobierno…

—No es el camino, Manuel, no lo creo, te lo repito, es la educación lo que hará resurgir a los trabajadores y no consignas que rayan casi lo violento. El cambio debe venir desde abajo, dar cultura a los niños para que sepan reclamar sus derechos. Siempre quise ser maestra, ya ves tú, sueños tontos.

—Teresa, deberías crear tu propio partido.

—Valor no me falta, conseguir que podamos votar las mujeres y os seguiré con un palo en la mano.

Manuel se apartó un poco, dejó sus panfletos sobre la mesa y su mirada oscura se internó en la suya.

—Sabía que lo entenderías, sé que comprendes mi forma de pensar. Yo en cambio nunca soñé encontrar a alguien como tú, Teresa. —Un silencio lo inundó todo, el espacio entre ambos.

—Ya, Manuel, todo esto es muy bonito. La imprenta, los ideales. —Teresa era feliz a su lado, miró a los ojos a Manuel con tristeza. Siempre existen peros, pensó, si no la felicidad sería un caramelo gastado de usarlo—. ¿Y cuánto tardarás esta vez en desaparecer? ¿Una semana? ¿Un mes? Manuel, tengo que ir hacia adelante, tener un hogar, algo a lo que aferrarme, te quiero y esto no es vida. Intento disfrutar el momento cuando estamos juntos y no dejo de pensar en cuándo desaparecerás. Y te parecerá absurdo, pero sufro al no saber de ti, dónde estás. Apenas escribes…

—Morena, cásate conmigo.

Teresa estuvo a punto de encogerse, ¿de dolor? ¡O de emoción!, estaba segura de que se le había parado el corazón. ¿Que si lo amaba? Amaba a Manuel como nunca imaginó, su sonrisa de canalla, su insultante masculinidad, su cuerpo

fibroso y esa cabeza suya, llena de ideales, de pasión por las cosas en las que creía, su inconformismo, su inteligencia y su valentía.

—¿Estás seguro, Manuel?

—Tanto como que sin ti no respiro.

Ya estaba ahí, palabras bonitas, dulces golosinas de una vida en común que no podía ser más que complicada, llena de sobresaltos y huidas.

—Sí, Manuel, sí siempre.

No fue en el lugar más hermoso ni más maravilloso, si alguna vez la mente de Teresa hubiera imaginado algún lugar en el cual un hombre se declararía a ella sería bajo el sauce. Una tarde de verano, la brisa del anochecer, un vestido vaporoso, el canto de los pájaros. Pero no, la vida real no era así. Manuel se lo había pedido al lado de lo segundo que más amaba, su nueva imprenta creadora de ideas y consignas. Tal vez, solo tal vez, al verse casado, Manuel entrara en razón.

—Esta imprenta te llevará a la cárcel.

Teresa sentenció, pragmática, cómo le había vuelto la vida, con un deje de desesperanza porque la felicidad absoluta no existía, solo en los versos de los escritores del café de Recoletos y sus desvaríos románticos.

Volvieron de la mano, sin hablar de cuándo ni cómo, cruzaron el Puente de la Toledana, subieron el camino de Aragón, bordearon las Quintas y, al llegar cerca del callejón, Manuel se detuvo ante una pequeña casita cerrada que daba a la calle principal, los postigos de madera cerrados y los pernios oxidados, el tejado combado hacia abajo amenazando con caer.

—¿Te gusta? —preguntó con curiosidad Manuel, se interpuso entre la casa y ella para ver sus ojos.

—Es bonita —contestó Teresa ante la sencilla casita que no tendría más de dos habitaciones, por la disposición debía de tener un pequeño patio atrás.

—Pues es nuestra, ¿o creías que te llevaría a la buhardilla? Jamás te pediría que te separaras de las chicas y de Ángela.

Teresa entonces ahogó una exclamación, sorprendida, ¿Manuel había hecho planes de verdad? ¿Se había molestado en buscar una casa para ambos? Bueno, la felicidad absoluta no existe, pero algo parecido hizo que Teresa sonriera y

agarrara con fuerza las manos de él.

—¡Habrá que arreglarla un poco! ¡Es preciosa! —gritó agitando su pequeño cuerpo con un salto, la sonrisa se le salía del pecho. ¡Había deseado tanto aquello!

—¡Venga, entremos, morena!

Le enseñó una llave grande y desgastada. Fueron uno al lado del otro hasta la puerta, Teresa sintió como si a su alrededor por fin se construyese algo bueno, algo duradero y sólido. Entraron empujando la puerta, el polvo lo llenó todo. Nada más entrar, un pasillo estrecho y un poco oscuro, Manuel fue a abrir una ventana y empujó la contraventana con fuerza. Con un crujido ajado, la escasa luz entró y Teresa avanzó a la primera estancia. Una cocina pequeñita, con un brasero y unos fuegos para cocinar. No se había equivocado, una puerta que seguro daría al pequeño patio, quizá podría hasta plantar unas verduras y colocar algunas flores como las que su madre tenía a la entrada de la que fue su casa. Manuel cogió su mano y sacó de allí a Teresa. Dos puertas más, dos habitaciones casi iguales, cuadradas, con camas de latón y colchoncillos raídos. En una de ellas un armario que parecía a punto de caer hacia adelante. Una casa pequeñita, acogedora, encantadora por su falta de pretensiones y entrañable. Teresa no quería más, sus anhelos no estaban hechos de palacios y mármol, sino de cariño, amor y Manuel, él era la fibra que tejía sus sueños.

—¿De verdad te gusta? No es la casa de don José, al menos…

Le hizo gracia a Teresa ver a Manuel tan inseguro, él que siempre afirmaba y después preguntaba, él que prefería sonreír a mostrar que estaba nervioso. Teresa miró a su alrededor y lo abrazó.

—Es la casa más bonita que hubiera podido soñar.

Sintió aflojarse los músculos de su torso, Manuel respiró y la envolvió con sus brazos.

—Manuel, ¿es nuestra?

—Es nuestra, Teresa, me gasté lo que me quedaba de la herencia de mis padres a pesar de que la vendían bien barata.

Teresa lo abrazó más fuerte, ella que pensaba que Manuel no tenía cabeza para esas cosas nimias que componían la vida, le había sorprendido.

—Así, si algo me ocurre…, tendrás un sitio, morena

Teresa lo miró pensativa y apartó los miedos que surgían. Genaro, su fantasma era el recuerdo de que cualquier día podían detener a Manuel o tendría que huir. Recordó la imprenta, el hierro de los linotipos, y negó con la cabeza. En ese momento, decir a Manuel que lo que deseaba era que se alejara de Pablo y sus maquinaciones no hubiera servido de nada.

—¡Ya quisieras tú! —En lugar de decir lo que pensaba, sonrió Teresa entre sus brazos deshaciendo el velo de la incertidumbre. Miró hacia arriba, buscando sus labios. Manuel se inclinó sobre ella, atrapó su rostro entre sus manos cubriendo sus mejillas de calor, la besó con ternura hasta que sus cuerpos se encendieron y perdieron toda delicadeza de amor. Fue su primera vez en aquella casita de colchoncillos viejos y tejado a punto de derrumbarse, donde entre las telarañas y el polvo Teresa, sin querer, empezó a soñar.

CAPÍTULO 21
SORPRESAS

Entró en la casa con su llave, la que le había dado Manuel en la otra, guardada en el puño cerrado. Miró a su alrededor y vio la puerta del jardín abierta, Ángela estaba allí agachada en el huerto, se giró sobresaltada y sonrió. Teresa corrió hasta ella, Ángela casi se cae del empujón por culpa de su abrazo, entre risas y lloros.

—Pero ¡qué te pasa, Teresa!

—¡Ay, Ángela! Es mucho más difícil ser feliz que estar triste.

—Pero ¿ha pasado algo? Os fuiste de la verbena muy pronto —dijo cogiendo su brazo y caminando juntas.

Teresa sonrió, recordando las últimas horas junto a Manuel.

—Manuel quiere que nos casemos. —El brazo de Ángela se soltó del suyo para mirar sus ojos de frente—. Lo sé, lo sé, no hace falta que me mires así, yo tampoco lo creía posible conociéndole, incluso ha comprado la vieja casa del final de la calle. Di algo, Ángela, ¿por qué me miras así?

Su amiga decía más cosas cuando callaba que cuando hablaba, podría haberle dicho lo que ambas pensaban, también Benita y Jacinta. Que Manuel era peligroso, era el tronco de un árbol, retorcido y enrevesado, más pendiente de las ramas de sus ideas que de la vida de cada día. Incapaz de crecer recto para elevarse en buscar el sol, siempre daría vueltas y vueltas. No era mala persona, tenía una inteligencia diferente, tan solo era eso. Y quizá por eso Teresa lo amaba tanto.

—Me alegro mucho por ti, Teresa, me gusta verte feliz —soltó al fin Ángela con una sonrisa.

—Dímelo, Ángela, dime que estoy loca, que me busque un

muchacho corriente y común que traiga el pan a casa y trabaje hasta desfallecer.

En su lugar, Ángela le mantuvo la mirada seria y serena.

—No seré yo quien te diga esas palabras, Teresa, si fuera tan «corriente» como dices no creo que pudieras amarlo. He aprendido a conocerte y es esa inconstancia la que te hace querer a Manuel. Eso sí, no intentes nunca cambiar su forma de ser.

—¿Se puede saber de dónde sacaste esa sabiduría, Ángela?

—De ti, Teresa.

Ambas sonrieron y volvieron a entrelazar los brazos para entrar en la casa, agarradas la una a la otra.

—¿Es algo secreto o puedo contárselo a las demás?

—Con total seguridad, Jacinta ya lo sabe, antes que yo incluso.

Invocada por las fuerzas *brujiles* que poseían a Jacinta, llamaron a la puerta.

—¡Qué manía con cerrar la puerta estas *joías*!

—Es Jacinta, prepárate porque se dará cuenta en cuanto te vea, se te escapa la alegría por los ojos.

—¡Qué tonta eres! A mí no me pasan esas cosas. —Y mientras lo decía, Teresa sentía el corazón golpear con fuerza, las manos no podía dejarlas quietas y su boca se esforzaba en no sonreír como si fuera demasiado pecado sentirse así de bien.

Ángela dejó pasar a Jacinta, llevaba recogido en las manos y los antebrazos una fuente que llevó a la mesa, concentrada, sin apenas levantar la mirada. Con toda ceremonia destapó el trapo que cubría el contenido y el delicioso aroma a buñuelos llenó la cocina.

Teresa y Ángela sonrieron con picardía, tenían una pinta tremenda, calentitos y rellenos de crema, ambas se miraron con recelo.

—No los has hecho tú, Jacinta, ¿a quién se los has quitado? ¡No los robarías de la corrala!

Jacinta las apartó ofendida de la fuente y puso el trapo encima.

—¡Vale! Sois horribles, los ha hecho mi prima, la vuelvo a tener aquí, ya no quería estar en el pueblo, dice que se le hace pequeño y ha vuelto al saber que Andrés ya no está.

—¡Lo sabía! —rio Ángela—. Anda, dame uno.

Con un gesto de suficiencia, Jacinta le acercó uno y Ángela se lo llevó a la boca, caliente y todo. Al morderlo, el interior estalló en su paladar y un gemido de gusto se le escapó con la boca llena. Las comisuras de la boca no le sirvieron para contener la crema y tuvo que limpiarse, golosa, como una cría con los dedos.

—Dile que aprenda, por favor, a hacer rosquillas.

Teresa, que vio la crema deslizarse, miró los buñuelos, miró a sus amigas y sintió el estómago retorcerse hacia el vacío, ahogó la sensación de mareo y salió al patio. Llegó por los pelos al lavadero sin poder retener nada en su cuerpo. Ángela corrió tras ella, sujetó sus rizos mientras se recomponía y seguía acosada por las náuseas.

—Parece que tu Manuel ha hecho pleno, Teresa.

—Déjala, Jacinta, le ha debido de sentar algo mal.

—Sí, sí…

Teresa levantó la mirada de tal manera que si hubiera sido un cuchillo hubiera atravesado a Jacinta. Y se enfadó más al ver cómo ella se metía otro buñuelo en la boca, ¡dale que te pego!, que hasta pasados cinco minutos no se pudo incorporar por culpa de las náuseas.

Cuando pudo mantenerse serena, la sonrisa de Jacinta seguía ahí. Lo peor es que sabía la verdad, que Jacinta tenía razón, esos ascos, los mareos de los últimos días, esa forma de vomitar, solo le había ocurrido en una ocasión. ¡Había tenido tanto cuidado! Manuel no tanto cuando la pasión se desbordaba, pero a lo mejor era solo una indigestión…

—Qué sí, Teresa, que no pasa nada, mujer —intentó arreglar Jacinta al ver su cara pálida, había creído que Teresa ya lo sabía.

—Es solo una indigestión —repitió Teresa a las dos.

—¡Jacinta, ya está bien! La estás asustando —regañó Ángela.

—El susto lo tiene ella…

—¡Que te calles ya!

¿De verdad estaba embarazada? Jamás hubiera pensado que pudiera concebir otro niño con lo que le pasó, en esa misma casa, casi desangrada. De no haber sido porque llamaron al médico, hubiera muerto allí mismo igual que su

bebé. De pronto, Teresa entró en pánico. ¿Y si le pasaba algo a su bebé? ¿Y si ahora no estaba sanito?

—Hay que buscar aguja e hilo.

—¡Jacinta! Te lo estás inventado todo, ¡déjala en paz, no juegues con eso!

Teresa entró a la casa para no seguir escuchándolas, trastabilló con la mesa, se golpeó la pierna con la silla. Ahora no, decía su cabeza, ahora que Manuel se había declarado, no. Otra parte, aquella que había quedado destrozada, aquella que la pena se había comido, renació. Un niño o una niña, de Manuel y suyo. Un pedacito de corazón a quien amar, un algo nacido del amor que sentía por él. No tenía por qué ser igual, ahora tenía recursos, nadie podría arrebatarle la felicidad.

Jacinta insistió y enhebraron la aguja, con ella tumbada en la cama. Jacinta sabía de todo, y cuando la aguja suspendida por el hilo osciló hacia delante y atrás, las tres se miraron. Teresa estaba embarazada, o al menos eso decía la aguja.

—No te preocupes, Teresa, si Manuel quiere casarse, es solo que empezareis vuestra vida con un bebé —intentó tranquilizarla Ángela.

—¿De verdad os creéis lo de la aguja? —rugió Teresa con demasiadas cosas en la cabeza para no ser ruda con ellas.

—Mea mañana en vinagre, si se hace espuma…

—¡Jacinta, cállate ya! —le gritaron las dos a la vez.

—¿Y qué es eso de que el Manuel se quiere casar?

Ángela se lo explicó con paciencia porque Teresa pensaba en mil cosas a la vez. ¿Cómo se lo diría a Manuel? ¿Saldría él corriendo? ¿Cambiaba algo que esperase un bebé? ¿Y si pasaba otra vez por lo mismo?

—No se lo cuentes —negó Jacinta despertándola de su trance—. ¡Qué coño, si se va a casar igual! No digas nada.

—¡Pero qué bruta eres! Di que no, Teresa, díselo, tiene derecho a saberlo. Además, Manuel otra cosa no, pero íntegro…

Teresa empujó a sus amigas mientras discutían la una con la otra hasta la puerta de su habitación y las echó fuera, cerrando en cuanto pusieron un pie en el pasillo.

—Si me necesitas estoy aquí —gritó Ángela tras la puerta cerrada.

—Que mee en vinagre —fue lo último que oyó a Jacinta

antes de irse las dos hacia la cocina.

Manuel fue a buscarla de nuevo a casa de Ángela, dos días y Teresa se mostraba esquiva, tanto que ni había podido verla. O bien no quería verlo o lo estaba evitando, cosa que no entendía, todo después de pedirle que se casara con él y enseñarle la que sería la casa de ambos. No podía ser, había visto tan ilusionada a Teresa, con ese brillo especial en sus ojos negros que no entendía nada. Golpeó con los nudillos la puerta, era posible que estuvieran todos en misa, había vigilado la puerta, pero no había salido nadie, así que cogió aire y repitió la llamada. Al momento, Ángela acudió a abrir, lo miró con expresión seria y cierta duda en los ojos, la amiga de Teresa no era buena disimulando, era evidente que algo ocurría.

—¿Dónde está Teresa?

Ángela sujetaba la puerta entreabierta, cosa poco habitual, e intentó sonreír.

—Ha salido, Manuel, no está en casa.

—¿Cómo que no está? Creo que se está escondiendo de mí. Déjame entrar, Ángela. La busqué ayer en el dispensario y esa encargada vuestra, Flora, dice que no ha ido en dos días, que está enferma. —Vio cómo Ángela pretendía cerrar al sentirse acorralada y Manuel metió el pie entre la puerta y el quicio del dintel—. Escucha, Ángela, dime que está bien, me estoy volviendo loco, ¿no será que ese tal Genaro ha vuelto a molestar a Teresa?

Ángela se quedó lívida ante la mención de aquel nombre y se apartó cuando don José abrió de par en par la puerta. Parecía enfadado, ¿por qué todos le miraban con tanta seriedad?

—¡Se acabó! Perdone, don José. —Hizo a un lado a padre e hija con toda la delicadeza que pudo y entró en la cocina. Sentado a la mesa estaba Rufo, el novio de Ángela, que lo miró con cierta pena. Con la cabeza le señaló el pasillo que llevaba a las habitaciones. Manuel suspiró aliviado porque, si Rufo llegaba a prohibirle la entrada, ¡ahí sí que tendría problemas! El enorme fortachón cruzó las piernas, como si estuviera ante una obra de teatro.

—¡Teresa! —gritó Manuel sin atreverse a dar el paso de entrar en las habitaciones de la casa, don José le inspiraba tal

respeto que vociferó desde la cocina—: ¡Teresa!

Pero Teresa ya estaba allí, en el pasillo, avanzando hacia él. Manuel se detuvo en su semblante pálido y la cara afilada, señal de que no se encontraba bien. Sus ojos, que habitualmente brillaban, estaban apagados. Sin embargo, Manuel jamás la había visto tan hermosa.

—Vamos, zagales, al patio.

Don José echó de allí a Ángela y Rufo, que lo siguieron a regañadientes. Rufo se dio la vuelta un momento y sonrió a Manuel con cierto sarcasmo. Manuel no entendía nada.

Teresa se frotaba las manos una contra la otra, tan nerviosa que se dejó caer en la silla más cercana con aspecto cansado. Manuel, una vez los otros fuera, se apoyó en la mesa con su habitual chulería recuperada al tenerla frente a frente.

—¿Qué ocurre, Teresa? ¿A qué vienen estos juegos? ¿Por qué huyes de mí?

—No huyo, Manuel.

Él cruzó los brazos en el pecho con expresión de enfado, sin querer acercarse a ella. Si lo hacía no podría hablar, solo besar a Teresa al ver sus hombros caídos y su ceño fruncido. Parecía tan vulnerable y pequeña su morena que al fin se agachó para quedar a su altura.

—¿Has pensado cómo me siento al declararme a ti, enseñarte nuestra futura casa y que tú desaparezcas, Teresa?

Teresa levantó la vista con sorpresa. ¿Estaba dolido Manuel? Nunca hubiera pensado que al no enfrentar la situación le hacía daño de alguna manera, pero ¿cómo podía pensar que no quería casarse con él?

Manuel leyó su expresión, con la claridad de un escrito, que línea a línea de sus ojos le decía la verdad. Teresa lo amaba, no se había equivocado.

Vio a Manuel esbozar su sonrisa canalla y le dio un golpe en el brazo.

—¿Eres tonto? Claro que quiero casarme contigo, no quiero otra cosa desde que me lo pediste.

—¿Entonces, morena…?

Teresa apartó la mirada, ¿cómo decirlo?

—Estoy embarazada, Manuel. —Así, como la bruta que en realidad era, todas las letras y todo el significado en tres

palabras. Esperó la reacción de Manuel. Si se enfadaba, quizá se iría… En lugar de ello, él se agacho hasta quedar de rodillas y miró su rostro, sus ojos, pasó el índice por sus labios, recogió su pelo tras la oreja con tal intensidad que Teresa comenzó a asustarse de la profundidad de sus gestos. Manuel apartó las manos de su regazo y observó su vientre, donde aún nada había cambiado y todo era diferente. Pasó una mano tímida por el estómago, no como aquellas veces en que desnudos acariciaba la piel suave hasta hacer cosquillas a Teresa, sino con reverencia.

Manuel cubrió su rostro con ambas manos, el pulgar en una delicada caricia sobre sus mejillas, y se acercó con timidez.

—Teresa, un hijo mío —susurró.

—Sí, Manuel, por eso te huía. Tenía… Tengo miedo. Nunca hablamos de esto. ¿Te gustan los niños? ¿Quieres hijos? Me escondía, sí, ¿cómo…?

Manuel posó su boca sobre la suya, la piel caliente y suave de sus labios mareó a Teresa, ¡cómo amaba esos labios! Él la abrazó mientras sus bocas se perdían en un compás ensayado tantas veces con la misma pasión del primer día. Un carraspeo lejano los separó con una media sonrisa. Aún estaban en el patio don José, Ángela y Rufo.

—¡Don José! Saque el vino que tiene escondido para las grandes celebraciones —gritó Manuel. Teresa abrió los ojos grandes y sonrió por fin—. Pero tú no puedes beber —dijo con su hablar profundo a modo de advertencia, que supo a Teresa a protección y amor.

CAPÍTULO 22
ESPERANZAS

Madrid se levantó aquel lunes con el terror en sus calles, los pocos kilómetros que separaban el dispensario del Palacio Real se sacudieron con los gritos de la gente. Los militares que se presentaban cada día para llevar y traer provisiones no aparecieron, Rufo no salió del mercado de abastos y solo pudo llevarles la noticia al caer la tarde. Una bomba había estallado cerca de la residencia real, no había causado muertes más que la del hombre que la llevaba oculta en una bolsa de arpillera. Su último fin era llegar a la hora en que la reina y el joven rey salían a pasear hacia el Parque del Retiro. Todo quedó en un susto que enrareció el ambiente, las reuniones quedaban disueltas, los cafés vacíos y apenas gente en las calles. A Ángela y a ella las mandaron a casa en cuanto la noticia corrió desde la última planta del hospital hasta los sótanos donde ellas estaban. El miedo se instaló en los rostros de todos, era la reacción que todos esperaban a los últimos disturbios a causa de las pérdidas de las colonias y el nuevo gobierno, más conservador de lo que se esperaba.

Benita envió su carruaje para que volvieran a casa y ambas pensaron que su general estaría ahora en las dependencias reales protegiendo el palacio junto a sus hombres. Don José esperaba impaciente en casa con Jacinta, Benita y la pequeña Isabel. Se encerraron juntos toda la noche y el día siguiente esperando noticias mientras las horas suavizaban los miedos a represalias y nuevas bombas.

Teresa se mantuvo despierta toda la noche, atenta por si Manuel aparecía en busca de un sitio en el que refugiarse, aquellas dichosas listas de sospechosos en las cuales aparecía él. Teresa sufría mirando a la puerta, en cualquier momento

entraría alguien para darles la noticia de que habían detenido a todos los sospechosos de reunirse de manera clandestina. Recordó el día en que fue con Manuel a tirar huevos a la comitiva de la reina, el día que Genaro puso a sus compañeros de la secreta tras la pista de las ideas de Manuel y su grupo. Y la imprenta, si iban a la panadería encontrarían aquella máquina. Y no sería como otras veces en que lo dejaban ir. En su interior, Teresa sabía que Manuel no tenía nada que ver con los atentados. Por precaución, arrestaban a todos y los interrogaban. ¡Por todos los cielos! Se casaban el domingo, tras pensar mucho en el bebé que esperaban. ¿Es que siempre sería así con Manuel? La incertidumbre, el miedo, el no saber cuándo sería detenido.

No supo nada hasta que él le envió una nota con un muchachito que había visto en alguna ocasión rondando el café. Pegada como llevaba a la puerta varios días ni le hizo falta llamar. El muchachillo, con más porquería encima que piel, le entregó la nota y echó a correr sin poder preguntarle dónde estaba Manuel, si estaba bien, si lo había enviado él mismo. Sentada en los escalones de la entrada abrió la nota, breve, apenas unas líneas con la preciosa pero pequeña caligrafía de Manuel impresa sobre el papel que debía de pertenecer a uno de sus cuadernos, de esos donde garabateaba frases de sus discursos y las exclamaciones se escapaban por los márgenes. Breve y conciso. Un «estoy bien, el domingo nos vemos, morena», y su firma para acabar. Ni un beso ni un abrazo, nada. Tal vez pensara que alguien podía leerla y de ahí sus cortas palabras. ¿El domingo? Teresa no era de sueños vanos y esperanzas vacías, así que preparó el vestido con el que se casaría sin mucho convencimiento, uno de los viejos serviría. Ángela le añadió unos bordados al cuello y al ruedo de la falda para que quedara aceptable. El velo se lo prestó Benita, el de su propia boda, lleno de bordados casi transparentes y de color crema. Aceptó llevarlo porque no podía casarse sin la cabeza tapada, el cura era así, el hombre, de ideas gastadas y crucifijos bien grandes.

Jacinta le regaló una liga teñida de azul para que llevara a la vez algo prestado y de ese color. Y don José le hizo el mejor regalo de todos, sería su padrino, quien estaría allí con ella cuando le prometiera a Manuel la vida entera. Ni siquiera

había escrito a sus padres, hacía casi un año que no sabía de ellos, ni siquiera cuando perdió a su bebé le mandó una nota a su madre, para ella se habían quedado en aquel pasado lejano que formaba parte de un sueño infantil, de risas en la verbena del pueblo, de carreras por la plaza con las otras niñas, los campos en flor, la casa de los Bernal.

Amaneció lloviendo y Jacinta se calló sus augurios para aquella boda al ver la cara de Teresa, descompuesta, con el estómago revuelto, sin más noticias de Manuel que aquella nota. La iglesia estaba vacía, después de los disturbios de esa semana la gente tenía miedo y salía solo lo imprescindible. La lluvia tampoco arreciaba y llegaron a la iglesia empapados a pesar de que estaba a dos calles. Benita e Isabel los esperaban en la iglesia embutidas en la oscuridad, con una sonrisa alentadora. Jacinta les adelantó y se metió con ellas. Ambas se miraron y se giraron hacia Teresa, los hombros se destensaron, la sonrisa le salió sola. Por sus rostros supo que Manuel aún no había llegado, aún quedaban unos minutos, el beneficio de la duda se le estaba agotando. Teresa empezaba a sofocarse entre el olor a incienso, la madera gastada y Jacinta asomada una y otra vez a la puerta mirando por si Manuel ya estaba en el altar preparado. Dio la hora y don José fue en su busca a la pequeña sala donde esperaba junto a sus amigas, no dijo nada e intentó sonreír a Teresa cogiendo con los dedos gastados los de ella. Benita lanzaba miradas al cielo, por mucho que disimulara, todos sabían que rezaba para que Manuel apareciera.

—Niña, tengo que dar misa, no puedo esperar más. —El cura asomó solo la cabeza, como si temiera entrar y que la novia estuviera deshecha en lloros—. No eres la primera, chiquilla, a lo mejor le ha pasado algo.

—Sí, sí, empiece con su misa, nosotros saldremos por detrás de la sacristía —contestó Benita preocupada.

—Aun así, ya saben…, hay que dejar dispendio…

Benita calló a Jacinta dispuesta a decir cuatro cosas al cura por pensar en el dinero en esos momentos. Salieron todos. Fuera, Rufo esperaba con la cabeza gacha.

—Puede que lo hayan detenido, Teresa, no dudes de él. —Rufo, con toda su envergadura, abrazó el cuerpo pequeño de Teresa por un instante y carraspeó—: Vámonos de aquí,

vayamos a casa.

Teresa se dejó guiar protegida a la vista de todo el mundo, sus amigas y Rufo, don José a su alrededor. Las últimas palabras cruzadas con don José antes de salir de casa, hacía ya horas, le vinieron a la cabeza: «No tienes por qué casarte, zagala, tienes mi casa que es la tuya, daré la cara por ti igual que si fueras mi hija. No me importa lo que digan cuatro alcahuetas, podrás tener sola al niño si es lo que quieres». En ese momento, Teresa lo había mirado con todo el amor del mundo, supo que era sincero. Dolió tanto escuchar aquellas palabras que debieron ser las de su madre, hace tanto tiempo. «Podría sola, don José, he cambiado mucho en este último año, Ángela y usted me han dado seguridad». «No es por el bebé que me caso, es que le quiero y eso no tiene remedio».

Algo oscuro y sin duda pecaminoso se adueñaba de Teresa cuando Manuel estaba cerca. «No te conviene». «No durareis». «Manuel es como un barco que sigue la dirección de su propio viento». «No pasará las tardes sentado a tu lado hablando». «No deshojará margaritas por ti cuando te lleve al Retiro». «Pero ¡ay, Teresa! Te hará temblar, convertirá cada día tus piernas en dudoso sostén de tu cuerpo y tu piel vibrará por sus besos. El corazón se desbocará, será tu marido». Ya lo decía don Ramón en el café de Recoletos, el amor es la quimera del alma y el saber de toda una vida. Y ahora él, Manuel, no se había presentado a su propia boda.

La lluvia ya no importaba, arreció incluso cuando Jacinta cerró tras ellos la puerta. Teresa fue a quitarse su vestido de boda, lo arrojó mal doblado en la maleta que había traído ya hacía tanto tiempo a Madrid. Se cambió, se puso la ropa de todos los días y salió con la barbilla alta a comerse su pequeño banquete de bodas. Nunca volvería a llorar por un hombre.

CAPÍTULO 23
TRAICIÓN

Rufo confiaba en Manuel, lo buscó en el café, en los otros sitios que Teresa conocía, incluso en la universidad. En la panadería, el chiquillo que atendía no supo dar razón de él. Solo les quedaba su tía y Teresa era reacia a ir a ver a aquella mujer que Manuel describía como una tirana malhumorada y severa. Todo podía malinterpretarse si aparecía en su casa de la calle Goya con un embarazo más que evidente y preguntando por su sobrino. ¿Qué pensaría? ¿Que quería endosar el bebé a Manuel? No sabía siquiera si él había invitado a aquella mujer a la boda, ni siquiera sabía si él realmente quería casarse. Ni una nota, ni un aviso con alguno de sus amigos. ¿Era todo mentira? No podía haber estado tan ciega, aquello que sentían estando juntos, el brillo en los ojos, la forma de tocarse hasta encajar sus cuerpos a la perfección, las caricias robadas… Las promesas. Manuel incluso le había dado la llave de aquella casa. El tiempo da otra perspectiva y la suya cambió con los días. De estar convencida de que Manuel había huido de ella a pensar que algo le había pasado. En numerosas ocasiones fue a probar la llave de la casa, la oscuridad la recibía. Seguía siendo suya. O eso pensaba, porque él jamás le enseñó papel alguno. Se sentaba horas y horas en una vieja mecedora, mirando la puerta, como si al desear tanto que él apareciera hiciera magia al igual que un funambulista de circo. El bebé crecía y sus amigas contaban, a quien preguntaba, que Teresa se había casado. Entre especulaciones y cotilleos don José la defendía ante todos y nadie se atrevía a murmurar en el barrio en su presencia o la de alguno de sus amigos.

Con paso vacilante se levantó aquel jueves, sin decir nada a

Ángela ni a los demás. Teresa cogió su chaqueta y fue en busca de la tía de Manuel. Llegó al mediodía, el bullicio de las calles, los tranvías con ese ruido infernal al deslizarse por las calles empedradas, los gritos de los vendedores. Goya se llenaba de edificios poco a poco, algunos a medio construir, casas bajas a medio derruir. Madrid empezaba a crecer hacia el barrio del marqués de Salamanca, donde las tierras, en su mayoría, eran de su propiedad. Los campos se alejaban de la ciudad a un ritmo desenfrenado, no se equivocaban al decir que la capital crecía de manera desproporcionada, barrios que se unían, carreteras cortadas que acababan en un lodazal a la espera de construir. Igual encontrabas un melonar que el elegante edificio de un rico, un mercado que desaparecía en cuestión de días o una carretera que no llevaba aún a ningún sitio. Madrid enamoró a Teresa desde el día que llegó a la estación. El trasiego de gente, la belleza de los edificios, el Paseo de Recoletos. Después Manuel le descubrió el encanto de sus cafés, de las comidas a base de cocido, callos, gallinejas, (a pesar de que jamás pudo probar el pajarito frito que tanto les gustaba a los madrileños). Quedó prendada de las charlas de sus literatos, de la mezcla de culturas de una y otra provincia, de la sabiduría de sus gentes. Decían que, si contabas los madrileños que había en la capital, los de hijos a su vez de madrileños, no llegabas a llenar los dedos de una mano. Y siempre pareció verdad aquella exageración. Manuel era uno de ellos, un «gato», como solían llamarlos. Y cómo no, su tía vivía en el típico edificio de cuatro plantas, con el escudo de la villa y corte en la puerta. Se sintió intimidada ante la casa señorial. ¿Aquí se había criado Manuel? Lo amó un poquito más y se sintió orgullosa de él. Ser capaz de renunciar a esa vida por su forma de pensar, no se había convertido en un petimetre de esos que paseaban por la Castellana en sus carruajes, había elegido el camino difícil. Pensó en darse la vuelta, ¿qué iba a escuchar la severa tía de Manuel? Con toda seguridad, vería a Teresa como a una oportunista que había encandilado a su único heredero. Ella sabía que no era así, Manuel sabía que no era verdad. Llamó a la puerta convencida de su misión, tenía que saber de Manuel. Tardaron en contestar, o eso creyó al oír una voz dentro. Una muchacha muy joven abrió la puerta. Al ver su

enorme embarazo sonrió con ternura, a Teresa le era desconocido ese nuevo sentimiento que despertaba cuando la gente veía su estado. Una mezcla de ternura que pasaba a ser de curiosidad.

—¿Qué se le ofrece?

—¿Puedo ver a doña Martina?, soy Teresa, la amiga de Manuel.

La muchacha observó su ropa, miró de arriba abajo y, cuando la sonrisa parecía indicar que iba a dejar que Teresa pasara, las interrumpieron.

—¿Quién es, Ana?

—Dice que es Teresa, amiga de…

La tía de Manuel se acercó a la puerta. Teresa distinguió su rostro entre las sombras. El contraste de la luz de fuera con la oscuridad del interior. Ropa sobria y oscura, un colgante con una cruz sobre la blusa de fino dobladillo. La falda hasta el suelo y aquellos ojos oscuros tan parecidos a los de Manuel. Aquella mujer miró su avanzado embarazo y negó con la cabeza, su moño tirante apenas se movió.

—Salga de aquí y no vuelva, nada se le ha perdido en esta casa.

—Pero soy…

—Sé quién eres, vete antes de que llamemos a los guardias.

La tía de Manuel desapareció entre las sombras del oscuro recibidor. Teresa se sintió tan humillada que las lágrimas empezaron a agolparse en sus ojos, jamás nadie la había despreciado de tal forma.

—¡Necesito saber dónde está Manuel! —gritó. La tía de Manuel desapareció sin girar la vista atrás—. ¡No quiero nada de usted! ¡Si lo sabe, dígame dónde está, por favor! Se lo suplico.

—Tengo que cerrar, señorita. Si no se va, la señora mandará llamar a los guardias.

Teresa susurró una despedida a la muchacha, tal vez su tía solo protegía a Manuel, quizá él se encontraba en alguna de las plantas superiores riéndose de ella por ir a buscarlo.

—¡Señorita! —Teresa se giró, la criada había descendido los dos escalones para correr tras ella—. Manuel hablaba mucho de usted, su morena, decía. Se lo llevaron de aquí, se

escondía arriba. Una noche entraron a por él los guardias, decían que habían encontrado una imprenta. No sé más, solo que está en una cárcel de fuera de Madrid porque la señora fue a verlo hace unas semanas —susurró deprisa sin dejar de mirar con sus ojos pequeños hacia la casa—. Solo me lo contó porque necesitaba que empaquetara camisas y pantalones para el señorito, y que consiguiera tabaco para él.

—¿No sabes dónde está?

—No, señora, sé que lo retienen a él y a varios más como presos políticos, lo escuché de la señora cuando hablaba con una amiga. Se avergüenza de él, no lo comprendo…

—Ana, ¿verdad?

La chica asintió.

—Por favor, si te enteras de algo, yo…

—No, señorita, se lo he contado porque Manuel, el señorito, vino muy ilusionado, se lo dijo a su tía, que estaba usted embarazada, que se casaba. Y ella se enfadó mucho, tanto que lo amenazó con denunciarlo si seguía con usted. A los dos días se lo llevaron… Tengo que volver, si me pilla me voy a la calle.

—Gracias, Ana. —Dejó escapar a la chiquilla profundamente agradecida. Manuel no había huido de ella y su bebé, estaba preso. Teresa sintió dicha que al momento se apagó, sabía que aquella maldita imprenta traería problemas. Se giró una vez más hacia la casa y vio a la tía de Manuel tras las cortinas, su mirada de desprecio caló en su corazón. Por un momento, Teresa pensó si ella misma no lo habría denunciado para evitar la boda al contar Manuel que iban a casarse, que esperaban un hijo. Toda aquella casa, la panadería, la tía de Manuel debía de tener mucho dinero. ¿Qué habría pensado de ella? ¿De la casa que había comprado para ella su sobrino? Manuel era su heredero, él siempre afirmaba que solo tenía esa familia y Teresa no era lo que seguramente esperaba esa mujer. Daba igual, tenía que encontrar a Manuel, saber que estaba bien. Tenía que hablar con Benita, tal vez su coronel podría saber dónde estaba.

Los meses fueron pasando sin noticias de Manuel, Teresa preparó sola la casa que sería algún día la de Manuel y la de ella, y también la de aquel bebé que nacería dentro de poco. Don José y Rufo se encargaron de ayudarla como si fuera un

desafío para ambos y, aunque Rufo no comulgara mucho con Manuel, lo hizo por ella. Despacio, como si fuera el gusano de la crisálida, la casa fue cambiando. La pintaron, repararon las contraventanas, limpiaron a fondo y Ángela plantó las semillas en el huerto ante la incapacidad de Teresa para agacharse. Benita le cosió unas cortinas y Jacinta le ayudó a darle a los suelos hasta que relucieron. Teresa sonreía, a pesar de que Manuel estaba retenido en algún lugar, porque esta vez disfrutaba de la vida que crecía en su interior. A veces, y sin motivo, se sentaba y se acariciaba el vientre henchido, intentaba imaginar de qué color tendría los ojos, si sería niño o niña, si su pelo sería como el de Manuel, castaño, o como el suyo, negro tizón. Si se parecería a su primer hijo al que ni vio la carita… Entonces, cerraba el hueco de la culpa, ese que se abría en su corazón y que quería dejar entrar al pasado, su madre, el pueblo, Diego… No dejó de hablar en sus pensamientos bajo aquel sauce que tantas penas y secretos almacenaba. Y era entonces cuando Ángela la dejaba a solas con sus demonios.

Un mes tras otro, se fueron los días y llegó otro año, el 1900, creían Ángela y ella que el mundo cambiaría, que un nuevo siglo debería ser el comienzo de algo maravilloso e incluso inolvidable. Y, sin embargo, amaneció el uno de enero como lo había hecho el anterior y el anterior: un Madrid frío y seco, nubes blancas amenazando el cielo que no tardaron en descargar en forma de nieve. Los gruesos copos cayeron de la mañana a la noche, tiñendo las calles de blanco y los recovecos oscuros, donde no cuajaba, de una capa de hielo en la que hasta se reflejaban las casas. Jacinta, que tan valiente era para todo o casi todo, se refugió en la casa de Teresa por miedo a quedarse incomunicada. Ambas se abrazaron frente al fuego y durmieron en la salita que servía de salón a su casa, con el fuego azuzado en cuanto el frío se les metía en el cuerpo y las hacía despertarse. ¡Cómo no! Aquella noche fue la que dio a luz a José, en honor al padre de Ángela y que sentía como propio, un niño rojizo y muy grandote que nada más salir recibió la cachetada de Jacinta y aspiró su primera bocanada al mundo con un lloro cansado y agudo. Ángela atravesó las calles al día siguiente para ver cómo estaban y, en vez de a ellas dos, encontró a los tres durmiendo sobre las

mantas al lado de la chimenea. Arrulló al pequeño, lo acarició, lo besó, e insistió en que ambos debían ir a casa para que los cuidaran.

—¡José! ¿Qué le parecerá al padre el nombre? —Frunció el ceño don José ante la visión de la cara arrugadita del bebé. Ángela, en respuesta, acarició la mejilla del pequeño.

—Pronto lo sabremos, Rufo ha ido al cuartelillo de Conde Duque para ver si le dejan hablar con él. Al menos lo han trasladado cerca, es lo único que consiguió el marido de Benita. Lo que es a mí, he ido tantas veces que los guardias al verme ya giraban la vista avergonzados. Además, Teresa no iba a dejar al niño sin nombre. Y el mejor del mundo es el del hombre que la acogió.

Don José apretó los dientes intentando que las lágrimas no se le escaparan, se hacía viejo y aquel pequeño llevaba su nombre, quería a Teresa como a una hija y a ese niño como a su nieto. No podía decir a Teresa que él sí veía a Manuel, pero que él no quería ver a Teresa allí ni que hablaran por carta. Don José vio cómo su hija cogía de nuevo al pequeño. Ni que decir que Ángela pretendía consentirlo a morir, todo el rato en brazos mientras Teresa le regañaba.

—Cuando sea un llorón redomado, ya sé a quién echarle la culpa, en cuanto abre la boca le coges.

—Vale, pues cuando sea mayor y llore, y probablemente pese treinta kilos más, me lo traes y le vuelvo a coger.

Ángela y Teresa se miraron con una sonrisa, ambas sabían que iba a ser el niño más consentido del mundo.

—¿Y de dónde ha sacado esa mata de pelo rubio y esos ojos tan azules?

Jacinta miraba al pequeño José con el ceño fruncido.

—¡Qué se yo! Mi padre era castaño, mi madre tenía los ojos azules, quizá ha salido a la familia de Manuel. Solo conozco a esa tía suya, más parecida a un cuervo oscuro que a una persona.

—¿Y no has sabido nada de ella? —preguntó Benita cogiendo a José de los brazos de Ángela.

—Nada. Y la verdad es que prefiero que, cuando vuelva Manuel, sea él quien le diga que el niño ha nacido. Podría haber estado a mi lado, conocer al hijo de Manuel. Yo jamás le hubiera pedido nada.

—La verdad es que podía haberse pasado a ver cómo estabas o interesarse si todo había ido bien.

—¡Pues eso, hala! Que se entere por los periódicos —gritó Jacinta que, harta de que todas cogieran al niño menos ella, lo arrancó de los brazos de Benita—. Mejor así, esa vieja tiene dinero y solo faltaba que quisiera llevarse al niño. ¡Verdad que no te irás con la bruja de la tita!

Tuvieron que reírse cuando José abrió los ojos azules sorprendido por los gritos de Jacinta y se echó a llorar.

—Ven aquí, que tita Jacinta sí que es una bruja.

Teresa lo apretó contra su pecho, nadie ni nada podrían separar a su pequeño de ella y, mirando alrededor, supo que crecería con todo el cariño del mundo.

CAPÍTULO 24
NUNCA TE OLVIDÉ

José cogió su primer constipado en apenas unas semanas y a ese le siguió otro y otro. La casa estaba impregnada de un continuo olor a eucalipto, pino y todos los remedios que se les ocurrían. Dormía envuelto en periódicos porque doña Flor, la gobernanta del hospital, sabía que hasta los médicos utilizaban el remedio con los pacientes del dispensario. Don José hizo venir a un médico para que lo viera y no tuvo más diagnóstico que el pequeño había sido prematuro y sus pulmones no funcionaban todo lo bien que se podía esperar. Teresa rezaba porque llegara el calor, porque se acabara aquel horrible invierno de frío y dejar de oír la tos gastada de su pequeño. ¡Que al niño le vendría bien otro clima más suave! ¡Como si pudieran coger toda su vida y llevársela a una casita frente al mar! Bastante tenía con coser sábanas de la mañana a la noche para poder sobrevivir los dos. El siguiente médico les dijo que quizá el mejor remedio era que el niño no saliera de casa, y Teresa no quiso escuchar a ninguno. José era débil por dentro, pero por fuera nadie lo diría al primer vistazo. Más grande de lo normal, en cuanto pudiera andar, si es que no se ahogaba al hacerlo, sería más alto que los otros niños del barrio. Entre Ángela y ella le hicieron un trajecito para la boda, en apenas unas semanas Rufo y Ángela se casaban y se esmeraron con los últimos detalles. Después harían una pequeña comida, Jacinta se ocupaba de la tarta y unos cuantos pasteles para comer en el patio de don José y Benita. Ella le había regalado a Ángela su vestido de boda, un precioso vestido color marfil, el velo con bordados iguales a los del escote y una tela tan suave que la gasa parecía que iba a romperse en cualquier momento.

Delicado y especial, aquel vestido era lo más hermoso que jamás soñó tener. Y Ángela lo escondió de los curiosos ojos de su padre y de Rufo.

Rufo y Ángela se casaron una mañana del mes de marzo en la misma iglesia que lo habían hecho, primero Benita y, después, Teresa había estado a punto de hacerlo. Sin embargo, ese día lució el sol, un tibio viento que agitaba su velo de novia y sacaba sonrisas en quien la miraba, Ángela brillaba hasta cuando le sacaron aquellas fotos que tardaron una eternidad. Fue una de las pocas veces en su vida que Teresa tuvo que limpiarse las lágrimas entre sonrisas. Una vez sola en la casa, con José dormido en una manta más raída que entera, se permitió regodearse en su pena, echaba terriblemente de menos a Manuel, sus sonrisas, sus canalladas, las manos intentando desenredar sus rizos sueltos sobre la espalda a la vez que le acariciaba. ¿Manuel habría cambiado?, ¿se le habría agotado la sonrisa y las ganas de vivir? Las cosas no iban bien para ella, apenas les llegaba para pasar el día a día. Se durmió entre sueños interrumpidos por su propia conciencia y agradeció que la tibia luz de la mañana llegara al fin. Dio de desayunar a su pequeño y se vistió. Todo lo que había ahorrado en los últimos meses era para un médico especialista en problemas como el de su pequeño. Bajaron a Madrid en el tranvía atestado de trabajadores y, tras bajarse, anduvo hasta la glorieta donde estaba la consulta, con José cargado en los brazos. Si andaba demasiado se asfixiaba el pobre, prefería cargar su peso a después oírlo toser. Andaba tan embebida con el pequeño, que insistía en reírse y meter la naricita entre su pelo, que no reparó en el carruaje que los seguía desde hacía rato mientras caminaban por la calle Toledo. Las tiendas empezaban a abrir, los postigos de madera comenzaron a chirriar y las puertas a abrirse. Teresa sorteó algunas mujeres que echaban cubos sobre los adoquines con los desechos de la noche de pobres borrachines y el ocio de la noche en Madrid.

—Mamá.

Teresa sonrió cuando su hijo tiró de su nariz para llamar su atención.

—¡Estate quieto, canijo sabiondo! —le contestó mientras hundía el rostro en el olor a jabón de su cuello. El pequeño

respondió con una carcajada que dejó ver sus primeros dientes y se revolvió. Debería darle más carne y pan, a ver si esos dientes despuntaban de una vez, con lo grandote que estaba era curioso que no le salieran. Benita había tenido una niña de preciosos ojos marrones que, con apenas unos meses, había sacado sus primeros dientes de leche. A veces no podía evitar comparar a José con los otros niños. No se engañaba, la humedad de su casa, la poca alimentación que ella misma había tenido cuando supo a Manuel preso, todo ello no ayudaba a un niño, de por sí enfermo. El mayor miedo de Teresa era el cambio de estación, ¿qué pasaría cuando llegara el verano? Aquellas veces en que el pequeño era todo tos hasta alcanzar un tono morado, Ángela se ponía lívida al recordar a su madre que murió de lo mismo.

Tardó casi una hora en atenderlos, aquel médico trató a José muy bien, a pesar de que a veces el pequeño no dejaba de llorar mientras lo exploraba. Teresa salió de allí desesperada. Asma. ¿Qué era eso? Que se lo llevara al norte, que le comprara unos medicamentos que jamás podría permitirse, que no había cura para él… Teresa podía aguantar todo, el trabajo, los baches de la vida, vivir sola con un bebé tan pequeño, pero que le pasase algo a José, nunca. Lo abrazó con más fuerza y el pequeño se revolvió en sus brazos, sin comprender. Necesitaba a Manuel más que nunca y ni siquiera podía hacerle llegar una carta. La ancha avenida de adoquines se hizo inmensa, los hombros hundidos, se negó a llorar.

—¡Teresita!

Teresa oyó aquella voz familiar a la vez que un hombre elegante descendía de un carruaje delante de ella. Él levantó la vista por debajo de su sombrero y clavó sus ojos azules en ella, no se había engañado, era él, Diego Bernal. Pensaba estar preparada para el día que volviera a verlo, si es que eso ocurría. De nada le habían servido las lágrimas derramadas por él, ni el odio que sintió, ni las veces que lo maldijo. Solo miró esos ojos azules, del color del cielo, y recordó sus escapadas en los montes de su tierra, los establos, cómo esperaba a Diego con impaciencia tras las cortinas de la casa grande. Entonces no era más que una niña, el odio había dado paso a cierta ternura ante el recuerdo de aquel primer amor.

El tiempo había tratado bien a Diego, algunas arrugas en los ojos nada más, seguía teniendo su porte juvenil, quizá debido a ese mechón que cayó a un lado al quitarse el sombrero. Coqueto como siempre, se deshizo de las finas lentes que le caían sobre la nariz.

—¡Cielos, Teresa! ¡Pensé que eran imaginaciones mías, una mala pasada de la mente! ¡Estás aquí, en Madrid!

—Nunca viste muy bien. —Y Teresa se fijó en el bolsillo de su chaqueta, donde asomaban las patillas de sus gafas que acababa de guardar. Sonrió resignada ante los recuerdos, Diego nunca tuvo buena vista y siempre se resistía a ponerse lentes, pero tal vez la edad lo había vuelto menos presumido. Desechó la idea al mirar su pulcro traje confeccionado a medida, a juego con el sombrero ahora en la mano.

—¿Qué haces aquí? Desapareciste por completo, tu madre jamás quiso decir dónde habías ido. Tengo tanto por lo que pedirte perdón, Teresa, yo…

Teresa acomodó a José contra el regazo, estaba revuelto y enfadado, tenía sueño. Y entonces Diego, como si hubiera estado obnubilado al ver a Teresa, miró al niño por primera vez. Contuvo la respiración y se echó hacia atrás sorprendido.

—Teresa, es mi…

—Espera, Diego, no es.

Diego no la escuchaba, acarició la cabeza de José con reverencia, revolvió la pelusilla rubia de su cabecita con ternura.

—Es lo único que me ha mantenido vivo estos dos últimos años, saber que en algún lugar estabais tú y mi hijo. Déjame cogerlo, te lo ruego.

Teresa no pudo impedir que Diego cogiera al niño con torpeza. José, acostumbrado a tantos brazos, se dejó hacer. Con el puño en la boca sonrió a los ojos azules de él. ¿Cuántas veces soñó Teresa ese momento mientras estaba embarazada la primera vez? Absorta, vio a su pequeño jugar con los botones de la chaqueta de Diego, brillantes, cómo no. La gente a su alrededor los miraba con curiosidad, al caballero y a la mujer de la falda raída en los bajos. Tenía que decirle la verdad, pero Teresa había sufrido tanto y tan sola que quería desilusionarlo, herir a Diego de alguna forma.

—¿Vives cerca, Teresa? Ven conmigo, estoy en el Gran

Hotel de París, déjame invitarte a un café o a pastas y conocer a…

—Se llama José.

—Claro, nunca pensé que podías ponerle mi nombre… Venid conmigo, solo un rato —suplicó sin soltar al niño. Teresa vio sus ojos humedecidos y aquella vieja ternura que hacía su corazón encogerse. Es curioso cómo el tiempo pone en su lugar los recuerdos, algunos exagerados y otros olvidados, como la sonrisa de Diego.

—No creo que sea buena idea, Diego.

—Te lo suplico, Teresa, solo será un momento, luego os llevaré a casa.

Teresa miró aquella media sonrisa, su rostro de facciones perfectas, tal vez Diego pudiera tener noticias de su madre… Necesitaba cerrar ese capítulo de su vida, decir a Diego adiós de una vez por todas y que dejara de colarse en sus recuerdos. Necesitaba que él conociera el verdadero destino del hijo de ambos. Cerrar las heridas del pasado. Y no podía engañarse, quería hablar con él, del pueblo, de su vida pasada, de aquellos días sin preocupaciones, sonreír con él como cuando era una niña porque no podía engañarse, sentía el peso de la soledad sin Manuel como una losa constante. Por supuesto, en todo este tiempo ella había contado cosas a Ángela, a Jacinta, a Benita, don José, hasta a Manuel. No era lo mismo hablar de personas, que para ellos no eran reales, sino personajes de las palabras de Teresa. Compartir con alguien que había vivido sus mismos momentos era como el placer de saborear la nata recién montada. Y Teresa quería traer a la realidad a su madre y el pueblo, no solo en sus palabras, sino con él. Reír de nuevo de aquella juventud que se escapaba a marchas forzadas.

—Trae, te manchará el traje.

—Deja, me gusta cómo huele —contestó Diego sonriendo al pequeño—. Me recuerda a ti —susurró antes de que sus ojos se perdieran en los de Teresa reavivando viejas caricias y besos robados.

Estaban muy cerca de la Puerta del Sol, donde estaba el hotel de Diego. Él se pasó el camino en el estrecho carruaje deshaciéndose en mil carantoñas al pequeño. Teresa, con los labios fruncidos, debía decirle ya que José no era su hijo.

Algo se lo impedía, tal vez el horrible pronóstico del médico. José, su pequeño, necesitaba un tratamiento, aquel médico tan amable le habló de un especialista en Navarra que podía ayudarlo. Había que comprar medicinas caras que no se podía permitir. Estaba incluso dispuesta a ir a hablar con la tía de Manuel. Ideas horribles comenzaron a llevar sus pensamientos hacia otros derroteros, negros. ¿Y si Diego lo creía suyo?

—Déjame que te ayude a bajar.

Teresa ni siquiera se había dado cuenta de que el carruaje había parado, Diego ya había bajado con José aún en sus brazos y le ofreció su mano. Él despidió al carruaje y condujo a Teresa del codo, como un caballero, hacia la enorme puerta del hotel. ¿Qué hacia allí? ¿Iba Diego a subirles a su habitación? ¿Qué esperaba de ese encuentro? Hace unos meses lo hubiera mandado bien lejos, pero las palabras del médico, la ausencia ya tan larga de Manuel… Estaba agotada, cansada de lidiar con las cuentas cada día, la enfermedad de su pequeño… Dudó un momento ante la puerta, pero Diego se adelantó con el niño en sus brazos, los siguió a grandes zancadas. Un portero de enorme bigote y maneras un tanto rudas les abrió la puerta con una inclinación. José dio un grito de excitación cuando vio los colores de la araña de cristal al reflejarse la luz en ellos. A un lado, un mostrador de madera pulida donde se entregaban las llaves, la luz eléctrica iluminaba cada alfombra de dibujo persa, cada sillón de brazos labrados, cada moldura decorada en las paredes. Hacía mucho que no había visto de nuevo el lujo, las cosas bonitas por serlo, sin ninguna utilidad práctica, los suelos de mármol y baldosas, los jarrones con flores frescas, el olor a perfume caro mezclado con el de los puros de buena calidad.

—¿Te parece que comamos en el restaurante? Reservé para mí esta mañana. —Diego, al ver a Teresa dudar, arropó a José en sus brazos y cogió su manita—. Me gustaría mucho saber más de tu vida aquí en Madrid. Teresa, tal vez me odies, pero yo no he dejado de pensar en ti todo este tiempo… Solo comer, por favor.

—No sé si José aguantará, no está acostumbrado y yo… Mira, ni siquiera estoy vestida para un sitio así.

—Eres la más bonita de todas las mujeres, ¿ningún chico de

la capital te lo ha dicho?

Teresa rio y encogió los hombros. Diego no tenía remedio, después de tanto tiempo había reído de verdad.

—Vamos, José, ya verás qué cosas más ricas tienen aquí —animó al niño mientras Diego cogía su brazo con confianza. Fueron hasta el final del vestíbulo donde un muchacho les abrió unas puertas enrejadas con una reverencia. Teresa había oído hablar de los ascensores, pero nunca había visto uno. Por instinto agarró a José fuerte cuando, tras ellos, se cerraron las puertas con un chirrido. Teresa, sobresaltada, se refugió en sus brazos. Diego, el muy sinvergüenza, rio a su lado. El muchacho uniformado de rojo real pulsó el botón que indicaba dos. Sintió el golpe al iniciar el ascenso y un minuto después volvía a abrir las puertas; con otra inclinación, los despidió. Era el restaurante, un olor a mantequilla y queso llegó hasta ella. Mesas ataviadas con manteles de flores, servilletas cuidadosamente dobladas, de hilo blanco. Sentaron a José en una silla, temiendo que cayera al suelo lo acercó a la mesa y enseguida el pequeño cogió una servilleta y se la restregó por la carita con una sonrisa. Trajeron dulces a José, ella comió lo que Diego pidió para ambos, una mezcla de salsa y pescado, un plato muy francés al que siguieron los postres. Un helado para el pequeño, el único niño que había en la sala.

—Diego, ¿sabes de mi madre? —preguntó cuándo entre ambos se impuso la confianza de hacía años.

—Está igual que siempre, la veo alguna vez por el pueblo. ¿Sabes que se negó a decir a todo el mundo qué había sido de ti? Eulalia incluso le ofreció dinero, una suma considerable, y se negó. Sé de buena tinta que la presionó lo indecible y ella se mantuvo firme. Parece que está bien, Teresa, no tienes de qué preocuparte.

Teresa suspiró, su madre y ella compartían la cabezonería y le aliviaba saber que seguía bien. De forma premeditada evitó hablar de su padre, siempre fueron harina de dos costales diferentes. Si algo le hubiera ocurrido, Diego se lo diría, pero ahora no quería emponzoñar la conversación.

—¿Y Eulalia y tú? ¿Tenéis hijos?

—Consultamos a varios médicos, no puede tener hijos. Ella

está aquí, ¿sabes?

—Y tú, Diego, ¿sabes qué pasará si nos encuentra juntos?

La comida había revitalizado a Teresa, se sentía más fuerte y más atrevida. ¿Seguiría ella castigando a las chiquillas de la casa con aquella regla de madera?

—Se enternecerá al ver al niño —dijo señalando a José, que jugaba con la cuchara pringada en helado y chocolate.

—No es tuyo, Diego —afirmó Teresa. Diego observó incrédulo su rostro—. Perdí al bebé al llegar a Madrid. Quise decírtelo, escribirte, me encontré mal durante un tiempo.

—¿Te has casado?

Teresa rio.

—Es una larga historia, Diego, no creo que tenga fuerzas para contarla ahora. Estuve a punto, sí, pero todo se lio un poco. Crío sola a José. Bueno, sola no, tengo amigos y una casita.

—¿Os ha abandonado? ¿Le quieres?

—Poco importa dónde está. Le quiero, Manuel es todo para mí.

—Entiendo.

Teresa pensó que en realidad no lo entendía. Diego era culto, inteligente, pero nunca supo lo que era amar; encapricharse como un crío, sí. En cierto modo, él no sabía que, sin su severa mujer, doña Eulalia, él no hubiera llegado a ser uno de los hombres más ricos de Salamanca. Pareció que miraba a José con nuevos ojos, tal vez era hora de que ella y el niño se marcharan.

—¿Por qué no me has dicho antes que José no era mío?

—Quizá quería hacerte sufrir un poco, que supieras lo que podrías haberte perdido. Y José es muy grande para su edad, solo tiene unos meses, tú solo sacaste tus conclusiones.

—Te hice daño, Teresa.

Ella adelantó su mano mientras la otra seguía sujetando a su pequeño, posó sus dedos sobre los de Diego, tan suaves como siempre, exentos de la rugosidad del trabajo duro.

—Te lo he dicho, hace mucho que te perdoné. ¿Por qué me has traído aquí, Diego? ¿Por qué te has expuesto a que alguien se lo diga a tu mujer?

—Quería conocer a mi hijo —contestó sincero—. Y estar a tu lado una vez más. A veces sueño contigo, que acaricio de

nuevo tu pelo y tu sonrisa… No puedo olvidarte, Teresa. —Diego se acercó vacilante para que nadie los oyera—. Vuelve conmigo a casa, trae a José, puedo darte una casa, dinero. Sé que salías de la consulta del médico, basta una mirada o estar sordo para oír que el niño está enfermo. Yo puedo ayudaros.

Teresa soltó su mano de un tirón y pasó su mano por la frente, debía de ser el calor de la sala, o quizás su conciencia. Un «sí» y su vida cambiaría para siempre. Otra vez un «sí» separaba un camino u otro en la vida. La primera vez se negó a caer en las redes de Eulalia y ahora el mismo Diego se lo servía en bandeja.

—Ser tu amante en una casita cerca del robledal, ¿no? ¿O en Iruelos, quizá? Con el tiempo caí en lo que hacías allí día sí, día no.

Diego intentó negar que aquella proposición era en realidad un trato, con sus zalamerías, mientras Teresa lo sesgaba con sus ojos negros.

—Le pondré mi apellido a José. Eulalia y yo queremos un niño, aún lo buscamos. No me importa que no sea mío. Es tuyo, Teresa, con eso me basta.

—¡Estás loco, tiene un padre!

—¿Y dónde está? Yo puedo cuidar de él, darle cosas que vosotros nunca podréis, llevarlo a médicos de aquí o Francia… Heredará todo lo que es mío.

Teresa arrastró la silla hacia atrás, aturullada. El brusco movimiento hizo que el pequeño se asustara y echara a llorar, con rapidez lo cogió en los brazos. Diego se levantó y la detuvo.

—Espera, os llevo a casa, Teresa. No volveré a sacar el tema, solo piénsalo, por tu hijo. —Las miradas curiosas de los camareros y aquella gente rica hizo que Teresa se encogiera y asintió.

En efecto, Diego no volvió a hablar del tema, mantuvieron una conversación cortés en el trayecto que dejó exhausta a Teresa por ser tan forzada. Al llegar a su casa, él frunció el ceño, su casa era bonita, pequeña, sabía que necesitaba arreglos, no tenía nada que ver con la casa de los Bernal.

—Espera, Teresa, no quiero presionarte, piensa en mi proposición, trataríamos a José como nuestro propio hijo, te

doy mi palabra. Hace tiempo fui un cobarde, pero estoy dispuesto a darte todo lo que pueda. En tres días, en la Estación de Mediodía a las doce. Venid conmigo, cuidaré de vosotros. Eulalia no dirá que no, quiere un hijo, comulgará con todo.

Teresa se soltó de su agarre con toda la delicadeza que pudo y sonrió con tristeza.

—Lo pensaré, Diego. —No se dio la vuelta para mirar el rostro de su primer amor; él los miraba de pie, junto al carruaje, mientras el cochero esperaba impaciente—. Gracias por la comida, lo hemos pasado bien —susurró Teresa. Se acercó y prendió un beso tierno en los labios de Diego, lleno de agradecimiento y recuerdos. Se puede decir que existe el perdón para el primer amor, pero siempre es mentira si sale mal. La desilusión, el corazón roto, la inocencia perdida, ahora Diego le ofrecía una vida mejor para su hijo, una que aquella primera vez no supo aprovechar. Se hubiera ahorrado tantos disgustos, tanto dolor. Apretó contra su pecho a su pequeñín mientras Diego entraba en el carruaje y se perdía a lo largo de la calle. Teresa lo sabía, era capaz de hacerlo por su hijo. Olvidar a Manuel.

CAPÍTULO 25
UNA DECISIÓN MÁS

—¿Lo has pasado bien?

La voz de Ángela a su lado hizo que supiera que tendría problemas.

—Lo cierto es que sí —contestó Teresa mientras metía la llave en la cerradura—. Escucha, Ángela, no estoy para sermones. —Entró en la casa y dejó a José sobre un butacón, estaba dormido. Se aseguró de que no se caería poniendo una manta y un cojín.

—¿Quién era, Teresa? Lo has besado. —Ángela se coló tras ellos y con los brazos en jarras esperó su contestación.

—Era Diego, Diego Bernal.

Ángela reconoció ese nombre, sacado tras meses de amistad desde las profundidades del pasado de Teresa. Lo había odiado con ella, lo había añorado con Teresa y le había vuelto a odiar por todo el daño que hizo ese nombre, porque para Ángela solo era un nombre, nunca osó preguntar el color de su pelo ni el de sus ojos, si era alto o bajo, gordo o flaco. En realidad, no sabía más que se aprovechó de Teresa, casi una niña que trabajaba en su casa, la dejó embarazada y luego se olvidó de ella. ¿Y ahora acababa de ver a Teresa besar a un hombre? ¿Y ese hombre era Diego Bernal? El carruaje era el de un rico, su traje hecho a medida tenía un corte europeo como los de las revistas que llevaban las chicas al dispensario. Además, se le notaba ese no sé qué de los que tenían dinero desde siempre, ese descaro innato y modales impecables. No le gustaba nada haberlos visto besarse.

—¿De verdad, Teresa? ¿En serio ha vuelto a tu vida?

Teresa se giró con las cejas arqueadas, su gesto para decir «qué te importa a ti». Y recogió unos sonajeros del suelo que

don José había regalado a su pequeño. Los movió ante sus ojos y sonrió, el único juguete de su hijo. Y otra vez la proposición de Diego se coló en sus pensamientos en forma de caballitos de cartón, balancines, columpios, fruslerías…

—¿No vas a hablar conmigo? ¿Qué estás haciendo, Teresa? ¿Y Manuel?

Fue entonces cuando se deshizo de todo lo que llevaba en las manos y se encaró a su amiga.

—Eso, Ángela, ¿y Manuel? Porque yo no le veo por aquí, ¡Manuel! —gritó con toda la ironía que podía provocando que el niño se asustara—. No estaba cuando nació ahí en el suelo, ni cuando enfermó, ni cuando llora…

—José es mi ahijado, tengo derecho a saber qué ocurre, ¿qué pasa, Teresa? —Ángela bajó el tono, sabía perfectamente que si seguía por ese camino las dos acabarían gritándose sin tregua, inmersas en una espiral de dimes y diretes.

—Me ha ofrecido ocuparse de José, llevárselo a Navarra, a una clínica donde pueden dar con el tratamiento correcto. Necesita medicinas…

—¡Le has dicho que no! ¿Verdad? ¿Sabe que no es su hijo?

—Pensé en mentir como una bellaca. José parece más mayor de lo que es. Pero no, Diego lo sabe y no les importa, su mujer no puede tener hijos y no, no he contestado todavía. ¡Dame un respiro, Ángela!

—¡Teresa!

—¡Qué quieres! ¿Sabes el dolor que siento solo de pensar en separarme de él? Me rompe por dentro, me destroza el alma. ¿Sabes acaso qué es sentarte en la consulta de un médico y que te diga que tu hijo morirá si no lo médicas, si no sigue un tratamiento con un especialista? —Teresa se detuvo casi ahogada por su rabia y su pena—. Hace días que no duermo, me quedo en la oscuridad, escucho su respiración a la espera de que sea la última. Sola.

Aquellas últimas palabras despertaron a Ángela de su enfado, quería a José como a su propio hijo, su niño de cabellos rubios, y quería a su amiga. Teresa no merecía todo aquello. Cruzó el espacio que las separaba como dos bandos enfrentados al marcar las líneas de batalla y abrazó a Teresa, ella se dejó hacer.

—Siempre hay sitio en casa, venid los dos con Rufo, con padre y conmigo.

—Es mi vida y mi dolor, no el tuyo, Ángela.

—Decidas lo que decidas estaré aquí, Teresa, siempre a tu lado, piensa también en Manuel, cuando vuelva y no encuentre a su hijo.

Pensar y pensar, aquella noche se debatió entre la vida fácil que Diego les ofrecía y el egoísmo. Por el amor de Manuel, por el amor a su hijo. Sabía que si accedía al trato de Diego lo perdería entre los muros de la casa de los Bernal. ¿Estaba preparada para entregar a su hijo?

Diego no se rindió a dejar que Teresa lo pensase demasiado y, al día siguiente, estaba delante de su puerta. Llamó con la empuñadura de su bastón, de ébano blanco. Al abrir, sus ojos azules se abrieron también de par en par al ver a Teresa. Llevaba una pañoleta ocultando parte de su cabello negro rizado, las mejillas sonrosadas a causa del trajín de limpiar, aunque las ojeras taparan parte de ese rostro tan bonito.

—¿Qué haces aquí, Diego? —preguntó con recelo.

—Creí que necesitarías una ayuda para decidirte. —Sonrió con ese mechón rebelde que tapaba su frente.

—Pasa, José está dormido —dijo resignada, miró hacia la calle para cerciorarse de que Ángela no andaba por allí al acecho. Le hizo pasar a la cocina, a Teresa no le pasó inadvertido el escrutinio de Diego, con toda seguridad le extrañaba esa forma de vivir, con lo justo. Le invitó a sentarse en una silla y sonrió al ver como él dejaba su bastón, su sombrero y colocaba su traje antes de sentarse. Sirvió un café como recordaba que él lo tomaba, con leche y dos azucarillos, los únicos que tenía. De nuevo se sintió como aquella chiquilla que entraba en el gran salón de los Bernal, con la bandeja llena, la leche caliente, la mermelada sobre la tostada y Rosa detrás espiando. Diego debió de recordar también y, cuando ella puso la leche en la taza de peltre, ambos se miraron. Él no la defraudó, agarró su cintura y se puso de pie. Por un momento hasta olió las flores de lavanda de los Bernal, el trino de los pájaros en el jardín y las voces apagadas del trasiego de la gran casa. Diego se acercó, miraba sus labios ahogando el aliento por otra época, otro lugar, un

sentimiento más fuerte que su voluntad. El tiempo lo había tratado bien y apenas unas leves arrugas se dibujaban en la comisura de sus ojos. Diego, un poco más alto que ella, besó primero su frente, con una caricia de la fina piel bajó hasta sus labios. Un gemido involuntario precedió al momento en que él la besó. Teresa se apartó al instante, no podía, simplemente no podía. Manuel estaba dentro de su corazón y arañaba desde dentro, se abría paso en su cabeza y en su cuerpo, aunque estuviera tan lejos.

—Te entiendo, Teresa, solo déjame volver mañana con Eulalia, quiero que conozca a José.

CAPÍTULO 26
¿CÓMO EMPEZAR DE NUEVO?

Manuel recogió lo poco que le quedaba tras tres traslados por calabozos y cuartelillos, miró por última vez el pasillo sucio y las rejas ennegrecidas. Hacía tiempo que lo habían separado de Pablo y de los otros, pero sin duda fue el mejor parado, no pisó una cárcel como tal debido a las influencias del coronel, el marido de Benita, la amiga de Teresa. Recordó su nota enviada a Teresa poco antes de ser detenido, a pocos días de casarse y por don José supo que ella acudió, se quedó allí esperando bajo la lluvia, vestida de novia. Y él desesperado sin saber cómo avisarla. Tras los cristales empañados vio a don José, lo esperaba sentado, plácidamente como si en lugar de estar en los cuartelillos estuviera en la pradera de San Isidro en plena feria. Los guardias ya conocían al viejo y conversaban entre risas, cada semana había acudido a verlo. En ocasiones lamentó su decisión, prohibió a don José que le dijera a Teresa que podía escribirle o ir a verle. No quería ver a Teresa allí, era su luz, su infinita esperanza, allí se mancharía de lo más bajo de la humanidad, tendría que soportar las burlas de los soldados, no sería a la primera a la cual engañarían con sus tretas para sacar algo sucio de ella. Había sido mejor así, llevar a Teresa en su pensamiento, y a su hijo. José lo había llamado ella, como el viejo. No le desagradó, a lo largo del tiempo era el único padre que Teresa y él habían conocido. Don José era más bien escueto en sus relatos, sabía por él que Teresa se sentía sola, que el niño no estaba muy bien de salud. Vivían en la casa que compró para ella y, o bien el viejo no quería contar más, o era él mismo quién no quería saber. La desesperación de no estar junto a la persona que amas te hace egoísta, solo quieres

saber que está bien, sin demasiados detalles, no vaya a colarse en ellos un extraño amable o un amigo protector. Manuel no podría soportar ninguno de los dos casos. Ni Ángela sabía que su padre lo visitaba, supo que se había casado con Rufo, buen muchacho, ellos nunca abandonarían a su Teresa. Otra cosa era su tía, había negado su ayuda a Teresa y estaba casi convencido de que había sido ella quien lo denunció para que no se casaran, o simplemente para librarse de la justicia, la imprenta estaba en su panadería.

Caminó hacia la libertad, atravesó la puerta de rejas, sus carceleros le miraron con rencor, se llevó en este tiempo algún que otro golpe, nada grave para que el coronel no interviniera. Manuel se dijo que no podía quejarse en comparación con las cosas que, había oído, hacían a otros.

—¡Vamos, muchacho, parece que caminas hacia el purgatorio en lugar de hacia la libertad! —Don José se levantó con dificultad, los años pesaban en sus rodillas. Sonrió y le tendió una gorra que Manuel se puso al momento.

Salieron fuera, al patio de los cuarteles, el empedrado estaba mojado, debía de haber llovido. Los soldados de Conde Duque realizaban la instrucción, los ignoraron al pasar por su lado. Más allá, la entrada enrejada con columnas de piedra estaba abierta. Caminaron ambos, Manuel despacio, adaptando su paso al del viejo.

—Don José. —El anciano se detuvo y lo miró—. Usted estuvo en la cárcel, ¿cómo se vuelve a casa?

—Con miedo y coraje, hijo. Manuel, no será fácil, pero debes olvidar tu paso por aquí, te esperan un hijo y una mujer. Te necesitan.

Subieron al carro de don José y Manuel observó todo a su alrededor. En casi un año nada había cambiado demasiado, el nuevo siglo no había traído maravillosos adelantos ni los automóviles llenaban las calles de la capital. Madrid seguía igual. Crecía, sí, a un ritmo rápido hacia las afueras, algunas nuevas avenidas y algunas tiendas de lencería femenina de más, pero todo idéntico. En las paredes se anunciaban espectáculos mientras el olor a entresijos y gallinejas salía de cada café por el que pasaban. ¿De qué servían los mítines, las octavillas, las publicaciones para concienciar a los trabajadores de que merecían algo más? Manuel negó con la

cabeza.

—Don José, ¿le importaría que pasáramos por casa de mi tía?

—¿Qué vas a hacer, muchacho? Teresa afirma que fue ella quien te denunció.

—Me debe algo.

—No vayas a hacer alguna tontería. Sería mejor que fuésemos a casa, Teresa…

Manuel cogió el tirante del caballo y lo obligó a seguir otra dirección.

—Tengo que arreglar esto, don José —dijo, más para sí mismo. Había llegado el momento de enfrentarse a esa vieja urraca que lo había tenido atado tanto tiempo, a él podía denunciarlo, quebrar su pensamiento, hacer que dejara sus estudios, pero a Teresa le negó ayuda cuando más lo necesitaba. Era hora de tener lo que correspondía, todo lo que sus padres le dejaron en herencia.

Don José miró preocupado al muchacho. Los quería a todos, a Rufo, a Jacinta, a Benita, al buen coronel. Como si fueran sus propios hijos, eso de lo que les privó la enfermedad y después la muerte. Su mujer estaría orgullosa de todos y cada uno de esos chicos que alegraban sus días. De las chicas, independientes. Había matado por ellas y siempre llevaría esa carga en el alma; lo volvería a hacer sin dudar. Su Ángela sabía que iba a buscar a Manuel, era una sorpresa para Teresa, pero había insistido en que no se demoraran por alguna poderosa razón que no sabía él. ¡Qué más daban unas horas más si Teresa y Manuel habían estado separados casi un año! No sabía por qué su hija los últimos dos días andaba alterada, pasaba el día junto a Teresa, algo traían esas dos entre manos. Con pesar, vio cómo Manuel conducía el carro hacia el barrio de Salamanca en lugar de hacía la casa. Las zagalas iban a enfadarse y mucho.

CAPÍTULO 27
RECUERDOS

Daban la media en el reloj nuevo de la Estación de Mediodía, Eulalia apretó sus manos una vez más, algo se había suavizado en aquella mujer que siempre castigaba sus faltas con la regla de madera. Tal vez los años, tal vez la resignación o, como le contó Diego, algún que otro amante que había provocado murmullos en el pueblo. Acariciaba la cabecita de José mientras el pequeño sonreía, uno de esos pocos días en que estaba tranquilo, debía de ser por la lluvia que limpiaba el aire y humedecía sus pulmones.

—Es tan guapo, Teresa, y tan simpático, este niño está tan grande, nadie diría…

Calló al sentir los ojos penetrantes de Teresa sobre ella.

—Espero que no me guardes rencor, Teresa, solo quería un hijo para hacer de él mi vida, no comprendí hasta que desapareciste que te avasallé, no eras más que una niña. Sigue en pie la oferta de Diego, cuando quieras, ven al pueblo, ve a ver a tu madre y, si cambias de opinión, José puede quedarse con nosotros.

Teresa movió la cabeza, aún estaba a tiempo, ella jamás montaría en aquel tren, jamás sería la amante de Diego como tampoco quería volver al pueblo, pero su hijo tenía aún la oportunidad. ¿Era egoísta? Se sentía así, no podía desprenderse de su leve sonrisa, de sus manitas que agarraban todo, hasta los trapos de fregar. De cómo agarraba las galletas que Jacinta, en un alarde inaudito de repostería, hacía para él. Algo impedía que se separase de su hijo, demasiado pequeño, frágil. Ángela iba a ayudar, Rufo estaba de acuerdo, era hora de volver con ellos, poco a poco conseguirían sacar a José adelante. Eulalia se montó en el tren, con una sonrisa se

despidió, nadie hubiera dicho que al final se hubieran hecho amigas. Diego se demoró un momento, esperó a que su mujer desapareciera en el interior del vagón y se miraron. Teresa suspiró, pensando que aquella sería con toda probabilidad la última vez que se verían, su amor de niñez, su primer beso y su primer placer se irían con él, como el que cierra una puerta que jamás debió volver a abrirse. Aquello que volvió a sentir en sus labios estaba hecho de retazos de juventud, de ilusiones perdidas, nada comparable al amor pleno que sentía por Manuel y, sin embargo, Diego logró conmover algo en lo más hondo de su ser, añoraba sus días en que ningún peso caía sobre sus hombros.

—Adiós, Teresita —pronunció su nombre consciente de que despertaría en ella los últimos recuerdos. Pegó sus labios a los suyos mientras la cabecita de José se agitaba entre ellos, cogido en sus brazos. Fue un beso fugaz, más de despedida que de aquellos otros cargados de sensualidad. Y se fue. Saltó las escalerillas y entró en el vagón de primera clase. Teresa esperó allí en el andén, ya casi vacío, entre los bufidos del tren que empezó a moverse despacio.

—Espero estar haciendo lo acertado —susurró al oído de su pequeño.

CAPÍTULO 28
NADA SALE BIEN

—Ha estado aquí. —Jacinta esperaba a Ángela en la calle, a la vuelta del dispensario. Taconeaba nerviosa en la puerta de casa.

—¡Le habrás echado!

—¡Ja! ¡Se presentó esta mañana con un carruaje elegantísimo, ¡qué buen mozo! ¡Qué callado lo tenía! Me dijiste que vigilara, no que fuera a echar a un señorito de casa de Teresa. ¿Qué está pasando, Ángela?

Rufo, que permanecía callado, se adelantó a su lado:

—Deberíais dejar que haga lo que quiera, es su vida, dejad de inmiscuiros en sus cosas. Tal vez sea lo mejor, ¡a saber si Manuel vuelve algún día, criar sola a un hijo enfermo no debe de ser fácil!

Ángela y Jacinta lo miraron como si fuera tonto. Ellas eran sus amigas, sabían lo que era mejor para Teresa, ese tal Diego no era bueno para ella y punto.

—Manuel vuelve hoy —sentenció Ángela incapaz de guardar por más tiempo el secreto.

Rufo abrió los ojos como platos, Jacinta se palmeó el muslo con una carcajada irónica.

—¿Cuándo pensabas dar la noticia? ¿Y cómo lo sabes? ¿Le has llevado una lima en el arroz con leche?

—Lo importante es que vuelve, el coronel de Benita ha conseguido que le sea perdonada la pena. Mi padre ha ido a buscarlo hoy mismo a los cuarteles.

—Pues Teresa no va a estar aquí cuando él vuelva.

Ángela cogió a Jacinta de los hombros.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que esta mañana se fue con ese tipo rico, Diego. Él

llevaba en brazos al niño y ella cargaba una bolsa enorme.

—¿Y no lo impediste?

—¡Y dale! ¿Qué querías que hiciera? ¿Atar a Teresa?

—Ahora sí que se va a liar —murmuró Rufo.

CAPÍTULO 29
PERDÓN Y AMOR

Teresa supo que aquel era un instante que siempre recordaría, el tren tomando velocidad, los sonidos de las ruedas contra las vías, el traqueteo de los primeros metros. La Estación de Mediodía, el mismo lugar de hace más de dos años, una vida entera había pasado entre la niña del pueblo y ella. Poco había cambiado la estación, el último vagón desapareció de su vista y giró sobre la suela de sus zapatos desgastados. ¡Egoísta!, se decía, incapaz de haber podido separarse de su pequeño. ¡Egoísta! Querías escoger la vida fácil. Tal vez fueran ambas la peor decisión que había tomado. Levantó la mirada, los ojos humedecidos, tan tonta como aquella niña que juró no llorar nunca más por culpa de un hombre, por Diego, por Manuel, por su hijo. ¿Por cuántos hombres más lloraría? Manuel.

De pie, en aquel andén desgastado con olor a carbonilla. Al principio, su rostro, desfigurado tal vez por el beso breve que había presenciado; después, inteligente, debía de haber comprendido que era un beso de despedida y no de dos amantes, porque esbozó una leve sonrisa de reconocimiento. Estaba más delgado, sus facciones más duras, esa mandíbula suya que lo hacía irresistible más marcada. Se acercó despacio. Ángela cogió al pequeño en un leve movimiento y se puso detrás con don José. Rufo y Jacinta permanecieron quietos a sus espaldas y fuera de su visión.

—Creí que ibas a montar en ese tren, Teresa.

—Yo también, Manuel.

Se aproximaron el uno al otro con cierto temor, Teresa sentía temblar las piernas.

—Estás muy delgado —susurró con las manos cogiendo sus

mejillas. Y no era solo eso, tenía ojeras y le había crecido una barba de revolucionario, descuidada y sucia. Su pelo estaba largo como nunca antes. Siguió con el pulgar el contorno de sus pómulos.

—¿Tan mal estoy, morena?

—No sé si puedo perdonarte —salió de los labios en cuanto oyó cómo solo Manuel la llamaba «morena».

—No quise irme, Teresa, eres lo único que me ha mantenido cuerdo —aseguró sin soltar su rostro.

—Estuve a punto de hacer algo terrible, Manuel. —Ante su propia sorpresa el gesto cariñoso de Teresa murió y le golpeó con los puños en el pecho para que se apartara.

—Escucha, mi amor —suplicó a Teresa sosteniendo sus muñecas—. Hicieras lo que hicieras está en el pasado, tú y yo somos lo único que importa. Creo que te quiero desde siempre, Teresa, aun antes de conocerte. Eres la mujer que llena mis pensamientos y mi vida. Cierro los ojos y solo estás tú. Perdona a este estúpido, Teresa.

—No sé si puedo. —Y, según lo pronunció en voz alta, Teresa supo que era mentira. Miró a Manuel, su rostro más anguloso, su tez más blanca, el pelo desgreñado y, aun así, guapo a morir. El brillo de su sonrisa canalla seguía ahí, su boca frente a la suya, su lugar en el mundo.

—Te haré feliz, Teresa —susurró. Manuel sabía convencer, agarrar tu conciencia y hacerla suya, atrapar el corazón de Teresa y su alma. Sus labios se juntaron con los de Manuel, se reconocieron, y la chispa tan conocida por ambos se hizo presente. Fue breve, la promesa de un después, de un mañana, de otro día y otro más. Deslizó en el dedo de Teresa el anillo de su familia, eso tan importante que había hecho desviarse de su cometido a don José y por lo que casi no llegaron a la estación. Siempre debió estar ahí, con Teresa, esta vez sí habría boda.

El gorgojeo de José los separó un instante y Manuel se inclinó para ver mejor a su hijo.

—Le he puesto José.

Manuel se giró confuso hacia ella deleitado con aquel pequeño ser de pequeñas manos y dulce sonrisa.

—José —repitió absorto sin atreverse a tocarlo—. Me gusta, como tu padre. —Sonrió al girarse hacia Ángela, que estaba a

punto de llorar ante el encuentro de los tres.

—Es rubio, como lo fue mi abuelo.

—Jacinta se quedará más tranquila entonces —refunfuño Teresa.

Manuel frunció el ceño, demasiado absorto contemplando a su hijo para reparar en las sonrisas de su alrededor.

—Vamos a casa, zagales —los llamó don José.

—¡Ángela! —Ella se giró con los ojos brillantes hacia Manuel cuando apenas llevaba unos pasos—. Gracias.

Teresa y Manuel permanecieron callados todo el camino, abrazados atrás, entre las conversaciones de sus amigos. Todos se felicitaban por el desarrollo de aquella aventura. Don José había llegado con Manuel y, sin más ceremonia que aquellas explicaciones atropelladas, todos montaron en el carro hacia la estación. Ángela estaba convencida de que, en cuanto Teresa viera a Manuel, cambiaría de idea sin saber que había decidido ya quedarse con ellos.

Teresa censuró a todos con la mirada. El no tener noticia alguna de Manuel, aunque él había insistido en esto último, tampoco conocía los desvelos del marido de Benita para que lo perdonaran hasta ese momento. Teresa se prometió que debía agradecérselo a los dos en cuanto todo se calmara. En cuanto llegaron a casa, Ángela, sin mediar palabra, cogió a José entre sus brazos y todos se marcharon, dejando solos a los dos.

—Me gusta cómo has dejado la casa.

—Todos me ayudaron —suspiró Teresa nerviosa por primera vez delante de él, sentía que todo el rencor quedaba diluido bajo su atenta mirada—. Al fin un hogar al que volver.

Manuel tomó su mano, sus dedos fríos se cruzaron con los suyos, entrelazados, entraron sin apenas mirarse, buscaban la antigua intimidad que siempre tenían, temerosos de que sus cuerpos hubieran cambiado, que el tiempo y la separación hubiera hecho mella en ellos de alguna forma. Todo hasta que, sin mediar palabra, Manuel le hizo detenerse en mitad del salón. Teresa hundió la mirada en aquellos ojos, recorrió con sus dedos las finas arrugas que ahora Manuel tenía alrededor de ellos con veneración. Él se inclinó y agarró su cintura, su otra mano se deslizó por la espalda en un lento

ascenso, reconociendo cada curva de ella, trazando de nuevo su cuerpo con el tacto. Llegó hasta su pelo rizado, hasta la nuca, donde aproximó su boca al hueco de su cuello. Se besaron despacio, se encontraron de nuevo con la lengua trazando un baile jamás olvidado. Desnudó a Teresa, la falda cayó a los pies de ambos, levantó su camisa, su ropa interior y trazó la redondez de sus senos con los dedos mientras ella lo desnudaba de aquellas prendas remendadas una y mil veces. Teresa sintió la lengua de Manuel sobre las rosadas areolas, un beso cerca del estómago, otro en las caderas. Las manos de Manuel cubrieron su piel, se adentraron firmes en su interior provocando el primer gemido ahogado de sus labios. Él ya no tenía aquellos músculos tan definidos, pero seguía duro como una roca. Trazó entre placer y placer el mapa de su cuerpo con las manos, maravillada de encajar contra aquel cuerpo grande y fibroso, intentando ignorar las marcas que la cárcel había dejado en su piel. Manuel hizo caer a Teresa lentamente sobre el suelo, sin dejar de mirar sus ojos, prendidos en un brillo especial, penetró sin más preámbulos su interior. Estaba preparada, ansiosa, húmeda, demasiado ansiosa para alargar aquel momento. Tendrían muchos, pensaba hasta que dejó de pensar con cada embestida de Manuel y lo acompañó en su baile. El placer los atravesó en miles de agujas por todas partes. Teresa perdió conciencia de estar en el mundo, solo estaba Manuel.

Tiempo después, se aseguraba a sí misma que aquella misma noche, nada más elevarse al cielo con Manuel, su corazón se iluminó con una sensación de luz plena. Ahora todo iba a arreglarse con él a su lado.

Aquel día estuvo lleno de sorpresas y celebraciones. A última hora de la tarde, antes siquiera de que Teresa pudiera contar a Manuel lo que los médicos decían sobre la enfermedad de José, un muchacho llamó a su puerta con un sobre de Diego. Temerosa, esperó a que todos se marcharan y Manuel estuviera distraído. Al abrirlo casi cae al suelo, era dinero, tanto como no había visto nunca. *Para José. Solo pido a cambio que vengáis a vernos algún día, Teresita. Acéptalo, te lo ruego.*

Él siempre supo que Teresa no iría con él ni entregaría a su hijo.

CAPÍTULO 30
ES AMOR

Pensar que las cosas con Manuel cambiarían no engañaba la inteligencia de Teresa. Él no dejó sus tardes de café ni sus mítines, aunque cierto era que se andaba con más cuidado cuando se subía al cajón. No volvió a comprar ninguna imprenta ni a hacer estupideces demasiado evidentes, o al menos de las que Teresa tuviera conocimiento. Corría el año 1902 y Madrid no se llenaba de sabiduría ni de grandes reformas políticas, la verdadera política se hacía en la calle a golpe de puño, de sindicatos que se inauguraban en sótanos y de reuniones de trabajadores. Hasta tal punto llegó la cosa que, debido al impuesto del gobierno sobre la harina, se produjo en las calles la revuelta de los panaderos, de la que Manuel casi juró que no tenía nada que ver. Aquella revuelta fue el detonante de todo. Tras esta, siguieron otras, a cual más numerosa. La gente pasaba hambre de verdad, se fiaba en las tiendas de ultramarinos hasta el punto de no saldar nunca las cuentas. Teresa cosía cada vez más, y de sobra sabía que Manuel dejaba en el callejón el pan que no vendían, hasta el húmedo y negro estropeado del final del horno se lo llevaban los que no tenían, lo raspaban y lo comían sin ascos.

Benita tuvo una niña, Amelia, una pequeña rubia de ojos de bebé azules tan parecida a su hermanastra Isabel que adoró a la pequeña desde el mismo instante en que sus miradas se cruzaron. Mientras, Teresa cada día se asombraba de esa otra faceta de Manuel, consentía a su pequeño hijo, lo lanzaba al aire y le cambiaba los paños sin pudor. Cada sonrisa, cada gorgojeo del pequeño eran momentos robados a la felicidad.

Volvieron a detenerle, lo que nunca había abandonado eran sus idas a venidas a las reuniones sindicales, sus amigos de

siempre, a Pablo. Esta vez mandaron recado de que otra vez estaba en el cuartelillo de Conde Duque, a la espera de que los disturbios pasaran. En realidad, supieron por un guardia civil, un buen muchacho de los que también abundaban en el cuerpo que vino a interrogar a Rufo y don José, que buscaban a un compañero desaparecido hacía algún tiempo, un tal Genaro. Un arma de la guardia había aparecido en el río Manzanares y se había abierto de nuevo la investigación. Después de que Ángela y Teresa se aseguraron de que el arma de Genaro seguía bajo el fregadero de la cocina envuelta en un paño, se cuidaron mucho de que Rufo no supiera la verdad. Don José era otro cantar, desde la visita de aquellos guardias había avivado el sentimiento de culpa. A veces lo veían fijo, observando el sauce con mirada torva. Teresa estaba convencida de que rememoraba una y otra vez las cuchilladas, el horror, la muerte de Genaro, aquel día jamás lo olvidarían ninguno de los tres.

Otra vez la boda de Manuel y Teresa se pospuso, el cura ponía la mano y se resignaba a ver a Teresa con ese niño cargando todo el día barrio arriba, barrio abajo en espera de una boda que no llegaba nunca. A Teresa empezó a parecerle que aquella boda nunca se celebraría. Y lo más gracioso (solo a ella le empezó a parecer gracioso) es que no le daba importancia, tenía todo aquello que podía desear. Manuel volvería, esta vez no tenían nada contra él.

El mundo fuera de las puertas de aquellas casas cambiaba. Cataluña y el norte decían que no querían a esta España marchita desde la pérdida de las colonias. Unos días antes del 17 de mayo, momento en que se hizo necesario que el «rey pelón», Alfonso XIII, que ya tenía una larga mata de pelo, tomara el control del gobierno, Jacinta supo que era viuda.

Como siempre que algo pasaba, Jacinta entró en tropel en la cocina de Ángela. Sentadas en el jardín, con el verano amenazando con llegar antes de tiempo, Isabel, casi una mujer ya, sin perder aquella inocencia de niña, jugaba con la hija de Benita, Amelia. Y José, más pendiente de las conversaciones con las últimas noticias de su padre que de jugar.

—¡No os lo vais a creer! —afirmó Jacinta con un papel amarillento en la mano—. Andrés ha fallecido.

Se sentó con la boca abierta, agitando en la mano el papel que le concedía la libertad. A pesar de que entre las cuatro echaron a Andrés, siempre le quedó la duda a Jacinta de si él volvería. Al fin y al cabo, era su marido por ley y eso era inamovible. Podía volver cuando quisiera y disponer de su casa y su dinero sin rendir cuentas a nadie.

—¿De verdad? —Ángela cogió el papel amarillo con el membrete del ejército—. ¿En Marruecos? ¿Y qué hacía él en Marruecos?

Jacinta se lo quitó a Ángela.

—¿Crees que lo sé? Me importa una mierda.

—¡Esa boca, Jacinta!

—¡*Mecagüenlá*, Bendita! ¡Si esto es para hacer una fiesta! Si me hubierais dejado… ¿Para qué creéis que guardé esa cosita de debajo del fregadero? ¡Por si acaso! —Con los ojos señaló la tierra bajo los pies de todas y Teresa respiró sofocada.

—¡No seas bruta! —gritó Teresa, ¿cómo podía insinuar eso? —. No puedes tampoco hacer una fiesta, Jacinta.

Todas vieron cómo Jacinta inspiraba hondo. Comprendían que era normal que estuviera contenta, aquel desgraciado de su marido la trató peor que a un animal. Los golpes, los gritos… Le había costado su buen tiempo volver a ser la Jacinta que se embutía sus vestidos de colores y gritaba a voces en lugar de hablar, y no hablemos de cantar canciones picantes que a Amelia, la hija de Bendita, se le quedaban grabadas al momento y luego repetía sin cesar.

—Podemos ir a la jura de la Constitución del rey, habrá fiesta en toda la ciudad, así nadie sabrá qué celebras, Jacinta. Comeremos churros, buñuelos…

—Tú siempre tan prudente, Bendita —se burló Jacinta.

Teresa se unió al plan, estaría bien ver Madrid engalanado. Decían que habían colocado a la salida del Palacio Real una tribuna para los invitados extranjeros, miles de flores adornaban la explanada de Bailén, de allí a las Cortes. Se acordó Teresa de aquella vez que fue con Manuel, los liberales les arrojaron huevos a la reina y a su hijo. Ella se había negado a aquella ofensa, y no por monárquica, sino porque eran, al fin y al cabo, una madre y su hijo. Por fortuna, tras la toma de poder del nuevo rey, soltarían a Manuel igual que a muchos, temiendo un atentado tenían

retenidos a todos aquellos que pudieran ser un peligro. Menos mal que Manuel nunca supo nada de lo ocurrido en aquella casa con Genaro y, en consecuencia, jamás podría contar lo que no sabía.

—Yo no voy.

Teresa sonrió a la respuesta tímida de Ángela. El perfil de su amiga había engordado en los últimos días, sus mejillas coloradas y su sonrisa abstraída. No hacía falta que una banda de pajarillos sobrevolara el jardín para darse cuenta de que Ángela estaba embarazada al fin. Solo Teresa sabía que, después de dos años casados, Rufo y ella morían por un pequeño. Estaban un tanto apartados de los demás desde hacía algún tiempo, asistiendo a cada nuevo embarazo sin poder cumplir su deseo, convencidos de que algo hacían mal. Teresa intentaba animar su espíritu cuando, entre murmullos, Ángela se lo contaba con pena bajo las ramas del sauce y ella intentaba explicar con esperanza que eso a veces ocurría.

—¡Madre!

El grito alarmado de su hijo hizo que Teresa se levantara de golpe. No era la primera vez que su hijo tenía un ataque de tos y se llevaban un susto. Cada vez eran menos frecuentes, pero Teresa no podía evitar que el corazón le saltara del pecho. Sin embargo, su voz había sonado clara como el agua. Todas acudieron corriendo, los niños en la cocina agitados. Entonces lo vieron, sobre los escalones de la entrada, en una posición extraña tirado en el suelo. Don José.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó Ángela.

Cayó arrodillada a su lado, cogió su cabeza cana e inerte. Trataron de reanimar su cuerpo, le dieron la vuelta.

—¡Isabel, corre, hija, ve a buscar al médico! —Benita fue la única que supo reaccionar, la niña se quedó petrificada hasta que abrió los ojos como platos y echó a correr hacia la calle.

Ángela acunó a su padre en sus brazos, con la cabeza en su regazo, como si en vez de la hija fuera la madre. Don José se fue como había vivido, con una tenue sonrisa en el rostro, en silencio, llevándose todo el peso del mundo sobre sus hombros. Teresa cerró sus ojos; fue más padre que el suyo hasta su muerte, le enseñó a vivir, la honestidad y la verdad. Defendió con su vida a todos y hasta cometió grandes pecados

por ellas. La pena evitó que sonriera. Don José era el padre de todos, a quien acudían con sus dudas, sus ideas, sus temores y sus buenas noticias. Guardaría bajo las arrugas de su rostro todos los secretos de su pequeño mundo.

Teresa acarició su rostro una última vez, abrazó a Ángela, después a Jacinta, rota en un sollozo silencioso, como el de Benita. Los niños mudos. Lo único que ese buen hombre le pidió en vida a cambio de amor, casa y afecto fue que cuidara de Ángela, y lo haría. Teresa se levantó con dificultad, como si el peso de toda aquella familia hubiera caído sobre sus hombros, recompuso su pelo atrapado en un moño bajo, alisó sus faldas y por Ángela se hizo cargo de todo.

El ataúd, el entierro, la comida del velatorio, las flores y las misas, nada quedó al azar para despedir a tan gran hombre.

Enterraron a don José en el cementerio de la antigua parroquia, apenas una ermita que se elevaba en lo alto de una montaña, junto a su adorada mujer. Tuvieron que esperar a que acabaran los festejos de la celebración del nuevo rey, aun así, el barrio entero fue. Interminables filas de gente, peleas por llevar su féretro, por presentar sus respetos. Don José era el sereno del barrio, querido y a la vez respetado. Junto a Ángela, quien más lo lloró fue Rufo, que se había convertido en su cómplice y amigo. Un ataque paró el corazón de don José y el de todos aquel 16 de mayo, y dejó un hueco en sus vidas.

Un frío día para ser junio, las cuatro, Jacinta, Benita, Ángela y Teresa fueron convocadas por el despacho del notario de don José, quizá el único lujo que nunca se permitió. Fueron hasta la calle del Príncipe, a uno de esos ajados edificios de ostentoso portal. Olía todo a viejo y húmedo, como la antigua casa de altos techos y puertas de vidriera. La escayola que adornaba cada pared y techo le recordó a Teresa la casa de los Bernal, tan lejano su recuerdo como las horas que había pasado subida a un altillo de madera limpiando.

El albacea y notario de don José salió por la puerta para

avisar a las cuatro de que podían pasar. Era un hombre de grandes lentes, pelo cano y expresión severa bajo su barba cuidada. Su mujer apareció en silencio con una bandeja de café y pastas, con una sonrisa dejó la bandeja sobre el aparador y se retiró con discreción.

El despacho ajado por el paso del tiempo, la expresión dura del notario, sus cejas pobladas… Teresa tuvo que repetirse al tomar asiento que, si hubiera sido mal hombre, jamás don José habría confiado en él. Don Luis de Aroa, así se había presentado, miraba más allá de sus lentes a los papeles ante él, su mesa llena de membretes y sellos. Teresa pudo ver la pulcra y enorme letra de la firma de don José en algunos.

—Bueno, señoras, gracias por venir. Estaba un poco desconcertado por la última voluntad de don José, todas tenían que estar aquí. Entiendo su interés por su hija, pero esto es algo irregular. Aunque ahora recuerdo el día que estuvo aquí, hace ya años, para explicarme lo que deseaba que se hiciera con su patrimonio y sus palabras sinceras de que todas ustedes eran como hijas para él. Fue una petición extraña y a la par entendible.

Ángela empezaba a impacientarse, pensaba que aquello sería cuestión de un momento y don Luis no parecía tener prisa alguna, sino que divagaba sin decir nada. Allí, en ese mismo despacho, había estado su padre, tal vez sentado en la misma silla que ella mirando con impaciencia al licenciado. Unas lágrimas contenidas hicieron que los ojos le escocieran, bastante había llorado cuando la mañana anterior, sin darse cuenta, había hecho el desayuno para su padre. Rufo la encontró en la cocina, parada ante la mesa puesta con platos para los tres, con una cuchara en la mano. Simplemente se había levantado como todos los días de su vida y había hecho gachas, solo que esta vez él no se las comería, su padre no estaba. Un vacío cayó sobre ella, nunca más entraría por la puerta con esa sonrisa contenida que hacía que se le encogieran los hombros y ella sintiera deseos de abrazarlo.

Con un carraspeo muy profesional, don Luis llamó la atención de las cuatro muchachas, que parecían dispersas.

—Como les decía, también es algo sumamente irregular que ninguno de sus maridos esté aquí para hacerse cargo de sus bienes.

Jacinta emitió una carcajada seca, llena de ironía, que Benita se apresuró a cortar con una mirada severa.

—Bueno, procedamos —continuó él ante el silencio de las cuatro. Con toda seguridad pensaría que eran bichos raros, pero poco les importaba a ellas—. Don José le ha dejado la casa a usted, Ángela. Puedo tutearla, ¿verdad?, pero el jardín de la propiedad, así como las casas aledañas y la del otro lado de la calle, las dividió en cuatro partes, al igual que el árbol. Veamos… Un sauce —afirmó otra vez extrañado, como si no hubiera leído las últimas voluntades más de diez veces.

Teresa sonrió. Las cosas de don José, dejarles a ellas el viejo sauce, a las cuatro. El lugar de sus confidencias y sueños, donde encontraban cobijo del mundo de fuera. Y donde sus secretos quedarían a salvo para siempre.

—Si vendieran el terreno debería ser de acuerdo notarial entre las cuatro, sin fisuras, apoyo total a la venta, así como las casas. Y el árbol, claro.

—¡Espere, don Luis, por favor! ¿Las casas aledañas? ¿La casa de Jacinta? —interrumpió Ángela.

—¡Nunca dije que era mía! —replicó Jacinta—. Alguien me alquiló la casa por una miseria.

Teresa se desesperó, ¿no había creído nunca conveniente decirlo? Jacinta era un desastre. Se preguntó si su casa, comprada por Manuel, sería también de don José.

—Su padre poseía la manzana entera, además tiene una gran cantidad de tierras en la barriada. Nunca entendí por qué se empeñaba en vivir como un monje o por qué trabajaba como sereno… Bueno, el caso es que les deja todo, es una gran fortuna. No obstante, si venden los terrenos pueden obtener otra buena suma.

Ángela propuso que solo se vendieran los terrenos más alejados de la casa, en los que no se había construido, y don Luis les dijo que prepararía toda la documentación si todas estaban de acuerdo. Se levantaron las cuatro y, cuando salían por la puerta, don Luis interrumpió su salida silenciosa.

—Espero que sean conscientes del regalo que don José les ha hecho, la suficiente independencia para mantener su propio patrimonio, aunque sean mujeres.

Una idea fugaz atravesó la mente de Teresa, tan imposible que enseguida la desechó por loca y a la vez tan idealista que

don José hubiera estado de acuerdo.

CAPÍTULO 31
VOLVER

Las cuatro hicieron la vuelta a casa en el carruaje del coronel, en silencio, solo roto por el llanto contenido de Benita. Jacinta levantaba la miraba de vez en cuando con la intención de hacer que callara y volvía a encogerse ante la mirada de Teresa. Ángela observaba las calles quebradas de Madrid, el cielo anaranjado con las últimas luces sobre las casas. Teresa posó su mano sobre la de su amiga y esta respondió con una media sonrisa.

—Teresa, tú es que no has perdido a nadie, cuando murió madre dolió, tanto que a veces me ahogaba de pena, pero pasó. Te acostumbras a vivir con dolor y con el tiempo pude recordar con una sonrisa cosas tan suyas como cuando pedía permiso a las gallinas antes de coger la puesta.

—Esta vez también pasará, te lo prometo, Ángela.

Teresa sonrió, por Ángela y su fuerza, por aquella mujer, la madre de su amiga que podía haber acabado en la calle si no hubiera sido por don José. Como ella misma si Ángela no hubiera entrado en su vida. Pensó en las injusticias que rodeaban su mundo, en su pequeño José, en Manuel, que seguía luchando a pesar de que en cualquier momento podía acabar preso, pero siempre fiel a sus pensamientos. Don José había dejado un vacío en cada uno de ellos y a la vez una pequeña posibilidad de que sus vidas fueran mejores con aquel dinero.

Cada una se fue a su casa, inmersas en pensamientos negros que pasarían con el tiempo. Teresa encontró sobre la mesa una carta de Diego, escribía a menudo para saber de ella y de José. Abrió la carta al instante; gracias a él, el pueblo pasaba a ser un sitio que ya no poblaba sus recuerdos, sino una

realidad que a través de sus cartas volvía. Sabía de María, la cocinera de la casa de los Bernal. De Rosa, que al fin se había casado, de la gente del pueblo y, sobre todo, de su madre. A veces Manuel fruncía el ceño cuando sin enseñarle ese pequeño trozo de papel lo guardaba en un cajón. Teresa le decía que solo tenía que abrir y leer las cartas, su relación con Diego era de amistad, más por José, con quien se había encariñado, que otra cosa, nada había que ocultar. Todo era como debía ser, excepto el sentimiento de haber abandonado a alguien todos esos años, a su madre. Tal vez la muerte de don José había hecho que recapacitara. Teresa necesitaba ver a su madre, curar las viejas heridas, cerrar asuntos pendientes porque, ahora que ella era madre, comprendía. Hizo aquello que creyó mejor para Teresa, y al final había tenido razón. El sentimiento de abandono que había acompañado a Teresa al principio se había tornado poco a poco en un profundo agradecimiento a esa mujer que le dio cuanto tenía para que tuviera otra oportunidad.

—¿Qué os ha dicho el notario? —preguntó Manuel al ver que guardaba esa carta con las otras—. ¿Cómo estaba Ángela? Rufo estaba insoportable, ha venido tres veces por si habíais vuelto ya.

Teresa acudió junto a Manuel y se abrazó a su cuerpo fuerte, el rostro enterrado en su pecho, el lugar más cerca de su corazón en donde podía estar.

—Nos ha dejado una pequeña fortuna, a las cuatro, como si aparte de Ángela, Benita, Jacinta y yo fuéramos sus hijas.

—Lo sois todas, jamás se guardaba ni un poco de bondad, daba todo sin esperar recibir nada a cambio. Un gran hombre de ideas aún más grandes.

Teresa se mordió los labios, aquella loca idea, otra vez atosigando su mente. Negó con la cabeza. Manuel, quizá consciente de que algo pasaba, hizo que levantara la mirada.

—¿Qué harás con el dinero, Teresa?

—Guardar mucho para José, para que pueda estudiar y ser todo lo que quiera.

—Ahora dime de verdad qué pasa por tu cabeza.

—Ideas aún más locas que las tuyas, pero sin sentido —murmuró mientras se apartaba; sabía adónde les llevaba aquella risa canalla de Manuel, y esas manos acariciando su

espalda en un movimiento suave y rítmico.

Llamaron a la puerta y Teresa aprovechó para alejarse de él antes de que comenzaran a besarse sin remedio. Un hombre esperaba ansioso en los escalones de la entrada y, cuando Teresa abrió, se quitó la gorra con un saludo y le tendió una carta. Otra carta de Diego. El pulso de Teresa se aceleró, como un presagio oscuro. Dos cartas, una tras otra, algo inusual. El hombre se retiró con un saludo de la cabeza y Teresa quiso ofrecerle entrar, era evidente que había venido desde lejos, desde el pueblo quizá con esa carta. Él se negó y al ver la cara adusta de Manuel casi subió corriendo al carro en el que había venido. Teresa, paralizada, apretó el sobre entre sus manos, vio desaparecer calle arriba al hombre con el traqueteo de las ruedas clavadas en los oídos. Sus ojos se cruzaron con los de Manuel y él, que nunca quería leer sus cartas, hizo un gesto para que se la diera. Igual que ella, Manuel había presentido algo.

En efecto, era de Diego. El padre de Teresa había muerto. Su madre necesitaba a su hija.

Manuel insistió en ir con ella y Teresa se lo agradeció de corazón, no se sentía con fuerza para emprender de nuevo un viaje que no solo sería en tren, sino que su corazón no estaba preparado para hacer. Cogieron el primer tren que salía hacia Salamanca. Teresa no sabía qué sentir, si Manuel no hubiera abierto aquella carta el mundo de su madre seguiría igual, en el mismo lugar de la memoria de Teresa, en la cocina de la vieja casa, entre harina y guisos, esperando a su padre. Tan distinto era aquel viaje al de ida a la capital… Sonreía por su marido y su hijo, que no podía evitar la emoción en sus ojos al echar a andar el tren con un estruendo terrible. Al llegar alquilaron un carro y Manuel mantuvo entretenido a José. Teresa esbozaba en medio de los nervios cortas sonrisas, su marido no conocía nada del campo y con retorcido ingenio salía del atolladero inventando inusuales cualidades a las más simples herramientas. Amaba a Manuel, él seguía afirmando que no era un hombre bueno, poco usual sí, pensaba Teresa, demasiado intelectual a veces, inconsciente otras, pero ella jamás se arrepentía de haber unido su vida a la de él. Cada día llenaba su casa de risas, ideas locas y amor, mucho amor.

Atravesaron las calles del pueblo, desiertas a esas horas,

todos en los campos, todo se le antojaba a Teresa tan pequeño comparado con la capital. Los mismos colores, ocres, verdes pálidos bajo el justiciero sol del verano. Su casa, la construcción de una planta, se veía vieja y un tanto abandonada, la puerta que siempre tuvo un color teja ahora lucía desportillada, con profundos desconchones en la madera y la entrada surcada de roderas del carro de la leche. Manuel la animó a llamar y Teresa se apresuró, deseaba acabar con aquello cuanto antes, ver a su madre. Tardaron en abrir, los pasos sonaron con un eco tras la puerta hasta que esta se abrió con un chirrido. Su madre le dedicó una mirada distante a Manuel con el niño en brazos hasta que centró la vista en ella con unos ojos ajados y viejos, el pelo negro veteado de gris a la altura de las sienes, más baja y delgada; su madre estaba mayor, mucho.

—Madre —susurró con temor.

Se había preparado para ese encuentro una y mil veces, se había prometido no llorar.

—Teresa —afirmó más para que ella supiera que había reconocido en ese rostro a su hija—. Supongo que te avisó alguien, tu padre ha muerto, llegas tarde, le enterramos ayer.

Teresa se quedó fría ante sus palabras. ¿Qué esperaba? ¿Un gran recibimiento, una fiesta? Jamás había esperado aquel triste reencuentro. Manuel buscó su mano y los dedos se entrelazaron con los suyos, su apoyo constante le dio fuerzas.

—Madre, lo siento.

—Yo también, Teresa, no debiste volver, no he sabido de ti en años.

Teresa encogió los hombros, no recordaba las profundas ojeras de su madre ni las arrugas que ahora surcaban su rostro. Atisbó dentro del que un día fue su hogar, los fuegos apagados, las contraventanas echadas. Salía de dentro un olor a humedad y medicinas, crespones negros sobre la mesa.

—Vete de aquí, Teresa, no quiero volver a verte.

—Madre, he tardado mucho en comprender y en perdonarte, quizá primero debía estar en paz conmigo misma. Siempre quise contarte de mi hijo, de Manuel, de mi vida… —Su madre miraba a Teresa como a una extraña, con demasiado rencor y soledad. Puede que ella nunca tuviera relación cordial con su progenitor, pero su madre lo quería—.

Volveré y podremos hablar cuando esté más tranquila.

Su madre dejó escapar una solitaria lágrima, con un paso se acercó a ella, abrazó a Teresa como cuando era niña y necesitaba consuelo tras una caída, con una pretendida fuerza de sus músculos cansados. Teresa se aferró a aquella sensación de volver a ser pequeña y sonrió. Costaría tiempo reencontrarse las dos, tantas cosas que contar… El principio ya estaba hecho, ese primer peldaño de perdón.

Manuel fue su agarre. Llevó a Teresa al cementerio y compraron flores en la entrada, en un pequeño puesto de una gitanilla. Al final lloró en silencio, pudo despedirse de su padre ante su tumba. Jamás estuvieron mucho tiempo juntos, una relación basada en la convivencia más que de padre e hija, distante y basada en lo básico, protección, alimento y alguna que otra conversación. Teresa lloró por ella misma, demasiados adioses en pocas semanas, primero don José y ahora su padre, aunque el sentimiento no fuera el mismo. El tiempo le había arrebatado a Teresa los días en el pueblo, sus años de muchacha, crecer en una vida simple, arrancada la inocencia.

—No quiero que haya más mujeres que tengan que abandonar su hogar como lo hice yo, Manuel.

—No puedes impedirlo, Teresa, no puedes cambiar la mentalidad de los pueblos, costumbres arraigadas y absurdos convencionalismos.

Teresa miró a su hijo, sentado entre las hierbas, alegre de jugar con la tierra sin que nadie lo reprendiera.

—No puedo, pero tal vez sí ayudar a esas chicas que huyen a la ciudad, a esos niños que nacen sin padre…

Manuel sonrió y abrazó su cuerpo desde atrás, se apoyó en el hueco de su hombro para quedar los dos a la misma altura.

—Una escuela, ¿cómo era eso, Teresa? Esa cantinela tuya: «La violencia y los abusos de los ricos no acabarán nunca hasta que enseñéis a los niños, entonces podrán luchar».

Teresa se giró hacia él con la boca abierta, ¿tan fácil era para Manuel leer su pensamiento?

—¡Eso mismo es lo que pensaba! Don José nos ha dejado unos terrenos a las cuatro, cerca del dispensario, podríamos

construir una escuela, una pequeña casa de acogida, nada enorme ni ostentoso, lo justo para atender la educación de los pequeños y ayudar a alguna muchacha… Es una tontería, ¿verdad, Manuel? ¿Cómo podría yo ayudar a nadie?

Un viento suave agitó el cabello de Manuel y este lo apartó enseguida de sus ojos para mirar a Teresa.

—No me suena a ninguna tontería, Teresa. Hazlo, demuéstrate a ti misma que eres capaz. Tus amigas no se negarán, es más, estoy seguro de que te apoyarán. ¿Hay algo más noble que utilizar ese dinero para dar educación y un techo? Don José estaría orgulloso de ti, de todas vosotras.

—¿Y tú, Manuel? ¿Estarás conmigo?

—Hace tiempo que estoy contigo, Teresa —dijo con voz grave—. Todas esas consignas, esa lucha sin fin, no lleva a ninguno sitio, estoy cansado de entrar y salir de los cuartelillos, de dejaros solos a los dos. —Se agachó para apartar de José las manos llenas de tierra que se llevaba a la boca—. Cualquier día mi fortuna podría cambiar, hacer daño a alguien inocente, y acabaré como muchos… No quiero perderos, Teresa. Por eso no quiero que vayas a casa de ese Diego, no quiero volver a verlo, no soy de celos, pero sí un hombre que sabe ver en los ojos de otro lo que de verdad quiere. Te desea a ti y a mi hijo como si fuera suyo. Teresa, no podéis ser amigos, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, Manuel —contestó sin dudar. Era consciente de que su amistad con Diego siempre estaría al límite cuando él le proponía ser su amante a la menor ocasión—. Vámonos de aquí, no me queda ya más que intentar convencer a mi madre de que nos visite, pero no ahora, está demasiado dolida como para reaccionar. Poco a poco, como la sal en el guiso. —Intentó sonreír.

—¿No vas a despedirte de él?

—Lo hice ya hace mucho tiempo, Manuel, cuando me fui de aquí.

Manuel se agachó a coger a su pequeño mientras Teresa caminaba ya entre los senderillos de arena del pequeño cementerio. Al llegar a la puerta se giró como aquella vez en que la conoció, con cierta rebeldía y una mirada inquisidora, como si Manuel siguiera subido a aquel cajón de la Plaza Mayor y desconfiara de él.

—¿Lo dices en serio, Manuel? ¿Se acabó de verdad? Los mítines, las revueltas, las conspiraciones…

—Se acabó, morena.

Epílogo

El destino, caprichoso siempre con sus decisiones, querría que un año más tarde estuvieran las cuatro a las puertas de la escuela del barrio. Recién acabado el edificio, lucía con entereza en mitad del descampado. Más lejos, la nueva casa donde se acogería a las madres sin hogar y a sus hijos.

En cuanto volvieron del pueblo, Teresa reunió a todos en el patio de la vieja casa y les explicó lo que quería hacer con la herencia de don José. Al principio perplejas, después pensativas, Ángela fue la primera en unirse a la iniciativa, Benita fue más reacia hasta que Manuel dio su palabra de que no habría consignas políticas en la educación de los niños, solo saber y conocimientos. Jacinta, pensativa, dijo «Sí» con los ojos en blanco y puro escepticismo sin dejar de pensar que decía adiós a grandes lujos imaginados. Y Rufo, el más práctico de todos y menos idealista, comenzó a echar cuentas en un papel. Costó mucho bregar con la burocracia, los papeles y licencias, aunque el coronel ayudó en cuanto pudo reuniéndose con sus viejas amistades hasta que lo consiguió. Para sorpresa de todos, recibieron ayuda de los militares del dispensario, de amigos, e incluso de la iglesia del barrio. Hasta el cura hizo la vista gorda y casó en secreto a Teresa y Manuel. Recibieron donaciones, gente que se prestaba a trabajar levantando el edificio en medio de las pocas huertas que quedaban, aunque tuvieron que comulgar con compartir espacio con una orden religiosa que aportó más dinero al proyecto para crear una casa de acogida para las mujeres sin recursos.

Teresa se sentía feliz. Sentía cada ladrillo y yeso remozado como si hubiera sido puesto por ellas mismas, cada piedra del camino, cada rincón de aquella sala en la que acababan de

colocar los pupitres nuevos. Una construcción rectangular sencilla, con varios ventanales orientados al sol, el techo con la viguería vista que salía más barato. El único capricho de aquella sala fue unos adornos en escayola que el maestro yesero quiso hacerles para que los niños vieran algo bonito en las paredes. Los pupitres estaban hechos por un carpintero que vivía tres calles más abajo y tenía cuatro hijos. Una escuela, pronto llena de niños del barrio, gratuita y accesible, un lugar donde enseñar a leer y escribir, donde fabricar sueños e intentar conseguir un futuro para esos pequeños.

Teresa vio caminar a Manuel hacia el fondo, fue a abrir una de las ventanas de madera y se quedó con la manija en la mano. Se volvió hacia ella con una sonrisa, repleta de pequeñas arrugas en los ojos que enamoró a Teresa. Muerta de risa, entre tizas y pizarrines de niño, dejó todo sobre la mesa de la profesora y se acercó a él. Afortunada, se decía, de tener a su lado a un hombre así, progresista, honesto, idealista y trabajador que la apoyaba en todo aquel disparate. Su canalla de sonrisa traviesa, Manuel era amor, un «Te quiero» se quedaba corto, «Te amo» sonaba distante para ellos, «Te echo de menos» nunca fue suficiente. Deberían inventar una palabra para ellos y llenarla de lo que siempre sentían juntos. Se les quedaba a ambos pequeño el mundo, pequeño todo para sentirse uno en el otro. Se separaron entre sonrisas mientras el cálido beso se fue de los labios de Teresa. Oyeron fuera a Ángela con su risa cristalina, el vozarrón de Rufo dando órdenes a diestro y siniestro. Las carcajadas de Jacinta al mancharse Benita el vestido. Todos nerviosos no solo porque al día siguiente empezaran las clases, sino por la ilusión más grande de todas: en pocas semanas llegaría la madre de Teresa, al fin había convencido a la anciana para que fuera a verlos a Madrid. Poco a poco, Teresa y ella habían encontrado la manera de cerrar heridas y ofrecerse una reconciliación.

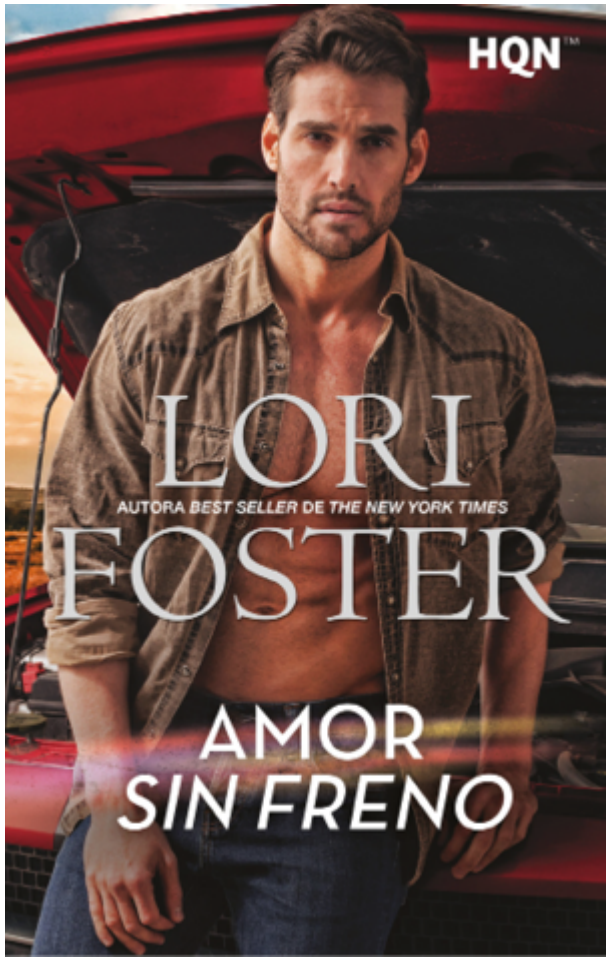
Aún había veces que aquella muchachita de pueblo que era Teresa al llegar a Madrid se hacía con su carácter, oteaba a su alrededor y con desconfianza miraba hacia la felicidad que vivían como si fuera a desaparecer. Tenía que ahuyentar a esa Teresa para dejar que esa mujer con confianza que crecía dentro de ella saliera.

Caminó de la mano de Manuel hasta los escalones de la entrada, de madera, como debían ser, con la vista al frente. La nueva profesora venía por el camino de entrada cargada de gruesos tomos y preparada para organizar su trabajo del día siguiente. Teresa envidiaba a aquella mujer que había tenido la oportunidad de estudiar y a base de esfuerzo labrarse un porvenir como maestra. Hacía días que Manuel le decía que lo intentara, que estudiara para profesora, y ella evitaba pensar en esas cosas. Todavía no, tal vez el tiempo le diera valor. Quizá cuando la escuela estuviera en marcha. Pensó en aquellos sueños de juventud. «Maestra», la palabra llenó sus ilusiones y sueños, ¿por qué no? Manuel tiró de su mano con firmeza ayudando a que saltara unas piedras y enfilaron el camino a casa con las piernas cansadas y las manos desolladas, pero tan felices como nunca soñaron.

Al caer la noche, como muchas otras ahora que el tiempo de finales de verano lo permitía, se reunieron todos. Su pequeña familia, Ángela y Rufo, Benita y el coronel, los niños, Jacinta… Para hablar de su día a día, de felicidad y tristeza, de política y verbenas, para recordar a don José con cariño.

Entre risas, Teresa cruzó la mirada con Manuel, sentado con ese aire canalla, las piernas extendidas y los pies cruzados. Rufo le dijo algo y él elevó los ojos al cielo, nunca estarían de acuerdo en nada, pero se querían como hermanos. Teresa sonrió ante la imagen de todos alrededor de las ramas del sauce, el árbol que vería a las generaciones futuras, guardaría sus secretos y susurraría cada mañana, entre el movimiento de sus largas hojas ancianas, el nombre de su amor: Manuel.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su

negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los recelos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia… Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde? "Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Aff aire de Coeur

Cómpralo y empieza a leer

Sola con un extraño

Sterling, Donna
9788413077123
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

Cómpralo y empieza a leer

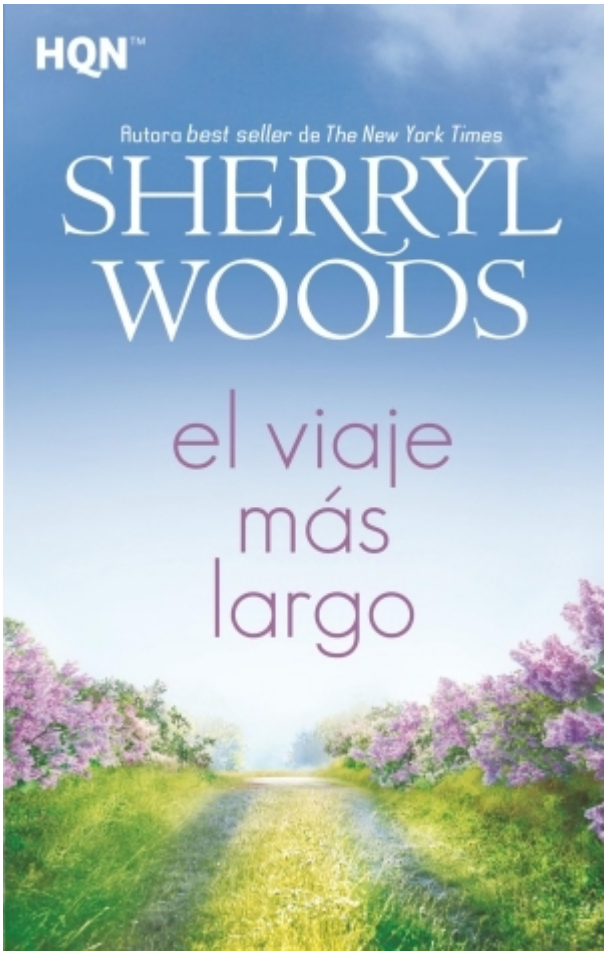
Atracción legal

Childs, Lisa
9788413075150
224 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio…

Cómpralo y empieza a leer



El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

Cómpralo y empieza a leer

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda
9788413074993
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

Cómpralo y empieza a leer